

KASS MORGAN

LOS

100

VUELTA A LA TIERRA

LA HUMANIDAD ESTÁ DE REGRESO EN CASA

KASS MORGAN

LOS
100
VUELTA A LA TIERRA

LA HUMANIDAD ESTÁ DE REGRESO EN CASA

LOS
100

KASS MORGAN

LOS
100
VUELTA A LA TIERRA

Traducción de Carolina Alvarado Graef

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleermex](#)



[@megustaleermex](#)

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*Para Joelle Hobeika,
cuya imaginación hace que las historias cobren vida y que los sueños
más inverosímiles se vuelvan realidad*

Y para Annie Stone, editora extraordinaria

CAPÍTULO I

GLASS

Glass sentía las manos pegajosas por la sangre de su madre. Se dio cuenta poco a poco, como si lo estuviera viendo a través de una niebla espesa: como si las manos le pertenecieran a otra persona y la sangre fuera parte de una pesadilla. Pero eran las manos de ella y la sangre era real.

Glass sentía cómo tenía la palma de la mano derecha pegada al brazo de su asiento en la primera fila de la cápsula. Y sentía cómo alguien le apretaba la mano izquierda con fuerza. Era Luke. No la había soltado desde que la separó del cuerpo de su madre y la llevó en brazos hasta su asiento. Le apretaba tanto los dedos que parecía que su intención era absorber todo ese dolor punzante del cuerpo de ella y llevarlo al de él.

Glass intentó permanecer concentrada en la calidez de la mano que la tocaba. Se concentró en la fuerza con que apretaba Luke, cómo no mostraba ni un indicio de soltarla, ni siquiera cuando la cápsula empezó a vibrar y caer en picada su trayectoria violenta hacia la Tierra.

Apenas unos minutos antes, Glass estaba sentada junto a su madre, lista para enfrentar el nuevo mundo a su lado. Pero ahora su madre estaba muerta; un guardia enloquecido la había asesinado en su desesperación por conseguir un lugar en la última cápsula que escaparía de la Colonia moribunda. Glass cerró los ojos con fuerza e intentó evitar que la escena se repitiera en su mente: su madre caía, en silencio, al piso. Glass se dejaba caer a su lado y la escuchaba exhalar y gemir pero no podía hacer nada para detener la hemorragia. Glass colocaba la cabeza de su madre en su regazo y luchaba por controlar los sollozos el tiempo necesario para decirle cuánto la amaba. Miraba la mancha oscura extenderse por el vestido de su madre al mismo tiempo que la vida se le escapaba. Miraba cómo el rostro de su madre se relajaba justo después de pronunciar sus últimas palabras: *Estoy muy*

orgullosa de ti.

No había manera de detener las imágenes, así como no había manera de cambiar la verdad. Su madre estaba muerta y Glass y Luke viajaban a toda velocidad por el espacio en una cápsula que chocaría contra la Tierra en cualquier momento.

La cápsula se sacudió con un gran estrépito y varias veces se ladeó bruscamente. Glass apenas lo notó. Apenas percibía la sensación provocada por el arnés que se clavaba en sus costillas cuando su cuerpo seguía los movimientos de la cápsula, pero el dolor por la muerte de su madre le cortaba mucho más profundamente que la hebilla metálica del cinturón.

Siempre se imaginó el dolor como un peso... eso cuando siquiera pensaba en el tema. La antigua Glass no había pasado mucho tiempo pensando en la ansiedad ajena. Eso cambió después de la muerte de la mamá de su mejor amigo. Había visto a Wells recorrer cabizbajo la nave, como si llevara una enorme carga invisible. Pero Glass se sentía distinta, ahuecada, vacía, como si le hubieran sacado toda emoción del cuerpo. Lo único que le recordaba que seguía viva era sentir la mano tranquilizadora de Luke sobre la suya.

La gente estaba apretujada alrededor de Glass. Todos los asientos estaban ocupados y había hombres, mujeres y niños en todos los espacios disponibles de la cabina. Se sostenían unos de otros para no perder el equilibrio, aunque nadie podía caer, estaban demasiado apretados: una masa ondulante de carne y lágrimas silenciosas. Algunos susurraban los nombres de la gente que habían dejado atrás, otros movían la cabeza con desesperación, negándose a aceptar que se habían despedido de sus seres queridos por última vez.

La única persona que no parecía sentir pánico era el hombre sentado inmediatamente a la derecha de Glass: el vicescanciller Rhodes. Miraba directamente al frente, como si no se diera cuenta, o fuera inmune a todos los rostros desconsolados a su alrededor. Una oleada de indignación sustituyó el dolor por un instante. El padre de Wells, el canciller, habría hecho todo lo posible por consolar a quienes estuvieran a su alrededor. Aunque, para empezar, nunca habría aceptado un lugar en la última cápsula. Pero Glass no estaba en posición de juzgar. La única razón por la cual había podido subir a la cápsula fue porque Rhodes las llevó con él cuando abordó por la fuerza.

La cápsula hizo un movimiento brusco que empujó a Glass contra su asiento. La nave se ladeó y luego se inclinó casi cuarenta y cinco grados antes de volver a enderezarse repentinamente y hacer que su estómago diera un vuelco. El llanto de un niño se alcanzó a escuchar a pesar del grito ahogado

colectivo. Varias personas gritaron al ver que el marco metálico de la cápsula empezaba a doblarse, como si lo estuviera apretando un puño gigante. El rechinado agudo y mecánico que recorrió la cabina casi les perforó el tímpano y mitigó los gritos y los sollozos aterrados.

Glass se sostuvo con fuerza del brazo de su asiento y tomó la mano de Luke anticipando sentirse arrastrada por una ola de temor. Pero nunca llegó. Sabía que debía sentir miedo, pero los acontecimientos de los días recientes la habían dejado insensible. Fue difícil ver cómo se desintegraba su hogar cuando el oxígeno le empezó a faltar a la Colonia. Fue difícil arriesgarse a hacer una caminata espacial no autorizada para ir de Walden a Fénix, donde todavía quedaba aire para respirar. Cuando ella, su madre y Luke lograron abordar la cápsula, le pareció que todo había valido la pena. Pero a Glass ya no le importaba si nunca llegaba a ver la Tierra. Sería preferible que todo terminara de una vez para no tener que despertar cada mañana y recordar que su madre se había ido.

Miró a su lado; Luke tenía la vista al frente y una expresión dura y resuelta. ¿Estaba intentando portarse valiente por ella? ¿O su extenso entrenamiento como guardia le había enseñado cómo mantenerse tranquilo bajo presión? Él merecía más que esto. Después de todo lo que Glass lo había hecho pasar, ¿así terminaría? ¿Habían escapado a la muerte segura en la Colonia solamente para desplomarse a toda velocidad hacia otro destino terrible? Se suponía que los humanos no debían regresar a la Tierra en otros cien años. Los científicos estaban seguros de que la radiación residual del Cataclismo ya habría desaparecido para entonces. Este regreso era prematuro, un éxodo desesperado que sólo prometía incertidumbre.

Glass miró hacia la hilera de pequeñas ventanas alrededor de la nave. Alcanzaba a ver nubes grises borrosas desde cada portal. Era extrañamente hermoso, pensó, y justo en ese instante las ventanas explotaron en pedazos y montones de astillas de vidrio caliente y metal volaron por toda la cabina. Las llamaradas entraron por las ventanas rotas. La gente más cercana a las ventanillas intentaba frenéticamente agacharse y alejarse, pero no había hacia dónde moverse. Algunos se inclinaron hacia atrás y cayeron sobre los que estaban detrás de ellos. El olor a metal quemado le irritaba la nariz a Glass y otro olor desconocido le provocó arcadas... Con creciente horror, Glass se dio cuenta de que era el olor a carne quemada.

Se esforzó para mover la cabeza a pesar de la fuerza de la velocidad de la nave y volteó a ver a Luke. Por un momento, Glass no pudo escuchar los

sonidos de lamentos y llanto ni el crujido del metal. No pudo sentir el último aliento de su madre. Sólo pudo ver el lado de la cara de Luke, el perfil perfecto y la mandíbula fuerte que había acariciado en su mente noche tras noche durante esos terribles meses que estuvo encerrada, cuando la condenaron a morir al cumplir dieciocho años.

Glass regresó a la realidad cuando escuchó el chirrido de metal que se desgajaba. La vibración recorrió sus tímpanos y llegó a la mandíbula, recorrió sus huesos y llegó a su estómago. Apretó los dientes. Horrorizada, vio con impotencia cómo se separaba el techo de la cápsula y salía volando, como si fuera un trozo de tela.

Se obligó a mirar a Luke, quien había cerrado los ojos pero ahora le sostenía la mano con renovada intensidad.

—Te amo —le dijo, pero sus palabras se perdieron entre todos los gritos a su alrededor. De repente, con un golpe que los sacudió hasta los huesos, la cápsula chocó contra la Tierra y todo se cubrió de negro.

En la distancia, Glass escuchó un gemido grave y gutural, un sonido lleno de más angustia que cualquier otra cosa que hubiera escuchado antes. Intentó abrir los ojos pero el más mínimo esfuerzo le provocaba náuseas y hacía que la cabeza le diera vueltas. Se dio por vencida y se permitió volver a sumergirse en la oscuridad. Pasaron unos momentos. ¿O fueron unas horas? Nuevamente, luchó contra el silencio reconfortante para intentar recuperar la conciencia. Durante un milisegundo dulce y apacible perdió la noción de dónde estaba. Lo único que percibía era una gran cantidad de olores extraños a la vez. Glass no sabía que era posible oler tantas cosas simultáneamente: olía algo que alcanzaba a reconocer porque lo había olido en los campos solares, su sitio favorito para reunirse con Luke, pero amplificado mil veces. También detectaba algo dulce pero distinto al azúcar y el perfume: más profundo y más concentrado. Con cada inhalación su cerebro se aceleraba e intentaba identificar los aromas entremezclados. Algo picante. Metálico. Luego, un olor familiar puso su cerebro en alerta. Sangre.

Glass abrió los ojos con ansiedad. Estaba en un espacio tan grande que no alcanzaba a ver las paredes; el techo transparente y lleno de estrellas parecía estar a kilómetros de distancia. Lentamente, recuperó la conciencia y su confusión se transformó en asombro. Estaba viendo el cielo (el cielo real en la Tierra) y estaba viva. Pero su asombro duró sólo unos cuantos instantes,

antes de que una idea urgente se abriera paso por su cerebro e hiciera que el pánico le recorriera todo el cuerpo. *¿Dónde estaba Luke?* Recuperó la lucidez instantáneamente e intentó sentarse ignorando las náuseas y el dolor que parecían querer obligarla a recostarse nuevamente sobre el suelo.

—¡Luke! —gritó, moviendo la cabeza de lado a lado y rezando por encontrar su silueta familiar entre la masa de sombras desconocidas.

—¡Luke! —repitió.

El coro creciente de gemidos y gritos se tragó su llamado. *¿Por qué nadie enciende las luces?*, se preguntó aún confundida antes de recordar que estaba en la Tierra. Las estrellas apenas brillaban y la luna sólo les proporcionaba suficiente luz para permitirle a Glass ver las siluetas de los demás pasajeros que gemían y se retorcían. Debía ser una pesadilla. Así no se suponía que era la Tierra. Eso no parecía un sitio por el cual valiera la pena morir. Volvió a llamar a Luke pero no hubo respuesta.

Necesitaba ponerse de pie, pero su cerebro no parecía estar ya conectado con sus músculos y su cuerpo se sentía extrañamente pesado, como si una carga invisible tirara de sus extremidades. La gravedad aquí era distinta, más fuerte... ¿o estaría lesionada? Glass se puso la mano en la espinilla y ahogó un grito. Tenía las piernas mojadas. ¿Estaba sangrando? Bajó la mirada, temerosa de lo que encontraría. Tenía roto el pantalón y raspones en la piel expuesta, pero ninguna herida visible. Colocó las manos en el piso, no, en el *suelo*, y volvió a exclamar. Estaba sentada en agua: agua que se extendía una distancia imposiblemente vasta frente a ella. Apenas se alcanzaba a distinguir la tenue sombra de árboles en la otra orilla. Glass parpadeó y esperó a que sus ojos se acostumbraran para ver si le revelaban algo que tuviera más sentido, pero la imagen no cambió. *Lago*. La palabra se deslizó en su mente. Estaba sentada en el borde, en la orilla, de un lago en la Tierra: eso se sentía tan surreal como la devastación que la rodeaba por todas partes. Cuando miró a su alrededor, sólo encontró horror. Había cuerpos inmóviles y heridos en el suelo. La gente lesionada lloraba y suplicaba que la ayudaran. Los cascarones destrozados y humeantes de varias cápsulas habían aterrizado a unos cuantos metros unos de otros y sus armazones resquebrajados y rotos estaban visibles. Había personas que corrían hacia las ruinas aún humeantes y luego regresaban con bultos inmóviles y pesados sobre los hombros.

¿Quién la había sacado a ella? Si había sido Luke, ¿dónde estaba?

Glass se incorporó con dificultad y sintió las piernas temblorosas como si apenas pudieran sostenerla. Estiró las rodillas para evitar que se le doblaran y

extendió los brazos para recuperar el equilibrio. Al pararse en el agua helada, percibió cómo le subía el frío por las piernas. Inhaló profundamente y sintió cómo se le aclaraba un poco la cabeza aunque las piernas le seguían temblando. Dio unos cuantos pasos titubeantes y su pie chocó contra unas rocas bajo la superficie.

Glass miró hacia abajo e inhaló de nuevo. Había suficiente luz de luna para distinguir que el agua estaba teñida de un tono rosado oscuro. ¿La contaminación y la radiación del Cataclismo habían hecho que los lagos cambiaran de color? ¿O existía un área en la Tierra donde el agua era naturalmente rosada? Nunca prestó mucha atención en sus tutoriales de geografía de la Tierra, algo de lo cual empezaba a arrepentirse más y más con cada segundo que pasaba. Pero escuchó un grito afligido brotar de un cuerpo desplomado en el suelo y eso le proporcionó la dolorosa respuesta: el color no se debía a un efecto secundario de largo plazo de la radiación. El agua estaba teñida de sangre.

Glass se estremeció pero dio unos cuantos pasos titubeantes hacia la mujer que había gritado. Estaba tirada en la orilla con la mitad inferior del cuerpo sumergida en el agua que se enrojecía rápidamente. Glass se agachó y le tomó la mano.

—No te preocupes, vas a estar bien —le dijo con la esperanza de que su voz transmitiera más confianza de la que ella sentía. La mujer tenía los ojos muy abiertos por el miedo y el dolor.

—¿Sabes dónde está Thomas? —jadeó.

—¿Thomas? —repitió Glass y buscó en el paisaje ensombrecido de cuerpos y escombros del choque. Necesitaba encontrar a Luke. Lo único más aterrador que estar en la Tierra era la noción de que Luke estuviera tirado en alguna parte por ahí, herido y solo.

—Mi hijo, Thomas —dijo la mujer y apretó la mano de Glass—. Estábamos en cápsulas diferentes. Mi vecina —su voz se entrecortó al ahogar un grito de angustia—, ella me prometió que lo cuidaría.

—Lo encontraremos —le dijo Glass e hizo un gesto de dolor al sentir que las uñas de la mujer se le enterraban en la piel. Albergó la esperanza de que esa primera oración que pronunció en la Tierra no resultara ser una mentira. Recordó la escena caótica de la cual apenas había logrado escapar en la nave: los cuerpos sofocados que llenaban la plataforma de despegue, presionados unos contra otros, desesperados por conseguir uno de los lugares restantes en las cápsulas para escapar de la Colonia. Los padres frenéticos que se habían

separado de sus hijos. Los niños con labios azules, en estado de choque, buscando familiares que probablemente nunca volverían a ver.

Glass logró zafarse de la mujer cuando dejó caer su mano al agua con un grito de dolor.

—Lo buscaré —dijo Glass con voz temblorosa y empezó a alejarse—. Lo vamos a encontrar.

Sintió cómo la culpa se le acumulaba en el estómago y casi fue suficiente para hacerla detenerse, pero sabía que debía seguir adelante. No podía hacer nada para aliviar el sufrimiento de esa mujer. No era médico como la novia de Wells, Clarke. Ni siquiera era una persona que disfrutara de la compañía de la gente, como Wells o Luke, que siempre pronunciaban las palabras correctas en los momentos correctos. Sólo había otra persona en el planeta a quien podía ayudar y debía encontrarlo antes de que fuera demasiado tarde.

—Lo siento —susurró Glass y miró a la mujer que tenía el rostro contraído por el dolor—. Regresaré por ti. Debo ir a encontrar a mi... a alguien.

La mujer asintió con la mandíbula apretada y cerró los ojos con fuerza. Las lágrimas brotaron tras sus párpados.

Glass se obligó a mirar en otra dirección y se alejó caminando. Entrecerró los ojos para intentar encontrarle sentido a la escena que tenía enfrente. La combinación de oscuridad, mareo, humo y el impacto de estar en la Tierra hacía que todas las imágenes parecieran borrosas. Las cápsulas habían aterrizado a la orilla de un lago y había un montón de chatarra humeante tirada por todos lados. A la distancia, alcanzaba a distinguir una línea de árboles, pero estaba demasiado angustiada para prestarles atención y los vio sólo de reojo. ¿De qué servían los árboles o incluso las flores si Luke no estaba ahí para ver todo eso con ella?

Sus ojos pasaban rápidamente de un sobreviviente herido al siguiente. Un anciano estaba sentado sobre un segmento de metal de las cápsulas con la cabeza entre las manos. Un niño pequeño con el rostro ensangrentado estaba solo, parado a pocos metros de un amasijo de cables ardientes y chisporroteantes. El pequeño no era consciente del peligro, así que estaba mirando distraído al cielo, como si estuviera buscando la manera de regresar a casa.

Por todas partes yacían cuerpos destrozados de los muertos. Personas que aún tenían los fantasmas de sus despedidas desgarradoras en los labios, personas que ni siquiera habían tenido la oportunidad de vislumbrar el cielo

azul por el cual habían sacrificado todo. Habrían estado mejor de haberse quedado a compartir su último aliento rodeados de sus amigos y familiares en vez de terminar ahí, solos.

Glass seguía sintiéndose un poco insegura al caminar y avanzó hacia los cuerpos más cercanos que yacían en el suelo. Rezaba por que ninguno de esos rostros sin vida tuviera la barbilla fuerte de Luke, su nariz angosta o su cabello rubio rizado. Suspiró con alivio agrídulce al ver la cara de la primera persona. No era Luke. Avanzó, sintiendo tanta angustia como esperanza, hacia el siguiente cuerpo. Y al siguiente. Contuvo el aliento cada vez que movía a alguien para ponerlo de espaldas o cuando les quitaba de encima pedazos pesados de la nave. Con cada desconocido herido y ensangrentado, exhalaba y se permitía pensar que Luke tal vez seguía vivo.

—¿Estás bien?

Sorprendida, Glass volteó bruscamente en dirección a la voz. Un hombre con una herida grande sobre el ojo izquierdo la miraba con expresión inquisitiva.

—Sí, estoy bien —respondió ella automáticamente.

—¿Estás segura? El estado de choque puede hacerle cosas muy extrañas al cuerpo.

—Estoy bien. Sólo estoy buscando... —dejó inconclusa su respuesta porque no lograba transformar en palabras la masa de pánico y esperanza que se le agolpaba en el pecho.

El hombre asintió.

—Bien. Yo ya revisé esta zona, pero si encuentras algún sobreviviente que yo haya pasado por alto, sólo grítame. Estamos reuniendo a los heridos allá —señaló con un dedo hacia la oscuridad donde Glass apenas alcanzaba a distinguir las siluetas de personas inclinadas sobre bultos inmóviles en el suelo.

—Hay una mujer, en el agua. Creo que está herida.

—De acuerdo, iremos por ella.

Hizo una señal a alguien que Glass no alcanzaba a ver y luego empezó a trotar. Ella sintió una extraña necesidad de llamarlo, de decirle que sería mejor que primero buscaran a Thomas. Glass estaba segura de que la mujer preferiría desangrarse en el agua que enfrentar una vida en la Tierra sin la única persona que hacía que valiera la pena vivir. Pero el hombre ya se había marchado.

Glass respiró profundamente y se obligó a seguir moviéndose, pero sus

pies ya no parecían estar conectados con su cerebro. Si Luke no estaba herido, ¿no la hubiera encontrado ya? El hecho de que no hubiera escuchado su voz grave llamándola entre todo el escándalo quería decir que, en el mejor de los casos, estaba tirado en alguna parte en tan mal estado que no podía caminar. Y en el peor...

Glass intentó resistirse a los pensamientos negativos, pero era como intentar alejar una sombra. Nada podía mantener la oscuridad fuera de su mente. Sería inimaginablemente cruel perder a Luke apenas unas horas después de haberse reunido. No podía volver a pasar por eso, no después de lo que le había ocurrido a su madre. No. Intentó ahogar un sollozo y se puso de puntas para mirar a su alrededor. Ya había más luz. Algunos de los sobrevivientes estaban usando los fragmentos en llamas de la cápsula como antorchas improvisadas, pero esa luz irregular y parpadeante no ofrecía mucho consuelo. Donde quiera que volteara, Glass se topaba con imágenes de cuerpos destrozados y rostros llenos de pánico que emergían de las sombras.

Los árboles estaban más cercanos ya. Alcanzaba a distinguir la corteza, las ramas retorcidas, las copas con sus hojas. Después de pasar toda la vida mirando sólo un árbol, le resultaba sorprendente ver tantos juntos; era como dar la vuelta a la esquina y encontrarse con una docena de clones de su mejor amigo.

Glass volteó hacia un árbol especialmente grande y ahogó un grito. Un chico con cabello rizado estaba recargado contra el tronco.

Un chico con uniforme de guardia.

—¡Luke! —gritó Glass y empezó a correr con dificultad. Al irse acercando vio que él tenía los ojos cerrados. Estaba inconsciente o...

—¡Luke! —gritó de nuevo antes de que la idea pudiera empezar a consolidarse.

Sentía todas sus extremidades torpes y electrizadas al mismo tiempo, como un cadáver reanimado. Intentó acelerar pero parecía como si el suelo la estuviera deteniendo. Incluso a unos doce metros de distancia pudo estar segura: era Luke. Tenía los ojos cerrados y su cuerpo estaba inmóvil, pero respiraba. *Estaba vivo.*

Glass llegó a su lado y cayó de rodillas; tuvo que resistirse a las ganas de lanzarse sobre él. No quería lastimarlo más.

—Luke —susurró—. ¿Puedes oírme?

Estaba pálido y tenía una cortadura profunda sobre el ojo. Le salía sangre

que corría por el puente de su nariz. Glass tiró de la manga de su blusa y presionó la tela contra la herida. Luke gimió un poco pero no se movió. Ella presionó con un poco más de fuerza para intentar detener el sangrado e inspeccionó su cuerpo. Notó que tenía la muñeca izquierda amoratada e hinchada, pero aparte de eso, no le veía más heridas. A Glass se le llenaron los ojos de lágrimas por el alivio y la gratitud y permitió que corrieran por sus mejillas. Después de unos minutos, retiró la manga y volvió a examinar la herida. Parecía ser que el sangrado ya se había detenido.

Glass le colocó una mano sobre el pecho.

—Luke —dijo con suavidad y le acarició la clavícula con los dedos—. Luke. Soy yo. Despierta.

Luke se movió al escuchar su voz y Glass dejó escapar un sonido desgarrado que era parte risa y parte sollozo. Él gimió y sus párpados aletearon un poco para luego volver a cerrarse.

—Luke, despierta —repitió Glass y luego le acercó la boca a la oreja como hacía en las mañanas cuando estaba a punto de hacersele tarde para el trabajo—. Vas a llegar tarde —dijo con una pequeña sonrisa.

Él abrió los ojos de nuevo, lentamente, y la miró. Intentó hablar pero no pudo emitir sonido. En vez de eso, le sonrió de regreso.

—Hola —dijo Glass y sintió cómo su miedo y su pesar se desvanecían por un momento—. Todo está bien. Estás bien. Ya estamos aquí, Luke. Lo logramos. Bienvenido a la Tierra.

CAPÍTULO 2

WELLS

—Te ves exhausto —dijo Sasha y ladeó la cabeza de manera que su cabello negro y largo se le desparramó por el hombro—. ¿Por qué no te vas a dormir?

—Prefiero estar aquí contigo —dijo Wells intentando disimular su bostezo y convertirlo en una sonrisa. No era difícil. Cada vez que veía a Sasha, notaba algo que lo hacía sonreír. La manera en la que sus ojos verdes brillaban en la luz parpadeante de la fogata. Cómo las pecas de sus pómulos pronunciados le podían resultar tan fascinantes como a ella le parecían las constelaciones en el cielo nocturno. En ese momento eso estaba viendo, con la barbilla apuntando hacia arriba mientras estudiaba los cielos asombrada.

—No puedo creer que *vivieras* allá arriba —dijo en voz baja para luego encontrar la mirada de Wells con sus ojos—. ¿No lo extrañas? ¿Estar rodeado de estrellas?

—Es mucho más hermoso acá abajo —dijo Wells. Levantó una mano, puso su dedo en la mejilla de Sasha y luego trazó suavemente el camino de una peca a otra—. Podría ver tu rostro toda la noche. No podía hacer eso con la Osa Mayor.

—Me sorprendería si duraras más de cinco minutos. Apenas puedes mantener los ojos abiertos.

—Ha sido un día muy largo.

Sasha arqueó una ceja y Wells sonrió. Ambos sabían que eso era poco decir. En las últimas horas, habían corrido a Wells del campamento por ayudar a Sasha, la exprisionera de los cien, a escapar. Eso fue antes de que se encontraran con Clarke y Bellamy, quienes acababan de rescatar a la hermana de Bellamy, Octavia, demostrando así que la gente de Sasha, los Terrícolas, no era el enemigo que parecía ser. Eso por sí solo ya hubiera sido demasiado para explicarle al resto de los miembros del campamento, quienes en su

mayoría seguían un poco incómodos alrededor de Sasha; sin embargo, era sólo el comienzo. Apenas esa noche, Bellamy y Wells habían descubierto algo sorprendente. Aunque Wells, el hijo del canciller, había crecido en la zona privilegiada de Fénix y Bellamy, un huérfano, apenas había logrado sobrevivir en Walden, eran medios hermanos.

Era demasiado para procesar. Aunque Wells se sentía básicamente feliz, la sorpresa y la confusión evitaban que comprendiera del todo la dimensión de la noticia. Eso y el hecho de que llevaba mucho tiempo sin poder dormir bien durante las noches. En las últimas semanas se había convertido en el líder de facto del campamento. No era una posición que él hubiera buscado necesariamente, pero su entrenamiento como oficial combinado con esa fascinación que tuvo toda la vida por la Tierra, hacían que contara con cierto conjunto de habilidades. Sin embargo, aunque le agradaba poder ayudar y estaba agradecido por la confianza del grupo, la posición implicaba una enorme responsabilidad.

—Tal vez descanse un minuto —dijo y bajó los codos al suelo. Luego se recostó boca arriba con la cabeza en el regazo de Sasha. Aunque él y Sasha estaban sentados aparte del resto del grupo reunido alrededor de la fogata, el crujir de las flamas no alcanzaba a ahogar el ruido de las discusiones nocturnas habituales. Era cuestión de tiempo para que alguien se acercara rápidamente a quejarse de que alguien más le había quitado el catre, o le pedirían a Wells que decidiera en una disputa sobre a quién le tocaba ir por agua, o le preguntarían qué debían hacer con las sobras de lo que habían cazado ese día.

Wells suspiró mientras Sasha le pasaba los dedos por el cabello y, por un momento, se olvidó de todo excepto la calidez de la piel que lo tocaba mientras dejaba que su cabeza se hundiera en el regazo de la chica. Olvidó la semana terrible que habían tenido, la violencia que habían presenciado. Olvidó haber encontrado el cuerpo de su amiga Priya. Olvidó que le habían disparado a su padre frente a él, durante una pelea con Bellamy, quien estaba desesperado por abordar una de las cápsulas con su hermana. Olvidó el fuego que había destruido su campamento original y que había terminado con la vida de la amiga de Clarke, Thalia. Esa tragedia terminó por romper los últimos vínculos restantes del romance que tuvo con Clarke.

Tal vez él y Sasha podrían pasar toda la noche en el claro. Era la única manera en que lograrían tener algo de privacidad. Sonrió al pensar en eso y sintió cómo iba perdiéndose en el sueño.

—¿Qué demonios? —dijo Sasha y repentinamente dejó de mover la mano. Su tono sugería ansiedad.

—¿Qué pasó? —preguntó Wells y abrió los ojos de par en par—. ¿Está todo bien?

Se sentó y recorrió de inmediato el claro con la mirada. La mayoría de los cien seguían reunidos en grupos alrededor de la fogata, hablando en voces bajas que se fundían en un murmullo tranquilizante. Pero luego su mirada se posó en Clarke y, aunque ella estaba acurrucada junto a Bellamy, pudo notar que estaba concentrada en otra cosa por completo. A pesar de que sus sentimientos intensos y abrasadores por ella ya habían evolucionado para convertirse en algo más similar a una amistad verdadera, de todas formas era capaz de leerla como una tableta. Conocía todas sus expresiones: la manera en que apretaba los labios concentrada cuando estaba estudiando un procedimiento médico, cómo prácticamente le brillaban los ojos cuando hablaba sobre alguno de sus intereses extraños, como la clasificación biológica o la física teórica. En ese momento, tenía el entrecejo fruncido con gesto de preocupación e inclinaba la cabeza hacia atrás, evaluando y calculando algo en el cielo. Bellamy también volteaba hacia arriba y su expresión se tornó seria de pronto. Volteó y le susurró algo a Clarke en el oído, un gesto íntimo que en otra época hubiera hecho que a Wells le diera un vuelco el estómago, pero que ahora sólo lo llenaba de aprensión.

Wells miró al cielo pero no notó nada fuera de lo común. Sólo estrellas. Sasha seguía mirando el cielo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Wells y colocó una mano en su espalda.

—Ahí —respondió Sasha con voz tensa y señaló directamente hacia la noche, muy por arriba de la cabaña que funcionaba como hospital y los árboles que rodeaban el claro. Ella conocía ese cielo igual de bien que él las estrellas. Como Terrícola, había estado mirando al cielo toda su vida, pero él había mirado siempre hacia abajo. Wells miró hacia el sitio donde ella apuntaba y la vio: una luz brillante que se movía rápidamente y se dirigía a la Tierra. Hacia ellos. Justo detrás venía otra y luego dos más. Juntas parecían como una lluvia de estrellas que caía sobre la pacífica reunión alrededor de la fogata.

Wells inhaló profundamente y todo su cuerpo se puso rígido.

—Las cápsulas —dijo en voz baja—. Están bajando. Todas.

Sintió que el cuerpo de Sasha se tensaba junto al de él. Le pasó un brazo por los hombros y la acercó a él mientras miraban en silencio las naves que

descendían. Por un instante, su respiración se sincronizó.

—¿Crees... crees que tu padre venga en una de ellas? —preguntó Sasha, obviamente intentando sonar como si tuviera más esperanzas de las que tenía. Aunque los Terrícolas ya habían aceptado compartir el planeta con cien delincuentes juveniles exiliados, Wells tenía la sensación de que enfrentarse a toda la población de la Colonia sería algo completamente distinto.

Wells permaneció en silencio mientras la esperanza y el temor luchaban por dominar en su cerebro ya de por sí cansado. Existía la posibilidad de que la lesión de su padre no hubiera sido tan grave como aparentaba, que se hubiera recuperado completamente y estuviera en camino a la Tierra. Por otro lado, también existía la posibilidad de que el canciller siguiera aferrándose a la vida en el centro médico de la nave o, peor aún, que ya estuviera flotando, inmóvil y silencioso, entre las estrellas. ¿Qué haría si su padre no desembarcaba de una de esas cápsulas? ¿Cómo podría Wells continuar con su vida sabiendo que nunca tendría la oportunidad de ganarse el perdón del canciller tras los delitos terribles que cometió en la Colonia?

Wells apartó la vista del cielo y volteó hacia el otro lado de la fogata. Clarke había volteado y se miraron a los ojos. El gesto hizo que la gratitud desbordara en Wells. No tenían que intercambiar una sola palabra. Ella comprendía su mezcla de alivio y miedo. Sabía todo lo que él podía perder o ganar en el momento que se abrieran esas puertas.

—Va a estar tan orgulloso de ti —dijo Sasha y le apretó la mano. A pesar de su ansiedad, Wells sintió que su rostro se suavizaba para esbozar una sonrisa. Sasha también entendía. Aunque ella no conocía al padre de Wells, aunque nunca fue testigo de su relación complicada, ella también sabía lo que implicaba crecer con un padre responsable del bienestar de toda una comunidad. O, en el caso de Wells, un padre responsable de todos los sobrevivientes conocidos de la raza humana. El padre de Sasha era el líder de los Terrícolas, así como el padre de Wells era el líder de la Colonia. Ella sabía lo que implicaba cargar con el peso de ese deber. Sasha entendía que ser un líder era tanto un sacrificio como un honor.

Wells miró alrededor de la fogata, estudió las caras delgadas y exhaustas de los casi cien adolescentes que habían sobrevivido a las traumáticas primeras semanas en la Tierra. Normalmente, al verlos, sentía distintos niveles de preocupación porque empezaba a pensar con angustia en los alimentos y otras provisiones que rápidamente se estaban terminando, pero en el momento, lo único que sintió fue alivio. Alivio y orgullo. Lo habían

logrado. Habían desafiado las probabilidades, habían sobrevivido, y la ayuda ya venía en camino. Aunque su padre no viniera a bordo de una de esas cápsulas, seguramente las naves vendrían cargadas de grandes cantidades de raciones, herramientas, medicinas... todo lo que necesitaban para sobrevivir el próximo invierno y lo que trajera el futuro.

No podía esperar a ver las caras de los recién llegados cuando se dieran cuenta de todo lo que habían logrado los cien. Por supuesto, habían cometido algunos errores y habían tenido pérdidas horribles (Asher y Priya, casi Octavia) pero también habían tenido triunfos.

Wells volteó y se dio cuenta de que Sasha lo miraba con preocupación. Sonrió y, antes de que ella tuviera tiempo de reaccionar, enredó los dedos en su cabello brillante y acercó sus labios a los de ella. Al principio ella pareció sorprenderse, pero después se relajó ante su contacto y le devolvió el beso. Él recargó su frente en la de ella por un momento, para poner en orden sus ideas, y luego se puso de pie. Era el momento de decirle a los demás.

Miró rápidamente a Clarke para buscar su consentimiento en silencio. Ella apretó los labios, miró un instante a Bellamy y luego vio a Wells a los ojos y asintió.

Wells se aclaró la garganta, con lo cual captó la atención de algunas personas, aunque no todas.

—¿Me pueden escuchar todos? —preguntó levantando la voz para que lo pudieran escuchar a pesar del murmullo de conversaciones y el crujir de las flamas.

A unos cuantos metros de distancia, Graham intercambió una risa burlona con uno de sus amigos arcadianos. Cuando aterrizaron en la Tierra, él fue quien estuvo al frente del grupo que se opuso a Wells e intentó convencer a los demás de que el hijo del canciller era un espía. Y aunque la mayoría de los cien eran ahora leales a Wells, Graham no había perdido todo su poder: todavía había una buena porción de los cien que le tenían más miedo a Graham que confianza a Wells.

Lila, una waldenita atractiva que admiraba a Graham, le susurró algo a éste al oído y luego rio en voz alta, por lo que él murmuró de regreso.

—¿Se podrían callar? —dijo Octavia bruscamente y con una mirada severa—. Wells está intentando hablar.

Lila miró a Octavia con furia y dijo algo entre dientes, pero Graham parecía un poco divertido. Tal vez era porque Octavia había pasado menos tiempo que los demás en el campamento, pero ella era de las pocas que no se

sentían intimidadas por Graham y estaba dispuesta a confrontarlo.

—¿Qué pasa, Wells? —preguntó Eric. El arcadiano alto de expresión seria estaba tomado de la mano con su novio, Félix, quien recientemente se había recuperado de una enfermedad misteriosa. Aunque Eric era poco expresivo por naturaleza, su alivio al ver que Félix recuperaba la salud había sido más poderoso que su discreción. Wells no había visto que se soltaran de la mano en todo el día.

Wells sonrió. Pronto no tendrían que preocuparse por combatir enfermedades desconocidas. En las cápsulas seguramente vendrían doctores bien capacitados. Doctores con más medicina de la que habían visto en la Tierra durante siglos.

—Lo logramos —dijo Wells incapaz de contener su emoción—. Permanecemos con vida el tiempo suficiente para demostrar que se puede sobrevivir en la Tierra y los demás ya vienen en camino —señaló al cielo con una sonrisa.

Docenas de cabezas miraron rápidamente hacia arriba. Las flamas parpadeantes se reflejaban en sus rostros. El claro se reavivó con un coro de gritos, aderezado con unas cuantas malas palabras, y todos se pusieron rápidamente de pie. Las naves ya venían volando bajo, descendían rápidamente y aceleraban en su ingreso a la Tierra.

—¡Viene mi mamá! —dijo una niña llamada Molly que brincaba de un lado a otro—. Me prometió que llegaría en la primera cápsula.

Dos chicas de Walden se abrazaron y empezaron a gritar mientras Antonio, un waldenita, normalmente alegre, que se había tornado serio en los últimos días, empezó a murmurar para sí mismo: “Lo logramos... lo logramos...”

—Recuerden lo que nos dijo mi padre —gritó Wells para que lo escucharan a pesar del ruido—. Nos perdonarán todos nuestros delitos. A partir de este momento somos ciudadanos normales otra vez —hizo una pausa y luego sonrió—. De hecho, eso no es del todo cierto. Ustedes no son ciudadanos normales, son héroes.

Se escucharon unos cuantos aplausos pero pronto los ahogó un rechinido penetrante que llenó el aire. Parecía emanar del mismo cielo y aumentaba con rapidez a un volumen ensordecedor. Todos en el claro se vieron forzados a cubrirse las orejas.

—Están a punto de aterrizar —gritó Félix.

—¿Dónde? —preguntó una chica en respuesta.

Era imposible saberlo, pero quedaba claro que las cápsulas estaban avanzando rápida e implacablemente, sin ningún control visible en su aterrizaje. Wells miró con sorpresa e impotencia cuando la primera cápsula pasó directamente sobre sus cabezas, sólo unos kilómetros sobre ellos, tan bajo que las cascadas de escombros ardientes que iba tirando quemaron las copas de los árboles más altos.

Wells maldijo en voz baja. Si los árboles se incendiaban, no importaría quién viniera en esas cápsulas, todos estarían muertos antes del amanecer.

—Perfecto —dijo Bellamy en voz lo suficientemente alta como para que todos lo escucharan a pesar del escándalo—. Arriesgamos nuestras vidas para demostrar que la Tierra es segura para que lleguen a prenderle fuego.

Su voz tenía el tono despreocupado y burlón de siempre, pero Wells podía notar que Bellamy estaba asustado. A diferencia de los demás, se había introducido por la fuerza a la cápsula y, en consecuencia, hizo que le dispararan al canciller. No había manera de saber si le perdonarían sus crímenes o si los guardias tenían órdenes de dispararle en cuanto lo vieran.

Cuando la cápsula pasó sobre el claro, Wells alcanzó a ver las letras que tenía en el costado: Trillion Galactic. Era el nombre de la compañía que construyó las naves varias generaciones atrás. Se le hizo un nudo en el estómago al darse cuenta de que una iba volando de lado, formando un ángulo de cuarenta y cinco grados con la Tierra. ¿Qué podría significar eso para los tripulantes en la cabina? La cápsula dejó atrás el claro y desapareció tras las copas de los árboles más altos para continuar su descenso hasta perderse de su línea de visión.

Wells contuvo el aliento, esperando. Después de un momento tortuoso, se vio un destello de luz y fuego que explotó más allá de los árboles. Estaba al menos a unos cuantos kilómetros de su campamento pero parecía tan brillante como una tormenta solar. Un milisegundo después llegó el sonido del choque, un tronido profundo que ahogó todos los demás ruidos. Antes de que cualquiera pudiera procesar lo que acababan de ver, la segunda cápsula pasó directamente sobre sus cabezas y aterrizó de la misma manera catastrófica provocando más luz y ruido. La siguió la tercera cápsula.

Cada choque sacudía el suelo y Wells podía sentir las vibraciones violentas que subían por sus pies hasta su estómago. ¿Eso habría sucedido cuando se estrellaron? Su aterrizaje también había sido terrible y unas cuantas personas habían muerto. Los terribles sonidos cesaron abruptamente. Cuando la Tierra volvió a sumirse en el silencio se pudieron ver flamas ascendiendo a

los cielos, coloreando la oscuridad y el humo empezó a elevarse en columnas rizadas. Wells apartó la mirada de los árboles y devolvió su atención a los demás. Sus rostros, iluminados con la luz anaranjada de arriba, hacían la misma pregunta que se repetía una y otra vez en su mente: *¿Alguien podría haber sobrevivido a eso?*

—Tenemos que ir con ellos —dijo Eric con firmeza y alzó la voz para que lo escucharan por encima del coro de gritos ahogados y murmullos nerviosos.

—¿Cómo los vamos a encontrar? —preguntó Molly temblando. Wells sabía que ella detestaba entrar al bosque, en especial en la noche.

—Parece que aterrizaron cerca del lago —respondió Wells mientras se apretaba las sienes formando círculos con sus dedos—. Pero podrían estar mucho más lejos —*si alguien siquiera sobrevivió*, pensó. No necesitaba decirlo en voz alta. Todos estaban pensando lo mismo. Wells volvió a mirar hacia el sitio del choque. Las flamas que subían entre los árboles empezaban a disminuir y se encogían en el bosque—. Será mejor que empecemos a avanzar. Cuando ese incendio se apague, no habrá manera de que los encontremos en la oscuridad.

—Wells —murmuró Sasha y le puso una mano en el hombro—, tal vez deberían esperar a la mañana. No es seguro.

Wells titubeó. Sasha tenía razón sobre el peligro. Existía una facción violenta de Terrícolas que se había rebelado contra el padre de Sasha y que ahora recorría los bosques entre Mount Weather y el campamento de los cien. Ellos secuestraron a Octavia y mataron a Asher y Priya. Pero Wells no podía soportar la idea de que hubiera colonos heridos y asustados esperando que llegaran a ayudarlos.

—No iremos todos —le dijo Wells al grupo—. Sólo necesito unos cuantos voluntarios para que llevemos materiales para primeros auxilios y para que traigamos a todos de regreso al campamento.

Miró el claro en el cual habían trabajado tanto para convertirlo en su hogar y sintió orgullo.

Octavia dio unos pasos hacia Wells de modo que quedó en el centro del círculo. Sólo tenía catorce años pero, a diferencia de otros de los miembros más jóvenes del grupo, no se avergonzaba de hablar.

—Yo digo que los dejemos y que nos encuentren por su cuenta —dijo con la barbilla en alto en un gesto desafiante—. O, mejor aún, pueden quedarse donde estén. Ellos básicamente nos sentenciaron a muerte cuando

nos enviaron acá abajo. ¿Por qué deberíamos arriesgar nuestras vidas para rescatarlos?

Se escuchó un murmullo aprobatorio recorrer al grupo. Octavia echó un vistazo a su hermano, como para buscar su apoyo, pero Wells vio que Bellamy tenía una expresión indescifrable.

—¿Estás bromeando? —preguntó Félix y miró a Octavia desanimado. Tenía la voz todavía débil por la enfermedad y su ansiedad era muy clara—. Si existe siquiera la más remota posibilidad de que mis padres estén allá, entonces debo intentar encontrarlos. Esta noche —dio un paso para acercarse a Eric, quien lo abrazó de los hombros y lo atrajo hacia él.

—Y yo iré con él —agregó Eric.

Wells recorrió el grupo con la mirada en busca de Clarke y Bellamy. Ambos lo vieron a los ojos y luego Clarke tomó a Bellamy de la mano y caminaron por el borde exterior del grupo hacia el lugar donde estaba Wells.

—Yo también debo ir —dijo Clarke en voz baja—. Probablemente habrá personas heridas que requieran de mi ayuda.

Wells miró a Bellamy. Anticipaba que pondría alguna objeción por el riesgo. Pero él estaba tenso y callado, mirando hacia la oscuridad detrás de Wells. Tal vez sabía que era inútil discutir con Clarke cuando estaba decidida a hacer algo.

—Está bien —dijo Wells—. Alistémonos. La mayoría de ustedes deberá quedarse aquí y alistar el campamento para los recién llegados.

Clarke corrió a la cabaña que usaban como hospital para conseguir algunos medicamentos y Wells pidió a otras personas que buscaran agua potable y mantas.

—Eric, consigue algo de comida, lo que sea que tengamos.

Mientras su equipo se apresuraba a prepararse, Wells volteó a ver a Sasha, que todavía estaba junto a él con los labios apretados, concentrada.

—Deberíamos llevar algo que podamos usar como camilla —dijo Sasha al final mirando a su alrededor—. Probablemente algunos no podrán caminar de regreso —se dirigió hacia la carpa donde estaban las provisiones sin esperar a que Wells le respondiera. Él salió trotando detrás de ella.

—Es buena idea —dijo y empezó a caminar al lado de Sasha—. Pero no creo que sea buena idea que vengas con nosotros.

Ella se detuvo abruptamente.

—¿De qué hablas? Ninguno de ustedes conoce el terreno tan bien como yo. Si alguien puede llevarlos y traerlos a salvo soy yo.

Wells suspiró. Sasha tenía razón, por supuesto, pero sólo de pensar que tendría que enfrentarse a cientos de colonos y, probablemente, muchos guardias armados, que no tenían idea de que los Terrícolas siquiera existían, lo hacía sentir una descarga de miedo. Recordó la sorpresa y desorientación que sintió cuando la vio por primera vez: fue como si de pronto toda su comprensión del universo quedara en entredicho. Al principio, ciertamente no confió en ella. El resto del grupo necesitó aun más tiempo para creerle cuando les dijo que pertenecía a una comunidad pacífica de gente que vivía en la Tierra.

Wells cambió de postura y se movió incómodo sin apartar la vista de los ojos almendrados de Sasha, que ya destellaban desafiantes. Era hermosa y era todo menos frágil. Le había demostrado lo bien que podía cuidarse sola y no necesitaba que él la protegiera. Pero toda la fuerza e inteligencia del mundo no serían suficientes para detener una bala si algún guardia de pronto sentía pánico.

—No quiero que te lastimen —dijo tomándola de la mano—. Todos creen que el planeta está vacío. Probablemente no sea el momento adecuado para que se enteren de la existencia de los Terrícolas. Estarán muy desorientados y asustados. Los guardias podrían hacer algo estúpido.

—Pero los voy a ayudar —dijo Sasha con una mezcla de paciencia y confusión—. Les quedará bastante claro que no soy su enemiga.

Wells guardó silencio y pensó en todos los patrullajes que había realizado durante su entrenamiento como oficial. La gente que había visto arrestada por delitos tan insignificantes como violar el toque de queda por cinco minutos o entrar accidentalmente a un área restringida. Sabía que ese orden estricto había sido absolutamente necesario en la nave y sería difícil que los guardias abandonaran su mantra de disparar primero y averiguar después.

—Lo que tienes que comprender sobre mi gente...

Ella lo interrumpió colocándole las manos en los hombros. Se puso de puntas y lo silenció con un beso.

—Tu gente es mi gente ahora.

—Espero que no escriban mal esa cita en los libros de historia —dijo él con una sonrisa.

—Pensé que tú querías escribir ese libro —bromeó Sasha y adoptó un tono de voz que Wells asumió era la versión Terrícola de la pedantería—. *Un relato de primera mano del regreso del hombre a la Tierra*. Suena como algo muy divertido de leer excepto por el hecho de que, no sé, algunos nunca

dejaron la Tierra.

—Ten cuidado o me tomaré algunas libertades artísticas con tu descripción.

—¿Qué? ¿Dirás que soy horriblemente fea? Como si me importara.

Wells extendió la mano y le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Diré que eras tan hermosa que me hacías hacer cosas ridículas y arriesgadas.

Ella sonrió y, por un momento, el cerebro de Wells se vació y no pudo pensar salvo en lo mucho que quería volverla a besar. Luego, su embobamiento se disipó cuando escucharon unas voces que les hablaban desde la oscuridad.

—¿Wells? Estamos listos.

El olor amargo del humo proveniente del sitio del choque empezaba a filtrarse entre los árboles y les llenaba la nariz.

—De acuerdo —le dijo a Sasha con voz firme—. Vamos.

CAPÍTULO 3

CLARKE

Clarke se quedó mirando la escena del choque. Sus ojos se esforzaban por ver en la oscuridad, esperando el momento inevitable en el cual se activaría su entrenamiento, cuando sus instintos anestesiaran su pánico. Pero mientras estaba en el borde de esa gran extensión de restos de nave, absorbiendo con la mirada toda la destrucción, lo único que sintió fue horror.

La situación era mucho peor que cuando aterrizaron los cien. Por lo que alcanzaba a ver, habían aterrizado tres cápsulas que quedaron separadas entre sí apenas por una docena de metros. Era increíble que no hubieran caído una sobre la otra. Las carcasas de metal irregulares emergían de la Tierra a la orilla del lago y se elevaban sobre su superficie. Había cuerpos inmóviles regados por todas partes. Los incendios casi se habían apagado pero la peste del metal ardiente flotaba densa en el aire.

Pero lo peor no eran tantos cuerpos sino el creciente número de heridos. Haciendo un conteo rápido, Clark calculó que habría unos trescientos cincuenta sobrevivientes, más o menos, con distintos niveles de gravedad.

—Santo... —dijo Wells a su lado sin terminar la frase. Pero en cuestión de momentos, su expresión se endureció y se convirtió en resolución—. Está bien —dijo inhalando profundamente—. ¿Por dónde empezamos?

El cerebro de Clarke se puso en acción y una tranquilidad familiar la inundó al empezar a clasificar mentalmente a la gente que alcanzaba a ver, separando a los que tenían extremidades rotas de los que se sentaban por su cuenta, empezando por los niños y siguiendo según la edad.

Podían hacerlo. Ella podía hacerlo. Cada cápsula debía estar provista de botiquines de primeros auxilios. Tendría más material para trabajar en esta ocasión y había aprendido muchísimo a lo largo de las últimas semanas. Además, entre los pasajeros debía haber al menos uno o dos doctores

calificados. Albergaba la esperanza de que se contaran entre los supervivientes. Hizo un gesto de malestar al sentir que la pesadumbre se extendía por su pecho. Necesitaba a sus padres más que nunca pero no estaba más próxima a encontrarlos que unos días antes, cuando salió del campamento.

—Empieza separándolos por grupos —le dijo a Wells, Sasha y los demás miembros del equipo de rescate—. Dejen a los que tengan las lesiones más graves donde estén y lleven de regreso al campamento a todos los que puedan caminar.

—¿Y la gente que esté en medio? —preguntó Eric—. ¿Los dejamos descansar aquí o les decimos que se muevan?

—Todos tienen que irse lo más rápido posible —respondió Wells antes de que Clarke pudiera contestar—. Las cápsulas podrían explotar en cualquier momento. Nos dividiremos en dos equipos. Una mitad empezará desde la izquierda y la otra desde la derecha.

Clarke asintió y distribuyó vendas y otros artículos básicos de primeros auxilios y luego se dirigió al centro del choque. Pasó por encima de pilas de metal retorcido y trozos de fibra de vidrio y se arrodilló al lado de un niño pequeño que tenía la piel oscura llena de ceniza gris. Estaba sentado con las rodillas abrazadas y veía directamente al frente con los ojos muy abiertos y lloriqueando.

—Hola —dijo Clarke y le puso la mano en el hombro—. Soy Clarke. ¿Cómo te llamas?

Él no respondió. No dio ninguna señal de siquiera haber escuchado a Clarke o de haber sentido la presión de su mano.

—Sé qué estás asustado. Pero todo estará bien. Te va a encantar este lugar, te lo prometo.

Se puso de pie y llamó a Eric, quien corrió hacia ella.

—El niño está bien. Sólo en estado de choque. ¿Puedes encontrar a alguien que lo cuide?

Eric asintió, levantó al pequeño en brazos y se alejó rápidamente.

A la izquierda, Clarke alcanzaba a ver a Wells tranquilizando a una mujer de edad mediana. La ayudó a ponerse de pie y la llevó con Sasha, quien estaba ya lista para llevarse al primer grupo de supervivientes de vuelta al campamento. Un escalofrío le recorrió la espalda a Clarke cuando vio a un joven con uniforme de guardia entre ellos. Bellamy había prometido mantenerse fuera de la vista por el momento, pero haría falta poco para

provocarlo y que entrara en una confrontación. ¿Y si le pasaba algo mientras ella no estaba?

—¡Clarke! —dijo alguien y al voltear vio a Félix que le hacía señas—. Necesitamos tu ayuda por acá.

Ella se apresuró hacia donde la llamaban y encontró a Félix hincado junto a una niña con el cabello rubio largo y enredado. Félix había intentado vendarle el brazo pero la venda ya estaba empapada en sangre.

—No para de sangrar —susurró con el rostro pálido—. Necesitas hacer algo.

—Yo la atiendo —dijo Clarke—. Tú sigue moviéndote.

Le quitó las vendas a la niña y revisó la herida.

—¿Me voy a morir? —preguntó la niña con voz ronca.

Clarke negó con la cabeza y sonrió.

—No. No voy a permitir que eso suceda por ningún motivo. ¡No antes de que tengas la oportunidad de explorar la Tierra! —buscó en su botiquín y sacó el antiséptico, rezando por encontrar más en el sitio del choque. Ya casi se le había terminado.

—¿Adivina qué vi el otro día? —dijo intentando distraer a la niña mientras se preparaba para suturar la herida profunda que tenía en el brazo—. Un conejo real, vivo.

—¿En serio?

La niña volteó a un lado, como si esperara ver a un conejo salir saltando detrás de los restos del choque.

Diez minutos después, la niña se fue con Wells. Clarke quedó libre para tratar a los que estaban más gravemente heridos. Era angustiante ver a tanta gente sintiendo dolor, pero la concentración intensa que necesitaba para tratarlos le proporcionaba un bienvenido descanso de sus preocupaciones.

Clarke había pasado los últimos días como perdida en una bruma. Cada nueva situación o revelación le resultaba más confusa que la previa. Había vuelto con Bellamy, quien de alguna manera había podido perdonarla por lo que sucedió con Lilly. Luego habían rescatado a Octavia de la facción de Terrícolas a la que pertenecía Sasha, quien a su vez rescató a Octavia del grupo separatista violento.

Pero lo que verdaderamente sorprendió a Clark fue el descubrimiento de que sus padres estaban vivos. Y estaban en la Tierra. No podía dejar de pensar que estaba soñando y que la dicha y el alivio que sentía borbotear en su pecho se convertirían en fragmentos tajantes de pena y dolor de un

momento a otro. Pero sus padres, por los que había guardado luto durante un año, no habían muerto en el espacio. De alguna manera habían logrado llegar a la Tierra e incluso habían vivido con la familia de Sasha antes de marcharse por su cuenta. Ahora sólo debía encontrar una manera de buscarlos, lo cual le parecía imposible de miles de maneras. Pero permanecer quieta sin hacer nada tampoco era una alternativa. En cuanto hiciera todo lo posible por esos sobrevivientes, retomaría sus planes de marcharse.

—Éste no está respirando —dijo Eric con gesto atormentado cuando Clarke se aproximó.

Ella se agachó y colocó la mano en el cuello del hombre. Tenía la piel tibia todavía, pero no tenía ni el más remoto susurro de pulso. Clarke apretó sus labios y luego acercó el oído al pecho del hombre, rezando por encontrar un latido. Pero no escuchó nada salvo silencio.

—No podemos hacer nada por él —dijo Clarke intentando no ver a Eric a los ojos. No quería ver el horror en su rostro. Y no quería que él notara el desamparo en el de ella.

Miró nuevamente al hombre y vio su rostro bien por primera vez. Clarke ahogó un grito y sintió como si una mano invisible le atravesara el esternón y le envolviera los dedos alrededor del corazón. Ese hombre era su tutor de biología, el señor Peters. Él le había dado acceso a Clarke al centro restringido de archivos cuando ella tenía sólo diez años para que pudiera ver fotografías de elefantes.

—¿Estás bien? —preguntó Eric.

Clarke asintió y se esforzó por controlar las lágrimas que amenazaban con nublarle la vista. ¿El señor Peters habría aguantado suficiente tiempo para ver el cielo nocturno? ¿Había podido ver la luna reflejada en el agua o habría alcanzado a oler el aroma a los árboles en el viento? ¿O había muerto sin jamás ver el planeta que pasó toda su vida admirando a la distancia?

—Dejaremos los cuerpos aquí por el momento —dijo dándole la espalda a Eric—. Es más importante tratar a los heridos.

Clarke dejó a Eric y avanzó con cuidado sobre una pila de metal retorcido y al rojo vivo para dirigirse hacia un hombre que estaba recostado de lado. Traía una bata que alguna vez fue blanca pero que estaba cubierta ya de polvo y hollín... y una mancha de sangre que se expandía lentamente. Tenía los ojos cerrados y su boca estaba retorcida en un gesto que desafiaba al dolor. Clarke casi gritó al ver el cuerpo alto y delgado con el cabello canoso a la altura de los hombros. Era el doctor Lahiri, su antiguo mentor y uno de los amigos más

antiguos de su padre. La última vez que lo vio fue cuando fue a visitarla a su celda y ella lo había acusado de traicionar a sus padres. Él la llamó traidora también y, antes de poder pensarlo, ella le soltó un puñetazo en la cara.

La ira que la había consumido aquel día se sentía ahora extrañamente distante. Aunque sin duda había traicionado a sus padres, ellos estaban vivos. Y Clarke sabía que había gente cuya responsabilidad era mayor que la del doctor Lahiri. En particular, el vicescanciller Rhodes, el hombre que había ordenado a sus padres realizar esos terribles estudios de radiación en primera instancia.

Clarke se agachó y posó su mano cerca del codo de Lahiri.

—Doctor Lahiri —dijo en lo que esperaba fuera un tono de voz que inspirara confianza—. ¿Puede escucharme? Soy Clarke.

Él abrió los ojos con dificultad y la miró durante un largo rato, como si no pudiera decidir si ella era real o una alucinación. Cuando al fin habló, lo hizo con la mandíbula apretada, como si cualquier movimiento adicional lo llevara más allá del límite del dolor tolerable.

—Clarke... estás viva.

—Sí, a pesar de sus mejores esfuerzos —dijo ella sonriendo para que él supiera que era básicamente una broma—. Permítame ver qué tiene, ¿está bien?

Él asintió ligeramente y luego cerró los ojos e hizo un gesto de dolor. Clarke le abrió la bata con cuidado y le palpó el abdomen, las costillas y el pecho. Él se encogió cuando le tocó la clavícula. Ella le abrió los ojos con cuidado, revisó sus pupilas y luego recorrió la cabeza con sus manos para encontrar alguna contusión.

—Creo que sólo es mi hombro y la clavícula —dijo el doctor Lahiri entre dientes.

—Y una contusión —agregó Clarke intentando mantener su voz neutral—. Creo que los huesos están rotos. Puedo acomodarlos y ponerle un cabestrillo, pero me temo que no tenemos muchas cosas para el dolor. ¿Trajeron medicamentos en las cápsulas?

—No sé qué haya —dijo el doctor Lahiri y Clarke sintió que se le hacía un hueco en el estómago por la decepción—. Todo sucedió tan rápido. No hubo tiempo para prepararse.

—Ya nos las arreglaremos. Lo voy a ayudar a sentarse. ¿Está listo? —se arrodilló detrás de él y colocó una mano bajo su brazo sano y la otra detrás de su omóplato—. A la cuenta de tres. Uno, dos, tres.

Lo levantó para que quedara sentado y él dejó escapar un grito de dolor cuando lo ayudó a recargarse contra un montón de escombros. El color empezó a regresar a su rostro.

—Quédese lo más quieto posible hasta que lleguen mis amigos por usted —hizo un gesto con la mano para llamar a Wells y su equipo—. Lo ayudarán a llegar a un sitio seguro.

—Clarke —murmuró el doctor Lahiri con voz cada vez más ronca. Ella buscó su contenedor de agua y se lo acercó a los labios. Él dio un pequeño sorbo y continuó—. Clarke, lamento lo que dije la última vez. Tus padres estarían tan orgullosos de ti. Yo estoy tan orgulloso de ti.

—Gracias —dijo Clarke lentamente, preguntándose si el doctor Lahiri creía realmente que sus padres habían muerto o si seguía demasiado asustado para decirle la verdad—. Lamento... lamento haber perdido los estribos.

A pesar del dolor, él sonrió.

—Me gustaría poder decir que yo te enseñé ese gancho izquierdo y no sólo tus habilidades quirúrgicas.

Las siguientes horas pasaron en un abrir y cerrar de ojos. Clarke apenas notó que estaba amaneciendo, salvo por el hecho de que le resultaba más fácil suturar. Para cuando el sol ya estaba alto en el cielo, todos los colonos ilesos estaban en el campamento y una buena parte de los lesionados también ya había sido transportada para allá. A lo largo de la mañana, otros miembros de los cien regresaron al lago para ayudar y para buscar a sus padres entre los recién llegados. Pero el número relativamente pequeño de encuentros felices fue desalentador. Por lo visto, las familias de los cien no habían tenido prioridad para abordar las cápsulas, y nadie tuvo en cuenta que sus hijos habían sido enviados en una misión sumamente peligrosa a la Tierra.

Clarke terminó de entablillar la pierna de una señora mayor y luego se puso de pie para estirarse rápidamente antes de dirigirse a su siguiente paciente. Se dio cuenta de que los guardias, que unos minutos antes estaban parados en un círculo alrededor de su capitán, ya se habían dispersado para ayudar a transportar a los heridos al campamento. Tenía la esperanza de que siguieran concentrados en ayudar a los demás colonos y no en perseguir al chico que había hecho que le dispararan al canciller.

Sus ojos se posaron en un guardia que le resultaba incómodamente conocido. Clarke se quedó viéndolo un buen rato intentando decidir por qué de repente se sentía mareada. El guardia familiar estaba parado al centro de

un grupo de gente que se movía lentamente, dirigiéndolos con su brazo sano y apretando la mano herida contra su pecho.

Clarke se volteó rápidamente para que él no pudiera verla, y fingió estar ocupada haciendo un inventario de sus vendas mientras se quebraba la cabeza para recordar el nombre del guardia.

Scott.

A Scott solían asignarlo para patrullar el centro médico cuando Clarke estaba realizando sus prácticas; y ella había desarrollado aversión por sus encuentros frecuentes. Aunque los guardias típicamente no interactuaban con los doctores y practicantes a menos de que surgiera algún asunto relacionado con la seguridad, Scott era experto en hacer notoria su presencia. No era mucho mayor que ella y tenía algo de insidioso y entrometido. Nunca prestaba atención a los pacientes cuando entraba a una habitación, sólo a los doctores o a los otros guardias, como si se sintiera superior a todos los demás. Pero lo que realmente le molestaba a Clarke era la manera en que actuaba cuando estaba a solas con ella y lo mucho que se esforzaba por conseguir que eso sucediera.

Clarke se tuvo que obligar a correr por el pasillo hacia el centro médico. Tenía casi veinte minutos de retraso para sus rondas con el doctor Lahiri pero el castigo por el “comportamiento peligroso” era peor que el de la impuntualidad. Llegar tarde significaba que se metería en problemas con su supervisor. Violar una de las reglas de la nave significaba enfrentar al Consejo. Era raro que los guardias infraccionaran a alguien por *correr* pero el chico que estaba patrullando el centro médico recientemente se había ganado una reputación por ser un abusivo enamorado del poder.

Clarke dio la vuelta en una esquina y gimió. Había albergado la esperanza de ingresar desapercibida al centro médico, pero Scott estaba parado frente al puesto de entrada. Le estaba dando la espalda, pero ella lo reconoció por los hombros anchos y el cabello rubio ligeramente grasoso que siempre parecía estar más largo de lo que se permitía típicamente según los estatutos de los guardias.

Clarke pudo ver que Scott estaba involucrado en una especie de confrontación pero no supo qué pasaba hasta que se acercó más y vio que tenía a una mujer sostenida de las muñecas. La tenía con los brazos a la espalda. Ella era una trabajadora de intendencia de Arcadia y, a juzgar por cómo Scott la reprendía a gritos para que todos oyeran, simplemente había

olvidado su pase. La mayoría de los guardias la hubieran dejado pasar con una advertencia, pero no Scott, quien estaba haciendo todo un espectáculo al ponerle las esposas en las muñecas. La pobre mujer tenía lágrimas en los ojos y apenas pudo levantar la cabeza ligeramente cuando Clarke pasó a su lado.

La indignación y la repulsión se arremolinaban en el estómago de Clarke, pero no se atrevió a mirar atrás. No ganaría nada interviniendo. Si intentaba entrometerse, Scott probablemente amenazaría a la mujer con repercusiones más severas sólo para hacer alarde de su poder frente a Clarke.

Para cuando Clarke empezó a ver pacientes, ya había apartado el incidente de su mente. Ésa era una de las cosas que amaba de ser médico practicante, la manera en la cual su mente podía estar cien por ciento concentrada en lo que estaba haciendo, lo cual no dejaba espacio para preocuparse por ninguna otra cosa en su vida. Ni sobre sus padres, ni Lilly ni el secreto terrible que le ocultaba a Wells.

Sin embargo, más tarde ese mismo día, mientras estaba ocupada limpiándole la rodilla cortada a una niña de cinco años, no tuvo manera de evadir a Scott porque entró sin tocar a la sala de auscultación de Clarke.

—¿Qué quieres? —preguntó Clarke sin molestarse en ocultar su irritación. Una cosa era que recorriera los pasillos pavoneándose como si fuera el canciller. Otra totalmente era que se metiera a su sala de auscultación cuando estaba con una paciente.

Él ondeó su dedo amoratado e hinchado frente a la cara de Clarke y sonrió burlón.

—No me lo vas a creer, pero esa perra me *mordió* de verdad cuando la estaba esposando.

—Cuida tu lenguaje, por favor —siseó Clarke y le lanzó una mirada a la pequeña que veía a Scott con los ojos muy abiertos desde la mesa de auscultación.

Él rio de manera desagradable.

—Estoy seguro de que ha escuchado cosas peores. Parece waldenita.

Clarke entrecerró los ojos.

—¿Acaso tú no eres waldenita? —preguntó haciendo la mejor imitación que pudo de Glass y sus amigas engreídas.

Él no hizo caso a su insinuación y se acercó un paso más.

—Necesito tus servicios, doctora —dijo con una voz que lograba ser simultáneamente burlona y amenazante.

—Si te sientas a esperar afuera, te puedo atender cuando termine con

Cressida.

—Bien, pues estoy seguro de que la pequeña *Cressida* —dijo ladeando la cabeza en dirección de la niña— puede comprender que un miembro de la guardia sufrió una lesión dolorosa mientras intentaba controlar a alguien que representaba una amenaza a la Doctrina Gaia esta mañana. Y que tengo prisa para regresar a mi empleo para proteger esta nave.

Clarke se esforzó por no poner los ojos en blanco. Apenas consiguió mantener una expresión neutral mientras le rociaba aerosol dermorregenerador a Cressida en la rodilla. Le puso un vendaje con cuidado y le dio unas palmaditas a la niña en la pierna.

—Ya estás. Sólo mantén la herida limpia y seca hasta mañana, ¿está bien?

Cressida asintió, se bajó de la mesa de un salto y salió corriendo por la puerta para reunirse con su madre que la esperaba afuera.

Clarke miró a Scott y extendió la mano. Él colocó su muñeca en la palma de la mano de Clarke e hizo una mueca de dolor cuando ella estiró su dedo hinchado.

—Vas a tener que ver a un doctor de verdad para esto —dijo, lo soltó y dio un paso hacia atrás.

Él arqueó las cejas y le sonrió con una expresión carente de humor.

—¿Quién? ¿El vejete que andas persiguiendo todo el día? No, gracias.

—El doctor Lahiri es el doctor más respetado de la nave.

—Bueno, sí, pero no quiero que él me revise mi *otra* lesión.

—¿De qué hablas?

—Esa basura arcadiana también intentó patearme. La derribé pero logró darme un rodillazo en un área sensible, si sabes a qué me refiero.

Clarke suspiró.

—¿Tienes amoratamiento?

—No he tenido tiempo de ver —dijo Scott con una sonrisa burlona—. ¿Te gustaría hacer los honores? —empezó a mover la mano hacia la hebilla de su cinturón y dio un paso hacia Clarke.

—Debo llamar a una enfermera —dijo Clarke y se acercó al intercomunicador.

—Oye, espera un segundo —dijo Scott y la tomó del brazo con su mano sana para atraerla hacia él—. No necesito ninguna enfermera. Sólo necesito que hagas tu trabajo... doctora.

Antes de que él pudiera decir otra palabra, la puerta a sus espaldas se

abrió de golpe y entró Wells. Se veía más alto que lo normal con su uniforme de oficial. Scott adoptó la posición de firme y clavó la mirada en el piso. Clarke no pudo evitar sonreírle a Wells por encima del hombro de Scott.

—Estoy seguro de que no estás evitando que esta practicante de medicina haga su trabajo, ¿verdad? —preguntó Wells con voz seria pero ojos traviosos.

—No, señor —respondió Scott con seriedad.

—Me alegra saberlo, guardia. Continúa con tus rondas.

—Sí, señor.

Clarke ocultó la sonrisa hasta que escuchó que la puerta se cerraba detrás de Scott y luego se acercó a Wells y lo abrazó. Él le levantó la barbilla y la besó suavemente en los labios.

—Gracias, oficial Jaha.

—De nada, practicante de medicina Griffin.

Clarke estaba agotada. No había comido nada desde la noche anterior y toda la comida que habían llevado al sitio del choque se la habían dado a los sobrevivientes. El equipo se turnaba para llevar a los sobrevivientes de regreso al campamento y sólo quedaban unos cuantos heridos para atender. Ella lo había pospuesto lo más posible pero no había manera de evitar tratar a Scott. Él estaba sentado sobre un tronco en el borde del claro y levantó la mirada cuando ella se acercó.

—Pensé que nunca ibas a llegar conmigo —dijo con los labios apretados en un gesto que quería parecerse a una sonrisa.

—Lamento haberte hecho esperar —dijo Clarke con la esperanza de que tal vez no la reconociera después de todos los meses que había pasado en Confinamiento y sus semanas en la Tierra.

—Está bien, doc. Me tomó todo este tiempo y tuve que llegar hasta la Tierra sólo para que finalmente me pudieras presumir tus habilidades para poner una venda. Me parece que nos interrumpieron la última vez.

A Clarke se le fue el corazón al piso. Scott sabía exactamente quién era ella y no se había convertido en una persona más agradable desde la última vez que lo había visto.

—Veamos qué tienes —dijo ella e hizo un gesto para que le mostrara la muñeca. Él extendió la mano y ella la tomó. Se le revolvió el estómago en protesta cuando hizo contacto con su piel pegajosa. Le dio la vuelta a su mano y la movió con suavidad hacia adelante y hacia atrás y luego de lado a

lado.

—¿Entonces, por fin ya eres doctora de verdad? —preguntó Scott—. Supongo que eso significa que ya no te puedes dar el lujo de ponerte quisquillosa cuando revisas a alguien.

—No exactamente —respondió Clarke sin levantar la vista—. Nunca terminé mi entrenamiento pero soy lo más cercano que tenemos a un médico aquí abajo.

—Bien, pues doctora o no, más vale que hagas un buen trabajo —movió los dedos en la palma de la mano de Clarke—. Esa es la mano que uso para disparar, después de todo.

Clarke sacó un vendaje de su bolso y empezó a envolverlo alrededor de la muñeca y la mano de Scott.

—No está rota —dijo sin expresar ninguna emoción con la esperanza de alejarse de esa conversación lo más rápidamente posible—. Pero deberás limitar el uso de esta mano durante unos días para permitir que se desinflame —inhaló profundamente y lo vio directo a los ojos—, lo cual no deberá ser ningún problema ya que cazamos con lanzas y flechas aquí, no con pistolas.

Scott la miró con un brillo en los ojos. La piel de los brazos de Clarke se erizó.

—No hablaba sobre dispararle a animales —dijo con frialdad. Antes de que Clarke pudiera preguntarle a qué se refería, él ladeó la cabeza y la miró con esa expresión que solía hacerla querer darse una ducha lo antes posible—. Entonces, ¿por qué no terminaste con tu entrenamiento?

—Me confinaron antes de poder completarlo —dijo Clarke sin emoción y sin hacer contacto visual.

—¿Confinada? ¿Tú? —hizo una pausa por un momento y luego soltó una risita—. La Señorita Perfección, *confinada*. Pero, ¿sabes qué? No me importa que me trate una convicta. Creo que me gusta saber que siempre hubo una chica mala escondida debajo de esa ropa quirúrgica —bajó la voz cuando una mujer de uniforme pasó a su lado hablando con urgencia con un hombre a quien Clarke reconoció vagamente—. Espero que hayas traído ese uniforme a la Tierra. Siempre me gustó la manera en que hacía que se vieran tus...

—Ya estás listo —dijo Clarke con alegría exagerada mientras aseguraba el vendaje y le daba unas palmadas extra fuertes en la muñeca sin hacer caso de su mueca de dolor—. Nos vemos por ahí.

Sin volver a mirarlo, Clarke se alejó rápidamente. Se estremeció como si quisiera desprenderse de esa mirada pesada y persistente.

CAPÍTULO 4

WELLS

Wells hizo un gesto de dolor mientras subía por la pendiente en dirección al lago por octava vez ese día. Había caminado casi treinta kilómetros de ida y vuelta, llevando a los sobrevivientes al campamento y regresando por otro grupo.

Había más adultos que menores de edad en el claro, algo que parecía casi tan extraño como el ciervo de dos cabezas que habían visto en su primera semana en la Tierra. Su presencia se volvía aún más obvia por el hecho de que no podían hacer nada salvo mirar sus alrededores asombrados y sorprendidos mientras, por todas partes, los adolescentes que habían estado pudriéndose en un centro de detención unas cuantas semanas antes estaban ladrando instrucciones.

Wells también se sintió sorprendido por la falta de reencuentros felices. Había visto sólo dos casos de alguien que encontró parientes y ambas personas eran de Fénix. Ninguno de los waldenitas ni los arcadianos tenían seres queridos en las cápsulas.

—No puedo creer que lo logré —jadeó una mujer joven mientras aceptaba agradecida la ayuda de Wells para subir por la pendiente pronunciada.

—El aterrizaje estuvo bastante violento —respondió él y empezó a dar pasos más cortos para que a ella le fuera más fácil seguirlo. Aunque sólo habían pasado unas cuantas semanas en la Tierra, ya había olvidado lo inestable que se había sentido al principio.

—No me refiero al aterrizaje —dijo ella y se detuvo para mirarlo—. En Fénix. Fue... aterrador —volteó a ver al cielo y luego suspiró y negó con la cabeza—. No les queda mucho tiempo.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago de Wells. Antes de

que pudiera preguntarle a qué se refería, Eric llegó para llevar a la joven por el bosque hasta el campamento, con lo cual Wells quedó libre para regresar al lago.

Un ardiente nudo de culpabilidad se apretó alrededor del estómago de Wells. No necesitaba conocer los detalles para entender que probablemente él era el responsable del destino terrible que les aguardaba a las personas que permanecieron en la Colonia. Tal vez se hubiera convertido en el líder en la Tierra, pero seguía siendo un asesino a sangre fría en la nave. Wells casi podía sentir en sus dedos el metal frío de la esclusa de aire cuando la abrió, apenas un poco, para permitir que escapara el precioso oxígeno de la nave. Sólo intentaba acelerar lo inevitable para que Clarke tuviera oportunidad de viajar a la Tierra antes de su decimoctavo cumpleaños, antes de su ejecución segura. Pero ahora sabía que también había precipitado la muerte de miles de inocentes que seguían atrapados en la Colonia.

Al irse acercando al lago, arrugó la nariz cuando percibió el olor ahora familiar del sitio del choque. Bajo el olor penetrante del humo y el aroma metálico de la sangre y el sudor, percibió otra cosa. Le tomó un momento reconocerlo pero, en cuanto supo qué era, su corazón empezó a latir con fuerza: era combustible. Las cápsulas destrozadas estaban derramando combustible al pasto, a la Tierra y al agua a su alrededor. La mayoría de las llamas habían empezado a apagarse, pero sólo haría falta una chispa en el lugar equivocado para convertir todo el lugar en un infierno.

Luego, como si fuera la escena de una pesadilla, Wells lo vio suceder. A unos cien metros de distancia, una flama enorme salió disparada de la parte superior de una de las cápsulas quemadas enviando trozos de escombros ardientes al aire.

—¡Cuidado! —gritó Wells y empezó a correr—. Todos, muévanse.

Por suerte, los heridos ya habían sido desplazados a otra zona pero había demasiado humo en el aire para poder confirmar que los demás hubieran sido llevados a un sitio seguro. Sin aliento, Wells corrió, tosiendo y limpiándose los ojos con las mangas. Gritó para saber si alguien necesitaba ayuda.

Se escuchó un leve zumbido, como si algo volara por los aires. Wells miró hacia arriba pero no alcanzó a distinguir nada salvo humo gris oscuro. El sonido se hizo más fuerte pero, antes de que Wells pudiera reaccionar, sintió cómo salía volando por los aires y aterrizaba en el suelo con un golpe seco. Intentó voltearse pero algo, o alguien, estaba sobre él. Después de un momento, el peso se movió y Wells levantó la vista con un quejido. Apenas a

unos metros de su cabeza había un enorme trozo de fuselaje en llamas. Si no hubiera salido volando hacia el suelo, le habría aplastado el cráneo.

Volteó al otro lado y vio una figura delgada parada frente a él. Era una chica que traía puestos los delgados pantalones grises que les daban en la Colonia y una camiseta. Extendió la mano para ayudarlo a levantarse.

—Gracias —dijo Wells parpadeando rápidamente para poder ver con claridad.

Cuando pudo volver a enfocar el mundo, lo primero que vio lo hizo sentir una oleada de dicha.

Era Glass.

Se miraron a los ojos al mismo tiempo y sus rostros se iluminaron con sonrisas gemelas enormes. Wells recorrió el espacio que los separaba en un instante y abrazó a su mejor amiga de la infancia con fuerza. Un millón de imágenes le pasaron a toda velocidad por la cabeza: años de recuerdos felices que se mezclaban y se repetían en un flujo constante. Había estado tan concentrado en seguir a Clarke a la Tierra que no había tenido demasiado tiempo para preocuparse por Glass después de que salió corriendo de la cápsula justo antes de que los cien despegaran. El olor conocido de su cabello, esa mezcla particular de Glass y el champú de aroma sintético de la Colonia, lo llenó de alivio y, por un breve instante, transportó a Wells a un tiempo más simple.

Cuando eran más jóvenes, ella había sido la única capaz de olvidar que él era el hijo del canciller, la única que no lo hacía sentir como si estuviera en exhibición. Cuando estaba con Glass podía portarse inmaduro o juguetón o a veces incluso travieso: como aquella vez que le dijo que la llevaría a los archivos a ver una boda real aburrida cuando su plan verdadero era ver un tiburón blanco atacar a una orca. Y, a su vez, Glass no tenía miedo de mostrarle su lado gracioso. Mientras el resto de la nave veía a Glass como una chica de Fénix de modales y aspecto perfectos, Wells sabía que le gustaba inventar bailes tontos y que se reía siempre que alguien mencionaba Urano.

—No puedo creer que estés aquí —dijo Wells y se separó un poco de ella para poderla ver bien—. ¿Estás bien? Estaba tan preocupado por ti.

—¿Bromeas? Piensa en lo preocupada que estaba yo por *ti* —dijo ella—. Nadie sabía si habían llegado con vida. ¿*Tú* estás bien? ¿Cómo están las cosas aquí?

Wells sintió que la cabeza le daba vueltas sólo al empezar a pensar todo

lo que tenía que contarle. Habían pasado tantas cosas desde la última vez que se habían visto. Había prendido fuego al Árbol del Edén para que lo arrestaran, lo habían confinado, se había peleado con su padre, había subido con el resto de los cien a la cápsula de la cual Glass había escapado y había pasado las últimas semanas peleando por su vida en la Tierra.

—Lo raro es... —empezó a decir él.

—¿En realidad hay... —dijo ella al mismo tiempo.

—Tú primero —dijeron los dos juntos y luego rieron.

Se separaron un poco y sus sonrisas se desvanecieron de sus labios cuando el olor del humo y el metal quemado les recordaron dónde estaban y la causa. Wells se resistía a hacer la pregunta que ansiaba por brotar de su garganta, y por la manera en que Glass se puso seria supo que ella había intuido lo que le quería preguntar. Tragó saliva y encontró el valor para preguntar.

—¿Sabes algo sobre mi padre?

Glass apretó los labios y sus ojos se llenaron de compasión, una mirada que Wells reconocía de las terribles semanas posteriores a la muerte de su madre. Wells se preparó para lo que ella le diría y se sintió agradecido de que, si tenía que escuchar noticias agonizantes, provinieran de ella.

—No le han dicho gran cosa a nadie —empezó a decir Glass con una voz suave pero firme. Wells contuvo el aliento esperando a que ella continuara—. Pero lo último que supimos era que seguía en coma —Glass hizo una pausa y esperó a que él absorbiera la información.

Wells asintió. En su mente se arremolinaban imágenes de su padre solo en el centro médico, su cuerpo alto y ancho con aspecto frágil bajo la sábana delgada. Concentró sus esfuerzos en mantener su expresión neutral mientras dejaba que las palabras de Glass se asentaran en su pecho, que se alojaran en la parte más profunda de su corazón.

—Está bien —dijo con un suspiro largo—. Gracias por decirme.

Glass dio un paso hacia él.

—Wells... —fue lo único que dijo y luego lo abrazó nuevamente, en esta ocasión con un abrazo de consuelo. Glass lo conocía demasiado bien para permitirle seguir fingiendo ese estoicismo. La mejor parte de su amistad era que a él no le importaba.

Después de un rato largo, se separaron. Wells tenía que decirle algo a Glass antes de que llegaran al campamento.

—Glass —empezó a decir—, las cosas son un poco... diferentes en la

Tierra. No son lo que esperábamos.

Un destello de preocupación recorrió la cara de Glass.

—¿Qué pasa?

Él intentó elegir sus palabras con cuidado, pero no había manera de suavizar la información sorprendente y desorientadora.

—No estamos solos. Aquí. En la Tierra.

Lo dijo en voz baja para que nadie a su alrededor lo pudiera escuchar. Esperó a que ella procesara lo que le había dicho antes de continuar. Al principio, Glass sonrió como si estuviera a punto de bromear sobre los cientos de otros colonos que los rodeaban. Luego comprendió la implicación de sus palabras y su expresión cambió.

—Wells, ¿estás diciendo que...? —dijo Glass sin terminar la pregunta.

—Sí. Hay más gente aquí en la Tierra. Gente que nació aquí.

Los ojos de Glass se abrieron grandes y muy redondos.

—¿Qué? —giró la cabeza de lado a lado, como si esperara ver personas observándola desde los árboles—. ¿Es en serio? No puede ser cierto.

—Estoy siendo cien por ciento serio. Pero está bien. Son pacíficos y amables. Bueno, la mayoría. Hay un pequeño grupo que se separó hace como un año y ellos son peligrosos. Pero el resto son iguales a nosotros —Wells pensó en Sasha y no pudo contener su sonrisa—. Realmente son muy inspiradores. Los Terrícolas son buenas personas, tal vez mejores personas que nosotros. Creo que tenemos mucho que aprender de ellos. Sólo tengo que encontrar una manera de decirles a los demás sin que nadie se asuste.

Glass lo estaba mirando pero ya no tenía expresión de confusión.

—Wells —dijo lentamente y una pequeña sonrisa se empezó a formar en las comisuras de su boca—, ¿hay algo que no me estás diciendo?

Él la miró de soslayo.

—Sí, obviamente hay una tonelada de cosas que no te he dicho. Hubo un ataque terrible y un incendio, y luego la gente empezó a enfermarse y *nunca* adivinarías qué pasó cuando...

—No —lo interrumpió Glass—. Algo que no me estás diciendo sobre estos Terrícolas. ¿O tal vez alguna en particular?

—¿Qué? No.

Por lo general él era bastante bueno para ocultar sus pensamientos, pero algo en el tono de voz de Glass hizo que se ruborizara.

—Oh, por dios —susurró ella—. Hay una chica. Una *Terrícola* —su voz tenía partes iguales de sorpresa y deleite.

—Estás loca. No hay ninguna terrí... —se interrumpió con una sonrisa y negó con la cabeza—. ¿Cómo es posible que supieras eso?

Glass extendió la mano y le apretó el brazo.

—No me puedes guardar ningún secreto, Wells Jaha. Me di cuenta por la manera en que empezaste a hablar de estos Terrícolas inspiradores. Pusiste la misma expresión que ponías cuando hablabas de Clarke —su expresión se volvió menos traviesa y frunció el ceño—. ¿Eso significa que terminaron? ¿Qué pasó?

Wells suspiró.

—Es una historia larga, pero estoy bien —sonrió pensando en la noche previa, cuando estaba acostado con la cabeza recargada en el regazo de Sasha mientras miraban las estrellas—. Mejor que bien, de hecho. No puedo esperar a que conozcas a Sasha.

—Sasha —repitió Glass y pareció ligeramente decepcionada de que no tuviera un nombre más exótico—. ¿Dónde está?

Antes de que Wells pudiera responder, un chico alto con uniforme de guardia se acercó a ellos con un pequeño contenedor de agua en una mano y el otro brazo en un cabestrillo. El rostro de Glass se iluminó al verlo y no lo dejó de ver mientras él le pasaba el contenedor a ella y esperaba a que diera un trago.

—Gracias —dijo ella sonriéndole antes de voltear de nuevo a ver a Wells—. Wells, él es Luke.

Wells extendió la mano y saludó la mano sana del guardia con firmeza.

—Yo soy Wells. Mucho gusto.

—Lo sé. Te reconozco, por supuesto, y Glass me ha contado todo sobre ti. Me da mucho gusto conocerte, hombre —dijo Luke con una gran sonrisa y soltó la mano de Wells y le dio una palmada en el hombro.

Glass entrelazó su brazo con el de Luke y miró a los dos chicos, sonriendo.

Wells sonrió. No tenía idea de cómo había terminado Glass con un guardia, mucho menos uno que no fuera de Fénix, pero nada de eso importaba ahí abajo. Además, Luke tenía algo que le agradó a Wells de inmediato. Parecía sólido, sincero. Para nada como los fenixienses desagradables con los que Glass solía salir. Claramente estaba enamorada y eso era lo único que Wells necesitaba saber.

—Bienvenidos a la Tierra —dijo Wells con una sonrisa y señaló al cielo y los árboles y el agua que estaba a su alrededor. Al hacerlo, se percató de que

la camisa de Glass estaba ensangrentada. Inhaló rápidamente. ¿Estaba lastimada y no se había dado cuenta? Le señaló la sangre:

—Glass, ¿estás bien?

Glass bajó la mirada a su camiseta y su rostro se puso pálido.

—Sí —dijo en voz baja—. Esta sangre no es... no es mía.

Luke extendió el brazo y la acercó a él para darle un abrazo apretado.

El estómago de Wells se le fue al suelo al prepararse para las noticias terribles que ya podía sentir flotando en el aire, como si la tristeza de Glass estuviera irradiando desde el interior del sitio oscuro donde la tenía oculta.

Glass respiró profundamente e intentó controlarse, pero antes de poder formar más palabras, se derrumbó y clavó el rostro en la camisa de Luke. Él le susurró algo al oído que Wells no alcanzó a escuchar y le acarició el cabello.

Wells miraba horrorizado. Una parte de él quería abrazar a su mejor amiga pero claramente esa ya no era su posición. Así que se quedó esperando hasta que Luke volteó a verlo.

—Es su madre —dijo en voz baja—. Murió.

CAPÍTULO 5

GLASS

Glass nunca se había sentido más desubicada en toda la vida. No se había sentido así como fenixiense al visitar a Luke en Walden. No se había sentido así como la hija de un hombre que abandonó a su familia. Ni siquiera al regresar a Fénix como una convicta recién liberada. Estaba junto a la fogata, tiritando a pesar de que el sol brillaba en lo alto y miraba la intensa actividad alrededor del campamento. Donde quiera que volteara había chicos de su edad o menores realizando tareas cruciales.

La gente entraba y salía rápidamente de la cabaña que funcionaba como hospital; llevaban agua para los pacientes de Clarke y sacaban vendajes llenos de sangre para quemarlos o enterrarlos en el bosque. Algunos de los chicos se dispersaron en el claro. Llevaban hachas y leña que ellos mismos habían cortado mientras otros colocaban los cimientos para una cabaña nueva. Unas horas antes, un grupo de voluntarios con expresiones serias se dirigieron al lago para empezar a cavar las tumbas de los pasajeros que no habían sobrevivido. Eran demasiados y no cabrían en el cementerio en el extremo del claro además de que no tenía caso cargar los cuerpos de regreso al campamento.

Aunque los nuevos Colonos no habían planeado su partida, todas las cápsulas ya venían cargadas con suficientes provisiones para hacer que los chicos de la primera ola actuaran como si les hubieran dado las llaves a la vida eterna. Una de las chicas que Wells había asignado para que elaborara un inventario se veía como si fuera a empezar a llorar mientras acariciaba un martillo nuevo, tratándolo con la misma reverencia que otras chicas mostraban hacia una joya hermosa en el Intercambio.

Glass estaba desesperada por ser de utilidad, pero estaba completamente fuera de su elemento. Estaba demasiado asustada para preguntar siquiera

dónde —o, peor aún, cómo— iría al baño. Luke se había marchado con los demás guardias y aunque estaba renuente a dejar sola a Glass, ambos sabían que ése no era el momento de faltar a su deber.

Un grupo de chicas de la edad de Glass iba caminando hacia la fogata. Intercambiaban frases urgentes en voz baja pero, al pasar junto a Glass, se quedaron calladas y la miraron con recelo.

—Hola —dijo Glass, ansiosa por empezar con el pie derecho—. ¿Puedo ayudar en algo?

Una de las chicas, una morena alta, que vestía shorts cortados para lucir sus piernas largas e increíblemente torneadas, entrecerró los ojos y miró a Glass de arriba a abajo.

—Tú venías en la primera cápsula con nosotros, ¿no?

Glass asintió.

—Sí, me llevaron del centro de detención como a los demás —era la primera vez que confesaba voluntariamente haber estado confinada—. Pero me bajé en el último segundo.

Bajé era una manera poco acertada para describir su carrera entre la vida y la muerte para ir a Walden y encontrarse con Luke, pero tenía la sensación de que ese no era el momento para contarles con detalle el escape dramático.

—Sí, te bajaste... está bien —dijo una chica con acento de Arcadia e intercambió miradas con sus amigas—. Debe ser agradable conocer gente que te puede hacer favores.

Glass se mordió el labio. Deseaba poder aclararles de alguna manera todo lo que había sucedido, que no había pasado las últimas semanas viviendo entre lujos en Fénix. Casi se había asfixiado en Walden y apenas logró llegar a la última cápsula. Acababa de ver *morir* a su propia madre, la realidad de lo cual todavía le golpeaba el pecho con oleadas alternas de dolor incandescente y adormecimiento sofocante.

—Es mejor que te juntes con los otros —dijo una de las chicas con un poco más de amabilidad. Hizo un ademán en dirección a otros recién llegados que estaban reunidos al otro lado de la fogata, contemplando sus nuevos alrededores con desconcierto y asombro en la mirada.

Glass asintió y vio a las chicas alejarse. Sabía muy bien que tampoco era bienvenida entre los recién llegados. La mayoría la había visto subirse a la cápsula con el vicescanciller Rhodes y la vieron ocupar el lugar que otros querían desesperadamente para los amigos o familiares que se habían visto forzados a dejar atrás. Si tan sólo su mamá estuviera con ella. Tenía un don

especial para hacer que todo el mundo se sintiera cómodo a su alrededor en cualquier situación social. Sonja tal vez tampoco sabría cómo encender una fogata, pero su sonrisa cálida y su risa musical habrían sido de gran valor.

Glass se abrazó y levantó la vista a los árboles increíblemente altos. Se mecían en el viento y casi parecían estarla viendo, haciéndola sentir como una niña perdida en un mar de adultos indiferentes.

Vio a Wells salir de la cabaña que funcionaba como hospital y, a pesar de la distancia, notó que su expresión era sombría. Se pasó los dedos por el cabello y se frotó las sienes. A pesar de la gravedad de la situación, Glass no pudo evitar sonreír al reconocer esa expresión familiar, la misma que le había visto hacer al canciller casi todas las noches cuando se quedaba a estudiar en el departamento de Wells. Sintió que la invadía el remordimiento al pensar en el canciller que se había quedado en la nave moribunda. No tendría la oportunidad de ver todo lo que su hijo había logrado en la Tierra.

Glass siempre supo que Wells era un líder nato y su corazón se henchía de orgullo al ver cuánto dependían todos de él, aunque también sentía un poco de melancolía. Era un sentimiento egoísta, pero extrañaba aquellos días en que Wells era casi exclusivamente suyo.

—Mira esto —Glass dijo a Wells por encima del hombro. Él venía detrás de ella en la pista de gravedad. Glass volteó para asegurarse de que su profesor de educación física no los estuviera vigilando y luego corrió al panel de control, tomó la palanca y la empujó un poco hacia arriba. Inmediatamente se sintió más ligera y rio mientras se impulsaba desde el piso para después flotar en el aire un momento antes de descender lentamente.

Dobló las rodillas, se impulsó con más fuerza, extendió los brazos y los giró en el aire alternadamente.

—¡Mira! ¡Estoy nadando! —se apretó la nariz e infló las mejillas antes de empezar a reír—. Así iban a la escuela los niños de la Tierra cuando llovía.

Wells rebotó hacia ella con una sonrisa.

—¿Qué tal esto? —preguntó sin aliento y levantó el brazo izquierdo hacia el frente, puso el pie derecho hacia atrás y luego alternó con el otro brazo y pierna mientras flotaba—. ¡Estoy esquiando!

Glass hizo la mejor imitación que pudo de un antiguo Terrícola:

—Estoy *esquiando* a la *tienda de abarrotes* —dijo con un sonsonete de anciana refinada— donde compraré *vegetales* frescos caídos de un árbol y

luego conduciré mi *vehículo* a la *playa* para hacer un *picnic*.

—¡Con mi mascota Fido, el oso y mis seis hijos! —agregó Wells.

Glass y Wells cayeron en la pista carcajeándose tan fuerte que el maestro de educación física salió corriendo de su oficina.

—¿Qué creen que están haciendo? —les llamó la atención—. Ya saben que no tienen permitido tocar los controles de gravedad.

Caminó hacia ellos con el rostro molesto pero era imposible tomarlo en serio cuando cada paso que daba lo hacía rebotar hacia arriba. Cuando llegó más cerca y se dio cuenta de que Wells era el hijo del canciller, su enojo disminuyó un poco y esbozó esa sonrisa forzada que la mayoría de los adultos le hacían a Wells cuando los descubría descuidados.

—Jovencita. Señor Jaha —miró de lado a lado en el centro de educación física para comprobar que no hubiera guardias—. No haré un reporte en esta ocasión pero no me pongan a prueba otra vez. La pista de gravedad no es un área para jugar, ¿de acuerdo?

Ambos asintieron y lo vieron alejarse con toda la dignidad posible tomando en cuenta que flotaba a cada paso.

Glass y Wells apretaron los labios con fuerza y exhalaban por la nariz intentando contener la risa hasta que el hombre estuviera lejos. Cuando se alejó tanto que ya no alcanzaba a oírlos, estallaron en carcajadas hasta que les dolió el estómago y les corrían lágrimas por la cara.

Glass se acercó a la orilla del claro y se sentó en un tronco. Si no podía ser de utilidad, al menos podía no estorbar. Lo único que evitaba que Glass se sintiera como un desperdicio de espacio era que Luke había sido reclutado de inmediato en la guardia personal del vicescanciller, por lo que casi no lo había visto desde que aterrizaron. Estaba en alguna parte en una reunión donde decidirían cómo montar un perímetro de seguridad alrededor del campamento.

Glass volvió a ver a Wells al otro lado del claro. Estaba hablando con una chica que debía ser Sasha. Wells la abrazó y le dio un beso en la cabeza. Era extraño ver a Wells tan abiertamente afectuoso y era incluso más sorprendente pensar que su novia era una *Terrícola*. Todas las preguntas que Glass no había pensado hacer empezaron a formarse en su mente. ¿Hablaban inglés? ¿Dónde vivía? ¿Qué comía? Y, lo más importante, ¿dónde conseguía su ropa? Glass miró con envidia los pantalones negros ajustados de Sasha,

que parecían estar hechos de piel de animal, y se pasó las manos por los pantalones rotos y sucios.

También era muy extraño ver a Wells besar a alguien que no fuera Clarke. La última vez que había visto a su mejor amigo, estaba tan enamorado de Clarke que apenas podía hablar de otra cosa. Pero si algo había aprendido Glass en las últimas dos semanas, era que la gente podía sorprenderte. Ella se había sorprendido a sí misma.

Glass rio para sus adentros y luego se ruborizó y miró a su alrededor para ver si alguien se había dado cuenta. Debía contarle a Wells que había hecho una caminata espacial, sola, por la parte exterior de la nave. Eso sin mencionar todas las veces que hizo el recorrido sofocante por un conducto de ventilación de Walden a Fénix y de regreso. *Nunca me creería*, pensó. Luego se corrigió. *Nunca me hubiera creído antes. Pero ahora ambos creeríamos cualquier cosa.*

Glass suspiró y recorrió el claro nuevamente con la mirada. Necesitaba encontrar algo que hacer. Su mirada se centró en la cabaña que servía de hospital. Se armó de valor y empezó a avanzar en esa dirección. Evitó pasar cerca de dos chicos que cargaban algo grande entre ambos. Al principio pensó que era otro pasajero lesionado, pero después se dio cuenta de que lo que ella pensaba eran dos brazos delgados y dos piernas largas en realidad eran cuatro patas. Y estaban cubiertas de pelo, no de piel. Glass ahogó un grito. Era un animal, un ciervo, tal vez. Se estremeció cuando su mirada recayó en los enormes ojos color marrón que ya carecían de vida. Sintió una punzada de compunción porque el primer animal que había visto en la Tierra estaba muerto. La Tierra no se parecía nada a lo que ella se imaginaba. Era fría y extraña, y en vez de deslumbrar a Glass con su belleza, sólo parecía estar llena de muerte.

Glass apartó la vista del ciervo y siguió su camino hacia la enfermería. Se detuvo un momento en la puerta, respiró profundamente y entró. Lo primero que le llamó la atención y la sorprendió fue la eficiencia del funcionamiento, inclusive en ese espacio tan pequeño. Todo era actividad: Félix y Eric se desplazaban rápidamente por la habitación, distribuyendo vendas y sacando frascos pequeños y medicamentos de un contenedor. Octavia estaba dándole un poco de agua a un chico de su edad que estaba recostado en un catre. El niño tenía la pierna lesionada recargada en un trozo de plástico recuperado del choque. Los demás sobrevivientes estaban apretados en los catres, recostados en el piso e incluso recargados contra la pared. En el centro de

toda esa actividad estaba Clarke, quien parecía estar en tres sitios al mismo tiempo. Le dio instrucciones a Octavia sin mirar en su dirección, le pasó a Eric un trozo de metal que estaban usando para cortar las vendas, le ayudó a una mujer mayor a sentarse y le puso la mano en la frente a una niña pequeña que estaba cerca, todo eso sin que pareciera alterarse en lo más mínimo. Glass nunca había visto a Clarke tan bajo control, tan en su elemento.

—Hola, Clarke —dijo Glass.

El saludo sonó cómicamente fuera de lugar dado que era la primera vez que se encontraban cara a cara en la Tierra, pero ese no era el momento de decir: *Hola, Clarke, espero que estés bien y que no estés demasiado deprimida por haber terminado con Wells después de un viaje traumático a la Tierra. Y ah, sí, perdón por portarme tan mal contigo cuando éramos niñas.*

Clarke levantó la cabeza rápidamente. Algo de recelo destelló en su expresión pero luego desapareció detrás de una fachada de profesionalismo.

—Glass. ¿Necesitas algo? ¿Estás herida?

Glass intentó no ofenderse por el tono cortante de Clarke. Nunca habían sido amigas en realidad; a Glass siempre le había parecido que Clarke era demasiado seria. Glass siempre estaba más preocupada por encontrar accesorios hermosos en el Intercambio, mientras que Clarke se preocupaba por aprender a salvar vidas. Pero siempre habían compartido un afecto profundo por Wells y una preocupación por su bienestar. Y en ese momento, cualquier rostro conocido parecía amistoso. A Glass no le quedaba nada que perder.

—Oh, no... perdón. Estoy bien. Sólo quería saber si necesitas ayuda —tartamudeó Glass.

Clarke se le quedó viendo a Glass durante un momento, como si quisiera decidir si hablaba en serio. Glass se sintió un poco incómoda pero esperó hasta que Clarke finalmente dijo:

—Claro. Por supuesto. Mientras más manos tengamos, mejor.

—Perfecto —exhaló Glass y miró a su alrededor en busca de alguna tarea que realizar. Encontró un montón de contenedores de metal y recipientes sucios—. Podría lavar esos —dijo señalando en esa dirección.

Clarke asintió y luego se volteó para seguir atendiendo a la mujer que estaba frente a ella.

—Está perfecto —le dijo a Glass por encima del hombro—. Sólo asegúrate de lavar las cosas en el arroyo del sur, no del que sacamos el agua

para beber. Pero debes esterilizarlos en la fogata primero. Usa un palo y sostenlos sobre la flama unos cinco minutos.

—Está bien. —Glass tomó unos cuantos de los contenedores de la parte superior del montón y se dirigió a la puerta.

—Glass —dijo Clarke—, ¿sabes llegar al arroyo del sur?

Glass negó con la cabeza y se ruborizó avergonzada. —No, perdón. Le iba a preguntar a alguien...

Clarke le dio a su paciente unas cuantas instrucciones y luego tomó otros contenedores de metal y siguió a Glass. —Te mostraré —dijo Clarke—. Me vendrá bien un poco de aire fresco.

Las chicas salieron juntas al sol con los ojos entrecerrados y dieron grandes bocanadas de aire fresco comparado con el ambiente encerrado de la cabaña.

Mientras caminaban hacia la fogata en el centro del campamento, Glass alcanzó a ver un destello de movimiento con el rabillo del ojo. Volteó hacia los árboles y prestó atención. En las sombras, a unos tres metros dentro del bosque, estaba escondido un chico de cabello oscuro detrás de un árbol. Las estaba viendo. Glass inhaló, asustada, y dejó de caminar.

—¿Qué pasa? —preguntó Clarke. Siguió la mirada de Glass y vio al chico.

—¿Deberíamos decirle a alguien? —preguntó Glass con nerviosismo—. ¿Es... es uno de los Terrícolas que quieren hacernos daño?

Clarke negó con la cabeza.

—No, es Bellamy. Es uno de nosotros pero se supone que no debería estar aquí ahora.

Glass detectó algo en la voz de Clarke... ¿era preocupación? ¿Miedo? Para sorpresa de Glass, Clarke frunció el entrecejo y le dirigió una mirada extraña a Bellamy, casi como una advertencia. Pero el chico sólo miró a Clarke a los ojos y sonrió, sin alterarse por la expresión seria de ella.

Bellamy dio unos cuantos pasos al frente, como si fuera a entrar al campamento. Clarke negó enérgicamente con la cabeza. Él se detuvo pero no parecía contento de hacerlo. Clarke movió los labios para decirle algo sin emitir sonido e hizo un gesto, como para ahuyentarlo. Él se encogió de hombros y luego retrocedió. Le hizo un saludo militar burlándose de ella y desapareció tras los árboles.

Glass volteó a ver a Clarke, quien estaba un poco ruborizada. Sabía que Wells estaba con Sasha, pero no se le había ocurrido que Clarke también

podría haber conocido a alguien tan pronto. Las cosas ciertamente se movían deprisa en la Tierra.

—¿Por qué estás manteniendo a Bellamy en el bosque? —se entrometió Glass—. ¿Lo estás guardando para ti sola?

Glass lo dijo con la intención de romper el hielo, un intento de comunicarle a Clarke que ya sabía que tanto ella como Wells estaban con otras personas. Pero, en cuanto Glass pronunció las palabras, se dio cuenta de que no habían sonado como ella quería.

—No lo estoy *guardando* en ninguna parte —dijo Clarke y le lanzó a Glass la misma mirada que hacía cuando decía alguna tontería en tutoría.

Glass se encogió un poco. —Perdón. No quise decir...

Clarke debió percatarse de lo brusca que había sonado. Su expresión se suavizó.

—No, perdóname a mí —dijo con una exhalación—. Eso no fue justo. Es sólo que... sólo que hay muchas cosas que aún no te hemos contado.

Glass rio un poco.

—Sí, me estoy empezando a dar cuenta.

—¿Eso quiere decir que ya sabes sobre Wells?

—Sobre él y... —Glass titubeó porque no estaba segura si podía compartir el secreto de Wells.

—... y Sasha —terminó de decir Clarke.

Glass asintió, aliviada de que Clarke también supiera.

—¿Entonces no tienes problema con eso? —preguntó dudosa.

Antes de que Clarke pudiera responder, un chico con cabello rojizo y pecas se acercó a ella corriendo.

—Clarke, una de las personas nuevas dice que no puede respirar y que necesita una inyección de algo.

Ella suspiró. —¿Dijo eso?

El chico asintió.

—Si puede hablar, entonces está bien. Probablemente sólo sea un ataque de pánico leve. Dile que iré en un segundo.

El chico asintió y se fue corriendo.

—Sí, definitivamente estoy contenta por Wells y Sasha. Las cosas con Bellamy son... Digo, ya sé que ha pasado poco tiempo pero se siente casi como...

—Está bien —dijo Glass y la interrumpió con una sonrisa. Clarke podía comportarse muy segura y bajo control cuando estaba en su modo de doctora,

pero hablar sobre chicos la ponía nerviosa de una manera adorable.

Clarke parecía estar decidiendo si debía decir algo más o no.

—¿Wells te contó algo sobre Bellamy?

Glass negó con la cabeza.

—Entonces creo que mejor esperaré a que él te cuente primero.

Glass miró el ajeteo en el campamento y luego volteó a ver a Clarke nuevamente. —Creo que va a pasar algo de tiempo antes de que Wells tenga oportunidad para chismear conmigo. ¿Qué pasa?

Clarke dudó y se mordió el labio.

—Anda, Clarke —insistió Glass. Le parecía gracioso que, a pesar de que conocía a Clarke prácticamente de toda la vida, era la primera vez que tenían una conversación de verdad, en la *Tierra*—. Estoy segura de que a Wells no le importará que hables de tu propio novio.

—Es un poco más complicado que eso —respondió Clarke y miró de un lado a otro para asegurarse de que no había nadie escuchándolas. Luego volteó a ver a Glass con una pequeña sonrisa—. Es algo muy extraño pero, ¿qué probabilidades crees que hubiera de que el segundo tipo de quien me enamoré resultara ser el medio hermano secreto del primer tipo de quien me enamoré?

Glass se quedó mirando a Clarke, segura de haber escuchado mal.

—¿Wells tiene un *hermano*? —dijo lentamente y preparándose para que Clarke estallara con una carcajada y le dijera que era broma.

Pero, para su sorpresa, Clarke asintió.

—El canciller y la madre de Bellamy tuvieron una aventura antes de que él se casara con la madre de Wells.

Glass había escuchado muchas cosas confusas salir de la boca de Clarke Griffin a lo largo de los años, en especial en los tutoriales de matemáticas, pero nada tan sorprendente como eso.

—No lo puedo creer.

—Yo tampoco lo podía creer al principio, pero parece ser que es cierto. Y eso apenas es el comienzo.

Con un tono de voz sorprendentemente tranquilo, le contó a Glass sobre lo que Bellamy había hecho para abordar la cápsula con su hermana, Octavia, cómo había tomado al canciller como rehén antes de siquiera saber que era su padre. El rostro de Clarke se puso más serio cuando le compartió a Glass su mayor miedo, su preocupación de que los guardias le hicieran algo a Bellamy cuando descubrieran que era el responsable del disparo que había recibido el

canciller.

—He estado intentando convencer a Bellamy de que se vaya del campamento pero se niega —dijo con un tono de voz que Glass no lograba descifrar del todo, una mezcla extraña de frustración y orgullo.

Glass intentó absorber toda esa nueva información e hizo una nota mental de que debía hablar con Luke. Tal vez él podría hacer algo para evitar que los otros guardias le dieran seguimiento al asunto de Bellamy.

—Guau —dijo negando con la cabeza—. Eso es todavía más extraño que mi caminata espacial.

—¿Caminaste en el espacio? —preguntó Clarke con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Sí, caminé en el espacio —dijo Glass y su voz dejó entrever algo de placer—. Era la única manera de llegar a Fénix. De otro modo, mi novio Luke y yo, junto con muchas otras personas, habríamos muerto en Walden.

Las chicas se quedaron un momento en silencio, cada una intentando procesar las noticias que le había compartido la otra. Luego la puerta del hospital se abrió a sus espaldas y salió Octavia.

—Clarke —gritó—, te necesitamos aquí un segundo.

—Voy —respondió Clarke. Antes de irse, volteó a ver a Glass—. Me da gusto que estés aquí, Glass.

—A mí también —repuso Glass con una sonrisa.

En verdad le daba gusto ver a Clarke. Estar en la Tierra, por otro lado, era otra cosa, pero al menos no era tan fría y solitaria como siempre la había imaginado cuando veía el manto grueso de nubes grises desde la nave. En especial en ese momento que parecía había conseguido una amiga.

CAPÍTULO 6

BELLAMY

—Al diablo —farfulló Bellamy para sí mismo y le dio una patada a un terrón en el suelo. Vio cómo hacía un arco entre dos árboles para luego aterrizar con un golpe a unos metros de distancia. El sonido de unos pasos interrumpió el silencio del bosque y él, que se había ocultado tras un conjunto de árboles altos para mantenerse fuera de vista, se asomó entre el follaje. En el claro vio a tres recién llegados, un hombre y dos mujeres, que arrugaban la nariz al ver el ciervo que estaban asando sobre la fogata. El ciervo que Bellamy había matado con sus propias manos esa mañana y que le había dado a Antonio para que lo llevara al campamento. Podían aprender a comer carne o morir de hambre. O, mejor aún, que ellos mismos buscaran su propia comida.

Cuando los cien aterrizaron, no había nadie ahí para darles la bienvenida o enseñarles cómo hacer las cosas. Nadie le enseñó a Bellamy cómo rastrear animales, cómo usar un arco y una flecha o cómo despellejar un ciervo de dos cabezas. Lo había aprendido solo, igual que Clarke había aprendido a tratar lesiones y enfermedades que nunca había visto antes. Igual que Wells había aprendido a construir una cabaña. Incluso Graham, ese infeliz básicamente inútil, había aprendido a hacer una lanza. Si Graham podía hacerlo, esos tontos sin talento también podían.

Bellamy habría dado su mejor arco a cambio de poder entrar caminando orgullosamente al centro del campamento, con la cabeza en alto, y desafiar a los infelices recién llegados que intentaran arrestarlo. Sabía que cuando se despejara el humo y les dejaran de zumbiar los oídos a los colonos, alguno de ellos lo reconocería como el chico que capturó al canciller y lo mantuvo como rehén en la plataforma de lanzamiento. No importaba que Bellamy no hubiera sido quien tiró del gatillo; él era el motivo por el cual le habían disparado al canciller. No tuvo oportunidad de preguntarle a Wells si tenía

noticias sobre su padre... corrección: el padre de *ambos*. ¿Alguna vez podría hacerse a la idea de eso? Ciertamente, si seguía parado a solas en el bosque, nunca iba a enterarse si el hombre había muerto o no.

El campamento era el hogar de Bellamy. Ayudó a construirlo con sus propias manos, hombro con hombro con el resto de los cien. Cargó troncos del bosque y los colocó para construir los cimientos de las cabañas. Él solo se había encargado de mantener al grupo con vida gracias a los animales que cazaba. No iba a abandonar todo eso sólo porque había tenido el atrevimiento de intentar proteger a su hermana. No era culpa suya que la Colonia tuviera una estúpida regla de población que convertía a Octavia en una especie de engendro de la naturaleza y le daba permiso a otras personas de tratarla como si fuera una criminal.

Una rama se rompió y Bellamy se dio la vuelta rápidamente con el puño en alto y luego lo bajó avergonzado cuando vio un niño pequeño que lo estaba observando.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Bellamy y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estuviera siguiendo al niño. Era extraño ver adultos en el campamento, pero aun más extraño ver niños pequeños.

—Quería ver los peces —dijo, aunque todavía no hablaba bien y la palabra sonó más como *pefes*.

Bellamy se agachó para estar al mismo nivel que el niño que parecía tener tres o cuatro años.

—Lo siento, amigo. Los peces viven en el lago. Eso está bastante lejos de aquí. Pero mira —señaló a los árboles—. Allá arriba hay pájaros. ¿Quieres ver unos pájaros?

El niño asintió. Bellamy se puso de pie e inclinó la cabeza hacia atrás.

—Ahí —dijo y señaló a un punto donde se estaban moviendo las hojas—. ¿Lo ves?

El niño negó con la cabeza.

—No.

—A ver, te voy a acercar un poco —dijo Bellamy. Se agachó para cargar al niño y ponérselo en los hombros. El niño gritó de felicidad—. No hagas mucho ruido, ¿está bien? Se supone que nadie debe saber que estoy aquí. Mira, ahí está el pájaro. ¿Ves el pajarito? —Bellamy no alcanzaba a ver el rostro del niño así que tomó el silencio como un sí—. ¿Dónde están tus papás? ¿Saben dónde estás? Bellamy se agachó de nuevo para que el niño se

podiera bajar de su espalda y se dio la vuelta para verlo a la cara.

—¿Cómo te llamas?

—¿Leo? —se escuchó gritar a una chica—. ¿Dónde te fuiste?

—Mierda —dijo Bellamy entre dientes, pero antes de que tuviera tiempo de moverse, una chica de cabello largo y oscuro apareció. Bellamy exhaló aliviado. Era Octavia.

Ella ladeó la cabeza y sonrió.

—Veo que ya estás atrayendo niños al bosque como un ermitaño asqueroso. No te tomó mucho tiempo.

Bellamy puso los ojos en blanco pero en secreto estaba contento de ver a Octavia de tan buen humor. Había tenido un par de semanas difíciles y justo después de que regresó al campamento, el resto de la Colonia llegó de repente. Si algo se podía decir de Octavia era que sabía adaptarse. Pasó los primeros cinco años de su vida viviendo en un maldito clóset y el resto de la vida demostrando que merecía vivir.

—¿Conoces a este niño? —preguntó Bellamy.

—Es Leo.

—¿Dónde están sus papás?

Octavia miró a Leo y luego negó con la cabeza con expresión triste.

Bellamy exhaló lentamente y miró a Leo, quien estaba ocupado tirando de una enredadera grande que subía por el tronco de un árbol cercano.

—¿Entonces está solo?

Octavia asintió.

—Creo que sí. Hay varios. Supongo que sus padres no lograron llegar a las cápsulas, o... —no tuvo que terminar la frase. Bellamy sabía que ambos estaban pensando en las tumbas recién excavadas junto al lago—. Los he estado cuidando a todos hasta que podamos decidir qué haremos.

—Es muy lindo de tu parte, O —dijo Bellamy.

Ella se encogió de hombros.

—No es nada. No tenemos por qué estar enojados con los niños. Sus padres son los que nos encerraron.

Octavia intentaba sonar como si el asunto no tuviera importancia, pero Bellamy sabía que crecer en el centro de cuidados de la Colonia le había creado un afecto especial por los niños huérfanos.

—Vamos, Leo —dijo y extendió la mano hacia él—. Te mostraré dónde vive el conejo —miró a Bellamy—. ¿Estarás bien acá? —preguntó.

Bellamy asintió.

—Es sólo por hoy. Cuando las cosas estén más calmadas pensaremos en un plan.

—Bueno... cuídate —le sonrió y volteó a ver a Leo—. Vámonos, pequeño.

Bellamy los miró alejarse y sintió que algo se le movía en el corazón al ver a Octavia bajar saltando por la pendiente, fingiendo ser un conejo para hacer reír a Leo.

Ella siempre estuvo segregada. El único que la trataba de manera justa, o siquiera amable, era Bellamy. Hasta ahora. Finalmente tenía la oportunidad de ser una adolescente normal, con amigos y amores y, para ser totalmente honestos, una boca bastante insolente. Obviamente no la iba a dejar. Y tampoco se la iba a llevar. ¿Qué le quedaba entonces? Ella merecía la oportunidad de quedarse con los demás, en el sitio donde había encontrado y construido su primer hogar real. El primer hogar real de ambos.

Bellamy recordó de repente la expresión que tenía Clarke cuando le pidió que se ocultara y se le hizo un nudo en el estómago. Asustarla no era fácil: una doctora brillante con espíritu de guerrera que de casualidad resultaba ser insoportablemente hermosa, en especial cuando su cabello rubio reflejaba la luz; sin embargo, cuando Clarke pensó que los guardias podrían apuntarle a Bellamy con sus pistolas fue suficiente para llenar de miedo sus luminosos ojos verdes.

Bellamy exhaló lentamente e intentó tranquilizarse. Clarke sólo estaba intentando velar por sus intereses. Mantenerlo vivo era uno de sus intereses más básicos. Pero sus peticiones frenéticas para que se mantuviera a salvo y oculto le provocaban más enojo que otra cosa. No contra Clarke, sino contra toda la situación indeseable en la cual se encontraban. Estaba oscureciendo. ¿Acaso tendría que pasar toda la noche en el bosque?

Estaba a punto de regresar al claro y reclamar su legítima posición cuando vio a Wells salir de entre los árboles al otro lado del claro con un grupo de supervivientes pasmados. Bellamy notó la posición erguida de Wells, su andar enérgico y la manera en que se dirigía con confianza al grupo desordenado como si fuera el líder de esos adultos y no un delincuente convicto de la mitad de su edad. Era difícil para Bellamy concebir que ese minicanciller era su hermano en verdad... Enterarse de que había logrado que le dispararan a su padre y que además, no sólo tenía una hermana ilegal sino también un hermano, no era cosa de todos los días.

De pronto, el claro quedó en silencio y las cabezas voltearon al sitio

donde Wells había salido. Bellamy siguió su mirada y vio al vicescanciller Rhodes que salía desde los árboles para ingresar al campamento. Se movía silenciosamente entre los cien y los demás sobrevivientes con los hombros hacia atrás y la expresión ligeramente aburrida que siempre le daba ese aspecto de patán cuando estaban en la nave. Pero en este lugar lo hacía parecer un imbécil. Había burlado a la muerte hacía menos de veinticuatro horas y estaba por primera vez en su vida en la Tierra. ¿Era mucho pedir que mostrara siquiera un poco de alivio o, carajo, algo de emoción?

Nadie se atrevió a hablarle al vicescanciller mientras caminaba alrededor del claro flanqueado por cuatro guardias y evaluando el campamento que habían trabajado tanto para construir. Docenas de personas contuvieron el aliento al mismo tiempo esperando que hiciera o dijera algo. Después de un rato, el vicescanciller se metió a la cabaña más cercana. Desapareció dentro por un momento y luego regresó a la luz del sol. Una de las comisuras de su boca se movía como si algo le pareciera gracioso.

Bellamy quería atravesar corriendo el claro y darle un puñetazo en la cara a ese sádico con delirio de poder. Pero le bastó ver a los guardias que lo iban siguiendo a una distancia corta y formaban un semicírculo alrededor de Rhodes en todo momento para decidir quedarse en su sitio. No sólo había más guardias de los que él anticipaba (eran al menos veinte, y eso sin contar los que estaban heridos ni los que todavía estaban regresando del sitio del choque), sino que todos parecían portar armas de fuego. Bellamy tragó saliva. La amenaza abstracta de guardias con órdenes de dispararle era una cosa. Ver directamente el cañón de una pistola en la Tierra era otra. Bellamy no se sentía precisamente más asustado que antes de que llegaran los nuevos habitantes. Solamente estaba más convencido de que él y Octavia debían cuidarse entre sí porque nadie más lo haría por ellos.

Eventualmente, Rhodes llegó al centro del claro y se detuvo para dirigirse a todos los que se habían reunido a su alrededor. Hizo una pausa y mantuvo a su público esperando. Octavia estaba al frente del grupo y miraba al vicescanciller con escepticismo. Wells se hizo a un lado, con los brazos cruzados frente al pecho y la expresión indescifrable. Clarke estaba hasta atrás de la multitud, recargada en una de las paredes de la cabaña que funcionaba como hospital. Se veía exhausta, lo cual hacía que Bellamy se sintiera todavía más furioso. Haría cualquier cosa por poder abrazarla y decirle que había hecho un trabajo maravilloso.

La gente que estaba reunida miraba atenta a Rhodes; sus rostros estaban

sucios pero llenos de curiosidad y, para sorpresa de Bellamy, alivio. La mayoría de los cien parecían sentirse contentos de que Rhodes y sus secuaces hubieran llegado. Realmente pensaban que habían llegado a ayudar.

Por fin, Rhodes empezó a hablar.

—Conciudadanos, hoy es un día negro, un día que será de luto durante generaciones, pero también un gran día. Me siento honrado de estar aquí frente a ustedes, al fin, en la superficie de la Tierra. Las contribuciones de cada uno de los pasajeros de la primera cápsula no quedarán en el olvido. Lucharon con valentía y siguieron adelante en el lugar donde nuestra gente no había puesto un pie en cientos de años.

Bellamy estudió la cara de Clarke. Su expresión no revelaba ninguna reacción, pero él sabía que ambos estaban pensando exactamente lo mismo. Muchos humanos habían pisado ese suelo antes, y no todos eran Terrícolas. Los padres de Clarke, por ejemplo, y los demás que habían llegado a la Tierra con ellos. Sin embargo, por el momento, ninguno de los cien sabía que los padres de Clarke estaban vivos salvo Bellamy y Wells.

—Han demostrado que la vida humana puede, de hecho, volver a existir en la Tierra —continuó Rhodes—. Eso es magnífico. Pero nuestras vidas no sólo dependen de una fuente de agua segura o de aire limpio —hizo una pausa dramática y miró a la multitud, uno por uno, a los ojos—. La vida de cada uno de nosotros depende de los demás —dijo.

Varias personas del público asintieron enfáticamente y Bellamy sintió deseos de vomitar.

—Y, para protegernos entre nosotros, debemos seguir ciertas reglas —dijo Rhodes. *Aquí viene* pensó Bellamy y apretó los puños, como si de alguna manera pudiera detener las palabras que sabía cambiarían todo—. La vida en la Colonia era pacífica. Todos contaban con seguridad y tenían lo necesario —claramente este hombre nunca había vivido en Arcadia o Walden—. Fuimos capaces de mantener a nuestra especie con vida porque respetábamos la autoridad, hacíamos lo que se esperaba de nosotros y manteníamos el orden. Sólo porque ahora vivamos en la Tierra eso no significa que podemos abandonar nuestra adhesión al código que es más importante que cualquiera de nosotros —Rhodes volvió a hacer una pausa para permitir que todos digirieran sus palabras.

Bellamy miró los rostros de Wells y Clarke y pudo distinguir de sus expresiones que todos estaban pensando lo mismo. Rhodes era un charlatán. No había dicho nada sobre perdonar a los cien por sus delitos, lo cual les

habían prometido a cambio de su “servicio” a la humanidad cuando bajaron en la primera cápsula. Y con base en la cantidad de encuentros entre familiares que Bellamy había presenciado, uno o dos para los que no eran de Fénix, obviamente ninguna de las familias de los cien había tenido prioridad en esa primera oleada de naves. El número de mentiras que ese hombre estaba escupiendo en su corto discurso era repugnante. Pero lo que era peor era que parecía que la gente se lo estaba creyendo. *Abran los ojos*, quería gritarles Bellamy. *Sobrevivimos perfectamente bien sin estos imbéciles y estaremos perfectamente bien sin ellos. No escuchen nada de lo que diga este idiota.*

—Confío en que todos y cada uno de ustedes —dijo Rhodes para terminar, con palabras floreadas pero tono gélido— reconocerán el bien común y harán exactamente lo que se espera que hagan, por su bienestar personal pero también por la continuidad de nuestra propia especie. Gracias.

Bellamy sintió un escalofrío que le recorría la espalda. No había sido un discurso cálido y motivacional. Era una advertencia. *Hagan lo que digo o los sacaremos del rebaño*, amenazaba el vicescanciller. Bellamy estaba seguro de que él no podría hacer eso. Nunca había sido alguien que siguiera las reglas al pie de la letra en la Colonia. Y en la Tierra, donde había pasado días y noches enteras solo en el bosque, no existía ni la más remota posibilidad de que obedeciera a nadie nunca más. Por primera vez en su vida, en las vidas de todos, Bellamy era libre. Todos lo eran.

Pero Rhodes nunca le perdonaría a Bellamy el acto de traición en la plataforma de lanzamiento. Bellamy pudo entenderlo claramente. En vez de eso, el vicescanciller y sus seguidores lo usarían como ejemplo, lo cual significaba que lo ejecutarían. Probablemente en público.

En la mente de Bellamy se consolidó una idea, ya sopesada y tomada. Debía marcharse del campamento. Regresaría por Octavia cuando fuera seguro. Clarke y Wells podían cuidarla por el momento. Bellamy retrocedió para internarse en el bosque sin apartar la vista de la cabeza de Rhodes. Al dar el segundo paso hacia atrás, chocó con un árbol. Se cayó hacia el frente con un gruñido e intentó conservar el equilibrio. Logró mantenerse de pie pero pisó un montón de palos secos. Tronaron al romperse y el sonido hizo eco hasta el claro.

Cientos de cabezas voltearon hacia el sonido. Los guardias levantaron sus armas a los hombros e hicieron movimientos zigzagueantes con los cañones en dirección de los árboles. Con unos reflejos sorprendentemente rápidos,

Rhodes se dio la vuelta y escudriñó el paisaje para determinar de dónde provenía el ruido. Bellamy estaba atrapado. No podía moverse porque definitivamente lo verían. Su única alternativa era permanecer perfectamente inmóvil y esperar que Rhodes y sus guardias tuvieran una vista terrible.

Pero no tuvo tanta suerte. Rhodes lo encontró casi instantáneamente y su rostro se contrajo con un gesto de deleite. Se miraron a los ojos por un momento, durante el cual Bellamy no supo con certeza si el vicescanciller lo reconocía como el individuo que había tenido al canciller como rehén. Luego, el rostro generalmente inmutable de Rhodes se iluminó con un destello de placer puro.

—¡Allá! —gritó Rhodes a sus guardias y señaló directamente a Bellamy.

El equipo uniformado cruzó el claro en tiempo récord. Bellamy giró con la esperanza de que su conocimiento del bosque le diera alguna ventaja. Podía correr por encima de los troncos cortados y escabullirse bajo las ramas más bajas a gran velocidad. Pero no había avanzado más de unos cuantos metros cuando sintió primero uno y luego dos cuerpos que se lanzaban contra el suyo y lo tiraban al suelo. El guardia que cayó sobre él gruñó y se apresuró para sujetar los brazos de Bellamy. Bellamy se opuso e intentó pelear: empujó y pateó, se puso de rodillas y luego se incorporó. Su corazón latía con tanta fuerza que podía sentir cómo le vibraban las costillas con cada latido. La adrenalina le recorría todas las extremidades. Se sentía como uno de los animales que rastreaba y mataba para alimentar a los cien y mantenerlos con vida.

Llegaron más guardias que empezaron a rodear a Bellamy. Él dio un par de pasos hacia uno de ellos pero, en el último instante, se agachó, giró y corrió en la dirección opuesta. Los guardias se apresuraron a alcanzarlo. Bellamy corrió unos pasos más en dirección al bosque sombreado, todavía con la esperanza de lograr perderlos.

Pero ellos no usaron sus cuerpos para detenerlo en esa ocasión. Un tronido fuerte rebotó en uno de los troncos y docenas de aves asustadas salieron volando de las ramas más altas. Bellamy gritó cuando sintió un dolor penetrante en el hombro.

Le habían disparado.

Bellamy cayó al piso e instantáneamente lo rodearon los guardias. Lo levantaron con brusquedad y le ataron los brazos a la espalda sin consideración por la sangre que le brotaba de la herida. Lo llevaron a rastras al claro.

—¡Bellamy! —escuchó gritar a Clarke a la distancia.

Con la vista borrosa, la vio abrirse paso entre la multitud a empujones, gritándole a los guardias mientras se acercaba.

—Déjenlo. Le dispararon, ¿no es eso suficiente? Por favor, déjenme revisarlo. Necesita atención médica.

Los guardias se apartaron y dejaron que Clarke se acercara. Ella abrazó a Bellamy y lo ayudó a sentarse en el suelo.

—Estás bien —dijo con la voz entrecortada. Le abrió la camisa de un tirón en el cuello y se la apartó del hombro—. Creo que no es demasiado grave, creo que la bala atravesó el músculo.

Bellamy asintió pero no podía hablar con la mandíbula apretada.

—¿Cuáles son sus órdenes, señor? —le gritó uno de los guardias a Rhodes al otro lado del claro.

Bellamy no escuchó la respuesta. Sólo pudo pensar en una cosa al perder la conciencia: preferiría morir que vivir en la Tierra como prisionero.

CAPÍTULO 7

WELLS

Normalmente, Wells dormía afuera. Prefería el claro silencioso y lleno de estrellas a las cabañas llenas de gente, pero había pasado las últimas dos noches en el piso de la cabaña del hospital casi sin poder cerrar los ojos.

Clarke pasaba todo momento posible al lado de Bellamy, limpiando su herida, tomándole la temperatura y haciendo cualquier tontería para distraerlo del dolor. Pero tenía docenas más de pacientes que atender, así que Wells le ayudaba todo lo que podía. Se aseguraba de que Bellamy tuviera agua para tomar y, en los momentos de más lucidez de Bellamy, lo mantenía al tanto de lo que estaba ocurriendo en el campamento.

Wells reprimió un gemido al ponerse de pie. Bostezó y se frotó el hombro. No había suficientes catres para todos y Wells se aseguró de que los usaran los heridos. Miró a Bellamy, quien por fin se había quedado dormido después de pasar una noche con dolor e inquieto. No parecía estar sangrando a través del vendaje, lo cual era buena señal, pero Clarke estaba cada vez más preocupada de una infección.

Miró el rostro pálido de Bellamy y sintió una nueva oleada de furia contra el vicescanciller. Su padre *nunca* habría permitido que los guardias le dispararan a Bellamy, sin importar si supiera o no que él era su hijo. Rhodes hablaba mucho sobre el orden y la justicia, pero no parecía particularmente preocupado por atenerse a sus propias reglas.

Wells salió de la cabaña intentando que la puerta no azotara. El amanecer era su momento favorito en la Tierra. Tendría una hora para estar solo y ver salir el sol, antes de que el resto del campamento despertara e iniciara la rutina del día: los chicos que iban por el agua eran los primeros en levantarse, se dirigían al río con los contenedores vacíos y el cabello despeinado. Después se levantaba el equipo de leña y siempre se apresuraba a cortarla

para ver quién podía hacerlo más rápido. Ya se habían convertido en una comunidad, con sus propias costumbres y tradiciones. De muchas maneras era una vida más feliz y más libre que lo que habían tenido en la Colonia.

Pero aunque habían pasado menos de setenta y dos horas desde la llegada de los otros colonos, esas mañanas se sentían como un recuerdo distante. No había visto a Sasha en días. Habían acordado que sería mejor que ella se quedara en Mount Weather hasta que Wells pensara en la mejor manera de decirle a Rhodes sobre los Terrícolas. Sentía la ausencia de Sasha como un dolor físico.

En el claro normalmente vacío había unos cuantos grupos dispersos de personas con aspecto miserable: los recién llegados que no habían conseguido lugar en las cabañas y que habían pasado la noche en vela mirando aterrados el cielo extraño o miembros malhumorados de los cien que habían preferido el pasto mojado y el aire helado que tener que lidiar con los intrusos que habían invadido su espacio.

Unos cuantos adultos ya estaban sentados alrededor de la fogata apagada, claramente esperando que alguien llegara a encenderla. Al lado había un grupo de guardias muy metidos en su conversación y haciendo gestos hacia el peñasco donde habían aparecido por primera vez los Terrícolas. Después de sopesar los pros y los contras de revelarles que había más gente en la Tierra, Wells le había dicho a Rhodes sobre los otros dos grupos el día anterior, los pacíficos bajo el mandato del padre de Sasha y los violentos que habían matado a Asher y a Priya. Desde ese momento, Rhodes había colocado guardias las veinticuatro horas en el perímetro del claro.

Wells se acercó al sitio de la fogata y se obligó a sonreír.

—Buenos días —dijo.

El grupo asintió pero nadie habló. Wells sabía cómo se sentían porque él se había sentido igual durante sus primeros días en la Tierra: desorientado, traumatizado por el viaje pero también atormentado por la pérdida de la gente que había dejado atrás. También sabía que la única manera de salir de ese estado era mantenerse ocupado.

—¿Quién quiere aprender a encender el fuego? —preguntó.

Todos aceptaron su oferta, con distintos grados de entusiasmo, pero sólo una mujer de veintitantos años se quedó el tiempo suficiente para intentarlo por su cuenta. Wells le dio unos leños y la llevó de regreso al sitio donde hacían la fogata. Le enseñó a colocarlos en una pirámide para conseguir el mejor flujo de aire y le mostró todos los pasos para encenderlos. Cuando

terminaron ella sonrió y él pudo notar que una ligera chispa de vida regresaba a sus ojos.

—Buen trabajo —dijo Wells—. Hay que mantener la fogata vigilada y cuando vayamos a cocinar algo, la avivaremos un poco más.

Empezó a avanzar entonces hacia los pequeños grupos que se habían reunido para salir de cacería y de camino pasó al lado del grupo de guardias. Sintió que todos lo miraban y se detuvo. Ellos tenían las armas al hombro y estaban esperando que alguien les dijera qué hacer.

Aunque le habían quitado su rango de oficial al momento de confinarlo, Wells se aclaró la garganta y se dirigió a ellos con la misma voz que había aprendido a usar durante el entrenamiento.

—Uno de ustedes debería ir con cada grupo de cacería. Tenemos muchas bocas que alimentar y esas armas podrían ser de utilidad.

Los guardias se miraron entre sí como para confirmar si tenían autorización y luego se encogieron de hombros y lo siguieron. Wells los dividió y les dio algunos consejos sobre cómo caminar sin hacer ruido para no asustar a sus presas. Los únicos dos guardias que no salieron fueron los que Rhodes había asignado a la enfermería para asegurarse de que Bellamy no escapara.

El claro se fue poniendo cada vez más ruidoso conforme la gente hambrienta empezó a salir de las cabañas atiborradas en busca de algo de comer para el desayuno.

Necesitaban urgentemente varias cabañas más y eso requeriría que cortaran una cantidad importante de troncos y, como mínimo, una semana de construcción. Tendría que entrenar a veinte o treinta de los recién llegados para poder hacerlo rápidamente, antes de que el clima se pusiera más frío. También necesitaban más baldes para el agua, que tendrían que fabricar a partir del metal que había quedado de las cápsulas. Se recordó que debía enviar a un grupo al sitio del choque para conseguir al menos diez trozos adecuados que pudieran funcionar para ese propósito. Nada de esto importaría, sin embargo, si no conseguían más comida, y pronto. Con Bellamy herido, eso sería más difícil que nunca. Wells exhaló lentamente y organizó sus ideas, dejando que la calidez del sol matutino le entibiara la cara por un momento.

Abrió los ojos y se dirigió a la cabaña de provisiones. Se detuvo para hablar con el chico de Arcadia que estaba en la entrada y miró la lista. Habían empezado a mantener un inventario y a asignar turnos para llevar un registro

de qué entraba y qué salía. Wells estaba a punto de preguntarle al chico cuánta ropa adicional tenían cuando alguien a sus espaldas se aclaró la garganta. Wells se dio la vuelta y se encontró cara a cara con el vicescanciller Rhodes. Rhodes observó a Wells con una mirada curiosa, con los labios presionados para formar una sonrisa tensa que no parecía reflejar ninguna felicidad auténtica. Dos de los guardias de mayor edad lo flanqueaban. Wells los reconoció de su entrenamiento como oficial: uno fue su instructor de armas de fuego y el otro lo había obligado a hacer quinientas lagartijas en una ocasión. Hizo una mueca al recordarlo.

—Buenos días, oficial Jaha.

—Buenos días, vicescanciller Rhodes. Oficiales —dijo Wells e hizo un saludo militar. El gesto se sentía un poco fuera de lugar debajo del gran cielo azul y las nubes suaves que flotaban sobre sus cabezas en vez de bajo la iluminación fría de Fénix.

Rhodes le extendió la mano a Wells y él la tomó. Rhodes le apretó los dedos demasiado fuerte y le sacudió la mano demasiado tiempo. Wells siempre había sido un guardia y oficial modelo, respetuoso de sus superiores y de las reglas. Había sobresalido en todos los niveles del entrenamiento y por lo general quedaba en el primer lugar de su clase. Se sentía orgulloso de conocer y seguir el protocolo, aunque los otros estudiantes lo molestaran por eso o, peor, dijeran a sus espaldas que el hijo del canciller acostumbraba adular a sus maestros. Pero a Wells no le importaba. Quería demostrar que valía por su propia cuenta y lo había hecho. Nadie podía negar que Wells era un oficial de primera categoría. Pero ese día, ahí en el claro, mientras el vicescanciller le mantenía la mano atrapada, lo único que sintió Wells fue asco. Era como si ya supiera qué iba a salir de la boca de Rhodes antes de que hablara.

—Has demostrado un liderazgo destacado, oficial Jaha.

—Gracias, señor —dijo Wells y se preparó para lo que venía.

—En particular para ser alguien tan *joven* —Rhodes enfatizó la última palabra para que sonara como un insulto—. En nombre del Consejo, me gustaría agradecerte por tu servicio, *joven* —Wells no dijo nada—. Has construido un campamento satisfactorio, aunque temporal, aquí en la Tierra —el labio del vicescanciller se torció para expresar su desprecio—. Pero has asumido demasiada responsabilidad para alguien de tu edad, cuando deberías estar disfrutando de tu juventud.

Wells se imaginó la flecha que perforó el cuello de Asher a sólo unos

cuantos centímetros del suyo, vio el cuerpo hinchado de Priya que colgaba de un árbol, sintió el dolor aterrador del hambre que todos habían compartido esos primeros días. *Vaya juventud* quería escupirle a Rhodes. Pero mantuvo los labios apretados.

—Necesitamos que los líderes más experimentados se hagan cargo ahora —continuó Rhodes— mientras tú disfrutas de un muy merecido descanso.

A Wells se le ensancharon un poco las fosas nasales y sintió que sus mejillas se calentaban. Hizo un esfuerzo por mantener su expresión neutra de soldado. Rhodes estaba asumiendo el control pero claramente no tenía idea de en qué se estaba metiendo. Wells tampoco lo sabía al principio, pero ya tenía varias semanas de aprendizaje crucial que podía compartir. Con la voz inalterada y tono diplomático, Wells dijo:

—Con el debido respeto, señor, los que llegamos en la primera cápsula hemos aprendido bastante en un periodo muy corto. Las cosas son más complicadas aquí abajo que lo que parecen, algo que aprendimos por las malas. Podemos ayudarles a ahorrarse mucho tiempo y dificultades. Si nos permiten compartir lo que hemos aprendido, nuestra experiencia será de mucha utilidad para el bien de todos.

La sonrisa de Rhodes se tensó más y ahogó una risa.

—*Con el debido respeto*, oficial, creo que estamos bien capacitados para encargarnos de cualquier cosa que pudiera surgir. Mientras más pronto le devolvamos el orden a esta comunidad, más pronto podremos sentirnos todos a salvo.

Wells conocía la mirada de Rhodes. Era la combinación especial de desprecio, burla y envidia que había visto en los rostros de la gente toda su vida. Ser el hijo del canciller nunca había sido simple. Rhodes miraba a Wells y veía a un niño mimado sabelotodo. Wells podría construir con sus propias manos una cabaña para cada uno de los nuevos colonos y Rhodes seguiría considerándolo un presumido que sentía que todo lo merecía. Como el hijo de la persona que estaba entre el vicescanciller y el puesto de mayor importancia, Wells representaba toda la frustración de Rhodes.

Cualquier buena voluntad que Wells se hubiera ganado por ser la persona responsable de mantener a los cien vivos durante las primeras semanas estaba disipándose a toda velocidad junto con su influencia. Si esa sería su última oportunidad de hablar directamente con Rhodes, entonces haría que valiera la pena.

—Sí, señor —dijo Wells con su tono más respetuoso. Rhodes le hizo un

saludo militar, claramente muy complacido con sí mismo. Se dio la media vuelta y empezó a alejarse con sus guardias detrás como mascotas obedientes.

—Sólo una cosa —dijo Wells a la espalda de Rhodes. El vicedecano se detuvo y volteó con expresión molesta—. El prisionero, Bellamy Blake.

Rhodes entrecerró los ojos.

—¿Qué hay de él?

—Él es vital para la supervivencia de este campamento.

—¿Disculpe, oficial? —dijo Rhodes moviendo la cabeza con incredulidad—. ¿Te refieres al joven que casi hizo que mataran a tu padre?

—Sí, señor. Bellamy es, por mucho, el mejor cazador que tenemos. Nos ha mantenido a todos con vida. Lo necesitamos.

La sonrisa desapareció del rostro de Rhodes y su expresión se tornó fría.

—Ese chico —dijo Rhodes lentamente— es un asesino.

—No lo es —respondió Wells esforzándose por sonar más tranquilo de lo que estaba—. Él no tenía la intención de lastimar a nadie. Sólo estaba intentando proteger a su hermana.

Tenía la esperanza de que la necesidad de Bellamy por proteger a su hermana despertara algo de compasión en el vicedecano pero la palabra *hermana* sólo provocó una sonrisa llena de escarnio. Wells se imaginó lo que sucedería si, en su desesperación, admitía que Bellamy era su hermano.

—Él es la razón por la cual tu padre no está aquí —espetó Rhodes—. La razón por la cual *yo estoy al mando*.

Con esas palabras, se dio la media vuelta y se alejó furioso.

Wells lo miró irse y sintió que el corazón se le iba al suelo. No habría tolerancia con Bellamy. No habría piedad.

CAPÍTULO 8

CLARKE

Las suturas no estaban aguantando. Clarke apretó la mandíbula mientras limpiaba la herida del hombro de Bellamy por tercera vez ese día. Sabía objetivamente que su frustración no ayudaba en nada, pero ya estaba desesperada intentando pensar qué haría a continuación. Podía arriesgarse y esperar que el cuerpo de Bellamy se defendiera contra la infección y empezara a sanar a pesar de las suturas. O podía quitárselas y suturarlo de nuevo, pero eso lo expondría a volver a abrir la herida y retrasaría más su recuperación.

Inhaló profundamente, exhaló con lentitud e intentó concentrarse. Aunque Bellamy había tenido suerte de que la bala hubiera salido sin hacer más daño, había entrado en el peor lugar posible, a milímetros de una arteria importante. Habría sido un sitio difícil de suturar aunque hubieran estado en la nave, con una sala de operaciones estéril y luces brillantes. Pero en esa cabaña oscura con dos guardias siempre sobre Bellamy y que encaraban a Clarke cada vez que intentaba revisarle la herida, era prácticamente imposible.

Por eso se suponía que los doctores no debían operar a personas que estimaban. Apenas podía lograr que le dejaran de temblar las manos, ya no se diga tomar una decisión objetiva bajo presión. Sintió la frente de Bellamy con el dorso de la mano. Ya no tenía fiebre, lo cual era buena señal, pero seguía desorientado y con mucho dolor. Clarke se sentía enferma al pensar en cuánto estaba sufriendo y lo poco que podía hacer por ayudarlo.

—¿Clarke? —se escuchó una voz débil del otro lado de la habitación—. ¿Clarke? Te necesito, por favor.

Era Marin, una mujer mayor con una herida profunda en la pierna. Clarke le había limpiado y suturado la herida pero tenían muy pocos analgésicos, lo

cual significaba que sólo los podrían usar en los casos más desesperados.

—Ya voy —dijo Clarke.

Se sentía muy mal de apartarse de Bellamy, pero había mucha gente que necesitaba atención médica seria y Clarke no podía pasar más de unos cuantos minutos con él cada vez. Le apretó la mano y él abrió un poco los ojos, le sonrió y le apretó un poco la mano de regreso. Ella le colocó el brazo suavemente sobre el catre y al voltear volvió a chocar con uno de los guardias.

—Con permiso —dijo Clarke apenas logrando disimular la irritación en su tono de voz.

La seguridad constante no sólo era excesiva, sino que estaba interfiriendo con su habilidad para cuidar a algunos de sus pacientes. ¿Dónde podría huir Bellamy si estaba semiconsciente y medio delirante por la fiebre?

—Clarke, por favor. Me duele —dijo la voz quejumbrosa y desesperada.

Clarke no tenía tiempo para quedarse pensando en Bellamy. Tenía curaciones que cambiar y medicamentos que administrar. Aunque estaba agradecida por tener la posibilidad de ser de ayuda, el cuidado agotador y constante que tenía que proveer no era suficiente para despejarle la mente de sus preocupaciones. Cada vez que veía a Rhodes, su cuerpo se contraía con furia y repulsión. No sólo casi había matado a Bellamy, sino que básicamente estaba manteniéndola prisionera. No había manera de que ella dejara el campamento mientras Bellamy estuviera en peligro, y cada hora que pasaba ahí era una hora que podía haber utilizado buscando a sus padres. Por lo que ellos sabían, ella seguía en la Colonia y no estaba parada en el mismo suelo que ellos, bajo el mismo cielo. Era un pensamiento casi demasiado frustrante para contemplarlo.

Clarke cruzó la cabaña y se acercó a Marin. Levantó el vendaje de la pierna y apartó los pensamientos de cómo estaba decepcionando a sus padres al permanecer ahí, en esa cabaña llena de gente, en vez de salir por su cuenta para buscarlos.

—Siento mucho que tengas tanto dolor —dijo Clarke con suavidad—. Sé que duele, pero la buena noticia es que está sanando a la perfección.

Marin se veía muy infeliz, con el rostro pálido, frío y sudoroso, pero logró asentir y decir *gracias* en voz baja.

Clarke había pasado muchas noches en Fénix aprendiendo de sus libros de texto, maravillándose de la sofisticación de la medicina en la nave. La mayor parte de las enfermedades más conocidas ya se habían erradicado, ya

no había cáncer ni enfermedades cardíacas, ni siquiera influenza, y habían desarrollado maneras de regenerar piel y soldar huesos rápidamente. Estaba asombrada de vivir en una época de tal brillantez en el área de la medicina. Quería estar a la altura de los doctores que la habían precedido, así que trabajaba duro, memorizaba los procedimientos, los medicamentos y los procesos fisiológicos.

Clarke daría cualquier cosa por tener siquiera una décima parte de ese equipo médico en ese momento. Básicamente estaba practicando medicina en la oscuridad, con manos torpes en vez de bisturíes afilados y palabras tranquilizadoras en vez de medicinas para matar a las bacterias. Bien podría ofrecerles a sus pacientes una cuchara de madera para que la mordieran, como hacían en la Edad Media. Miró a su alrededor, a los rostros de los adultos confundidos y los niños en estado de choque que gemían, lloraban y simplemente se quedaban viendo a la distancia. Había cientos como ellos afuera. ¿Podría cuidar a toda esa gente, día tras día, sola?

Y estos eran los que habían corrido con suerte y habían logrado de alguna manera conseguir meterse a las cápsulas. Por el aspecto de algunos de sus rostros, el costo de salvarse a sí mismos había sido terriblemente alto. Podía ver escrito en sus ojos el dolor de haber dejado atrás a sus seres amados, amigos y vecinos, de dejar morir a otros para poder sobrevivir. Clarke se agachó junto a un chico, Keith, quien estaba recostado en silencio en un catre al fondo de la habitación. Le sonrió y él la saludó con la mano. La noche anterior, le preguntó a Keith si su madre o su padre estaban con él y él negó con la cabeza en silencio. Clarke pudo notar por su expresión atormentada que estaba solo en la Tierra y dejó de hacer preguntas.

Se preguntaba qué le sucedería después de salir de su cuidado. Sus costillas rotas sanarían pronto y tendría que salir de la tranquilidad relativa del hospital. Hasta el momento, Octavia se había hecho cargo de los niños sin padres, pero lo que podía lograr una chica adolescente tenía límites. ¿Quién le enseñaría cómo cazar, o cómo saber si el agua era suficientemente limpia para beber? ¿Estaría asustado la primera noche que durmiera bajo las estrellas? Clarke le quitó unos mechones de cabello sudoroso de la frente y le tocó la punta de la nariz.

—Descansa un poco, amigo —le susurró.

Keith cerró los ojos pero Clarke dudó que lograra descansar.

Sólo de verlo tan pequeño y solitario Clarke se sentía agradecida por las personas que conocía en la Tierra. Había varias caras conocidas entre los

recién llegados. Para empezar, el doctor Lahiri y unas cuantas personas de su corredor residencial. Incluso Glass. Aunque nunca habían sido realmente amigas, las chicas se conocían de toda la vida. Ver ese rostro que había visto toda la vida y saber que Glass tenía los mismos recuerdos de la nave moribunda tenía algo de tranquilizador. Era casi como si Clarke no tuviera que recordar todo por su cuenta, como si tuviera a alguien para compartir la carga.

Aunque sentía las extremidades pesadas por el agotamiento y la ansiedad, se obligó a continuar trabajando con su siguiente paciente. Era el doctor Lahiri, que tenía el hombro muy adolorido.

Él levantó la cabeza del catre. Su cabello gris que normalmente mantenía imaculado se veía grasoso y enredado. Eso era casi tan inquietante como la lesión de su hombro.

—Hola, Clarke —dijo con cansancio.

—Hola, doctor Lahiri. ¿Cómo va la cabeza?

—Mejor. Ya se me quitó el mareo y por el momento ya te dejé de ver doble.

Clarke sonrió.

—Bueno, eso es una mejoría. Aunque francamente desearía que hubiera dos Clarkes.

El doctor Lahiri la estudió con cuidado por un momento.

—Estás haciendo un gran trabajo, Clarke. Espero que te des cuenta de eso. Tus padres estarían muy orgullosos de ti.

Clarke sintió que su corazón se agrandaba, aunque no estaba segura si era por tristeza o gratitud. Durante unos cuantos días gloriosos estuvo segura de que vería nuevamente a sus padres y pasó largas horas imaginando todas las cosas que les diría, cómo les contaría todos los pensamientos e historias que había mantenido guardadas al no tener a nadie con quien compartirlas. Pero ya en esos momentos, las probabilidades parecían cada vez menores de que pudiera encontrar la información que necesitaba para rastrearlos y dar con ellos.

—Tengo algo que preguntarle —dijo Clarke en voz baja y se aseguró de que los guardias no la pudieran escuchar—. El otro día encontré algo que me hizo pensar que mis padres podrían seguir con vida.

Notó que los ojos del doctor Lahiri se abrieron mucho pero no era con sorpresa, ni siquiera con incredulidad. ¿Acaso era posible que él ya lo supiera?

—Y creo que están en la Tierra —continuó diciendo y luego inhaló profundamente—. Sé que están. Sólo necesito averiguar cómo los voy a encontrar. ¿Usted... usted sabe algo? ¿Cualquier cosa que me pueda orientar en la dirección correcta?

El doctor Lahiri suspiró.

—Clarke, ya sé que quieres...

Los interrumpió un escándalo en la puerta del hospital. Clarke se dio la vuelta y vio al vicescanciller Rhodes parado en la entrada de la habitación. Un murmullo recorrió los catres y los pacientes levantaron las cabezas para ver quién había entrado. Clarke miró desesperada de nuevo al doctor Lahiri, deseando que pudieran terminar su conversación. Él le asintió, como indicándole que ya hablarían después.

Clarke cruzó el cuarto hacia el vicescanciller. Se detuvo frente a él con las manos en la cadera. Protegería a sus pacientes y su hospital. Los guardias se dispersaron en un semicírculo alrededor de Rhodes y bloquearon toda la luz que entraba por la puerta. La habitación se oscureció en más de un sentido. Sólo ver el rostro engreído de Rhodes llenaba a Clarke de rabia. No recordaba haberse sentido así por nadie antes. Rhodes fue quien ordenó que sus padres pusieran a prueba los efectos de la radiación experimentando con humanos. Con *niños*. Rhodes fue quien amenazó con matar a Clarke si no obedecían y luego negó todo involucramiento en los horribles experimentos. Había sentenciado a muerte a sus padres. Y ahora estaba ahí persiguiendo a Bellamy.

—Vicescanciller —dijo Clarke sin molestarse por intentar ocultar su desdén—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Clarke, esto no te concierne. Estamos aquí por Bellamy Blake.

El vicescanciller pasó junto a ella y le rozó el hombro al adentrarse más en la habitación. Las manos de Clarke se apretaron tanto al formar puños que las uñas se le clavaban en las palmas. La sangre le corría caliente por las venas y tuvo que respirar un par de veces para asegurarse de no hacer algo de lo cual se arrepentiría después. Todo lo corrupto e inmoral que era Rhodes no era nada comparado con su peligrosidad. Eso lo habían aprendido sus padres por las malas.

Clarke observó a Rhodes acercarse a Bellamy quien, afortunadamente, estaba dormido. El vicescanciller lo estudió un momento y luego se dio la vuelta para dirigirse a la puerta de nuevo. Cuando pasó junto a sus guardias les dijo sin voltearlos a ver:

—Coloquen al prisionero en aislamiento hasta el momento de su juicio.

—Señor —dijo uno de los guardias—, ¿dónde lo mantendremos preso?

Rhodes se detuvo y giró lentamente para mirarlo con los ojos entrecerrados.

—Piensen en una solución —dijo y desapareció por la puerta.

—Sí, señor —le respondió el guardia a la espalda de Rhodes.

El estómago de Clarke dio un vuelco cuando reconoció la voz. Era Scott. Levantó la vista y se dio cuenta de que estaba mirando a Bellamy. No pudo leer su expresión. Normalmente le bastaba ver su piel manchada y sus ojos lacrimosos para que le dieran ganas de darse una ducha larga y caliente. Pero en esa ocasión no sintió la repugnancia usual. Esa vez sintió más esperanza que desdén, porque Scott le había dado una idea. Nadie, y en especial el vicescanciller Rhodes, lastimaría a Bellamy. Clarke se aseguraría de ello.

CAPÍTULO 9

GLASS

Glass sabía que tenía suerte de estar en la Tierra, pero una parte de ella se preguntaba si habría peleado tanto para llegar si hubiera sabido que pasaría el resto de la vida orinando en el bosque. Salió de la pequeña cabaña, que en realidad no era más que un cobertizo improvisado con un árbol como la cuarta pared, y regresó al campamento. O, mejor dicho, regresó en la dirección que esperaba estuviera el campamento. Todos los árboles se veían iguales y todavía estaba orientándose.

El sonido distante de voces la tranquilizó y supo que estaba acercándose. Salió al claro y dejó atrás de mala gana el silencio reconfortante del bosque. Glass se detuvo en seco y se sintió repentinamente desorientada. No estaba en el sitio correcto. Estaba acostumbrada a llegar entre la enfermería y las cabañas de provisiones, pero por algún motivo había terminado del otro lado del campamento, cerca de una de las estructuras que estaban construyendo como dormitorios. Suspiró al ver su error e hizo una nota mental de ser más cuidadosa la siguiente vez. Luke ya le había dado varios sermones sobre mantenerse alerta y no meterse al bosque sola. Pero él estaba trabajando todo el tiempo y Glass no se sentía lo suficientemente cómoda con nadie en el campamento como para pedirle que la acompañara al baño.

Glass rodeó el sitio en construcción y terminó detrás de dos hombres que hablaban en voz baja cerca de la línea de los árboles. Estaban ensimismados en su conversación y no parecieron darse cuenta de que ella estaba ahí. Se detuvo porque no sabía si debía alertarlos sobre su presencia, quedarse en ese sitio hasta que terminaran o sólo seguir caminando y pasar junto a ellos. Antes de que tuviera oportunidad de decidir, se dio cuenta de que uno de los hombres le era familiar: era el vicescanciller Rhodes.

Glass se quedó congelada y su cerebro liberó una tormenta de emociones

en conflicto. Algo de ese hombre siempre había hecho que a Glass se le erizara la piel y verlo darle a sus guardias órdenes de matar a Bellamy ciertamente no había ayudado. Sin embargo, al mismo tiempo, él era la razón por la cual Glass estaba viva. Cuando vio a Glass y su madre entre la multitud agolpada intentando en vano llegar a las cápsulas, las había llevado con su grupo y les consiguió los últimos dos lugares.

Glass no había vuelto a estar cerca de Rhodes para hablar con él desde entonces, pero mil preguntas sin respuesta le subían a la garganta. ¿Por qué las había ayudado? ¿Cuál era su relación con su madre? ¿Ella le había hablado de cuánto la había decepcionado Glass cuando estaban en la Colonia?

La voz del vicescanciller sacó a Glass de sus reflexiones.

—Tendremos un juicio en el centro del campamento. Nos aseguraremos de que todos sepan que la asistencia es obligatoria. Quiero que vean de cerca que la traición o la ingratitud egoísta de cualquier tipo no serán toleradas.

Glass intentó ahogar un grito. Estaba hablando sobre Bellamy.

—Sí, señor —respondió el otro hombre. Su uniforme de oficial estaba rasgado y lleno de polvo. Glass lo reconoció como el segundo al mando después del vicescanciller, Burnett, el hombre que la había tomado del brazo y había tirado de ella y su madre hasta la seguridad de la plataforma de lanzamiento.

—¿Y ha pensado dónde lo mantendremos a largo plazo si su sentencia es Confinamiento?

Rhodes dejó escapar una risa áspera y seca.

—¿*Confinamiento*? Este juicio sólo puede tener un resultado y te aseguro que no será Confinamiento.

Burnett asintió.

—Ya veo.

—Tú y yo estaremos en el Consejo así como un par de fenixienses mayores que bajaron con nosotros —continuó Rhodes—. Ya hablé con ellos. Entienden lo que deben hacer. Ejecutaremos al prisionero, lo cual deberá servir como un claro recordatorio a todos de que mantener el orden aquí en la Tierra es tanto o más importante que en la Colonia.

—Entiendo, señor. Pero en cuanto a la logística. Aquí en la Tierra no podemos simplemente liberar al prisionero al espacio. ¿Cómo quiere que manejemos la ejecución? Tenemos armas de fuego pero... —Burnett titubeó un instante—. ¿Usted tirará del gatillo?

Glass cerró los ojos y sintió una oleada de náuseas recorrerle el cuerpo. No podía creer lo que estaba escuchando. Estaban hablando sobre ejecutar a Bellamy de la misma manera desinteresada en que discutirían las raciones de electricidad o una celebración del Día de la Conmemoración.

—He estado pensando en eso y creo que tengo la persona indicada para el trabajo. Es alguien que cumple con las reglas y es un guardia excelente. De hecho, es miembro del cuerpo de ingeniería. Pero ha mostrado algunas tendencias rebeldes recientemente. Dio refugio a una fugitiva, entre otras cosas, y creo que esta tarea será adecuada para recordarle dónde debe enfocar sus lealtades.

La cabeza de Glass empezó a darle vueltas, como si alguien le hubiera privado el cerebro de oxígeno, y extendió una mano para recargarse en el tronco más cercano. *Luke*. El vicecanciller iba a obligar a Luke a ejecutar a Bellamy para demostrar su lealtad. Pero Luke nunca mataría a alguien; ella sabía que él no sería capaz de tirar del gatillo. ¿Qué le haría Rhodes entonces? ¿Cuestionaría algo más aparte de las lealtades de Luke? ¿Se preguntaría si siquiera podía confiar en Luke? Porque ya quedaba muy claro lo que Rhodes le hacía a las personas en quienes no podía confiar.

Rhodes y Burnett empezaron a caminar hacia un grupo pequeño de guardias que ella no reconoció. En cuanto ya no la podían escuchar, Glass dejó escapar una exhalación que terminó en un sollozo ahogado. Tenía que encontrar a Luke. Buscó por el campamento pero no lo vio. El pánico empezó a instalarse en su pecho. *Tranquila*, se dijo a sí misma. *Entrar en pánico no resolverá nada. Mantuviste el control durante una caminata espacial, ciertamente lo puedes mantener el tiempo necesario para encontrar a Luke.*

Glass se obligó a caminar tranquilamente por el centro del campamento y se dirigió a la cabaña que usaban como hospital. Tal vez Clarke había visto a Luke. Entró. Sus ojos tardaron un momento en ajustarse a la penumbra de la cabaña sin ventanas y se sintió cegada por un momento. Cuando recuperó la vista, vio a Luke parado frente a ella, dándole la espalda. Estaba trabajando como guardia de Bellamy. El alivio que sintió Glass al verlo casi le provocó lágrimas. Pero luego la imagen de Luke levantando su arma y apuntándole a Bellamy, la imagen de él tirando del gatillo y el tronido fuerte que sonaría al disparar, le inundaron la mente. No podía permitir que sucediera. No podía permitirles que obligaran a Luke a tomar esa decisión y no se quedaría parada sin hacer nada cuando lo amenazaran a él también.

Glass cruzó la habitación con tres pasos largos y tomó a Luke del brazo.

Él se dio la vuelta rápidamente con los puños en alto en un gesto defensivo y luego rio cuando vio que era ella.

—Hola —le dijo él y dejó caer los brazos—. ¿Estás tratando de meterme en problemas? —su sonrisa desapareció cuando vio la expresión en el rostro de Glass—. ¿Estás bien? —preguntó Luke en voz baja y se inclinó hacia ella para que nadie pudiera escuchar su conversación.

—¿Podemos hablar? —dijo Glass e hizo un movimiento con la cabeza en dirección a la puerta—. ¿Afuera?

—Claro —contestó Luke y se dirigió al otro guardia—. Oye, necesito salir un segundo. ¿Estás bien?

El otro guardia se encogió de hombros, miró a Bellamy que dormía profundamente y estaba atado al catre, y volteó a ver a Luke para asentir. Luke siguió a Glass a la luz del sol.

Se fueron a la parte de atrás de la cabaña y después de confirmar que nadie los estuviera escuchando, Glass le contó a Luke todo lo que había escuchado decir a Rhodes. Odió ver el dolor en el rostro de Luke cuando comprendió todas las implicaciones de sus palabras. Él apartó la vista y miró a lo lejos por arriba de las copas de los árboles. Permaneció en silencio un largo rato y Glass contuvo el aliento. Los pájaros trinaban y se escuchaba el sonido de un hacha que partía leña del otro lado del campamento.

Finalmente, Luke la volteó a ver con la mandíbula tensa y los ojos ardiendo con determinación.

—No lo haré —dijo con firmeza.

El corazón de Glass se agitó con amor y orgullo al comprobar el sentido claro de bien y mal que tenía Luke. Admiraba su integridad y honor, era una de las primeras cosas que le habían atraído de él. Pero ella nunca, nunca podría permitir que él se pusiera en peligro para salvar a alguien más.

—Pero, Luke, comprendes lo que eso significa, ¿verdad? Te castigarán —dijo Glass con la voz temblorosa por el temor—. Sé que él salvó mi vida, pero Rhodes es peligroso. Deberías haber visto cómo habló de ejecutar a Bellamy. Fue... horrible. ¿Quién sabe de qué será capaz?

—Lo sé —dijo Luke y apretó y aflojó la mandíbula.

Ambos se quedaron en silencio por un momento. Glass le tomó la mano y se la apretó. Lo sintió alejado, distante, como cuando se estaba preparando para una caminata espacial.

—Luke —dijo ella y volvió a apretarle la mano. Lentamente, él volteó a verla—. Esto no puede terminar así.

Después de todo lo que habían pasado, después de todo por lo que habían peleado y sobrevivido, sería una locura permitir que Rhodes convirtiera a cualquiera de ellos en chivos expiatorios como estaba haciendo con Bellamy.

—No terminará así —dijo Luke y la acercó para abrazarla con fuerza.

Ella inhaló su aroma familiar, que ahora estaba cubierto de olores de la Tierra que le estaban empezando a gustar porque los asociaba más y más con Luke. Su corazón latía con un ritmo constante contra su mejilla. La presión arterial de Glass empezó a estabilizarse, su ritmo cardiaco se hizo más lento y la adrenalina de sus venas empezó a disminuir. Esto era todo lo que necesitaba. *Él* era todo lo que necesitaba.

Glass se alejó repentinamente. La cabeza de Luke giró en todas direcciones. Sus instintos estaban programados para comprobar si había algún peligro.

—Ya sé qué hacer —dijo Glass.

Luke la miró con el entrecejo fruncido.

—¿Qué?

—Nos iremos.

—¿A qué te refieres con “nos iremos”? ¿Dónde iríamos?

—No sé, pero lo averiguaremos. Wells nos puede ayudar. Él y Sasha nos pueden decir qué camino tomar. Podemos ocultarnos por un rato, el tiempo que sea necesario para asegurarnos de que, cuando regresemos, todo esto ya haya quedado olvidado.

—¿Qué hay de los Terrícolas? ¿Los peligrosos? —preguntó Luke y la vio como si se hubiera vuelto completamente loca.

—Tendremos que arriesgarnos.

Luke la miró un rato y Glass se preparó para que sacudiera la cabeza y le dijera algo sobre no abandonar sus deberes. Pero, para su sorpresa, una pequeña sonrisa se asomó a sus labios.

—Tendríamos que hacerlo entonces esta noche. No queremos darle oportunidad a Rhodes de encontrarme.

Glass lo miró, sorprendida.

—¿En serio? ¿De verdad quieres que nos vayamos solos?

Él le puso la mano sana en la cintura.

—¿Sabes qué me ha mantenido en movimiento todo este año? ¿Todo el tiempo que estuviste en confinamiento, esas noches en Walden cuando estaba seguro de que íbamos a morir? Fue la idea de estar en la Tierra contigo. Aun cuando estaba seguro de que era sólo una fantasía, no podía dejar de

imaginarme explorando el planeta contigo. Sólo nosotros —la soltó de la cintura y le pasó los dedos por el cabello—. Es algo increíblemente arriesgado. Lo sabes.

Ella asintió.

—Lo sé. Pero prefiero estar en peligro allá afuera contigo que arriesgarme a estar aquí sin ti.

Le sonrió y le pasó la mano suavemente por la mejilla rasposa sin afeitarse. Él le tomó la mano y le besó las puntas de los dedos.

—Y yo preferiría estar allá afuera contigo que causarle más dolor a cualquier otra persona —dijo.

—Entonces, preparémonos. Nos llevaremos las provisiones que podamos sin llamar la atención y luego nos iremos.

—Tengo que terminar este turno. Tú consigue algo de agua y la comida que puedas ocultar en tu ropa y nos reuniremos aquí después de que se ponga el sol. Cuando todos estén cenando.

—De acuerdo —dijo Glass—. Buscaré a Wells. Y creo que debemos decirle también a Clarke. Necesita saber lo que están planeando hacerle a Bellamy. Porque si no eres tú, será alguien más.

—¿Podemos confiar en ella?

—Sí —dijo Glass enfáticamente—. Podemos confiar en ella.

—Bien —dijo Luke e inclinó la cabeza para darle a Glass un beso rápido y suave—. Seremos iguales que Adán y Eva —dijo con una sonrisa.

—No creas que me voy a vestir con hojas, no importa cuánto tiempo estemos solos en el bosque.

Luke la miró deliberadamente de arriba a abajo y luego le sonrió con picardía, dejando muy claro qué estaba pensando.

—Ve a prepararte —le dijo con unos golpecitos en el codo.

Le dedicó una última mirada larga y luego se dio la vuelta y regresó al hospital.

CAPÍTULO 10

CLARKE

Durante un instante delicioso, Clarke se sintió feliz. Cuando Keith se puso de pie por primera vez desde que aterrizaron las cápsulas y dio unos cuantos pasos, todos los que estaban en la cabaña gritaron para apoyarlo. Clarke se paró frente a él con los brazos extendidos mientras él caminaba con dificultad hacia ella. Tenía uno de los brazos delgados envuelto alrededor de sus costillas como protección y el otro extendido a su lado para mantener el equilibrio. Caminó a los brazos de Clarke y ella lo abrazó suavemente. El niño iba a estar bien.

—Muy bien, pequeño. Es hora de que regreses a la cama. Eso fue suficiente por un día —dijo Clarke.

—Gracias, doctora Clarke.

La sonrisa de Keith era suficiente para iluminar toda la habitación.

—Sólo llámame Clarke.

Sonrió y le ayudó a volverse a subir al catre. Por el rabillo del ojo vio el catre desocupado de la cabaña y toda la felicidad temporal la dejó y le quedó sólo pánico y desesperanza. Los guardias habían ido esa tarde a mover a Bellamy a una nueva cabaña que se usaría como prisión que habían erigido a las orillas del claro. Era un cobertizo deprimente sin ventanas hecho de placas de metal traídas del sitio del choque. Estaba encerrado solo, con dos guardias armados en la puerta en todo momento. Clarke no estaba segura de qué tendría planeado Rhodes exactamente, pero sabía que las cosas empeorarían. La infección terminaría con Bellamy por falta de atención médica adecuada o bien Rhodes aceleraría su muerte...

Sacudió la cabeza para alejar ese pensamiento. Era demasiado terrible para considerarlo. Ya pensaría en algo. *Tenía* que pensar en algo.

Keith se acomodó con cuidado y Clarke volteó a ver a Marin. Su pierna

estaba mucho mejor. La herida estaba sanando sin señas de infección.

—Sigues tú, Marin —dijo Clarke—. Te tendremos caminando en muy poco tiempo.

—No puedo esperar —dijo Marin con una sonrisa—. ¿Cuánto tiempo llevo en este planeta y no he visto siquiera un árbol o una hoja?

—Bueno, eso es lo que te ganas por estar inconsciente cuando te trajimos —dijo Clarke en broma. Su tono ocultaba la ansiedad que estaba acumulándose en su estómago—. Pero te traeré algunas muestras más tarde para que vayas conociéndolas.

—¿Clarke? —alguien la llamó desde la puerta con un dejo de consternación en el tono de voz.

Clarke se dio la vuelta y se topó con Glass. Se veía pálida y ansiosa y se movía de un lado a otro.

—Glass, ¿qué pasa?

—Necesito... necesito hablar contigo un segundo.

—Claro —dijo Clarke y se apresuró con ella lo más rápido que le permitieron sus piernas cansadas. El rostro de Glass estaba demacrado y pálido—. ¿Está todo bien?

A Clarke se le encogió el corazón. ¿Le había pasado algo a Wells?

—Creo que debemos hablar afuera —dijo Glass y miró nerviosamente a su alrededor en la cabaña.

Clarke asintió y, sin decir otra palabra, salió con Glass por la puerta y se dirigieron al claro. El sol de la tarde parecía tranquilizar un poco la escena frenética, aunque Clarke podía ver señales de tensión por todas partes: gente que discutía sobre las raciones, guardias que miraban nerviosos hacia los árboles y, a la distancia, gente que inclinaba la cabeza para no ver a los ojos a los dos guardias que estaban apostados frente a la prisión de Bellamy. La idea de que estuviera ahí, solo y enfermo, hacía que Clarke sintiera ganas de salir corriendo y tirar la puerta de una patada, y que los guardias se fueran al infierno.

Apartó la vista del lugar y prestó atención a Glass.

—¿Qué sucede?

—Se trata de Luke... y Bellamy.

Clarke arrugó la cara, confusa. ¿Qué podían tener que ver Bellamy y Luke? Bellamy había estado inconsciente o dormido desde que Luke llegó a la Tierra. ¿Siquiera se habían conocido?

Glass inhaló y exhaló lentamente, como si estuviera reuniendo valor para

hablar.

—Clarke, sólo... creo que debes saber. Están planeando ejecutar a Bellamy.

Su voz se escuchaba débil, como si pronunciar la palabra terrible le hubiera costado un esfuerzo físico.

El estómago de Clarke se le fue al piso y se mordió el labio para evitar gritar.

—¿Ejecutarlo? —susurró.

Glass asintió.

No era que Clarke no se hubiera esperado algo así. Su entrenamiento médico le había enseñado que debía considerar toda eventualidad y hacer frente incluso a las posibilidades más negras. Pero había una enorme diferencia entre obligarse a imaginar la peor situación y escucharla articulada en los labios de otra persona.

—Están planeando tener un juicio pero será una tomada de pelo —continuó Glass y su rostro se veía más contraído con cada palabra. Le explicó que Rhodes pensaba hacer que Luke matara a Bellamy.

—Pero no les vamos a permitir que obliguen a Luke a hacerlo —añadió rápidamente—. Nos iremos del campamento. Esta noche. Eso deberá conseguirles algo de tiempo.

—¿Eso cómo... cómo nos ayudará?

—Si Luke no está para ejecutar las órdenes de Rhodes, tendrán que replantearse la ejecución. No es una solución permanente pero tal vez les dé un día más para pensar qué hacer.

—¿Por eso... por eso se van? ¿Para que Luke no tenga que matar a Bellamy?

Glass asintió y eso liberó algo en el pecho de Clarke que permitió que surgiera una oleada de afecto y gratitud sin precedentes. Clarke quería tomar a Glass de la mano y rogarle que la perdonara por todos los comentarios engréidos, todas las veces que se había reído para sus adentros cuando Glass cometía un error en la escuela. Nunca había juzgado a alguien tan injustamente. Pero no se podía mover, apenas podía hablar. Iban a matar a Bellamy. Iban a llevarse al chico que amaba al claro, le iban a apuntar con una pistola a la persona más amable, más valiente que jamás había conocido y terminarían con su vida con el movimiento de un dedo.

Pero entonces el cerebro de Clarke entró en acción y sintió cómo otros instintos asumían el control. No. Se negaba a permitir que eso sucediera. Ella

salvaba vidas, no se quedaba quieta viendo cómo se apagaban hasta quedar olvidadas. Pensaría en una manera de salvar a Bellamy. Si Glass podía encontrar el valor para huir del campamento con Luke, Clarke podía encontrar el valor para hacer lo que fuera necesario.

Con ese pensamiento, la seriedad del plan de Glass empezó a quedarle claro.

—Glass, tiene que haber otra manera. Es demasiado peligroso. No conocen el terreno y hay... hay... gente allá afuera que quiere lastimarnos.

—Wells me contó sobre el otro grupo de Terrícolas. Tendremos cuidado, lo prometo —forzó una sonrisa que no le llegó del todo a sus ojos azules tristes—. Pero escucha, Clarke —dijo Glass colocándole la mano en el brazo—, que Luke no esté aquí no significará que Bellamy esté a salvo. Encontrarán a alguien más que lo haga.

Clarke asintió y su mente se echó a andar.

—Lo sé. Creo que tengo un plan.

Pensó en el aliento ácido de Scott y su mirada penetrante. Un escalofrío la recorrió pero estaba decidida: haría uso de todos sus poderes de convencimiento para lograr que Scott liberara a Bellamy.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Glass con la expresión llena de esperanza y preocupación—. Digo, antes de que nos vayamos.

Clarke pensó en el plan que estaba formándose en su mente una vez más y luego asintió lentamente y le dijo tartamudeando a Glass lo que necesitaba que hiciera. Por un segundo, Clarke se preocupó de haber hablado de más. Glass se quedó viéndola con grandes ojos y se podía ver su mente funcionando detrás de ellos. Pero algo en la expresión de Glass cambió y se convirtió en una mirada de comprensión y resolución. Quedaba claro que entendía lo que estaba dispuesta a hacer Clarke para salvar a Bellamy.

Sólo esperaba que fuera suficiente.

CAPÍTULO II

WELLS

Wells nunca decidió hacerse cargo de todo. Era algo que había evolucionado así. Detectó cosas que tenían que hacerse y las hizo. Si pensaba que algo se podía hacer mejor, lo sugería. No era una cuestión de poder, como claramente era el caso con Rhodes. Simplemente era la mejor manera que Wells había encontrado para mantener a la gente viva.

Entró al cobertizo de provisiones y se fijó en los montones de cosas que habían recolectado de los sitios de los aterrizajes. Sabía que a Rhodes no le gustaría que estuviera viendo su inventario, pero el vicescanciller había estado visiblemente ausente casi todo el día y Wells pensó que probablemente podría inventar alguna excusa si lo descubrían. Necesitaba hacer algo para mantenerse ocupado. Casi no soportaba estar en el claro. Ver a los guardias armados frente a la nueva prisión le provocaba malestar físico. Buscó en su mente intentando encontrar alguna forma de ayudar a Bellamy, pero no podía pensar en ninguna manera de hablar con Rhodes que no empeorara la situación.

Así que hasta que se le ocurriera un plan que lograra que no los mataran a él y a Bellamy, haría el inventario.

No sabía quién era el responsable de surtir las cápsulas de provisiones en la Colonia pero al menos la cápsula de los cien no venía muy bien aprovisionada. Parecía como si no pensarán que los cien fueran a sobrevivir al viaje, mucho menos que lograrán pasar más de un mes en la Tierra. Había unas cuantas cosas útiles, un estuche de medicamentos e instrumentos de primeros auxilios; dos cajas de pasta de proteínas, que ya hacía mucho se habían terminado; unas cuantas mantas, contenedores de agua, utensilios de cocina y armas. La segunda ronda de cápsulas traía incluso menos cosas. Wells pensó que probablemente era la consecuencia de que hubieran salido

sin previo aviso de la Colonia.

Pero, de alguna manera, los cien y los recién llegados habían logrado acumular una cantidad impresionante de provisiones. Habían aprovechado unos asientos rotos y trozos de metal para hacer baldes para agua, catres, sillas y mesas. Habían usado los cinturones de seguridad y los alambres para convertir lonas y tapicería en carpas, tiendas de campaña y mantas. Habían buscado hojas anchas y planas para secarlas y usarlas en diferentes cosas, desde canastos tejidos hasta platos y tazones. Usaron todo lo que pudieron encontrar para cocinar, limpiar y protegerse. Era inspirador, de hecho, que toda esa gente se hubiera puesto a pensar en conjunto cómo arreglárselas para sobrevivir. Wells nunca había estado tan consciente de lo fácil que era la vida en la nave.

El silencio del cobertizo de provisiones era bienvenido comparado con el escándalo del exterior. Wells se tomó su tiempo estudiando el inventario e hizo una nota mental de que sería necesario empezar a reunir más hojas y trozos pequeños de madera para yesca. Tenían suficientes bayas y plantas y había un grupo nuevo que se estaba entrenando para aprender a rastrear animales, lo cual era bueno considerando que pasaría mucho tiempo antes de que Bellamy pudiera salir de cacería.

Wells se puso de pie y estiró los brazos por encima de su cabeza. Escuchó un golpe suave contra el costado del cobertizo. Tal vez era Félix arrastrando los barriles de agua de lluvia, como le había pedido Wells que hiciera. Salió para ver si podía ayudar. Al dar la vuelta al cobertizo, sus ojos se posaron en Kendall y su cuerpo se puso rígido. La chica joven le había parecido dulce al principio y le había prestado tanta atención a Wells que él pensaba que tal vez le gustaba. Pero a lo largo de la última semana, se había empezado a preocupar por su comportamiento. Nada en ella tenía mucho sentido, desde su acento extraño hasta la manera en que cambiaba su historia sobre cómo había terminado en Confinamiento.

Pero esa no era la parte más inquietante. La piel de Wells se erizó cuando pensó en Priya, su amiga que había muerto violentamente y la habían dejado colgada de un árbol. Todos pensaron que lo habían hecho los Terrícolas, por supuesto, así como asesinaron a Asher. Pero incluso los detalles terribles de ese día espantoso no tenían mucho sentido. Priya apareció colgada con una cuerda del campamento de los cien y las letras grotescas que tenía grabadas en los pies se parecían demasiado a la escritura que marcaba su tumba y que había escrito la misma Kendall.

Una parte de Wells pensaba que estaba portándose paranoide, que estaba alterado por los acontecimientos traumáticos recientes. Pero también había otra parte de él que sabía que no debía perder de vista a Kendall.

La vio sola, dándole la espalda, inclinada sobre uno de los barriles de agua de lluvia. Estaba buscando algo en el interior.

—Hola, Kendall —dijo Wells intentando mantener neutro su tono de voz.

Kendall saltó al escuchar su voz y se dio la vuelta con una gran sonrisa en los labios.

—Ah, hola, Wells —dijo con suavidad.

—¿Qué pasa? ¿Qué tiene el barril de agua de lluvia?

—Nada. Sólo estaba revisando cuánta quedaba. Félix acaba de rodar estos para acá. Quería saber cómo lo había logrado si estaban llenos de tanta agua.

—No es difícil si los pones en el ángulo correcto —respondió Wells—. ¿Por qué necesitabas revisar el nivel del agua?

Kendall miró al cielo y colocó las manos cerca de sus hombros con las palmas hacia arriba, como si estuviera revisando si había humedad en el aire.

—No parece que vaya a llover hoy y quería asegurarme de que tuviéramos suficiente.

Wells estudió su rostro. Había algo en ella que no tenía sentido, era casi como si su voz semidespistada y su mirada penetrante le pertenecieran a dos personas diferentes pero accidentalmente hubieran terminado juntas.

—¿Había algo?

Kendall rio nerviosamente.

—¿En el barril? No. ¿Por qué?

—¿Por qué tenías la mano metida en él entonces?

—Wells, no sé de qué estás hablando. No tenía la mano metida en el barril.

—Kendall, te vi parada ahí y metiendo la mano.

Ella entrecerró los ojos y apretó los labios. Por un instante tan breve que Wells pensó que tal vez se lo había imaginado, su expresión se transformó de inocente y torpe a fría y calculadora. Luego abrió los ojos otra vez, le sonrió con timidez y se encogió de hombros.

—Wells, no sé qué decirte. No estaba metiendo la mano en el barril. Tengo que llegar a mi turno para salir de cacería.

Antes de que Wells pudiera decir otra palabra, se dio la media vuelta y se apresuró al centro del campamento.

Wells se sintió incómodo. Algo no estaba bien. Vio dentro del barril pero

lo único que encontró fue agua cristalina, como hasta la mitad. Con un golpe de frustración contra el costado del contenedor, Wells decidió que necesitaba contarle a Rhodes lo que acababa de ver. Asegurarse de que el agua fuera segura para beber era más importante que cualquier lucha por el poder.

No fue difícil rastrear al vicescanciller. Sólo tuvo que localizar el grupo de guardias reunidos, esperando que les dieran órdenes. Con un *con permiso* o dos, logró llegar al frente del grupo y se paró detrás de Rhodes, que estaba hablando con el oficial Burnett, su segundo al mando.

—¿Señor? —dijo Wells con su tono respetuoso de oficial bien entrenado.

Rhodes se dio la vuelta y vio a Wells de la cabeza a los pies. Parecía sorprendido de verlo de nuevo.

—¿Sí, oficial Jaha? ¿Cómo puedo ayudarte?

Wells sintió las miradas de los guardias en él.

—Fui testigo de algo que creo debe saber, señor.

—¿Ah, sí?

—Sí. Vi a una chica llamada Kendall metiendo algo a uno de los barriles de lluvia. Creo que estaba poniéndole algo a nuestra fuente de agua.

—¿Y qué piensas que esta Kendall le estaba poniendo al agua? —preguntó Rhodes fríamente.

—No lo sé, señor. Pero ella tiene algo extraño que se siente raro. Está un poco... desequilibrada.

Rhodes se rio secamente.

—¿Está “desequilibrada”?

Wells asintió.

Rhodes miró de Wells a Burnett y luego de regreso.

—Bueno, Jaha. Gracias por advertirme de este fragmento crítico de inteligencia. Me aseguraré de que mis hombres investiguen a cualquiera que se vea un poco *desequilibrado*. No podemos tolerar eso.

Los hombres que lo rodeaban rieron. Wells sintió cómo se enrojecían sus mejillas.

—No es broma —dijo Wells con firmeza—. Trae algo entre manos. No creo que sea tan inocente como aparenta.

Rhodes miró fría y fijamente a Wells.

—Estoy consciente de que tu corto mandato como el líder en la Tierra fue muy satisfactorio para ti. Y algún día, si logras controlar tu desesperación, tal vez vuelvas a estar al mando. Pero por el momento me parece vergonzoso que inventes acusaciones contra una chica inocente simplemente porque te

gustaría sentirte importante.

Toda sensación de vergüenza desapareció de Wells en un instante y la sustituyó una repulsión pura. Él no era el que estaba jugando, y él no era el que estaba permitiendo que el poder se le fuera a la cabeza. Rhodes estaba poniendo todas sus vidas en riesgo porque se sentía... ¿qué? ¿Amenazado por un adolescente? No iba a darle a Rhodes la satisfacción de dejarlo ver que estaba frustrado. Aunque era difícil, no hizo caso de las acusaciones de Rhodes y se concentró en darle evidencias concretas para que tuviera que actuar, independientemente del problema personal que tuviera con Wells.

—Señor. Antes de que llegara, dos miembros de nuestro grupo fueron asesinados.

—Sí, me enteré de esos dos incidentes desafortunados —respondió Rhodes y movió la mano de manera despreciativa hacia Wells—. Pero entiendo que ustedes no contaban con la protección adecuada. Hemos establecido un perímetro de seguridad que evitará que eso vuelva a suceder.

—No estoy seguro de cómo un *perímetro* va a evitar que una flecha le atravesara el cuello a alguien, señor. Y no estoy seguro de cómo podría ayudar un perímetro si uno de ellos ya infiltró nuestro campamento. A mi amiga Priya la colgaron de un árbol como un animal. No podíamos comprender cómo podría haberse metido alguien al campamento el tiempo suficiente para hacerle eso sin que nadie se diera cuenta de que había un extraño entre nosotros. Pero creo que ya sé lo que sucedió. Creo que la culpable ya estaba aquí, que no llegó de fuera. Creo que fue Kendall.

Rhodes miró a Wells como si fuera un trozo de basura pegado a su bota.

—Ya es suficiente. Vuelve cuando estés listo para ayudar. No tengo tiempo para escuchar tus teorías de conspiración y tus fantasías. Tengo un poblado que administrar. Cuando puedas decirnos dónde encontrar una fuente grande de comida, te escucharé con gusto. Ahora vete.

Sin decir otra palabra, Wells se alejó furioso. Cuando dio la vuelta en la esquina de la cabaña más cercana chocó directamente con alguien.

—Perdón —dijo y entonces vio una cara familiar. Kendall. Había estado ahí y había escuchado todo lo que él le dijo a Rhodes. Wells se preparó para alguna especie de intercambio fuerte de palabras o algo. Pero en vez de eso, lo único que hizo Kendall fue sonreírle de una manera extraña e incomprensible para luego darse la vuelta e introducirse en el bosque. Wells la vio desaparecer entre los árboles y, con el corazón desbocado en el pecho, de alguna manera supo que no regresaría.

CAPÍTULO 12

CLARKE

Clarke no tenía el valor de contarle a Wells todos los detalles sobre su plan de rescatar a Bellamy. Necesitaba su ayuda pero había un límite a lo que su exnovio necesitaba saber. En especial en ese caso que el plan consistía esencialmente de un paso: coquetear peligrosamente con un guardia sociópata. Y en particular cuando el exnovio es del tipo protector y ocasionalmente santurrón, que también era el líder de facto del campamento.

—¿Qué es exactamente lo que quieres que haga? —preguntó Wells y la miró con una expresión que le dejaba muy claro que sabía que no le estaba diciendo todo.

—Alguien debe crear una distracción para que Bellamy y yo podamos irnos del campamento sin que nadie se dé cuenta.

—Ciertamente puedo crear una distracción, pero ¿exactamente cómo pretendes pasar a los guardias?

—Tengo un plan. ¿No confías en mí?

Wells suspiró y se pasó la mano por el cabello.

—Por supuesto que confío en ti, Clarke, pero lo que no comprendo es por qué no confías tú en mí. ¿Por qué no me dices qué está pasando? Sé que es tu novio, pero también es mi hermano.

Esa palabra sonaba extraña viniendo de los labios de Wells, pero de todas maneras le tocó el corazón a Clarke.

—Lo sé, Wells. Por eso necesito que me creas. Mientras menos sepas, esto tiene mejores probabilidades de funcionar.

Wells negó con la cabeza y luego le sonrió con sequedad.

—Puedes convencerme de hacer prácticamente cualquier cosa. Lo sabes, ¿verdad?

Clarke sonrió.

—Qué bueno. Porque tengo que pedirte otro favor.

—Lo que quieras, Griffin.

—Cuando salgamos de aquí necesitaremos un sitio dónde ir. ¿Crees que Sasha le podría preguntar a los Terrícolas si nos pueden recibir? ¿Al menos por el momento?

—Hablaré con ella —dijo Wells. Había quedado con Sasha de reunirse en el bosque todos los días al mediodía, una medida temporal hasta que fuera seguro que ella volviera a visitar el campamento—. Estoy seguro de que lo hará.

—Gracias.

Clarke recorrió su lista mental de pendientes nuevamente. Ya casi tenía listas todas las partes de su plan. De lo único que se arrepentía era de dejar al doctor Lahiri. No habían tenido oportunidad de terminar su conversación y ella sabía que había algo que él no le había dicho sobre sus padres.

—¿Qué pasa, Clarke? —preguntó Wells, aparentemente porque pudo leer la preocupación en su cara.

Siempre había adivinado en qué estaba pensando ella, una habilidad que hizo muy mágico el inicio de su relación y su final tan demoledor.

—¿Qué sucede?

—¿Además del hecho de que tengo que arrastrar a Bellamy y su herida expuesta por el bosque para alejarme del maniaco de Rhodes?

—Sí, además de eso.

Ella le contó sobre cómo se vio el doctor Lahiri cuando le había preguntado sobre sus padres pero que no había tenido oportunidad de terminar la conversación.

Wells le puso una mano en el hombro.

—Clarke, lo lamento.

—¿Qué lamentas?

—Todo. Ser tan ingenuo. No entender lo demente que está Rhodes. Realmente pensé que harían lo correcto. Me suena tan estúpido ahora.

Clarke quería abrazar con fuerza a Wells, por gratitud, por aprecio, por empatía. Pero ese ya no era su lugar.

—Nunca te disculpes por ver lo mejor de la gente, Wells. Es una cualidad increíble.

Él apartó la mirada y se aclaró la garganta.

—Bellamy es mi hermano. Haré lo que sea para ayudarlo —miró a Clarke de nuevo y sus ojos brillaron con una chispa que ella nunca había visto antes

—. Y si eso le resta autoridad a Rhodes en el proceso, bueno, pues entonces mataremos dos pájaros de un tiro.

Una hora después, Clarke ya se había lavado un poco en el arroyo y se había cambiado para ponerse ropa ligeramente menos sucia. Salió en su misión. Sólo estoy fingiendo, se repetía una y otra vez y trataba de tranquilizar su corazón que latía a toda velocidad. No pasará nada. Repetir esto la tranquilizaba y pronto las palabras se confundieron en una melodía en su mente.

Se detuvo en seco. Ahí estaba él, recargado en el cobertizo de provisiones, con los pulgares metidos en el cinturón y una sonrisa engreída retorciéndose en su cara. Estaba hablando con una chica arcadiana más o menos de la edad de Clarke, con el mismo color de cabello y algo parecida a ella físicamente también. *Bueno, definitivamente le gusta un tipo*, pensó. *Qué asco*.

Clarke respiró para tranquilizarse, se preparó y repasó su plan. Deseó por millonésima vez que funcionara y que no terminara siendo una recreación de sus propias pesadillas.

—Hola, Scott —dijo Clarke mientras se acercaba a la puerta del cobertizo de provisiones. En vez de evitar el contacto visual y pasar al lado de él lo más rápido posible, como haría normalmente, se obligó a dejar que su mirada se centrara en el rostro del joven. Luego esbozó una sonrisa que esperaba se viera radiante, aunque tal vez se parecía más a una mueca de dolor.

—Hola, doc —respondió él lentamente y la miró de arriba a abajo. La chica con quien estaba hablando Scott volteó a ver a Clarke molesta y, cuando le quedó claro que la atención de Scott estaba concentrada en otra parte, se alejó furiosa.

Es todo tuyo, querida, pensó Clarke. *En cuanto consiga lo que necesito*.

La adrenalina recorría su cuerpo cuando se detuvo en la entrada del cobertizo, a unos centímetros de Scott. Su expresión intensa la ponía nerviosa, se veía suspicaz. ¿Estaba exagerando su actuación? Coquetear no era su especialidad. Siempre se había sentido mucho más cómoda usando bisturíes y microscopios en vez de sonrisas y pasos seductores.

Las comisuras de la boca de Scott se deslizaron más alto y sus cejas se arquearon, como si le estuviera haciendo una pregunta en silencio.

—¿A qué debo este honor? —preguntó y extendió la mano para abrirle la

puerta.

—Estaba buscando algo aquí —dijo Clarke—. ¿Me podrías ayudar?

—Claro, no hay problema.

La siguió al interior y cerró la puerta con un sonido que le revolvió el estómago a Clarke, pero debía continuar.

Se echó el pelo por encima del hombro y volteó a verlo.

—Oye, quería disculparme.

Él pareció sorprendido por un instante pero luego sonrió burlescamente y dijo:

—¿De qué deberías disculparte, corazón?

Su voz hacía que a Clarke se le erizara la piel, pero continuó.

—Por no siempre darte la atención médica adecuada. Yo... —era el momento decisivo. No podía echarlo a perder ahora. Bajó la voz e intentó que sonara lo más sugerente posible—. Todavía me pongo un poco nerviosa alrededor de ciertos pacientes.

Una ceja arqueada.

—¿Sí, qué tipo de pacientes?

Ella se obligó a colocarle una mano en el brazo.

—Los que me hacen sentir como si fuera una colegiala enamorada más que como una verdadera doctora.

Los ojos de Scott se abrieron tanto que Clarke entendió bien lo que quería decir la expresión de *sus ojos se iluminaron*. Si no hubieran sido los ojos de Scott, se hubiera sentido halagada de que un chico la viera así. Un destello de culpa la recorrió cuando recordó que Bellamy *sí* la veía así.

—¿En serio? —dijo él con la voz ligeramente incrédula pero eso no le impidió colocarle la mano en la cintura.

Clarke asintió e hizo caso omiso de su mano aunque era como dejar que una araña le caminara por la piel.

—¿Me perdonas? Prometo ser más... profesional en el futuro.

Scott le colocó la otra mano en la cadera y luego dejó que ambas manos se deslizaran hasta que estaba tocándole el trasero. Clarke necesitó una gran fuerza de voluntad para no alejarse.

—El profesionalismo tal vez esté sobrevalorado.

Ella se preparó y se acercó para decirle al oído:

—Bueno, en ese caso, ¿quieres ir a caminar conmigo? Hay una parte del bosque que me muero por explorar.

Él la apretó con más fuerza por un momento y luego la soltó y esbozó una

sonrisa grasienta.

—Por supuesto.

Salieron del cobertizo y Clarke deseó que Scott no se diera cuenta de cómo temblaba cuando le colocó la mano en la parte baja de la espalda.

—Detrás de ti, doctora.

Clarke se dirigió hacia el bosque y alcanzó a ver a Octavia que venía de regreso con dos niños de la mano. Para horror de Clarke, la hermana de Bellamy la miraba directamente con una expresión de odio puro en la cara. Octavia no sabía del plan de Clarke para usar a Scott. Probablemente pensó que esa escena era exactamente lo que parecía: que Clarke estaba engañando a Bellamy con un guardia.

Clarke miró a Octavia a los ojos y deseó que todavía tuvieran sus implantes de córnea para poderle enviar un mensaje a la chica. Pero la única manera de comunicarse con ella en la Tierra era hablándole, y eso no funcionaría. Scott había mordido el anzuelo y no era el momento para retroceder. No quería hacer nada que lo hiciera sospechar. Era demasiado arriesgado hablar con Octavia. Lo único que podía esperar Clarke era que Octavia no hablara con Bellamy antes que ella. Si Octavia le decía lo que había visto, Bellamy nunca saldría del campamento con Clarke esa noche. Octavia se dio media vuelta y regresó furiosa hacia la fogata.

Clarke miró a Octavia alejarse, respiró profundamente y devolvió su atención a Scott. Le sostuvo la mirada un segundo y luego rozó su mano. Le dijo con voz seductora:

—Sígueme.

Ladeó la cabeza en dirección al bosque. Los ojos de Scott se hicieron grandes y redondos.

—Te sigo —le susurró en la oreja.

Ella sintió su aliento caliente y húmedo en el rostro. Intentó controlar una arcada y se obligó a recordar que Bellamy moriría si ella no hacía lo que había planeado. Tomó la mano de Scott y lo llevó hacia los árboles.

Se metieron en el bosque en penumbras y las ramas rozaban contra sus hombros. Llevó a Scott a una zona particularmente densa del bosque donde las hojas crecían para formar una densa maleza. Podrían escuchar si alguien se acercaba antes de que los vieran. Se dio la vuelta para mirar a Scott de frente y él chocó con ella en su emoción. Presionó su pecho contra el de ella y la abrazó por los hombros.

Scott no estaba desperdiciando nada de tiempo. Clarke intentó

concentrarse en Bellamy. Todo esto era por él. Por ellos.

—¿Tienes prisa? —logró decir Clarke justo antes de que él le plantara un beso firme y húmedo. Ella giró la cara por reflejo y los labios de Scott pasaron sobre los de ella y aterrizaron en su mejilla.

—Llevo mucho tiempo queriendo hacer esto —dijo Scott tomándola de la cara con ambas manos y colocándola de nuevo frente a él.

—Y yo llevo mucho tiempo queriendo hacer *esto* —dijo Clarke y levantó la mano en el aire y la dejó caer en el cuello de Scott.

La jeringa pinchó la piel con un pequeño tronido. Ella presionó el émbolo con fuerza con el pulgar y le administró una dosis masiva de sedante en el torrente sanguíneo. Durante un milisegundo los ojos de Scott se llenaron de confusión al darse cuenta de la traición. Luego la soltó y cayó al piso con un sonido sordo.

Clarke se limpió la saliva del rostro con la manga y se puso a trabajar. Se hincó y buscó en el uniforme y el cinturón de Scott. Le temblaban las manos pero finalmente logró encontrar su llavero y el metal suave y frío de su pistola. Sin mirar atrás, salió del lugar y regresó del bosque, dejándolo inconsciente en el suelo. Clarke quería estar lo más lejos posible de él cuando despertara.

Apartó a Scott de su mente y regresó al claro. Recorrió el campamento con la vista en busca de guardias y de Wells. Él estaba en el sitio acordado. Clarke cerró los ojos y escuchó con atención. Sí, pudo oír el silbido desde los árboles que era la señal de Sasha. Había recibido el mensaje. Clarke se preparó. Había llegado el momento.

CAPÍTULO 13

BELLAMY

El dolor era quemante e implacable, distinto a todo lo que había sentido en el pasado. Era mucho peor que aquella vez que cayó por unas escaleras durante una pelea y se rompió la clavícula. Este era un dolor profundo y punzante, como si el interior de sus huesos estuviera ardiendo. Bellamy estaba recargado contra la pared fría de metal. Debían haber construido esa pared a su alrededor mientras estaba inconsciente porque ciertamente no había estado ahí cuando le dispararon.

Su estómago gruñó con estruendo aunque sólo de pensar en tragar algo le entraba una oleada de náuseas que se sumaba a las pulsaciones de dolor. No podía recordar cuándo había comido por última vez. Tenía un vago recuerdo de Clarke diciéndole que comiera unos cuantos bocados de pasta de proteína pero no tenía idea de cuánto tiempo había pasado desde entonces.

Bellamy apretó los ojos e intentó distraerse recordando sus momentos favoritos con Clarke. La primera vez que ella lo besó, cuando se deshizo de su disfraz de doctora seria y reservada como si se quitara unas ropas ajustadas para lanzarse a abrazarlo en el bosque. La noche que nadaron en el lago y que se sintió como si todo el planeta le perteneciera a él y a la chica brillante con una chispa de picardía en la mirada. Incluso recordó los últimos días en la enfermería, cómo sentía que su dolor disminuía cada vez que ella le acariciaba la mejilla o le daba un beso en la frente seguido de un beso en el cuello muy poco profesional de parte de una doctora. Carajo, la bala en el hombro casi le parecía el precio justo por uno de sus baños de esponja bastante interesantes.

Funcionó por un momento pero el dolor regresó inevitablemente con renovada intensidad. Empezó a levantar la mano para ajustarse el vendaje y se dio cuenta de que tenía las muñecas atadas y fijas a la pared detrás de él.

Con un gemido, volteó para investigar. Su hombro protestó con dolor ante el movimiento, pero no fue tanto como para superar su curiosidad. Nunca había visto esposas como esas. Eran de un material ligero, hechas de un cordón de metal delgado que parecía tan delicado como un hilo y tenían un cerrojo fino que las mantenía cerradas. Intentó separar las manos pero la fibra resistió y se le enterró en la piel. Mientras él tiraba, sintió que la tensión de la cuerda aumentaba y se asombró al notar que las muñecas se le juntaron de golpe. El metal estaba reaccionando a sus movimientos. Se quedó muy quieto y lentamente el hilo se relajó hasta que pudo mover un poco las manos de nuevo.

A Bellamy le ardía el hombro y se sentó más erguido contra la pared intentando buscar una posición cómoda. Gruñó por el esfuerzo que esto le exigía, se acomodó y recargó la cabeza hacia atrás. Estaba exhausto, pero el dolor le impedía dormir más de unos minutos seguidos.

Estrechos rayos de luz entraban entre las hojas de metal que formaban los muros y el techo del cobertizo. Estudió el ángulo de la luz y escuchó con atención los sonidos del exterior intentando discernir dónde estaba su prisión. El sonido distante de un hacha que partía leña le dijo que estaba bastante lejos de la pila de madera. Un grupo de chicos pasó junto a él hablando sobre una chica de Walden. Alcanzó a escuchar agua moviéndose mientras ellos conversaban, lo cual quería decir que estaba cerca del camino que la gente usaba para llegar al arroyo.

Bellamy se esforzó por identificar cada sonido que escuchaba. Los troncos que chocaban, las mantas y lonas que sonaban cuando las sacudían, el tono oficial de un guardia que corregía la estrategia de estibar de alguien. Pero sólo había un sonido que Bellamy quería escuchar y que lo hacía contener la respiración con frustración en su pecho. La voz de Octavia. Quería, necesitaba, escuchar a su hermana. Con unas cuantas palabras podría saber si estaba contenta o asustada, en peligro o segura. Pero no reconoció ninguna de las voces que flotaban por el claro. El lugar estaba lleno de recién llegados.

Bellamy no tenía siquiera la fuerza para seguir enojado. Lo único que le importaba era Octavia, Clarke y Wells. Si no fuera por ellos, no le importaría si vivía o moría, o si lo ejecutaban o lo liberaban para que se fuera a vivir solo en el bosque. ¿Pero qué le sucedería a su hermana si lo mataban? ¿Quién la cuidaría después de que él no estuviera? Los cien habían formado una comunidad, pero con la llegada de Rhodes y los demás, todo era posible. No

podía tener la certeza de que alguien cuidaría a su hermana menor cuando todos estaban tan ocupados cuidándose a sí mismos. Al igual que hacían en la nave.

Un golpe fuerte contra su cobertizo hizo que Bellamy se moviera bruscamente de lado, lo cual le provocó un dolor intenso en todo el torso.

—Dios —gruñó.

Luego escuchó movimiento seguido de voces fuertes. Una voz conocida se escuchó por encima de las demás: era Wells.

—Ponte los grilletes —dijo Wells en un tono de voz que Bellamy nunca le había escuchado antes, grave y amenazador—. Hazlo *ahora* —dijo bruscamente— y no hagas ningún ruido. Si abres la boca siquiera, te dispararé.

Y, aunque eso contradecía todo lo que Bellamy conocía de su medio hermano, sonaba como si Wells lo estuviera diciendo en serio.

Mierda, pensó Bellamy. El minicanciller está empezando a sonar como un minivicecanciller.

Se hizo un silencio cuando, supuso, el guardia obedeció la orden de Wells. Unos segundos después, dos personas entraron por la puerta del cobertizo: Wells con cara seria y mandíbula apretada y Clarke, sofocada y con la respiración agitada. Entraron al cobertizo y se adelantaron hacia él. Bellamy se sintió confundido y aliviado. ¿Estaban ahí para *rescatarlo*? ¿Cómo demonios lo habían logrado?

El pecho de Bellamy se llenó de un sentimiento que nunca había conocido en realidad: gratitud. Nadie había hecho algo así de peligroso por él, nadie nunca había pensado que él valía la pena ese tipo de riesgo. Había pasado toda su vida realizando acciones intrépidas para proteger a Octavia, pero nadie le había siquiera pasado un punto para raciones ni se había salido después del toque de queda para ver cómo estaba cuando se enfermaba.

Sin embargo, ahí estaban, la chica con la cual nunca se habría atrevido a soñar en la nave y el hermano que no sabía que existía, arriesgando la vida por él.

Clarke cayó de rodillas a su lado.

—Bellamy —dijo y la voz se le quebró cuando le pasó la mano por la mejilla—. ¿Estás bien?

Sonaba tan asustada, tan frágil. Sin embargo esa chica no tenía nada de vulnerable si estaba dispuesta a enfrentar un claro lleno de guardias armados.

Bellamy asintió y luego se encogió un poco por el dolor cuando Wells

tiró de las esposas atadas a la pared.

—¿Cómo vas a quitármelas? —preguntó Bellamy con voz ronca.

El guardia de afuera le avisaría a los demás en cualquier momento. Si no se iban de ahí rápidamente, ninguno de los tres viviría para ver otra puesta de sol.

—No te preocupes —dijo Wells—. Ella trae la llave.

Clarke metió la mano a su bolsillo y sacó una llave delgada hecha del mismo metal flexible que las esposas.

—¿Cómo demonios...? ¿Sabes qué? Olvídalo. No quiero saber —dijo Bellamy—. Sólo quitámelas.

Wells tomó la llave de manos de Clarke y empezó a intentar quitarle las esposas mientras Clarke regresaba a su modo de doctora y le examinaba rápidamente el hombro. Hablaba entre dientes para sí misma mientras le quitaba el vendaje manchado de sangre. Bellamy no podía apartar la vista de ella. Tenía el entrecejo fruncido por la concentración y una capa delgada de sudor le cubría el rostro, pero nunca la había visto más hermosa.

—Listo —dijo Wells y las esposas se abrieron—. Vámonos.

Se agachó, le pasó un brazo a Bellamy por la espalda y lo puso de pie. Clarke se colocó debajo del otro brazo de Bellamy y lo ayudó a caminar rápidamente a la salida del cobertizo. Cuando llegaron a la puerta, Clarke levantó la mano y les indicó que esperaran mientras ella prestaba atención a los sonidos del exterior. Al principio, Bellamy no estaba seguro de qué estaría esperando, pero luego lo escuchó. Un tronido fuerte y una serie de gritos se escucharon desde el otro lado del claro, seguidos de gritos de: “¡Nos atacan!” y “¡Guardias, todos acá!”

Una estampida de pasos pesados se escucharon junto al cobertizo en dirección al escándalo. Clarke volteó a ver a Wells y sonrió.

—¡Lo hizo! Bien por Sasha.

—¿Qué hizo? —preguntó Bellamy y se recargó con más fuerza en Wells. No había caminado en días y sus músculos se sentían como gelatina.

—Construyó algo en los árboles para que sonara como si los Terrícolas estuvieran atacando el campamento. Si todo funciona según nuestro plan, Rhodes enviará a todos sus guardias al bosque y podremos salir por el otro lado.

—Tu chica es bastante ingeniosa, Wells —dijo Bellamy con una sonrisa débil—. ¿Estará bien?

—Perfectamente. Ya se alejó lo suficiente en el bosque y nunca la

alcanzarán.

Clarke escuchó en la puerta un instante más y luego les dijo con urgencia:
—Vámonos.

Salieron. No había nadie afuera, todos en el campamento estaban viendo en la dirección contraria o corriendo hacia el ruido del otro lado. Bellamy, Clarke y Wells se fueron rápidamente a la parte trasera del cobertizo y, antes de que alguien pudiera darse cuenta de que se habían ido, desaparecieron al abrigo del bosque.

CAPÍTULO 14

WELLS

No se oía ningún sonido salvo las respiraciones agitadas y el crujir de ramitas y hojas secas bajo sus pies. Wells, Bellamy y Clarke corrieron hasta que les dolieron los costados y eventualmente disminuyeron el paso y empezaron a caminar. Wells miraba por encima de su hombro para comprobar cómo iba Bellamy. Era obvio que le dolía el hombro aunque se negaba a quejarse y parecía estar mucho más nervioso por Octavia que por su herida.

—¿Están seguros de que no piensa que la abandoné? —preguntó Bellamy mientras le permitía a Clarke ayudarlo a pasar por encima de un tronco cubierto de musgo que les bloqueaba el paso.

—Seguro —dijo Wells y se alegró de poder darle un poco de consuelo—. Le contamos sobre el plan y estuvo de acuerdo en que era mejor que alguien permaneciera en el campamento y que mantuviera vigilado a Rhodes por un tiempo.

—Habría venido con nosotros de no ser por los niños —agregó Clarke—. Ella es la única que los está cuidando. Es sorprendente lo que ha hecho.

Wells notó cómo el orgullo dominaba momentáneamente sobre el miedo en la cara de Bellamy.

—Siempre supe que ella estaría a la altura.

—¿Dónde dijo Sasha que se reuniría con nosotros? —preguntó Clarke mientras estudiaba los árboles con cierta aprehensión. Aunque ella y Bellamy ya habían encontrado Mount Weather antes, Wells sabía que ninguno de los dos estaba seguro de poder encontrarlo de nuevo.

—Ella nos encontrará —dijo Wells.

Se escuchó un movimiento en un árbol frente a ellos y un momento después una figura cayó desde las ramas y aterrizó en silencio.

—Oye, eso fue un poco escalofriante —dijo Wells con una sonrisa

cuando Sasha se empezó a acercar caminando. Todavía no se había acostumbrado a la manera en que Sasha lograba mezclarse con su entorno. Era casi como si cambiara de color, como las lagartijas de las que había leído cuando era niño. Pero no cambiaba de color, por supuesto, era algo en su manera de respirar, su quietud. Simplemente se convertía en parte del bosque.

La tomó entre sus brazos y enterró la cara en su largo cabello oscuro que siempre olía a lluvia y cedro.

—Gracias por tu ayuda —le dijo y le tomó la barbilla con una mano para levantarla y besarla—. Fue increíble.

—¿O sea que sí funcionó? —preguntó Sasha y se separó de Wells para ver a Clarke y a Bellamy.

—Funcionó perfectamente —dijo Wells.

—¿Cuál es el plan ahora? —preguntó Bellamy, quien obviamente estaba sintiendo dolor. Tenía el rostro pálido y su respiración se escuchaba irregular.

—Los voy a llevar a Mount Weather conmigo —dijo Sasha—. Pueden quedarse ahí todo el tiempo que necesiten.

—¿No les importará? —preguntó Bellamy y miró nerviosamente de Clarke a Sasha.

Sasha negó con la cabeza.

—Mientras estén conmigo, estarán bien —le aseguró.

—No debemos detenernos mucho tiempo —dijo Wells con la voz tensa—. Cuando se den cuenta de que no estás saldrán tras nosotros.

—Bel, ¿puedes seguir caminando? —preguntó Clarke con suavidad.

—Estoy bien —dijo él pero no vio a Clarke a los ojos.

Siguieron a Sasha quien avanzaba rápida y silenciosamente por el bosque que se iba oscureciendo.

—¿Entonces estás bien? —le preguntó Sasha a Wells cuando iban a unos metros delante de Clarke y Bellamy. Con las prisas por liberar a Bellamy, él y Sasha apenas habían tenido tiempo de hablar de cualquier otra cosa que no fuera logística.

—No estoy seguro.

Era la verdad. Todo había sucedido tan rápidamente que no había tenido tiempo de procesar las implicaciones de desobedecer a Rhodes, de irse del campamento. Wells ciertamente no iba a quedarse con los brazos cruzados y permitir que Rhodes ejecutara a su hermano a sangre fría. Sin embargo, seguía resultándole incomprendible que tuvieran que verse obligados a dejar su nuevo hogar, el hogar, la comunidad que *ellos* habían construido con sus

propias manos a partir de nada.

—No será para siempre. En cuanto tu padre mejore, bajará en otra de las cápsulas y todo estará bien.

—No, no será así. Sasha, mi padre está en coma y no hay más cápsulas simplemente esperando por ahí.

Su tono de voz fue brusco y amargo pero no le importó. Esta no era una situación que alguien más pudiera arreglar. Había sido un idiota por confiar en Rhodes. Debería haber actuado antes, antes de que todo se saliera de control.

Cualquier otra chica tal vez se habría sentido ofendida o, peor aún, se habría disculpado como si hubiera hecho algo mal. Pero Sasha sólo tomó a Wells de la mano y la apretó. Era muy injusto. Bellamy sólo intentaba salvar a su hermana. Ni siquiera fue él quien tiró del gatillo; uno de los preciados guardias de Rhodes fue el responsable. Además, el padre de Wells era el que había recibido el impacto de la bala y si Wells no pensaba que Bellamy debía pagar por eso, ¿quién era Rhodes para decidir lo contrario?

De hecho, sonrió Wells amargamente, también era el padre de Bellamy. Si tan sólo Rhodes supiera eso, probablemente le daría un aneurisma. Wells no podía negar que esa imagen le provocaba cierto placer.

Sasha arqueó una ceja, claramente con curiosidad por averiguar qué estaba pensando él.

—Estaba imaginándome qué sucedería si Rhodes se enterara de que Bellamy y yo somos hermanos —dijo Wells.

Sasha rio.

—Probablemente le daría un infarto. De hecho, tal vez ese sea el mejor plan. Regresaré al campamento, gritaré la noticia y esperaré a que Rhodes caiga muerto. Problema resuelto.

Wells le apretó la mano de regreso.

—Tu mente táctica no deja de sorprenderme.

Continuaron caminando y Wells sólo venía escuchando a Sasha a medias mientras ella iba señalando distintos accidentes geográficos. En cierto momento, Clarke empezó a hacerle muchas preguntas a Sasha sobre las diferentes especies animales pero Wells podía notar que lo hacía más por distraer a Bellamy.

Siguieron caminando durante lo que parecieron horas. Finalmente, Sasha señaló un pequeño montículo en el piso, tan sutil que no lo habrían notado si hubieran ido solos.

—Por ahí —dijo ella. La siguieron avanzando con cuidado entre las ramas. Wells sintió que el suelo empezaba a inclinarse hacia abajo y ajustó su paso para evitar irse de bruces. Doblaron en una curva y Wells se quedó sin aliento al ver lo que se extendía frente a él. Al pie de la colina, en un valle amplio, había un poblado entero, justo igual a las descripciones que había pasado toda su vida leyendo. Justo como se había imaginado construir con los cien en la Tierra.

Wells nunca había visto algo tan sorprendente desde su llegada al planeta, no con los árboles infinitos que se extendían hacia el horizonte, ni en el lago ni en el cielo. La naturaleza era hermosa de una manera que nunca había imaginado, pero esto.... esto era la vida. Había señales de vitalidad y energía por todas partes: en las ventanas llenas de luz se veían las sombras de las familias en el interior; había animales golpeando el suelo con sus pezuñas y sus arneses tintineaban; el humo salía en nubes retorcidas de una docena de chimeneas en un baile coordinado hacia el firmamento; las carretillas estaban tiradas en su costado, como si las hubieran dejado caer unos minutos antes; las pelotas y los juguetes estaban quietos y se escuchaban los ecos de la risa de los niños flotando en el aire a su alrededor.

Wells dejó escapar una risa asombrada. Clarke lo volteó a ver y sonrió.

—Es increíble, ¿no?

A él le agradaba poder compartir con ella ese momento. Era una de las únicas personas en el sistema solar que sabía lo mucho que eso significaba para él.

—Es espectacular.

Sasha lo tomó de la mano y la apretó.

—Vamos —dijo.

Descendieron la colina y empezaron a caminar por el camino de Tierra que pasaba por el centro de su pueblo. Wells olió el aroma de la carne que se asaba y algo más ligero y más dulce... ¿alguien estaba horneando pan?

Sasha caminó a la puerta de la última casa de una hilera y entró sin tocar. Cruzaron el umbral de la puerta y llegaron a una habitación alumbrada por una pequeña lámpara y una chimenea titilante. Lo primero que Wells notó fue la enorme pintura al óleo de un cielo estrellado en la pared. En la nave, una pintura así estaría detrás de treinta centímetros de cristal a prueba de balas, tal vez dentro de una cámara libre de oxígeno, pero ahí colgaba sin más, sólo a unos cuantos metros de la chimenea que escupía cenizas. Sin embargo, Wells podía notar que la luz del fuego de cierta manera hacía que la pintura cobrara

vida, más que bajo las luces implacables y fluorescentes de Fénix, y hacía que las estrellas parecieran centellear.

Wells apartó la vista de la pintura y prestó atención al hombre de barba canosa que acababa de ponerse de pie para saludarlos. Estaba junto a una mesa simple de madera cubierta con piezas electrónicas. Wells no reconoció la mayoría. Lo único que le parecía familiar era una antigua laptop que estaba soldada a un panel solar enorme de manera bastante rústica.

—Hola, papá —dijo Sasha y dio un paso al frente para besar la mejilla de su padre—. Recuerdas a Clarke y Bellamy, ¿verdad?

El hombre arqueó una de sus cejas pobladas.

—¿Cómo podría olvidarlos? —volteó a ver a sus huéspedes y asintió—. Bienvenidos una vez más.

—Gracias —dijo Bellamy con un poco de vergüenza—. Perdón por continuar presentándome así.

El padre de Sasha vio su brazo vendado.

—Por alguna razón no creo que sea totalmente tu culpa, aunque sí parece tener un talento especial para encontrar problemas.

—Talento es una manera de describirlo —dijo Clarke y extendió el brazo hacia el hombre—. Es un gusto volverlo a ver, señor Walgrove.

—Papá, él es Wells —dijo Sasha y miró a Wells brevemente con una mirada de apoyo.

—Gusto en conocerlo, señor —dijo Wells y extendió la mano.

—Gusto en conocerte también, Wells —respondió el padre de Sasha mientras le daba un fuerte apretón de manos a Wells—. Llámame Max.

Max volteó a ver a Bellamy.

—¿Dónde está tu hermana?

Pronunció la palabra con normalidad, sin retorcer los labios con desprecio como hubiera hecho Rhodes. En este mundo, tener un hermano no te señalaba como anormal.

—No pudo acompañarnos —le dijo Bellamy a Max e intentó mantener la voz firme pero miró a Clarke con angustia.

Sasha los llevó de nuevo al exterior y les explicó que sólo había una cabaña libre por el momento y que sólo tenía una cama. Wells dijo rápidamente que Bellamy debería ocuparla y le ayudó a Clarke a llevarlo mientras Sasha iba por algunas provisiones médicas.

Cuando Bellamy y Clarke quedaron instalados en la cabaña, Sasha tomó a Wells de la mano y entrelazó los dedos con los de él.

—Entonces... ¿dónde vamos? Puedes dormir en el piso en casa de mi padre o, si no te importa el frío, puedo llevarte a mi sitio favorito.

—Mmmm —dijo Wells fingiendo considerar las dos opciones—. Aunque dormir a unos metros de tu padre suena encantador, creo que elegiré la opción B.

Sasha sonrió y llevó a Wells de regreso por el pequeño pueblo y hacia un grupo de árboles que crecía entre las cabañas y la colina que llevaba de regreso a Mount Weather.

—Espero poder encontrarlo en la oscuridad —dijo Sasha y pasó la mano por el tronco de uno de los árboles más grandes.

—¿Encontrar qué? —preguntó Wells.

—Esto —respondió Sasha con voz triunfal. En la luz tenue, Wells alcanzaba a distinguir apenas una especie de escalera hecha de cuerda desgastada—. Sígueme —dijo Sasha y empezó a trepar el árbol. Desapareció entre las ramas y luego llamó a Wells—. Vamos, holgazán.

Wells se sostuvo titubeante de la cuerda. Apenas parecía poder sostener su peso pero por ningún motivo iba a acobardarse frente a Sasha. Inhaló profundamente, puso el pie en el primer peldaño y, sosteniéndose del tronco para equilibrarse, dio el primer paso. Se meció de lado a lado pero logró seguir subiendo aunque le dolía donde la cuerda se le enterraba en las manos.

Siguió moviéndose hacia arriba sin voltear al suelo y eventualmente llegó con Sasha que estaba descansando en una pequeña plataforma de madera escondida entre las ramas.

—¿Te gusta? —preguntó con una gran sonrisa como si hubiera invitado a Wells al palacio más lujoso.

Con cuidado, Wells se bajó de la escalera y se acercó a Sasha.

—Me encanta —dijo con una sonrisa—. ¿La hiciste tú?

—Era pequeña, así que me ayudó mi papá.

—¿Y a él no le importará si pasamos la noche aquí?

—Wells, mi padre está a cargo de toda nuestra sociedad. Está un poco ocupado para estarse preocupando dónde duermo.

Wells rio con un resoplido.

—Ningún padre está *tan* ocupado.

—No hay *ningún* problema. Aunque por supuesto podemos regresar si te sientes más tranquilo.

Como respuesta, Wells abrazó a Sasha y la acercó.

—De hecho, estoy bastante cómodo aquí.

Ella sonrió y le dio un beso breve.

—Bien.

—Te extrañé estos días —dijo Wells. Se recostó en la plataforma de madera y tiró de Sasha para que también se acostara.

—Yo también te extrañé —dijo ella con la voz un poco amortiguada porque se estaba acomodando en su pecho.

—Gracias... por todo. No tenía la intención de involucrarte en esto, mucho menos de abusar de tu gente.

Sasha se sentó lentamente y lo miró. Le acarició la cara y luego empezó a pasarle los dedos por el cabello.

—No tienes nada que agradecerme, Wells. Yo también quiero mantenerlos a salvo, lo sabes.

—Lo sé —dijo él y le tomó la mano para besársela—. Entonces... —dijo mirando a su alrededor—. Este sitio parece un buen lugar para dormir.

—¿Estás cansado?

—Exhausto —dijo él y la abrazó para acercarla y besarla de nuevo—. ¿Tú?

—Tal vez no *tan* cansada.

Lo besó de nuevo y el resto del mundo se desvaneció. No había nuevos colonos. No había Terrícolas. No había Rhodes. Sólo Sasha. Sólo su respiración. Sólo sus labios. El campamento de pronto le pareció estar a años luz de distancia, tan distante como la Tierra se veía desde la Colonia.

—Me haces sentir verdaderamente loco. Sabes eso, ¿verdad? —susurró Wells y le acarició la espalda.

—¿Por qué? ¿Porque te estoy seduciendo en un árbol?

—Porque no importa lo que suceda, estar contigo me hace perfectamente feliz. Es muy extraño cambiar de estado de ánimo así de rápido —Wells le acarició la mejilla—. Eres como una droga.

Sasha sonrió.

—Creo que necesitas mejorar un poco tus cumplidos, chico espacial.

—Las palabras nunca han sido mi fuerte. Soy mucho mejor demostrando lo que quiero decir.

—¿Ah, sí? —dijo Sasha con un suspiro cuando Wells le colocó la otra mano en el vientre—. Supongo que tendré que creerte —Wells bajó un poco más los dedos y ella se estremeció—. Está bien, ahora eres tú el que me está volviendo loca.

—Qué bien —le dijo Wells al oído mientras pensaba que las cosas en la

Tierra no estaban tan mal como había creído. Mientras estuviera Sasha, siempre se sentiría como su hogar.

CAPÍTULO 15

GLASS

Glass miró a su alrededor y sintió asombro genuino por primera vez desde que habían aterrizado. El sol se filtraba entre los árboles y bañaba el suelo con puntos dorados de luz, como miles de pequeñas gemas. Así era como se suponía que se debía ver la Tierra: pacífica, hermosa y llena de maravillas.

Luke tomó a Glass de la mano para ayudarla a avanzar por una pendiente empinada. Había un arroyo estrecho al fondo y el agua estaba perfectamente transparente excepto por unas hojas rojas y amarillas que bailaban en la corriente. Cuando llegaron al riachuelo, Glass titubeó y miró de un lado a otro para decidir dónde era el mejor sitio para cruzar. Pero cuando dio un paso titubeante hacia la orilla, Luke la levantó con su brazo sano y cruzó el río de un salto a pesar de que ambos iban cargando mochilas pesadas.

Del otro lado, Luke la bajó con cuidado al suelo y luego la volvió a tomar de la mano para continuar su camino. Al principio, habían ido hablando casi constantemente y exclamaban y señalaban diferentes árboles y señales de diversas formas de vida animal. Pero después de un rato, sobrecogidos por toda la belleza a su alrededor y sin palabras adecuadas para describirla, se quedaron en silencio. Glass casi lo prefería así. Le encantaba ver cómo se iluminaba la cara de Luke cada vez que posaba la mirada en una nueva maravilla.

El corazón de Glass tardó un par de horas en tranquilizarse después de escapar del campamento. El silencio la había asustado al principio. El sonido de una ramita al romperse o de las hojas que crujían le parecía muy fuerte y la sobresaltaba. Sabía que sólo era cuestión de tiempo para que Rhodes se diera cuenta de que se habían ido y que enviara a un grupo de personas a buscarlos.

Pero después de unas cuantas horas, su tensión empezó a desvanecerse y pudo disfrutar del silencio, de la libertad de estar completamente a solas con

Luke. Glass no podía creer que hubieran considerado en algún momento quedarse en el campamento. El aire estaba perfumado con el olor a las hojas húmedas y a la corteza de los árboles. Era una fiesta de sensaciones que Glass nunca había experimentado antes. No se podría haber imaginado lo brillante y saturado que eran los colores en la Tierra, la dulzura del aire o la complejidad de los aromas que competirían por su atención.

Habían caminado hasta bien entrada la noche y durmieron unas cuantas horas antes de salir de nuevo. Tenían intención de poner tanta distancia entre ellos y Rhodes como fuera posible antes de que el vicescanciller enviara un grupo a buscarlos. Más o menos cada media hora, Luke se detenía, sacaba una brújula de su bolsillo y la colocaba en el suelo para confirmar que siguieran avanzando hacia el norte. Sasha le había dicho que el grupo separatista de Terrícolas, los violentos, habían tomado un área grande al sur del campamento de los colonos y la habían declarado como su territorio. No era garantía, por supuesto, pero dirigirse al norte al menos no los pondría directamente en medio del peligro.

Los árboles crecían tan cerca unos de otros y formaban una cubierta de hojas tan gruesa que casi bloqueaba el cielo. Pero la luz ambarina que se filtraba entre las ramas y el aire que se enfriaba rápidamente confirmaban que el día estaba a punto de terminar.

—Creo que lo logramos —dijo Glass con cansancio. El miedo y la adrenalina que la habían mantenido activa el día anterior ya se habían drenado y el agotamiento los había reemplazado—. No van a enviar a nadie a buscarnos, ¿o sí?

—No parece —respondió Luke con un suspiro. Se acercó para quitarle a Glass la mochila del hombro—. Descansemos un rato.

Dejaron caer sus mochilas y caminaron hacia un árbol gigante y cubierto de musgo. Las raíces enormes y retorcidas sobresalían del suelo. Luke levantó los brazos sobre su cabeza y se estiró antes de sentarse en la raíz.

—Ven —dijo y tomó a Glass de la mano para que se sentara en sus piernas.

Glass rio y presionó la mano contra el pecho de Luke.

—Tenemos todo el planeta para nosotros y quieres que compartamos el mismo asiento.

—No tenemos *todo* el planeta, señorita imperialista —dijo Luke y se envolvió un dedo con el cabello de Glass—. Tenemos que dejar un poco para los Terrícolas.

—Ah, cierto —asintió Glass con seriedad fingida—. En ese caso, será mejor que ahorremos espacio.

Sonrió y pasó una pierna hacia el otro lado de Luke de modo que quedaron frente a frente.

—Me parece buen plan —dijo él y la abrazó por la cintura para cerrar la poca distancia que los separaba. La besó suavemente en los labios y luego bajó su boca a su barbilla, a su cuello. Glass suspiró y Luke sonrió. Besó el sitio donde su mandíbula se conectaba con su cuello y levantó la cabeza para susurrarle al oído:

—Se siente bien ser desinteresado, ¿no?

—Tiene sus ventajas —jadeó Glass y le acarició la espalda a Luke.

Dejando sus bromas de lado, era increíble estar tan solos. En la nave había miles de personas apretadas en un espacio diseñado originalmente para cientos. Siempre había alguien escuchando, viendo, y cuerpos pegados unos con otros. La gente sabía tu nombre, conocía a tu familia y todas tus acciones. Pero ahí no había nadie viéndolos. Nadie los juzgaba.

—Ah, mira —dijo Glass y señaló detrás de Luke hacia un sitio donde crecían unas flores rosadas y pequeñas que no había visto antes. Él volteó y extendió la mano para cortar una. Pero justo cuando sus dedos estaban a punto de cerrarse alrededor del tallo, se arrepintió y dejó que su mano cayera de nuevo a su lado.

—No me pareció bien cortarla —dijo y miró a Glass con una expresión un poco apenada.

—Estoy de acuerdo —respondió ella.

Sonrió y le puso la mano en la nuca para volver a acercar sus labios a los de ella.

—Pero es una pena —murmuró Luke—. Se habría visto hermosa en tu cabello.

—Mejor sólo imagínatela.

Luke la volvió a besar y luego le pasó un brazo por debajo del cuerpo y se puso de pie cargándola.

—¡Luke! —rio ella—. ¿Qué haces?

Él dio unos cuantos pasos y, sin decir una palabra, la colocó en el suelo, suavemente entre las flores. Glass empezó a sentir que se le aceleraba el aliento cuando vio que Luke se hincaba a su lado. La expresión traviesa de su rostro había desaparecido y la había reemplazado algo similar a la reverencia. Se acercó y le pasó los dedos por el cabello para que se extendiera por todas

las flores rosadas.

A Glass le latía el corazón con fuerza pero se obligó a mantenerse quieta cuando Luke se acercó para besarla apoyado en su brazo sano. Ella separó un poco los labios y luego lo abrazó para acercarlo más. Respiró profundamente y saboreó la embriagante combinación de las flores, el aire del bosque y *Luke*.

—Deberíamos continuar —dijo Luke al fin al ver el cielo que estaba oscureciéndose—. Tenemos que encontrar un sitio donde pasar la noche.

Glass dejó escapar un suspiro largo y satisfecho.

—¿No podemos quedarnos aquí para siempre?

—Me gustaría. Pero en realidad no estamos seguros aquí en la oscuridad. Deberíamos encontrar un lugar que esté más protegido.

Caminaron con renovada energía unas horas más mientras el cielo pasaba de un tono morado grisáceo a un negro profundo y aterciopelado. La luna se veía tan brillante que su luz opacaba la mayoría de las estrellas y proyectaba sombras extrañamente hermosas en el suelo del bosque. Era tan hermoso que hacía que a Glass le doliera el corazón porque cada maravilla nueva servía como recordatorio de cuánto se estaba perdiendo su mamá, cuántas cosas no vería nunca.

Luke se detuvo repentinamente y extendió la mano para que ella hiciera lo mismo. Ladeó la cabeza para escuchar aunque Glass no alcanzaba a oír nada. Después de un momento, Luke dijo en voz baja:

—¿Ves eso?

Al principio, lo único que ella pudo ver fue un paisaje sombreado de árboles pero luego lo vio: era un edificio pequeño. Justo ahí en medio de la nada.

—¿Qué es eso? —preguntó y se sintió nerviosa de pronto al pensar que tal vez se habrían metido a un lugar donde no deberían estar.

—Parece una cabaña —dijo Luke y le apretó la mano para avanzar con ella con pasos lentos y silenciosos. Avanzaron hacia la cabaña formando un arco amplio antes de acercarse desde el costado. No era una cabaña. Era una diminuta casa de piedra, sorprendentemente intacta. Los lados estaban cubiertos de enredaderas y musgo, pero era obvio que las paredes eran firmes y fuertes.

Se detuvieron a un par de metros de distancia. Una brisa repentina hizo crujir los árboles y luego todo volvió a quedar en silencio. Luke y Glass contuvieron el aliento, esperando una señal de vida, pero no hubo ninguna.

Luke se acercó a la puerta y presionó el oído contra ella un momento. Después la empujó para abrirla y entró. Luego le indicó a Glass que lo siguiera. Ella inhaló profundamente, se acomodó la mochila y cruzó el umbral. Entraba apenas suficiente luz por las ventanas rotas y llenas de polvo para permitirles ver la escena congelada del interior.

—Oh —murmuró Glass con partes iguales de sorpresa y tristeza. Parecía que la persona que vivía ahí había salido un momento para nunca regresar. Había una cama pequeña en la esquina del fondo. Junto a ella unas cajas de madera formaban un gabinete. Los ojos de Glass recorrieron el espacio diminuto. Frente a la cama había una cocina que parecía del tamaño adecuado para una familia de muñecas. Había ollas y sartenes colgadas de clavos en la pared. Una mesa chueca de madera esperaba que alguien se sentara frente a ella, al lado de la chimenea apagada. Había un lavadero en la pared opuesta con platos limpios apilados en uno de los lados. La casa parecía solitaria, como si hubiera estado esperando mucho tiempo para que regresara su familia.

Glass caminó hacia la mesa y pasó la mano por su superficie áspera. Se le llenó la mano de polvo. Volteó a ver a Luke.

—¿Podemos quedarnos aquí? —preguntó, temerosa de que fuera algo demasiado bueno para ser verdad.

Luke asintió.

—Creo que deberíamos. Parece estar abandonada y claramente es más seguro que quedarnos afuera.

—Bien —dijo Glass y miró a su alrededor con una sonrisa, agradecida por su buena suerte y por tener la oportunidad de ahuyentar esa sensación de soledad que se adhería al lugar más que todo el polvo. Dejó caer su mochila al piso y luego buscó la mano de Luke.

—Bienvenido a casa —le dijo y se puso de puntas para besarle la mejilla.

Él la abrazó y sonrió.

—Bienvenida a casa.

Salieron a buscar algo de leña y cualquier otra cosa que pudiera haber quedado de los habitantes anteriores. Había un cobertizo de madera medio derruido detrás de la casa pero la única herramienta que encontraron fue una pala maltratada y tan oxidada que estaba inservible. Por suerte, encontraron suficientes ramas secas en el piso y no necesitaron de un hacha, al menos no por el momento.

El sonido tenue del agua corriente los llamaba a través de la oscuridad.

Glass tomó a Luke de la mano y tiró de él en dirección al sonido. La casa estaba rodeada de árboles en tres de sus lados pero en la parte de atrás había una pendiente que llevaba a un río.

—Mira —dijo Luke y señaló a un montón de leña que sobresalía por encima del agua—. Parece que construyeron algo en el río. Me pregunto por qué.

Le apretó la mano a Glass y se acercaron con cuidado para no perder el equilibrio en la oscuridad.

—¿Eso será...?

No terminó de decir lo que pensaba y señaló una sombra de forma extraña, una combinación rara de bordes y curvas.

—¿Es un barco, no? —dijo Glass y dio unos pasos para acercarse a tocarlo.

Estaba frío, casi como si fuera de metal pero más ligero. Alguna vez fue blanco, pero casi toda la pintura se había descarapelado y sólo quedaban manchas grandes de óxido. Se asomó al interior y vio lo que parecía ser un remo en el fondo.

—¿Crees que todavía funcione? —le preguntó a Luke.

Él le dio la vuelta y lo miró con atención.

—No parece tener motor, sólo el remo. Supongo que eso significa que si sigue flotando, sí servirá —volteó a ver a Glass y sonrió—. Tal vez cuando mejore mi muñeca podríamos probarlo.

—Bueno, yo tengo dos muñecas sanas. A menos que creas que no puedo con la tarea.

Luke la abrazó.

—Sabes que no hay *nada* que piense que no puedas hacer, mi caminadora espacial. Sólo pensé que sería romántico llevarte a pasear en barco.

Glass se recargó en él y se acomodó a su lado.

—Eso suena maravilloso.

Se quedaron parados en ese sitio un momento, viendo la luna ondear en el agua, y luego regresaron a la casa.

Con unos fósforos que traían del campamento, Luke encendió la chimenea y Glass sacó su pequeña reserva de comida. Ninguno de los dos se había sentido bien llevándose más de lo que necesitarían para unos cuantos días.

—Esto es increíble —dijo Glass y le dio a Luke un trozo de fruta seca de su mochila—. Es como algo salido de un cuento de hadas. Una casa en el

bosque.

Luke dio un trago a su cantimplora y luego se la pasó a Glass.

—Me gustaría saber qué le sucedió a la gente que vivía aquí, si intentaron sobrevivir al Cataclismo o si evacuaron —miró a su alrededor—. Parece que se fueron sorpresivamente.

Se escuchaba un dejo de melancolía en su voz que le dejó claro a Glas que habían estado pensando en lo mismo.

—Lo sé, es como si la casa se hubiera aferrado a sus recuerdos mucho después de que se fueron.

En la nave, creer en fantasmas le parecía lo más tonto del mundo. Pero ahí, en la Tierra, en esa casa, Glass empezó a comprender cómo alguien podía creer en la permanencia de una presencia.

—Bueno, es nuestra responsabilidad reemplazarlos con recuerdos felices —dijo Luke con una sonrisa. Se acercó más a Glass y la abrazó—. ¿No tienes calor frente a la chimenea? ¿Quieres quitarte la chamarra?

Glass sonrió y abrió el zíper de su chamarra. Cerró los ojos cuando él la empezó a besar, primero suavemente y después con más urgencia. Pero a pesar de todo lo que deseaba perderse en sus caricias, no podía librarse de una idea que empezaba a formarse en el fondo de su mente. Luke estaba equivocado. No se podía reemplazar a los recuerdos tristes con recuerdos felices.

Eso pasa con los corazones rotos. No se pueden borrar. Los llevas a cuestas siempre.

La respiración rítmica de Luke era como una canción de cuna. La cabeza de Glass subía y bajaba en su pecho cuando él inhalaba, exhalaba. Siempre había envidiado su capacidad de dormir profundamente: el sueño de los inocentes, como decía siempre su madre. La mente de Glass daba vueltas demasiado rápido para poder quedarse dormida. Deseaba simplemente poder disfrutar el momento, saborear la magia de estar acostada junto a Luke, pero apenas podía mirarlo sin sentir un fuerte tirón de dolor en su corazón. No tenían mucho tiempo. Pronto, Glass tendría que terminar todo antes de que Luke descubriera el secreto que haría que los mataran a ambos.

Los ojos de Glass se llenaron de lágrimas y se sintió agradecida de que él no la pudiera ver. Él no sabía que su futuro juntos no incluía nada salvo dolor y pesar. Respiró profundamente un par de veces, preparándose.

—¿Estás bien, amor? —murmuró Luke con voz adormilada.

—Bien —susurró ella.

Él extendió el brazo y, sin abrir los ojos, la acercó a él y le besó la cabeza.

—Te amo.

—Yo también te amo —logró decir ella antes de que se le quebrara la voz.

Después de unos cuantos momentos, se dio cuenta por el ritmo de su respiración que había vuelto a quedarse dormido. Tomó su mano y la colocó con suavidad sobre su vientre, permitiendo que su calidez se filtrara en su piel. Vio su rostro mientras dormía. Siempre parecía un niño pequeño cuando estaba dormido; sus pestañas largas prácticamente le rozaban las mejillas. Si tan sólo le pudiera decir sobre su hijo, el que estaba creciendo en su interior mientras estaban ahí, recostados.

Pero él no podía saberlo nunca. A los diecisiete años, Glass tenía una ligerísima probabilidad de que la perdonaran por violar la Doctrina Gaia. Sin embargo, Luke, a los diecinueve sería condenado a que lo liberaran flotando en el espacio: ejecutado después de un juicio obligatorio. Ella tendría que dejarlo, tendría que cortar todo contacto con él para que el Consejo no pudiera rastrearlo a partir de ella.

—Lo lamento —susurró Glass y las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas. Se preguntaba por quién de ellos dos le dolía más el corazón.

Luke suspiró mientras dormía. Glass se acomodó y le acarició la mejilla con la mano. Deseó poder adivinar qué estaría pensando. En el caos de su escape de la Colonia y el trauma de su aterrizaje en la Tierra, no había habido tiempo para hablar sobre su pelea devastadora en la nave. O tal vez Luke así lo quería.

Glass había intentado ocultar su embarazo, pero al final la descubrieron. Violar las reglas de control de población de la nave era uno de los delitos más graves y, a pesar de que tuvo un aborto, Glass se vio obligada a enfrentarse al canciller. Él insistió que le dijera quién era el padre y ella mintió, presa del pánico. En vez de delatar a Luke le dio el nombre de su compañero, Carter, un chico manipulador de mayor edad con quien compartía vivienda, que era peligroso y había intentado atacar a Glass cuando Luke no estaba.

Pero aunque Carter era un patán desgraciado, no se merecía morir. Pero eso fue exactamente lo que sucedió. El canciller creyó la palabra de Glass y

la envió, porque era menor de edad, al confinamiento y ordenó que ejecutaran a Carter.

Glass no olvidaría la mirada de rabia y repulsión de Luke cuando descubrió la verdad. Y aunque ya la había perdonado, a ella le preocupaba haber roto algo que no podía repararse del todo: la confianza de Luke.

Él volvió a suspirar y, sin abrir los ojos, abrazó a Glass y la acercó a su cuerpo. Ella sonrió y permitió que el latido tranquilizador de su corazón acallara sus demás pensamientos. Ir a la Tierra era una oportunidad para empezar de nuevo, para dejar atrás el horror del pasado.

Glass cerró los ojos y apenas estaba empezando a quedarse dormida cuando la despertó un sonido fuerte. Todos sus sentidos se encendieron y se sentó en la cama para mirar a su alrededor. La cabaña estaba vacía. ¿Había soñado el sonido? ¿Qué había sido? Lo intentó recordar en su mente, no había sido un aullido en sí pero tampoco una voz. Era algo diferente, como una llamada, una señal, pero no eran palabras. Sólo... una comunicación de algún tipo. No tenía idea de entre qué tipo de criaturas habría sido. El campamento estaba a kilómetros de distancia y no habían visto otras señales de civilización cerca. Estaban totalmente solos. Probablemente era sólo el sonido del viento contra el techo de la cabaña o algo así. No tenía nada de qué preocuparse.

Glass se recostó de nuevo y se acurrucó contra el cuerpo cálido y relajado de Luke y por fin logró conciliar el sueño.

CAPÍTULO 16

BELLAMY

Bellamy no estaba acostumbrado a quedarse sentado sin hacer nada. No le gustaba sentirse indefenso. Inútil. Estaba acostumbrado a luchar por las cosas que necesitaba —comida, seguridad, su hermana, la misma vida— y tener que depender de otras personas lo volvía loco. Sin embargo, esa misma propensión era la que lo había metido en problemas para empezar. Si no hubiera tenido tanta prisa por subirse a la cápsula con Octavia, el canciller, su padre, nunca habría recibido un disparo. Y después, unas semanas más tarde, Bellamy podría haber llegado con la segunda oleada de colonos como ciudadano y no como un prisionero condenado.

Se sentó en una banca de madera en el área con césped al centro del poblado de Sasha y Max. Observó un grupo de chicos unos años más jóvenes que él dirigiéndose a la escuela. Tres de ellos iban golpeándose uno a otro en los hombros. Alcanzaba a distinguir sus voces con tonos de broma. Uno salió corriendo y los otros dos lo empezaron a perseguir, riendo. Un chico más grande y una chica estaban tomados de la mano, alargando su despedida. Compartieron un chiste privado y después se besaron y ambos se ruborizaron.

Por otra parte, él no sabía que la Colonia se estaba quedando sin oxígeno y que estaban a unas cuantas semanas de una evacuación de emergencia. Y no era probable que un chico de diecinueve años de Walden fuera el primero en la fila para subirse a la cápsula. Había sido la decisión correcta forzar su ingreso a la cápsula que iba a la Tierra. Así había podido cuidar a Octavia. Y conoció a una chica hermosa, intensa y tan lista que lo intimidaba, que lo hacía empezar y terminar cada día con la misma sonrisa tonta en la cara. Bueno, eso cuando no lo estaba volviendo completamente loco.

Levantó la cabeza y buscó a Clarke, a quien le habían pedido que examinara a un niño con el brazo roto. En otras circunstancias, no estaría mal

quedarse en ese pueblo. Era al mismo tiempo ordenado y relajado. Todos tenían donde vivir y suficiente para comer, pero no había guardias empoderados corriendo por todas partes y vigilando los movimientos de todos. El padre de Sasha estaba obviamente al mando, pero no era como Rhodes, ni siquiera como el canciller. Escuchaba con atención a sus consejeros y, por lo que Bellamy alcanzaba a ver, las decisiones más importantes se tomaban a través de un voto. Otra de las cosas buenas era que en ese sitio a nadie le parecía raro que tuviera una hermana; todos tenían hermanos, muchos.

Sin embargo, esa paz tenía una cualidad ominosa dados los acontecimientos recientes. ¿Qué sucedería si Rhodes iba tras ellos? ¿Qué pasaría si Bellamy convertía accidentalmente el poblado tranquilo de los Terrícolas en una especie de zona de guerra? Si él provocaba que salieran lastimadas personas inocentes, nunca se lo perdonaría.

Bellamy estaba inquieto y movía la pierna nerviosamente. Sentía nudos en el estómago desde su llegada al poblado, tres días antes. No sabía qué hacer. Max, Sasha y su gente querían que se quedara. Querían protegerlo. Y eso no estaba del todo mal, quedarse en un sitio con un verdadero techo sobre su cabeza y comida deliciosa que no tenía que rastrear, matar y desollar solo. Bellamy no podía negarlo: una parte pequeña de su corazón anhelaba tener una vida sencilla. Quería que Rhodes se olvidara de él, que su pasado desapareciera, que su vida fuera tan sencilla como la de esos niños.

Buscó entre los árboles y el camino que conducía al pueblo para ver si encontraba señales de intrusos. Nada. Apenas había podido dormir desde su llegada. Estaba demasiado ocupado intentando escuchar en el silencio de las noches, intentando detectar el sonido de pasos que se acercaban, el crujir de hojas que le advertiría que estaban a punto de atacarlos, que estaban a punto de llevárselo.

No podía vivir así. La anticipación y la angustia estaban acabando con él e incluso empezaba a sentir el pequeño pueblo como una prisión. Desde su arribo a la Tierra, Bellamy se había acostumbrado a pasar varias horas al día solo en el bosque. Tener que permanecer en el poblado ciertamente era mejor que tener que estar en una nave en el espacio, pero de todas formas.

Se recargó en la banca con un suspiro y miró hacia la extensión de cielo azul que lo cubría. ¿Qué demonios iba a hacer todo el día? No podía cazar; ni siquiera podía irse a caminar solo. Los niños estaban en la escuela, así que no podía jugar a la pelota con ellos. Todos los demás tenían algo que hacer.

Miró a su alrededor, a la gente que estaba ocupada con sus tareas: construyendo, arreglando, lavando, cuidando animales y demás. Y todos eran muy agradables; eso lo hacía sentir un poco incómodo. Cada una de las personas que veía le deseaba un buen día. Él no sabía qué decir o qué gesto hacer con la cara. ¿Se suponía que debía devolverles la sonrisa? ¿Decir hola? ¿Sólo asentir?

Al menos sabía que Octavia estaba bien. Sasha había regresado un par de veces al campamento para ver desde lejos cómo estaba y le había logrado mandar un mensaje a Octavia para informarle que Bellamy estaba seguro. Por la razón que fuera, Rhodes había decidido no vengarse con Octavia, al menos no todavía. Pero el tiempo que Bellamy estaba dispuesto a pasar separado de ella era limitado. No podía confiar en la buena voluntad de Rhodes por demasiado tiempo, si eso era lo que estaba sucediendo.

—Buenos días —dijo Max quien se había acercado a Bellamy sin que el joven se diera cuenta.

—Buenos días —respondió Bellamy y agradeció que lo distrajeran de su desdicha.

—¿Puedo acompañarte?

—Claro —respondió Bellamy.

Le hizo espacio en la banca y Max se sentó a su lado. Traía en la mano una taza de metal de la que emanaba vapor. Se sentaron en silencio durante un largo rato y vieron a los últimos niños que iban corriendo porque se les había hecho tarde para la escuela.

—¿Cómo va el hombro? —preguntó Max.

—Mejor. Gracias por darle a Clarke tantas cosas para curarme. Sé que son cosas bastante valiosas y ya han hecho tantas cosas por mí —hizo una pausa y se preguntó si sería noble o tonto compartir su preocupación sobre quedarse en el pueblo—. Pero no creo que sea buena idea quedarme.

—¿Dónde planeas ir? —preguntó Max sin sonar sorprendido. Bellamy agradeció que su tono de voz no sonara como si lo estuviera juzgando.

—No he decidido eso todavía. Lo único que sé es que no puedo quedarme sentado a esperar a que vengan por mí y no puedo permitir que la gente de aquí se arriesgue a salir lastimada por mi culpa.

—Entiendo cómo te debes sentir, sabiendo que hay gente allá afuera que quiere hacerte daño. Pero no tienen derecho a quitarte la vida, Bellamy. Nadie lo tiene —dijo Max e hizo una pausa—. Y nadie aquí hace lo que no quiere hacer. La verdad es que no creo que estés más seguro fuera de aquí —

continuó Max y señaló el bosque con un ademán de la cabeza—. Hay peligros más grandes que Rhodes. No estoy seguro de cuánto sepas sobre los otros —dijo Max con las cejas arqueadas—. La gente de nuestro grupo que se separó.

—Un poco.

La última vez que habían estado en el poblado, cuando habían ido a rescatar a Octavia, Bellamy escuchó la historia sobre los colonos que llegaron de la nave mucho antes de que llegaran los cien. Los Terrícolas los recibieron y compartieron su comida con ellos pero no todos estaban de acuerdo con darle la bienvenida a los desconocidos, en especial porque los desconocidos eran descendientes de la gente que había huido de la Tierra moribunda en una nave espacial y habían dejado a todos los demás en el planeta a morir.

Los dos grupos habían establecido una paz incómoda pero luego sucedió algo. Un niño Terrícola murió y se desató el caos. Una facción de la gente de Max culpaba a los colonos y culpaban a Max por permitir que los desconocidos entraran a su hogar. Exigieron venganza y, cuando Max se negó a permitirles matar a los colonos, se separaron para vivir por su cuenta, independientes de la autoridad de Max.

La parte más sorprendente de toda la historia era que los padres de Clarke, que ella pensaba estaban muertos, sentenciados a que los liberaran en el espacio desde la Colonia, estaban entre los colonos que llegaron en esa primera ola. Los Terrícolas los habían desterrado junto con los demás después de la muerte del niño.

Max dio otro trago a su bebida.

—Yo crecí con los que se separaron de nosotros. Criamos juntos a nuestros hijos. Pensaba que los conocía —hizo una pausa como para permitir que los recuerdos se desplegaran en su mente antes de continuar—. Pero ahora se han vuelto irreconocibles. Se obsesionaron con la violencia y con tomar posesión de todo el territorio posible. Están enojados y no tienen nada que perder. Lo cual los vuelve muy, muy peligrosos.

—¿Qué quieren? —preguntó Bellamy aunque no estaba seguro de querer conocer la respuesta.

—Ojalá lo supiera —suspiró Max y se acarició la barba gris—. ¿Venganza? ¿Poder? ¿Qué podrían querer que no tuvieran aquí?

Permanecieron en silencio un momento.

—Clarke quiere encontrar a sus padres —dijo Bellamy.

—Sé que sí. Pero no es seguro. Si el grupo separatista está dispuesto a

lastimar a sus propios vecinos y amigos, ciertamente no dudarán en lastimar a Clarke. Y si se enteran de que es su hija, bueno, no quiero ni imaginar lo que le podrían hacer. Los Griffin no tuvieron nada que ver con la muerte del niño, pero no estamos lidiando en este caso con gente racional —Max volteó a ver a Bellamy y le sostuvo la mirada—. ¿Crees que ella entiende los riesgos?

Bellamy negó con la cabeza.

—No lo sé. Pero no va a quedarse aquí a esperar para siempre. Quiere encontrar a sus padres. Pronto. Intenté convencerla de esperar hasta que fuera seguro que nos marcháramos los dos juntos. Necesitamos averiguar dónde podrían haber ido. Pero está decidida.

—No la culpo —suspiró Max—. Yo también querría encontrarlos.

—Sí —respondió Bellamy.

Sabía lo que se sentía tener esa necesidad primigenia, desesperada, de encontrar a un ser amado. Entendía por qué Clarke quería empezar a buscar a sus padres. ¿Pero estaba dispuesto a permitir que muriera en el intento?

Los pensamientos de Bellamy se interrumpieron cuando un hombre se aproximó corriendo.

—Max —dijo el hombre sin aliento cuando se detuvo súbitamente frente a la banca—. Se aproxima un grupo de hombres. Están a unos cien metros fuera del pueblo. Llegarán en unos minutos. Y... Max... vienen armados.

Bellamy sintió el corazón en la garganta y lo invadió una oleada de culpa. *Vinieron por mí.*

Max se puso de pie de un salto.

—Envía la señal. Y que un grupo los reciba y los traiga al pueblo. *Pacíficamente.*

El hombre asintió y se alejó corriendo. Max volteó a ver a Bellamy y le dijo:

—Sígueme.

Bellamy intentó permanecer tranquilo pero la rabia y el miedo se acumularon en él, la misma combinación de sentimientos que por lo general lo impulsaba a hacer alguna estupidez. Siguió de cerca a Max y se fueron corriendo por el camino y hacia el salón principal del pueblo, donde ya se estaba reuniendo la gente con pistolas y lanzas. Clarke, Wells y Sasha llegaron unos minutos más tarde, con miradas preocupadas pero resueltas. Sasha fue con su padre al frente de la habitación y Wells y Clarke se abrieron paso entre la multitud para llegar con Bellamy a la parte de atrás.

—No te preocupes —le dijo Wells a Bellamy. Las conversaciones a su

alrededor se oían nerviosas—. No vamos a permitir que te lleven.

Pero eso no era lo que preocupaba a Bellamy, en realidad no. Estaba más preocupado por lo que le sucedería a los Terrícolas si se negaban a entregarlo; lo que Rhodes haría si no se salía con la suya.

Max levantó la mano y la habitación se silenció.

—Como la mayoría de ustedes sabe, se acercan unos visitantes —dijo en voz alta, con voz de mando pero tranquila—. Un grupo ya salió a alcanzarlos. Nos reuniremos con ellos, escucharemos lo que quieren y después decidiremos qué hacer.

Se escuchó una marea de murmullos y preguntas en voz baja entre la multitud. Max levantó la mano y todos se callaron.

—Sé que tienen muchas preguntas. Yo también. Pero empecemos por escuchar. Recuerden, no hay paz sin un diálogo pacífico.

La habitación se quedó en un silencio tenso. Minutos después, un grupo de Terrícolas llegó con algunos de los guardias de Rhodes. No portaban armas pero tampoco venían atados ni sujetos de ninguna manera.

—Bienvenidos —dijo Max.

Los guardias tenían expresiones inamovibles y sus ojos volaban de un lado al otro de la habitación, pensando en estrategias y evaluando su entorno.

—Por favor, pónganse cómodos y díganos por qué vinieron.

Los guardias intercambiaron miradas. El mayor, un hombre de edad mediana llamado Burnett que Bellamy reconoció del cobertizo donde estuvo preso, dio un paso al frente.

—No vinimos a lastimar a tu gente —dijo Burnett con la misma voz fría e inexpresiva que Bellamy había escuchado usar a los guardias antes de llevarse a alguien al Confinamiento para después desaparecerlo para siempre. Después Burnett recorrió la habitación hasta que sus ojos aterrizaron en Bellamy. Todos los músculos del cuerpo del chico se tensaron y tuvo que luchar contra su instinto de salir corriendo al frente del salón y apretarle el cuello grueso a Burnett.

—Tenemos órdenes de llevarnos a nuestro prisionero, eso es todo. Están dándole asilo a un fugitivo que debe reconocer sus delitos. Entréguelo y los dejaremos en paz.

Clarke tomó a Bellamy de la mano y la apretó. Él sabía que ella haría cualquier cosa para mantenerlo a salvo, pero en ese momento lo único que él quería era evitarle más dolor a ella.

Max miró a Burnett con cuidado y pausó antes de hablar.

—Mi amigo, entiendo que estén aquí bajo órdenes. Y no es nuestra intención causarles ningún problema —Max vio a Bellamy sobre el mar de cabezas que los separaba con una expresión ilegible—. Pero entiendo que el *prisionero*, como lo llaman ustedes, no recibirá ninguna especie de sentencia justa. Si regresa a su campamento lo ejecutarán.

Se escuchó un grito ahogado recorrer a la multitud. Una Terrícola cerca de Clarke y Bellamy volteó a verlos, notó sus expresiones temerosas y sus manos unidas, y el gesto del rostro de la mujer cambió de confusión a resolución. Tres hombres que estaban cerca de Bellamy intercambiaron miradas y luego dieron unos cuantos pasos para colocarse entre Bellamy y los guardias.

—Y nosotros no contribuimos a enviar a jóvenes a la muerte —terminó de decir Max.

Burnett miró divertido a otro de los guardias y una pequeña sonrisa se asomó a sus labios.

—No era una petición —dijo—. Comprenden que habrá consecuencias si se niegan, ¿verdad?

—Sí —respondió Max tranquilamente aunque sus ojos se habían enfriado—. Nos lo dejaron bastante claro —volteó a ver a otros Terrícolas—. Creo que hablo por todos cuando digo que no seremos cómplices de este castigo injusto. Pero les permitiré decidir a ellos.

Se hizo una pausa larga. Bellamy empezó a sentir náuseas al mirar los rostros de esas personas, esos desconocidos, que tenían su destino en sus manos. ¿Era justo hacerlos decidir, pedirles que pusieran en riesgo su propia seguridad para protegerlo?

Se estaba preparando para levantarse y entregarse a Rhodes cuando Max se aclaró la garganta.

—Todos los que estén a favor de permitir que nuestros visitantes se lleven al chico, por favor levanten la mano.

Uno de los guardias sonrió burlonamente mientras el hombre a su lado se tronó los nudillos. Claramente estaban disfrutando la escena, ansiosos por ver a los Terrícolas entregar a Bellamy a su destino fatal.

Pero, para sorpresa de Bellamy, nadie levantó el brazo.

—¿Qué demonios...? —susurró.

Clarke le apretó la mano.

—¿Todos los que estén a favor de permitir que Clarke, Bellamy y Wells se queden aquí, bajo nuestra protección?

Incontables manos se elevaron al aire y Bellamy ya no alcanzaba a ver a Max, a Burnett ni a ninguno de los otros guardias. Se le empezaron a doblar las rodillas al sentir la sobrecogedora oleada de gratitud que lo envolvía. Los adultos de la Colonia jamás le habían ofrecido a Bellamy ni siquiera un mendrugo de amabilidad. Nunca, ni siquiera cuando él y Octavia prácticamente se estaban muriendo de hambre. Pero esta gente estaba dispuesta a arriesgarlo todo por él, un completo desconocido.

Eso lo hacía peor. Eran buenas personas. No merecían morir por un chico que había pasado diecinueve años tomando pésimas decisiones.

Clarke lo abrazó por la cintura y se inclinó hacia él para ayudar a sostenerlo.

—Está bien —le susurró al oído.

—No —dijo Bellamy en voz baja, tanto a sí mismo como a ella. Luego “No” dijo en voz más alta. Nadie lo escuchó por el clamor de la habitación. Salvo Clarke y Wells. Clarke le soltó la mano y ella y Wells lo miraron confusos.

—¡Bellamy! —dijo Clarke con los ojos muy abiertos—. ¿Qué estás haciendo?

—No puedo quedarme aquí y dejar que toda esta gente inocente arriesgue su vida por mí. Tienen hijos, tienen familias. No necesitan mis problemas.

Wells dio un paso al frente y le colocó la mano con firmeza a Bellamy en el hombro.

—Oye —dijo—. Oye, tranquilo.

Bellamy intentó zafarse de la mano de Wells pero Wells no lo dejó.

—Bellamy —dijo—, lo entiendo. No estás acostumbrado a recibir ayuda. Pero esto no es confinamiento por vender bienes robados en el Intercambio. Esto es la pena de muerte. Rhodes te va a *matar*.

Bellamy se inclinó al frente y se puso las manos en las rodillas. Respiró profundamente unas cuantas veces para tranquilizarse. Sabía que la gente de Max y Sasha creía en algo mayor que ellos mismos. Lo notaba en la amabilidad que tenían unos con otros, en la manera que le habían dado la bienvenida a tres desconocidos en sus vidas. Lo veía en el liderazgo de Max. Pero no sabía cómo podía soportar el peso de su generosidad.

Clarke tomó a Bellamy de la mano nuevamente y lo miró a los ojos.

—Aunque no lo hagas por ti, ¿podrías hacerlo por mí? ¿Por favor?

Tenía la voz temblorosa y algo se le removió a Bellamy en el pecho. Nunca la había escuchado tan vulnerable, tan asustada. Nunca la había

escuchado rogarle a nadie por nada. Todo lo que quería lo conseguía sola. Pero esa vez no sería suficiente. Necesitaba ayuda.

—Y por mí —dijo Wells y le puso la mano a Bellamy en el hombro sano.

Bellamy miró a Clarke y luego a Wells. ¿Cómo había sucedido eso? Cuando él y Octavia salieron de la Colonia habían sido ellos dos solos contra el universo. Y ahora tenía gente a quien le importaba. Tenía una familia.

—Está bien —asintió e hizo un esfuerzo por contener las vergonzosas lágrimas que amenazaban con aparecer. Se obligó a sonreír—. Pero sólo por esta única vez. La próxima vez que me condenen a muerte por ser un idiota impulsivo, tienen que permitir que me lleven.

—De acuerdo —dijo Wells y dio un paso atrás sonriendo.

—De ninguna manera. Eres mi idiota impulsivo —dijo Clarke.

Se puso de puntas para besarlo. Bellamy la abrazó y la besó de regreso, demasiado conmovido para avergonzarse ya del cosquilleo de las lágrimas en sus ojos.

CAPÍTULO 17

GLASS

Glass abrió la puerta de la cabaña con un empujón del hombro. Traía las dos manos llenas, una con un balde de agua del río y la otra con un bolso lleno de moras que había recolectado cerca. Dejó la comida en la mesa chueca de madera y llevó el agua al lavamanos. Sin tener que pensarlo, Glass extendió la mano y tomó un tazón pequeño de la repisa. Después de sólo dos días, ya estaba tan cómoda en su casita que sentía como si ella y Luke hubieran estado ahí desde siempre.

En su primera mañana en la cabaña, salieron con cuidado al exterior y buscaron señales de Terrícolas. Pero no encontraron ninguna señal de vida humana. Poco a poco, su comodidad y confianza aumentaron y se alejaron unos cuantos metros en busca de comida.

Ambos estaban tan concentrados en su búsqueda que casi no se dieron cuenta de un ciervo que pastaba cerca. Glass había levantado la vista para llamar a Luke pero, justo antes de gritar su nombre, vio al animal a un par de metros de distancia. Era hermoso y joven, *¿había un nombre espacial para los ciervos bebés?* Glass se esforzó por recordar la palabra. El hocico suave color marrón del ciervo se movía al olfatear el aire y tenía ojos grandes castaños que eran a la vez dulces y tristes. Glass tenía miedo de moverse porque no quería asustarlo. Quería que Luke también lo viera pero no podía hacer ningún sonido. Ella y el ciervo se quedaron viendo durante un rato hasta que al fin Luke volteó y lo vio. Se quedó helado. Ella podía distinguir por la expresión de su rostro que estaba tan sorprendido por el animal como ella.

Los tres se quedaron ahí, envueltos en un intercambio silencioso. Finalmente, un sonido distante entre los árboles hizo que el ciervo saliera corriendo al bosque sin casi emitir sonido. Glass suspiró cuando desapareció.

—Eso estuvo increíble —dijo.

—Sí —dijo Luke pero se notaba serio.

—¿Qué pasa? —preguntó ella sorprendida por su reacción.

—Es que... si no encontramos pronto algo que comer tendremos que, ya sabes... —dijo sin terminar la idea.

A Glass se le fue el corazón al suelo. Estaba tan fascinada por los ojos expresivos del ciervo que no se había detenido a pensar que tal vez se vería forzada a comérselo. Eso hizo que se le revolviere el estómago.

—No pensemos en eso por ahora —dijo—. Sigamos buscando.

Por suerte, encontraron las bayas y por el momento estaban bien. Pero ella sabía en el fondo que era cuestión de tiempo que las cosas cambiaran. Se les estaban terminando las pastillas para purificar el agua y en la casa no había una olla que les permitiera hervir agua. Había insectos extraños corriendo por el piso de la casa en las madrugadas que despertaban a Glass de un sueño profundo y hacían que se le pusiera la piel de gallina. Luke se reía de ella cuando se acercaba más a él y tiraba de las mantas para cubrirse mejor. Y no dejaba de preocuparse constantemente sobre lo que sucedería a continuación. ¿Podrían permanecer ahí? ¿Podrían las cosas ser así de simples? Recordó haber aprendido sobre las estaciones en la Tierra. Las hojas bonitas del otoño significaban que, pronto, llegaría el invierno y tendrían que encontrar una manera de sobrevivir en el frío. Hizo su mejor esfuerzo por alejar esos pensamientos de su mente. El invierno era algo por lo cual se preocuparía otro día. Ese día sólo quería vivir su cuento de hadas, en su cabaña de fantasía bajo la cubierta del bosque.

Luke entró por la puerta y se limpió el lodo de las botas. Tenía hojas en el cabello grueso y ondulado. Un olor a frescura de pino emanaba de él y le llenó la nariz a Glass. Inhaló profundamente. Sólo estar cerca de él y olerlo hacía que todos los nervios de su cuerpo se pusieran alertas.

—¿Quieres cenar? —le preguntó a Luke y le mostró el plato con bayas con solemnidad fingida—. Hice algo especial esta noche.

—Ah, guisado de bayas —sonrió Luke—. Mi favorito. ¿Estamos celebrando algo?

Ella ladeó la cabeza y sonrió con picardía.

—Tal vez.

Luke cruzó la habitación de dos pasos rápidos, la abrazó por la cintura y la besó profundamente con un beso que parecía no tener final.

Esa noche, más tarde, se quedaron dormidos con los cuerpos entrelazados junto a la chimenea. Glass se había quedado dormida rápidamente. Con cada noche que pasaban en el bosque, Glass se relajaba más y más. La ansiedad y el estrés de las semanas previas empezaron a desvanecerse de su memoria. Comenzó a dormir profundamente, casi con hambre, como si el sueño le proporcionara un alimento que había deseado por mucho tiempo.

Cuando se escuchó el primer sonido entrar por la ventana, Glass lo incorporó a su sueño. Despertó hasta que Luke se sentó rápidamente a su lado y ella rodó hacia la cama cuando él se puso de pie por el pánico. Abrió los ojos y recuperó la conciencia instantáneamente. Entonces lo vio: un rostro en la ventana de la cabaña. Alguien los estaba viendo. Pudo distinguir que era un Terrícola con la luz de la chimenea que ya casi se extinguía. Podía distinguir el cabello largo y las ropas abultadas. Ninguno de los colonos se vestía así. No se movían así. El terror y la adrenalina le recorrieron el cuerpo, le inundaron las venas y echaron a andar su cerebro. Escuchó gritos a la distancia pero le tomó un momento darse cuenta de que el sonido provenía de su propia boca.

Luke saltó y buscó la pistola que se había llevado del campamento. Sin camisa y descalzo, abrió la puerta de la cabaña y salió corriendo a la oscuridad.

—¡Luke, no! —gritó Glass con una nota de desesperación en la voz—. ¡No vayas!

Pero él ya había desaparecido de su vista. Ella sintió que el pánico le comprimía el pecho y amenazaba con hacerla desplomarse pero continuó caminando detrás de Luke, dando bocanadas de aire al intentar llamarlo.

Glass corrió al exterior de la cabaña y buscó a ciegas en la oscuridad hasta que sus ojos se acostumbraron. La invadió el alivio cuando vio a Luke a unos metros de distancia, dándole la espalda. Tenía la pistola apuntando hacia arriba, hacia el cielo. Frente a él, en un semicírculo, había tres hombres y una mujer. Estaban vestidos de manera similar a Sasha, con una combinación de pieles de animales y lana, pero ahí terminaban las similitudes. Sus rostros eran como máscaras crueles y sus ojos brillaban con malicia cuando intercambiaban miradas gozosas.

Luke y los Terrícolas esperaban en silencio a que el otro actuara primero. Los Terrícolas tenían los brazos levantados, las lanzas a la altura del hombro, listos para atacar. Parecían estar esperando alguna especie de señal. Pero antes de que él pudiera detenerla, Glass corrió hacia Luke. Él la abrazó y la

empujó detrás de él. Ella podía sentir todos los músculos del cuerpo de Luke tensarse en preparación para la pelea.

Ella se asomó detrás de él y les gritó a los Terrícolas.

—Por favor —dijo con la voz quebrada—. No queremos lastimar a nadie. Somos amigos de Sasha. Por favor no nos lastimen.

—Ah, ¿son amigos de Sasha? —dijo uno de los hombres con voz burlona y brusca—. Bueno, pues en ese caso los mataremos de inmediato en vez de dejarlos medio muertos para que se los coman los animales. Sería lo más cortés.

Luke intentó empujarla más hacia atrás. Hubo una pausa larga y aterradora mientras ambos lados esperaban a que el otro actuara. Finalmente, uno de los Terrícolas, el hombre que había visto por la ventana, dio un paso al frente con ademán amenazante.

—Intentamos advertirles a sus amigos. Tuvimos compasión y sólo matamos a uno. Sin embargo, en vez de darse cuenta de que no son bienvenidos aquí, trajeron a *más* de su gente. Ya es suficiente —espetó.

—Así no fue como sucedió —gritó Glass—. No sabíamos... no teníamos manera de comunicarnos con ellos. Pero ya no vendrán más, lo prometo.

Se le quebró la voz por el miedo y porque se dio cuenta de que tristemente eso era verdad. Los que no habían logrado subirse a una cápsula ya estaban perdidos para siempre.

La Terrícola se burló de Glass.

—¿Lo *prometes*? —rió con un resoplido—. Nosotros aprendimos por las malas lo que pasa cuando confiamos en los fuereños.

La mujer asintió al hombre quien levantó el brazo y apuntó la lanza directamente al corazón de Luke e hizo el brazo hacia atrás.

—¡No se muevan! —gritó Luke—. Por favor. No quiero lastimarlos pero tengo una pistola. No me obliguen a usarla.

El hombre se detuvo un instante, como si estuviera considerando las palabras de Luke, pero sólo por un momento. Luego dio otro paso cauteloso al frente.

Glass escuchó el tronido fuerte de la bala. Se escuchó el eco entre los troncos de los árboles y luego les rebotó de regreso. Luke había disparado al aire y apuntó la pistola en dirección opuesta a los Terrícolas, pero había sido suficiente para asustarlos. Saltaron y se dispersaron para desaparecer en la oscuridad.

Glass sintió tanto alivio al verlos alejarse que al principio no se dio cuenta

de lo que había sucedido. Hubo unos movimientos justo en el momento que Luke disparó el arma. ¿Alguien les había lanzado algo? Volteó a ver a Luke y la sangre se le congeló en las venas. Él la miraba con los ojos muy abiertos y sobresaltados. Tenía la boca abierta pero no emitía ningún sonido. Ella recorrió el cuerpo de Luke con la mirada, siguió sus brazos hasta llegar a las manos que sostenían su pierna con fuerza. Le brotaba sangre entre los dedos. Había una lanza de madera cerca de su pie.

—¡Luke! —gritó—. ¡Luke... no!

Luke cayó de rodillas. Glass corrió hacia él y se lanzó al piso a su lado.

—¡Luke! —lo tomó del brazo como si intentara mantenerlo a su lado, evitar que se alejara a algún sitio donde ella no lo pudiera seguir.

—Estarás bien —dijo y se obligó a alejar el pánico de su voz. Luke necesitaba que ella se mantuviera tranquila y pensara en una solución—. Vamos adentro.

Glass miró hacia abajo y palideció. Incluso bajo la pálida luz de la luna podía ver que el pasto alrededor de la pierna de Luke se teñía de color rojo oscuro. Se colocó bajo el brazo de Luke e intentó levantarse pero se detuvo cuando él gritó de dolor.

—Sólo ayúdame a levantarme —gruñó Luke entre dientes—. Veremos qué hacer cuando estemos dentro.

Le puso el brazo a Glass en los hombros y se sostuvo sobre una pierna. Ella intentó mantener la respiración tranquila, intentó olvidar el hecho de que estaban a dos días de caminata de cualquier ayuda médica. ¿Cómo habían sido tan irresponsables para irse solos?

—No te preocupes —dijo Luke que hacía muecas de dolor con cada salto torpe. Se dio la vuelta para buscar entre los árboles oscuros para ver si había señales de los terrícolas—. No es tan grave.

Pero ni siquiera Luke podía mantener el miedo fuera de su voz. Ambos sabían que estaba mintiendo. Y ambos sabían lo que sucedería si no mejoraba. Glass estaría completamente sola.

CAPÍTULO 18

CLARKE

El ánimo en el campamento de los Terrícolas había cambiado dramáticamente. Cuando se puso el sol, también se apagó la emoción febril que había recorrido rápidamente la sangre de todos durante la confrontación con los hombres de Rhodes. Seguían convencidos de proteger a Bellamy (el encuentro les había dejado claro lo peligroso que sería ceder ante los colonos) pero sus expresiones se habían tornado graves, sus voces apagadas y urgentes mientras llevaban a los niños a sus casas y atrancaban las puertas.

Clarke estaba sentada fuera de la cabaña apresurándose a reparar las suturas que Bellamy se había roto al escapar.

—Quítate la camisa —dijo cuando se sentaron en un poco de césped que quedaba alejado de las sombras que se alargaban.

Bellamy la vio sorprendido y volteó de un lado a otro para ver si había gente en el camino.

—¿Qué? ¿Aquí?

—Sí, aquí. En la cabaña está demasiado oscuro —él titubeó y Clarke arqueó la ceja—. ¿Desde cuándo se le tiene que pedir dos veces a Bellamy Blake que se quite la camisa?

—Vamos, Clarke. De por sí ya piensan que soy un fugitivo loco que va a encargarse de que los maten a todos. ¿Tengo que ser además un fugitivo loco y sin camisa?

—Sí, a menos de que quieras que te vean como un fugitivo loco *muerto*. Necesito arreglar esa sutura.

Él suspiró dramáticamente y, con su brazo sano, tiró de la camisa para sacársela por la cabeza.

—Gracias —dijo Clarke e intentó ocultar su sonrisa.

Como paciente, Bellamy era muy similar a algunos de los niños pequeños

que solía tratar en el centro médico de la nave. Pero esa era una de las cosas que amaba de él. Podía ser un guerrero cazador de ciervos y lanzador de flechas un momento y un niño divertido chapoteando en el río el siguiente. Admiraba la manera en que se entregaba a cualquier rol, viviendo cada momento al máximo. Esas últimas semanas en la Tierra habían sido agotadoras y aterradoras, pero también completamente mágicas al ir aprendiendo a ver el planeta salvaje a través del punto de vista inesperadamente romántico de Bellamy. A diferencia de la mayoría de los cien, que siempre habían elegido chismear en la fogata en lugar de explorar el bosque, Bellamy parecía preferir la compañía de los árboles a la de la gente. Clarke amaba caminar con él en el bosque y ver cómo se deshacía de su actitud hosca y miraba maravillado a su alrededor.

Hizo que Bellamy se recostara mientras ella ensartaba la aguja que acababa de esterilizar en el fuego.

—¿Quieres que vea si hay analgésicos? —preguntó Clarke y le puso la mano a Bellamy en el brazo.

Él cerró los ojos y negó con la cabeza.

—No. Ya provoqué suficientes problemas. No me voy a tomar sus medicamentos.

Clarke apretó los labios pero no le discutió. Sabía que no tenía caso contradecir a Bellamy cuando estaba de necio. Lo sostuvo con más fuerza del brazo, para mantenerlo quieto y para prepararse.

—Bueno. Respira profundamente.

Metió la aguja en su piel y se obligó a no moverse al sentir que Bellamy se encogía y gemía. Lo mejor que podía hacer era trabajar rápidamente y con precisión para que el procedimiento fuera lo más corto posible.

—Vas muy bien —le dijo al sacar la aguja y prepararla para la segunda puntada.

—Si no te conociera pensaría que estás disfrutando esto —dijo Bellamy entre dientes.

—¿Está todo bien por allá? —se escuchó una voz.

Clarke no volteó pero pudo escuchar a Max, Wells y posiblemente Sasha que se acercaban a ellos.

—Súper —dijo Bellamy antes de que ella pudiera responder—. Sólo estoy dándole gusto al lado sádico de Clarke. Lo de siempre —volvió a gemir—. La dejo que me haga esto todas las noches.

—No te muevas —dijo Clarke. Tiró suavemente del hilo y vio con

satisfacción que la piel se cerraba—. No quieres que me equivoque y te suture los labios por accidente.

Pudo escuchar la sonrisa en la voz de Sasha cuando dijo:

—Ustedes son una pareja extraña.

—Lo dice la Terrícola que está saliendo con el chico que cayó del cielo —logró decir Bellamy entre dientes.

Clarke hizo un pequeño nudo y cortó el hilo sobrante.

—Listo.

Le apretó la rodilla a Bellamy para que se incorporara.

Él miró las puntadas y asintió.

—Buen trabajo, doctora —dijo en voz alta para que los demás escucharan. Luego sonrió y la acercó a él—. Gracias —le susurró y la besó en la cabeza. Luego se estiró para recoger su camisa.

—Deberían meterse —dijo Max mirando hacia los árboles que rodeaban el poblado—. No creo que su gente nos vaya a causar problemas esta noche, pero no hay razón para hacerles las cosas más fáciles si es que lo intentan.

Wells se aclaró la garganta.

—Quería hablar contigo sobre eso. Sabemos que es cuestión de tiempo para que los guardias regresen, probablemente con más gente y muchas más armas. Y, por lo que sabemos de Rhodes, no le preocupará demasiado lastimar a inocentes. Considerará como un acto de guerra que tengan aquí a Bellamy —hizo una pausa y miró a Sasha, quien le asintió discretamente—. Creo que sería más seguro que todos regresaran al interior. Bajo Tierra... en Mount Weather.

Max se le quedó viendo.

—Bajo Tierra —repitió con amargura. Retorcó la boca de la misma manera que lo hacía Rhodes al decir la palabra *hermana*.

—Es una fortaleza, ¿no? —dijo Clarke—. Si pudo mantener fuera cien kilotonnes de radiación, seguramente podrá mantener fuera unos cuantos guardias.

Max miró a Sasha de una manera que Clarke no logró descifrar del todo, pero fue suficiente para hacerla morderse el labio nerviosamente. Cuando habló, su voz se escuchaba tensa.

—Conocemos bien las capacidades de Mount Weather. Nuestra gente vivió ahí por siglos, generaciones enteras enterradas. Vivieron y murieron sin ver jamás el cielo. Cuando finalmente salimos al exterior, prometimos no regresar bajo Tierra. Nunca dejaríamos que nada ni nadie nos obligara a

regresar a escondernos.

Siendo alguien que había crecido en una estación espacial y que todavía se emocionaba de su primera bocanada de aire fresco cada mañana, Clarke podía entender a Max. Pero si la decisión era vivir bajo Tierra o morir en el exterior, entonces la decisión era clara.

—Rhodes no se detendrá hasta conseguir lo que quiere —dijo—. Y no le importará cuánta gente tenga que matar para hacerlo.

El rostro de Max se endureció.

—Antes hemos ahuyentado a atacantes —dijo—. Sabemos cómo defendernos.

—No contra gente como ésta —dijo Wells—. Son soldados entrenados, un ejército en pequeño. Sé que los otros Terrícolas son peligrosos pero no se pueden comparar con los hombres de Rhodes.

Max se quedó en silencio y, aunque su expresión siguió siendo severa, Clarke podía notar que estaba tomando las palabras de Wells en consideración.

Sasha fue la primera en hablar.

—Papá, debemos hacerle caso a Wells. Sabe de lo que habla. Yo tampoco tengo ganas de volver bajo Tierra pero, en este caso, creo que es lo correcto.

Max la miró un poco sorprendido y luego algo cambió en su rostro, como si estuviera viendo a su hija bajo una nueva luz, aceptando que había pasado de ser una chica a ser su confidente. A Clarke le latía el corazón con dolor al pensar en su propio padre y las largas horas que pasaron discutiendo sobre la educación médica de Clarke o sobre sus propias investigaciones. En el año previo a su arresto, la había empezado a tratar como una colega en la cual confiaba, una amiga. ¿Algún día tendría la oportunidad de contarle sobre todas sus aventuras en la Tierra? ¿Algún día podría compartir las preguntas que había estado guardando especialmente para él?

Al fin, Max asintió.

—De acuerdo. Haremos esto tranquilamente. Y necesitamos enfatizarle a nuestra gente que esto es sólo una precaución. Enviaremos la señal y haremos que todos empiecen a movilizarse de inmediato. Wells, ven conmigo. Puedes darnos información sobre Rhodes y su estrategia mientras evacuamos.

Después de hablar con algunos de sus consejeros, Max decidió que todos se fueran a Mount Weather esa misma noche. Envío a unos ingenieros a que se aseguraran de que la fortaleza estuviera preparada para el ingreso de gente y pasó el resto de la noche yendo de casa en casa para explicar la situación.

Para la medianoche, todos los miembros de la comunidad estaban reunidos en la base de la montaña, listos para pasar la noche en sus profundidades por primera vez en décadas. La mayoría de la gente llevaba comida y ropa. Los niños llevaban sus juguetes favoritos.

Max se paró junto a la gran puerta de metal construida en el lado de la colina, que estaba abierta para permitir que la gente ingresara. Bellamy y Clarke permanecieron atrás hasta que casi todos habían entrado, al igual que Wells que estaba montando guardia con Sasha.

—¿Puedo hacer algo? —le preguntó Clarke a Max cuando se acercaron a la entrada.

—Sólo asegúrate de que todos estén instalados. Hay más que suficientes habitaciones, pero algunas no son fáciles de encontrar. Si ves a alguien perdido, diles que me esperen. Bajaré en unos minutos.

Clarke asintió, tomó a Bellamy de la mano, y lo llevó hacia el interior. Bajaron el primer tramo de las escaleras angostas y empinadas que parecían descender al centro de la Tierra. Ambos habían visto ya Mount Weather antes, pero eso había sido cuando creían que los Terrícolas eran sus enemigos, así que no habían pasado demasiado tiempo admirando las instalaciones increíbles. No era una cueva oscura, era un búnker sofisticado que habían construido los mejores ingenieros de Estados Unidos para que sobreviviera al Cataclismo.

Clarke y Bellamy caminaron por el primer corredor residencial, un pasillo bien iluminado con habitaciones a ambos lados. Al fondo, una mujer sostenía las manos de dos niñas que se veían asustadas.

—¿Necesitan ayuda? —preguntó Clarke.

—Todas estas habitaciones ya están tomadas —dijo la mujer con un dejo de ansiedad en la voz.

—No te preocupes. Hay otra sección en el siguiente nivel —dijo Clarke—. Si esperas aquí, puedo adelantarme para buscarla.

—Mi muñeca está cansada —dijo una de las niñas y le mostró a Clarke un juguete de madera—. Tiene que irse a dormir.

—No me tardaré. ¿Sabes qué puedes hacer mientras? Puedes contarle a mi amigo sobre tu muñeca.

—¿Qué? —preguntó Bellamy y la miró—. Yo voy a ir contigo.

—Tú no puedes agotarte demasiado. Órdenes de la doctora.

Bellamy puso los ojos en blanco, luego suspiró y miró a la niña.

—Entonces —lo escuchó Clarke decir cuando se empezaba a alejar—,

¿cómo le gusta cazar a tu muñeca? ¿Prefiere las lanzas o los arcos y las flechas?

Clarke sonrió y se imaginó la cara de confusión de la niña. Luego bajó por otro tramo de escaleras y dio vuelta en la dirección que supuso llevaría a las recámaras, pero la distribución de ese piso era distinta al de arriba. Regresó por donde había llegado e intentó ir hacia el otro lado pero terminó más confundida.

Los corredores se veían distintos en esa ala. Tenía menos puertas y el lugar parecía ser más utilitario, como si lo hubieran construido para tener ahí su equipo o provisiones. Tal como sospechaba, la primera puerta a la que se acercó tenía un letrero que decía OPERACIONES DE LA PLANTA FÍSICA: SÓLO PERSONAL AUTORIZADO. Como cualquier persona con autorización para abrir esa puerta llevaba al menos unos doscientos años de haber muerto, pensó que no habría problema si se asomaba. Movié la manilla de la puerta. Estaba cerrada con llave.

Clarke avanzó a la siguiente puerta, al lado opuesto del pasillo. RADIOCOMUNICACIONES: SÓLO PERSONAL AUTORIZADO decía el letrero. Clarke se quedó petrificada. ¿Radio? No lo había pensado antes, pero por supuesto la gente habría querido tener una manera de comunicarse si estaban encerrados dentro de Mount Weather... ¿Pero con quién se podrían comunicar? Si no estaban usando esta habitación, entonces podían asumir que no quedaba nadie más a quien llamar. A menos que... ¿Existirían otros búnkeres? ¿Otras versiones de Mount Weather?

Clarke se quedó mirando la puerta un largo rato y percibió un recuerdo que se removía en el fondo de su mente. No podía identificarlo bien, pero algo de esa puerta, ese letrero, esas palabras, le parecía conocido. Intentó abrir la puerta pero también estaba cerrada con llave.

—¿Clarke? ¿Encontraste más habitaciones? —escuchó la voz de Bellamy lejos pero con un poco de preocupación—. ¿Clarke?

—Aquí estoy —dijo y se dio la vuelta para regresar rápidamente por el pasillo en dirección de su voz.

Terminaron de ayudar a todos a instalarse y luego fueron con Max, Wells y Sasha para hacer un inventario de las provisiones. De camino a la vieja cafetería, Max les explicó que su gente había mantenido funcionando Mount Weather todo ese tiempo en caso de una emergencia como la que enfrentaban.

—Entonces conocen bien el lugar —dijo Clarke.

—Yo, de hecho, nací aquí —respondió Max para su sorpresa. Fui el último bebé de Mount Weather. Unos meses después de nacer, quedó claro que los niveles de radiación al fin eran seguros y todos regresamos a la superficie. De cualquier manera, pasé mucho tiempo acá abajo. Era mi sitio favorito para explorar porque los adultos casi nunca entraban.

—Me lo imagino. Entonces, hablando de explorar —dijo Clarke con cuidado intentando no parecer entrometida—. Encontré una habitación con un radio. ¿Sabes para qué lo usarían?

—Principalmente para jugar con él, si te soy honesto —dijo Max encogiéndose de hombros—. Cada generación ha tenido un sistema para enviar señales con cierta regularidad. Pero nadie, ni una sola vez, ha recibido una respuesta. Por lo que sabemos, simplemente no había nadie que respondiera.

Clarke sintió una oleada inesperada de decepción pero luego le surgió otra pregunta de su mar de pensamientos confusos.

—¿Los científicos que llegaron en la primera cápsula lo usaron?

Max la miró perplejo, como si estuviera intentando descifrar hacia dónde iba ella con esas preguntas.

—De hecho, sí. Al menos lo intentaron. Hicieron muchas preguntas sobre el radio e incluso los dejé entrar para probarlo pero les dije lo mismo que te acabo de decir...

Clarke lo interrumpió.

—¿Tienes la llave?

—Sí, tengo la llave. ¿Quieres entrar?

—Sí, por favor. Me encantaría, de hecho.

Bellamy miró a Clarke inquisitivamente pero ella apartó la mirada y dejó que su mente se alejara en busca de un recuerdo que no estaba segura de que fuera suyo para empezar.

Clarke se obligó a inhalar, del mismo modo que tenía que hacer antes de ayudar al doctor Lahiri con un procedimiento quirúrgico complicado. Pero en esa ocasión no usaría el bisturí para exponer la válvula tricúspide, estaba preparándose para entrar al Intercambio.

Clarke odiaba el gran salón que siempre estaba lleno de gente, sin importar la hora. Odiaba regatear para conseguir un buen precio y en verdad detestaba tener que conversar con los vendedores, fingiendo que le importaba

que una blusa tuviera diez o quince por ciento de fibras de la Tierra. Pero era cumpleaños de Wells al día siguiente y Clarke estaba desesperada por conseguir el regalo perfecto.

Sin embargo, justo cuando se armó de valor para entrar, vio venir a Glass y Cora. Clarke se escondió tras una esquina. No podía elegir un regalo para Wells si ellas la estaban viendo y comentando en voz alta sobre sus decisiones como si ella no pudiera oírlas. Tendría que regresar después. Ellas estaban buscando entre trozos de tela con el mismo cuidado que Clarke reservaba para las muestras de tejido en el laboratorio.

—No se pierde nada con buscar —se escuchó la voz de un hombre en el pasillo que hizo que Clarke se detuviera en seco.

—David, sabes que no habrá nada ni remotamente similar a lo que necesitamos en el Intercambio. Toda esa tecnología desapareció hace *años*. Podríamos buscar en el mercado negro en Walden, si consideras que vale la pena arriesgarse.

Clarke contuvo el aliento y se asomó al otro lado de la esquina. Eran sus *padres*. La madre de Clarke no había ido al Intercambio en años y la joven no podía recordar que su padre hubiera ido alguna vez. ¿Qué demonios estaban haciendo ahí al medio día, cuando se suponía que debían estar en sus respectivos laboratorios?

—El radio funciona —decía su padre—. Sólo necesitamos buscar una manera de amplificar la señal. Será sencillo, de verdad. Sólo necesitamos unas cuantas piezas de equipo.

—Todo eso está muy bien, pero no hay nadie del otro lado para escucharnos.

—Si alguien logró llegar a Mount Weather, o a otro de los búnkeres de la cdc, entonces tendrán acceso a un radio. Necesitamos estar seguros...

—¿Sabes lo loco que sueñas? —dijo su madre en voz baja—. Las probabilidades de que funcione son infinitesimalmente bajas.

—¿Pero qué tal si no estoy loco? ¿Qué tal si hay personas allá abajo intentando ponerse en contacto con nosotros? —guardó silencio un momento—. ¿No quieres que les avisemos que no están solos?

Había que reconocer que Bellamy, Wells y Sasha no se sorprendieron cuando Clarke les contó sobre sus padres y cómo pensaba ella que podrían haber sabido sobre el radio en Mount Weather. Era una idea improbable, pero no

más improbable que el descubrimiento de que Bellamy y Wells eran hermanos, o que la noticia de que los padres de Clarke habían estado en la Tierra todo el tiempo que ella pasó lamentando sus muertes.

Max abrió el cerrojo con un sonido fuerte. La puerta rechinó al abrirse y girar sobre las bisagras viejas. Max se apartó y extendió el brazo para indicarle a Clarke que entrara. Ella dio un paso titubeante al interior. Era un espacio pequeño; no cabían más de tres o cuatro personas cómodamente, y una pared completa estaba cubierta con bocinas, interruptores y botones. Las otras tres paredes tenían varios letreros con instrucciones. Los ojos de Clarke se posaron en un cartel que mostraba varias banderas junto a series de números. Las etiquetas decían:

PARLIAMENT HILL, OTTAWA
CENTRO PARA EL CONTROL Y LA PREVENCIÓN DE
ENFERMEDADES
10 DOWNING STREET, LONDRES
PALACIO NACIONAL, CIUDAD DE MÉXICO
CIA
MI6
KANTEI, TOKIO
KREMLIN, MOSCÚ

—¿Cuándo fue la última vez que intentaron enviar una señal? —preguntó Clarke.

—Hace como un mes —respondió Max—. Nos tocaba volver a intentar en un par de semanas. Pero para ser honestos, lo hacemos sólo como mantenimiento de rutina, principalmente para asegurarnos de que el equipo sigue funcionando. Nunca se ha escuchado nada, Clarke.

—Lo sé. Pero eso no significa que mis padres no tuvieran razón. Tal vez estar aquí y usar el mismo equipo que usaron ellos me ayude a deducir dónde fueron.

—Bueno —asintió Max—. Te dejaré para que trabajes, entonces. Buena suerte.

Clarke se acercó a los controles. Las manos le temblaban. A su derecha había una torre de equipo que dominaba toda la habitación. Le salían cables y alambres de todos los colores, anchos como tentáculos. Clarke pasó las manos por la maquinaria, demasiado temerosa de presionar cualquier interruptor. Estudió las señales, las combinaciones de letras y números que nunca había visto antes: kHz, km, GHZ, μm .

Había un interruptor que parecía ser bastante claro. Decía: ENCENDIDO/APAGADO. Clarke respiró profundamente y lo escuchó hacer un sonido fuerte cuando lo encendió. Contuvo el aliento mientras todo el aparato se encendía como si lo hubieran revivido. Las luces empezaron a centellear. Su interior pareció girar y moverse. Se escucharon clics y crujidos que provenían de sus profundidades. Luego, un silbido grave y suave llenó la habitación y empezó a hacerse más fuerte y más constante. Era fascinante, el sonido de posible vida allá afuera, en alguna parte. Clarke podía entender por qué sus padres irían ahí. Habrían querido ver todo eso con sus propios ojos, escuchar la vastedad del planeta con sus propios oídos. Escuchar el sonido de la esperanza.

Vio un pequeño cajón debajo de la consola. Lo abrió y, para su sorpresa, encontró un pequeño libro. Era un manual. Las hojas crujieron cuando lo abrió y recorrió las instrucciones con un dedo.

Podría haber pasado toda la noche en la cabina de radio. No tenía idea de cuánto tiempo pasó presionando botones, moviendo perillas un milímetro o dos en una dirección o la otra. Y cada vez que hacía el más mínimo ajuste, el sonido cambiaba, apenas perceptiblemente. Casi no se podía discernir, pero Clarke lo escuchaba. Era como la diferencia sutil entre el acento de un nativo de Fénix y uno de Walden. Y, en cada momento, sintió algo que no se atrevía a soñar volver a sentir: la presencia de sus padres. Ellos habían escuchado ese mismo sonido interminable. Habían ajustado y sondeado en sus profundidades en busca de una pista de vida fuera de Mount Weather. Sólo debía pasar suficiente tiempo ahí hasta descubrir lo que ellos habían descubierto y dónde los había conducido.

Para cuando llegó Bellamy a ver cómo estaba, Clarke estaba prácticamente embriagada de emoción.

—¿Cómo...?

Antes de poder terminar su pregunta, ella ya había corrido hacia él para abrazarlo, lo cual lo hizo reír y gemir al mismo tiempo y la abrazó con el brazo sano.

—Perdón —dijo ella ruborizándose—. Qué clase de doctora, ¿verdad? ¿Estás bien?

Él sonrió.

—Estoy bien. Entonces, ¿qué escuchaste en esa cosa que estás tan emocionada? —preguntó e hizo un ademán en dirección al equipo de radio.

—Nada, sólo vacío —dijo Clarke con una gran sonrisa—. ¡Es increíble!

Bellamy frunció el ceño con confusión exagerada.

—Eh... ya sé que no soy científico ni nada similar pero, ¿cómo es eso increíble?

Ella le dio una palmada en el brazo sano.

—El hecho de que siquiera funcione significa que tengo al fin una pista. Mis padres pensaban que era posible que hubiera más gente allá afuera — hizo un movimiento con la mano hacia el techo, hacia el mundo que estaba sobre ellos— en alguna parte. Y tal vez este radio les dijo dónde ir. Sólo tengo que averiguar qué descubrieron. ¡Al menos me da un sitio dónde empezar!

—Guau —dijo Bellamy con una gran sonrisa—. Clarke, es increíble.

Pero después su sonrisa se desvaneció y una sombra de preocupación le oscureció el rostro.

—¿Qué pasa?

Él negó con la cabeza.

—No quiero arruinarte el gusto —dijo con tono de disculpa—, y de verdad me da mucha alegría que hayas encontrado una pista. Pero eso no cambia lo peligroso que son las cosas allá afuera. Al menos por el momento.

Ella lo tomó de la mano y entrelazó sus dedos con los de él.

—Lo sé. Pero eso no me va a detener.

—Entonces iré contigo.

Clarke sonrió.

—Esperaba que me dijeras eso.

Se puso de puntitas para besarlo.

—De hecho, deberíamos irnos pronto. Mañana. Ahora mismo.

Clarke retrocedió un paso para verlo.

—Bellamy, ¿de qué hablas? No podemos irnos *ahora*. No después de que todo el pueblo se mudó al interior de una montaña para mantenerte a salvo.

—Ese es el punto. No deberían tener que hacerlo. Ninguna persona es tan valiosa que valga la pena arriesgar toda una sociedad y *definitivamente* yo no lo soy.

—Ya hablamos de esto —le dijo Clarke y le apretó la mano—. Es más que...

—Clarke, sólo escúchame, por favor —suspiró Bellamy—. No sé cómo explicártelo. Es que... no mucha gente me ha querido. Y me da la impresión de que cada vez que alguien me quiere termina lastimado. Mi madre, Lilly, Octavia... —su voz se fue apagando.

A Clarke le dolía el corazón por ese niño que no había tenido nadie que lo cuidara, que había crecido demasiado rápido.

—¿Crees que si ellos hubieran sabido eso con anticipación, te habrían querido menos? —preguntó Clarke mirándolo a los ojos.

—Es que... Es que odio ser el motivo por el cual la gente siempre está en peligro. No podría vivir conmigo mismo si algo te pasara —le acarició la mejilla con un dedo y esbozó una sonrisa triste—. No soy como tú. No sé cómo coserte para arreglarte.

—¿Es en serio? Yo era un desastre cuando llegué aquí, después de todo lo que le había sucedido a mis padres. Wells, Lilly... y luego a Thalia. Estaba destrozada y tú me volviste a armar.

—No estabas destrozada —dijo Bellamy con la voz suave como una caricia—. Eras la chica más fuerte y hermosa que había visto jamás. Todavía no sé qué hice para merecerte.

—¿Qué debo hacer para convencerte de que yo soy la que tuvo suerte?

Lo besó con más fuerza que antes y permitió que sus labios transmitieran todo lo que no tenía palabras para expresar.

Bellamy se apartó un poco y luego le puso la mano en la cintura y sonrió.

—Creo que tal vez vas por el camino correcto. Aunque me gustaría un *poco* más de convencimiento.

La acercó a él y luego dio un paso atrás para recargarse contra la pared. Se rio un poco cuando ella tomó su camisa con una mano y empezó a tirar de él hacia el piso.

CAPÍTULO 19

WELLS

Wells no durmió en toda la noche. Dio vueltas durante horas en el colchón duro. El lugar no estaba tan mal para ser un búnker bajo Tierra, y definitivamente era mejor que dormir en el suelo en el campamento, pero su mente no lograba detenerse y podía sentir todas las protuberancias y arrugas bajo su cuerpo. Su mente agitada, una Tierra de nadie esperando ser conquistada por el pensamiento más aterrador, no paraba de mostrarle dos imágenes inquietantes. La primera era la imagen del cuerpo inmóvil y frío de Bellamy, solo en el bosque. El musgo a su alrededor estaba manchado de su sangre. La segunda no era mejor: docenas de Terrícolas tirados entre los pastos y en las entradas de sus casas, muchos de ellos niños, masacrados a manos de Rhodes y sus hombres.

Debió haberse quedado dormido en algún momento porque, cuando abrió los ojos, tenía la cabeza en el vientre de Sasha y ella le estaba pasando los dedos por el cabello.

—¿Estás bien? —le preguntó suavemente—. Tenías una pesadilla.

—Sí... estoy bien —respondió él aunque no era ni remotamente cierto.

Wells no podía soportar la idea de entregar a su amigo y hermano, Bellamy. Preferiría morir él que entregárselo a un hombre como Rhodes. Pero tampoco podía aceptar el terrible riesgo que habían asumido los Terrícolas al proteger a Bellamy. Al igual que con tantas decisiones que había visto debatirse en el rostro de su padre, Wells sabía que no había una respuesta sencilla.

Sasha suspiró largamente pero no dijo nada. No tenía que decirlo. Wells amaba que podían entenderse sin tener que cruzar palabra.

—Todo terminará pronto —dijo ella mientras seguía jugando distraída con su cabello—. Ahuyentaremos a Rhodes y decidirá que Bellamy no vale la

pena tanta molestia. Y entonces todo volverá a la normalidad.

Wells se enderezó para recargarse contra la cabecera de la cama, al lado de Sasha.

—¿Y qué quiere decir exactamente “normal” para nosotros? —preguntó con una sonrisa un poco avergonzada—. Hasta hace poco, tú estabas encerrada en nuestro campamento como prisionera.

Los cien habían capturado a Sasha mientras husmeaba cerca del claro en los días que Octavia no aparecía y pensaron que era una espía de sus enemigos.

—Supongo que significa que elegiremos una nueva normalidad. Te quedarás aquí, nos enseñarás todas esas cosas inútiles que aprendiste en el espacio y nosotros te enseñaremos a no morir.

—Oye —dijo Wells fingiendo ofensa—. Nos las arreglamos bastante bien sin morir antes de que tú llegaras.

—Está bien, Señor Sabelotodo. En ese caso, tal vez sea tiempo de saldar cuentas y convertirte en *mi* prisionero.

Le pasó una pierna por encima de manera que quedó de frente a él y luego le puso las manos en el pecho.

—Con todo gusto pasaría el resto de mi vida como tu prisionero si esto es lo que implica.

Ella sonrió y le dio un golpe en broma en el hombro.

—Es en serio. Te quedarás con nosotros, ¿verdad?

Wells lo consideró. Había estado tan concentrado en los retos inmediatos —rescatar a Bellamy y luego mantener alejado a Rhodes— que no se había detenido a pensar qué sucedería después. No podría regresar al campamento. Eso quedaba claro. No quería volver a ver a Rhodes jamás aunque eso implicara abandonar todo el trabajo que había realizado para construir el campamento. Pero, ¿podía quedarse con los Terrícolas para siempre? ¿Qué haría? ¿Cómo sería de utilidad? Sin embargo, cuando miró a Sasha a los ojos, supo que no iría a ninguna parte. Quería que su rostro fuera lo primero que viera cada mañana y lo último que viera cada noche al quedarse dormido. Su cerebro empezó a inundarse de nuevas imágenes, ideas que nunca consideró antes pero que de cierta forma tenían sentido cuando veía a Sasha. Tal vez algún día tendrían su propia cabaña en el poblado de los Terrícolas. Esa noción hacía que sintiera una añoranza feroz que nunca había sentido antes. *Ésta* era la vida que quería. *Esto* era por lo que estaba luchando.

—Sí —dijo Wells y extendió la mano para acariciarle la mejilla—. Me

quedaré —luego, temeroso de que ella hubiera percibido la visión que había tenido en su mente, sonrió y bromeó—: tu prisionero no irá a ninguna parte.

—Bien —dijo ella sonriendo. Rodó a uno de los lados de la cama y se bajó—. Entonces no tendrás objeción de esperarme aquí un momento.

Wells la miró ponerse los zapatos.

—¿Dónde vas?

—Resulta que no hay tanta comida acá abajo como pensábamos. Iré rápidamente al pueblo a tomar algunas cosas de la bodega.

—Te acompaño —dijo él y bajó las piernas de la cama.

—Por supuesto que no. Si cualquiera de los colonos te ve allá afuera te van a poder seguir fácilmente y los conducirás directo a Bellamy. Además —lo tomó de las espinillas y subió sus piernas nuevamente a la cama—, deberías intentar dormir un poco. Necesitamos que nuestro general esté muy alerta mañana.

—¿De qué hablas? *Tú* eres el cerebro detrás de esta operación. Pero no irás sola, ¿verdad?

—Será más rápido y más seguro si voy sola. Lo sabes —le sonrió y le besó la mejilla—. No tardo.

Wells pasó la mañana examinando armamento polvoso que habían conservado en la bodega de Mount Weather. Los Terrícolas sólo tenían unas cuantas armas entre todos y ya se las habían repartido a los más hábiles, pero mientras más gente tuviera armamento, mejor. La mayor parte de los cuchillos estaban demasiado desafilados para servir de algo, pero algunas cosas sí valían la pena y se las darían a los Terrícolas cuando llegara el momento.

A la hora del almuerzo, dejó que su cuerpo adolorido descansara en una banca dura y masticó lentamente su ración pequeña de carne seca fibrosa. ¿Dónde estaba Sasha? La buscó en la cafetería y esperaba encontrar su cabello negro y sus ojos brillantes en todas partes. No estaba ahí.

Clarke y Bellamy estaban sentados juntos en el extremo de la mesa.

—Oigan—les dijo Wells—. ¿Han visto a Sasha?

Ambos negaron con la cabeza e intercambiaron una mirada confundida.

—¿Dónde fue? —preguntó Clarke y empezó a ponerse de pie—. Iré a buscarla.

—No te preocupes —dijo Wells rápidamente.

Se puso de pie y se apresuró a la siguiente mesa, donde Max estaba estudiando algo que parecían unos planos. En cualquier otro momento, lo habría emocionado ver un artefacto así en persona pero, en ese instante, sólo tenía lugar para un pensamiento en su cabeza.

—Disculpa, ¿Max? ¿Ya regresó Sasha?

Max levantó la cabeza de golpe.

—¿Regresó de dónde?

Wells abrió la boca para responder y luego la volvió a cerrar porque no estaba seguro de qué decir. Estaba confundido. ¿Max no sabía que Sasha iría por más comida al pueblo? ¿No le había dicho nada antes de irse?

Max se levantó de la silla de un salto con todo el cuerpo tenso.

—Wells, ¿dónde fue?

—Pensé que sabías —respondió Wells con la voz apenas más alta que un suspiro ronco—. Fue... fue de regreso a la superficie. Para traer más comida.

—¿Qué? —dijo Max y dio un puñetazo en la mesa que provocó que varias personas se sobresaltaran. Se dio la vuelta y gritó a todos los que estaban en la habitación—: Sasha salió de Mount Weather. ¿Alguien la vio regresar?

Docenas de ojos se abrieron de par en par y todos los que alcanzaron a escuchar negaron con la cabeza y empezaron a murmurar.

—Maldición —dijo Max entre dientes y luego volteó a ver a Wells—. Debería haber previsto que intentaría solucionar esto ella sola. Íbamos a enviar un grupo esta noche, después de que oscureciera. Pero ella estaba preocupada de que la gente pasara hambre antes.

—Lo siento, Max. No me di cuenta...

—No es tu culpa —dijo Max con voz cortante. Era obvio que quería poner fin a la conversación.

—¿Señor? —gritó un hombre desde la puerta—. Todos los demás están aquí. Debe haber ido sola.

Max palideció y su cara adoptó una expresión que Wells sintió como una flecha al corazón. Pero rápidamente se recuperó y empezó a dar órdenes. Dejó a una mujer llamada Jane al mando mientras él subía a buscar a Sasha. Caminó con pasos decididos hacia la puerta. Las cabezas voltearon a verlo mientras él se abría paso por la cafetería y algunas personas se pusieron de pie para seguirlo.

Justo antes de salir del comedor, Max volteó para decirle a Wells:

—Quédate aquí —le ordenó—. No es seguro allá afuera.

Wells se sentó en una banca, demasiado sorprendido para pensar por un momento. Clarke y Bellamy se acercaron pero él no levantó la vista.

—Vamos a ver qué podemos hacer para ayudar —dijo Clarke.

Wells asintió y ellos se fueron de la habitación.

Después de un momento, Wells levantó la cabeza y se sorprendió de encontrarse solo en el comedor. De pronto, no pudo quedarse quieto un instante más, no mientras fuera posible que Sasha peligrara. Max le había ordenado que se quedara en Mount Weather pero no había forma de que él permaneciera ahí sentado esperando que regresaran los hombres de Max. No le importaba lo que dijeran los demás, iría a buscarla.

Wells corrió por el pasillo vacío. Podía escuchar voces a la vuelta de la esquina y el escándalo de la gente que se estaba armando con arcos, flechas y lanzas. Avanzó a escondidas por otro pasillo y empezó a subir corriendo las escaleras de caracol antes de que lo pudieran ver.

Unos minutos después, ya estaba bajo el sol y parpadeaba para acostumbrarse a la luz. El bosque a su alrededor estaba silencioso, de una manera que no era natural. Estudió los espacios entre los árboles, algo que Sasha le había enseñado a hacer. Sólo alcanzaba a ver más maleza y follaje. Avanzó hacia el poblado lo más silenciosamente que pudo.

El silencio en el pueblo era inquietante. No salía humo de las chimeneas ni corrían los niños por los jardines. Wells se detuvo para asegurarse de que fuera seguro avanzar más. Desde donde estaba, podía observar que lucía exactamente igual a como lo habían dejado los Terrícolas, como si sólo hubieran dejado sus pertenencias y hubieran desaparecido.

Iba a medio camino bajando por la pendiente cuando escuchó un sonido que salía de entre los arbustos a su derecha. Se quedó inmóvil y su corazón latió con fuerza contra sus costillas. El sonido se volvió a escuchar, más fuerte en esa ocasión.

—Ayuda —suplicó una voz temblorosa—. Alguien, por favor.

Una descarga de miedo helado recorrió todo el cuerpo de Wells, mucho peor que todo lo que había sentido durante sus terribles pesadillas.

Era Sasha.

Wells se lanzó hacia la maleza en dirección de su voz.

—¡Sasha! —gritó—. ¡Soy yo! ¡Ya voy!

Wells avanzó bruscamente entre los árboles, se tropezó con las enredaderas y las raíces y se internó más en el follaje.

Ninguna de las imágenes terribles que lo habían turbado toda la noche

podría haberlo preparado para lo que sintió al encontrarla. Estaba recostada de lado en el suelo, en posición fetal y cubierta de sangre.

—¡No! —rugió Wells y el sonido lo desgarró como si fuera un cuchillo.

Se lanzó al suelo a su lado y la tomó de la mano. Tenía el vientre teñido de rojo oscuro. Le levantó la esquina de la blusa y pudo ver una herida profunda en su abdomen.

—Sasha, aquí estoy. Estás segura. Te voy a llevar a casa, ¿está bien?

Ella no respondió. Sus párpados se abrían y cerraban cuando se quedaba inconsciente. Wells la levantó con cuidado. La cabeza de Sasha cayó de lado y rebotaba contra él cuando empezó a correr colina arriba y hacia la entrada de Mount Weather.

Wells se movió lo más rápido que pudo, jadeando y sin hacer caso del dolor punzante que sentía en su costado por el esfuerzo, y sin tomar en cuenta el riesgo de que lo atacaran los hombres de Rhodes que seguramente estaban todavía cerca. *Vengan por mí*, quería gritar Wells. *Vengan e intenten hacer algo para que yo pueda hacerlos trizas.*

A varios metros de distancia escuchó que alguien lo llamaba. Un grupo de Terrícolas apareció entre los árboles a su alrededor. Iban en camino para buscar a Sasha.

—Está viva —les dijo Wells con voz desesperada y angustiada—. Pero tenemos que meterla, pronto.

Los Terrícolas formaron un círculo a su alrededor y corrieron a su lado con las armas levantadas. Se acercaron a la roca que ocultaba la puerta pesada del búnker. Uno de ellos la abrió de golpe y Wells corrió al interior.

Max estaba justo del otro lado de la puerta. Su rostro se iluminó con esperanza cuando vio a Wells al principio y luego se derrumbó cuando su mirada recayó en su hija.

—No —susurró Max y buscó apoyarse en la pared para evitar caer—. No, Sasha —dio unos pasos titubeantes y le sostuvo la cara con ambas manos a su hija—. Sasha, amor...

—Estará bien —dijo Wells—. Pero necesitamos que la vea Clarke.

Una de las Terrícolas se adelantó y Max ayudó a Wells a bajar las escaleras cargando a Sasha. Wells sentía como si se estuviera moviendo en un sueño o viendo desde arriba cómo iba cargando a Sasha por el corredor. Percibía la luz y los sonidos a la distancia, como si estuvieran al final de un túnel largo. No podía estar sucediendo eso. Era una de las pesadillas de Wells. En un instante sentiría a Sasha sonriéndole y su cabello largo lo

despertaría cuando se acercara para susurrarle *buenos días* al oído.

—El viejo hospital está a la vuelta —dijo Max jadeando mientras corrían.

Dieron vuelta en la siguiente esquina y Max abrió la puerta de un empujón para que Wells pudiera entrar rápidamente y colocar a Sasha sobre la mesa de operaciones. Mientras Max corría a encender las luces, Wells la tomó de la mano. La sintió fría. Frenético, le abrió los párpados, algo que había visto hacer a Clarke cientos de veces en las últimas semanas. Los ojos de Sasha se pusieron en blanco. Su respiración era agitada y superficial.

—Sasha —suplicó Wells—. Sasha, por favor. Quédate con nosotros. Sasha, ¿me oyes?

Ella asintió levemente y Wells sintió que algo en el pecho se le quebraba y el alivio lo inundó.

—Oh, gracias a dios.

Max corrió y la tomó de la otra mano.

—Aguanta un poco. Ya viene la ayuda. Sólo aguanta un poco.

—Necesitamos mantenerla consciente —dijo Wells y volteó a ver a la puerta como si sus ojos tuvieran el poder de hacer que Clarke llegara más rápido—. Que siga hablando.

—¿Qué pasó? —preguntó Max y le apartó el cabello de la frente pálida y cubierta de sudor.

Sasha abrió la boca para hablar pero no pudo emitir sonido. Max se acercó y puso el oído cerca de sus labios. Un momento después, miró a Wells.

—Francotiradores —dijo con voz amarga.

Sasha intentó volver a hablar. Esa vez ambos pudieron oírla.

—Estaba en la bodega. No los vi —dijo con voz agitada.

Clarke entró corriendo a la habitación. Su cabello rubio volaba detrás de ella. Un momento después, Bellamy entró corriendo. Clarke se acercó a la mesa de dos pasos, buscó la muñeca de Sasha y le revisó el pulso. No dijo nada, pero Wells pudo leerlo en los ojos de Clarke. Supo que la situación era grave. Clarke le levantó la camisa a Sasha y expuso la herida profunda en su abdomen.

—Le dispararon —dijo Clarke—. Y perdió mucha sangre.

Max apretó los dientes pero no dijo nada. Clarke se dio la vuelta y empezó a abrir cajones para buscar cosas. Sacó un frasco y una jeringa y la llenó rápidamente. Inyectó el líquido transparente en el brazo de Sasha. Todo el cuerpo de la joven se relajó al instante y su respiración se regularizó.

Clarke examinó el abdomen de Sasha con más cuidado. Wells le soltó la mano. Max se quedó al lado en silencio, cabizbajo.

—Ya no está sufriendo —dijo Clarke lentamente y miró a Max y a Wells.

—¿Entonces ahora qué sigue? —preguntó Wells—. ¿Vas a intentar sacar la bala? ¿O la atravesó?

Clarke no dijo nada. Sólo se quedó mirándolo y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Vamos, Clarke —le dijo Wells molesto—. ¿Cuál es el plan? ¿Qué tienes que hacer para curarla?

—Wells... —Clarke se acercó desde el otro lado de la mesa de operaciones y le puso la mano en el brazo—. Perdió mucha sangre. No puedo...

Wells se apartó bruscamente y quitó el brazo.

—Entonces consigue más sangre. Toma la mía —se arremangó la camisa y puso el codo sobre la mesa—. ¿Qué esperas? Ve por una aguja o lo que necesites.

Clarke cerró los ojos y volteó a ver a Max. Cuando habló, lo hizo con voz temblorosa:

—Sin el equipo para mantenerla con vida, Sasha no sobrevivirá más de unos minutos si intento operarla. Creo que sería mejor... de esta manera. Está descansando cómodamente y podrán pasar unos momentos juntos antes de...

Max se quedó mirándola. O viendo a través de ella, en realidad, con los ojos muy abiertos y vacíos, como si su cerebro hubiera dejado de transmitir información para protegerlo del horror que se desarrollaba frente a él. Pero luego su expresión cambió y miró a Clarke a los ojos.

—De acuerdo —dijo con una voz tan baja que Wells pensó que tal vez lo había imaginado.

Se inclinó hacia Sasha, todavía sosteniéndole la mano, y le alisó el cabello hacia atrás.

—Sasha... ¿me oyes? Te amo tanto. Más que cualquier otra cosa.

—Te... amo... —jadeó Sasha con los ojos cerrados—. Lo lamento.

—No tienes nada que lamentar —dijo Max y su voz se quebró cuando intentó contener un sollozo—. Mi niña valiente.

—Wells... —dijo Sasha con voz ronca. Él se acercó rápidamente, le tomó la mano y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Aquí estoy. No iré a ninguna parte.

Se quedaron así y pasaron los minutos. Clarke se quedó cerca, lista en

caso de que Sasha necesitara más analgésicos. Bellamy estaba detrás de ella, abrazándola. Wells se quedó a la derecha de Sasha sosteniéndole la mano y apartándole el cabello de la frente. Max le sostenía la otra mano y se inclinó a susurrarle algo al oído. Las lágrimas corrieron de sus ojos a las mejillas de su hija. La respiración de Sasha se hizo más lenta y luego intermitente. Su cuerpo estaba apagándose y ellos estaban siendo testigos, incapaces de detener el proceso.

Si Wells hubiera podido arrancarse el corazón del pecho para dárselo a ella, no habría titubeado. Ese dolor no podía ser peor que lo que estaba sintiendo. Con cada respiración laboriosa, a Wells se le constreñía el pecho hasta que estuvo seguro de que iba a perder la conciencia. Pero no fue así. Se quedó donde estaba con la mirada fija en Sasha, absorbiendo todo lo que podía de ella, desde sus pestañas largas y temblorosas hasta las pecas que tanto le gustaban. Las pecas que pensó serían parte de su vida para siempre, tan constantes como las estrellas.

Tal vez sólo llevaba unas cuantas semanas de conocerla, pero toda su vida había cambiado en ese periodo. Cuando la conoció él estaba perdido y asustado, fingiendo estar en control pero sintiéndose verdaderamente como un fraude. Ella creyó en él; le ayudó a convertirse en el líder que estaba destinado a ser y sirvió como ejemplo a seguir, mostrándole lo que realmente significaba ser valiente, desinteresado y noble.

—Te amo —le susurró y le besó la frente, los párpados y finalmente los labios. Exhaló y deseó más que nada poder pasarle su propio aliento. Gustoso habría recibido mil balas si eso hubiera salvado a Sasha tan sólo de ese disparo. Si eso hubiera significado que le ahorraría ese dolor a Max. Y Wells sabía que nunca, jamás, se perdonaría a sí mismo ni a los hombres que le habían hecho esto a Sasha.

Sasha exhaló una última vez y dejó de respirar. Clarke se separó de Bellamy y corrió hacia ella para empezar a hacerle resucitación cardiopulmonar mientras Max y Wells la miraban con una agonía silenciosa. Después de los minutos más largos de toda la vida de Wells, Clarke acercó la cabeza al pecho de Sasha, la mantuvo ahí un momento y levantó la mirada con lágrimas corriéndole por la cara.

—No —dijo Wells en un grito ahogado. No pudo mirar a Clarke a los ojos, no pudo mirar a Max. Todo había terminado.

Alguien, tal vez Bellamy, lo abrazó pero Wells apenas lo sintió. Lo único que podía sentir era el peso que le aplastaba el pecho cuando las costillas se

le contrajeron. Y luego todo se puso negro.

CAPÍTULO 20

GLASS

Luke estaba ardiendo en fiebre. Glass podía notarlo sólo de verlo. Tenía los ojos vidriosos y, aunque su cara se veía ruborizada, sus labios estaban secos y grisáceos. Ella rebuscaba en su memoria para recordar todas las cosas que su madre hacía cuando era niña. Le puso un paño frío y mojado a Luke en la frente. Lo descubrió y le quitó la camisa para que el aire fresco de la ventana le recorriera el cuerpo. Lo sentaba cada par de horas y le daba un poco de agua, animándolo a beber. Pero no podía hacer nada por esa herida terrible en su pierna.

La lanza le había provocado una lesión profunda a Luke en la pierna. Glass casi se desmayó cuando lo metió a la cabaña, lo extendió en el piso y rasgó la pierna de su pantalón para verla. A través de la Tierra y la sangre, alcanzaba a ver el hueso sorprendentemente blanco.

Durante la primera hora, ella y Luke se turnaron para apretar el torniquete en su muslo, pero nada funcionó. Glass miró horrorizada cómo Luke iba palideciendo y el piso de madera se iba cubriendo de sangre.

—Creo que necesito cauterizar la herida —dijo él intentando claramente mantener la voz calmada a pesar de que sus ojos se veían grandes y llenos de temor y dolor.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Glass y apartó otro vendaje lleno de sangre para sustituirlo por otro trozo de tela.

—Si le aplico suficiente calor a la herida, eso detendrá el sangrado y prevendrá la infección —hizo un ademán hacia las brasas ardientes de la chimenea—. ¿Puedes poner más leña y que empiece a arder de nuevo?

Glass se apresuró a la chimenea y echó unos cuantos trozos más pequeños de yesca a la fogata moribunda y contuvo el aliento mientras los veía encenderse.

—Ahora toma esa cosa de metal —dijo Luke y le señaló la herramienta larga y delgada que habían encontrado recargada contra la chimenea la primera noche—. Si la colocas directamente sobre la flama deberá calentarse lo suficiente para lograr hacerlo.

Glass no dijo nada pero miró con creciente horror cómo el metal empezaba a ponerse rojo.

—¿Estás seguro de esto? —dijo con voz titubeante.

Luke asintió.

—Tráela. Cuidado, no la toques —Glass se acercó y se arrodilló junto a Luke. Él respiró profundamente—. Ahora, a la cuenta de tres, necesito que la presiones contra la herida.

Glass empezó a temblar y la habitación repentinamente le dio vueltas.

—Luke, no puedo. Perdón.

Él hizo una mueca al sentir una nueva oleada de dolor.

—Está bien. Pásamela.

—Dios —susurró Glass y le pasó a Luke la herramienta de metal que todavía estaba al rojo vivo y le apretó la otra mano. La piel del joven estaba simultáneamente fría y cubierta de sudor.

—No veas —dijo entre dientes.

Un instante después, gritó y se escuchó un siseo terrible que le llenó los oídos al mismo tiempo que pudo oler carne quemada. El sudor le chorreaba de la frente y su grito parecía nunca terminar, pero no soltó el metal. Con un gruñido final, arrojó la herramienta al piso y Glass la vio rodar.

Durante un corto periodo, pareció como si la decisión drástica hubiera funcionado. La herida dejó de sangrar y Luke pudo descansar unas cuantas horas. Pero a la mañana siguiente, ya tenía fiebre. Tenía toda la pierna caliente, roja e inflamada. La infección se estaba extendiendo. De vez en cuando, Luke despertaba un momento, temblaba de dolor y volvía a quedar inconsciente. Su única esperanza era lograr regresar al campamento y encontrar a Clarke, pero las probabilidades de que eso sucediera eran más remotas que una recuperación milagrosa de Luke. No podía sostenerse en pie, mucho menos caminar dos días. Y los Terrícolas seguían allá afuera, observándolos. Ella podía sentir su presencia casi como podía sentir el calor que irradiaba de la piel de Luke.

Glass nunca se había sentido tan sola, ni siquiera durante sus largos meses en confinamiento. Al menos allá veía a su compañera de habitación o a los guardias y alguien le llevaba comida. Pero ahí, con Luke inconsciente y la

amenaza persistente de otro ataque, Glass estaba al mismo tiempo aislada y aterrada. No podía llamar a nadie para que la ayudara. Glass mantenía un ojo en Luke y uno en el bosque que rodeaba la cabaña. Escuchaba con tanta atención que le dolía la cabeza. Se esforzaba por captar el rompimiento de cualquier ramita, lo que fuera que le advirtiera si habían regresado los Terrícolas.

Glass estaba parada en la puerta, estudiando nerviosamente las hojas para ver si algo se había movido. El aire fresco del bosque le envolvió la cara y se burló de ella con los recuerdos de todo lo que ella y Luke habían disfrutado juntos: los árboles, la luz de luna que se reflejaba en el agua... Toda esa belleza carecería de significado si perdía a Luke. Él se movió en la cama improvisada que habían hecho en el piso. Glass se apresuró al interior y lo tomó de la mano mientras le acariciaba la frente caliente.

—¿Luke? Luke, ¿me oyes?

Él movió un poco los párpados pero no abrió los ojos. Movié los labios pero no emitió sonido. Glass le apretó la mano y se agachó para susurrarle al oído.

—Todo va a estar bien. *Tú* vas a estar bien. Voy a buscar cómo resolver esto.

—Ya se me hizo tarde para la patrulla —dijo y se movió de un lado a otro como si quisiera levantarse de la cama.

—No, no es tarde, estás bien —dijo Glass y le colocó la mano en el hombro. ¿Pensaría que estaba en la nave?—. No tienes nada de qué preocuparte.

Luke apenas logró asentir antes de volver a cerrar los ojos. En segundos ya estaba dormido nuevamente. Dejó de apretar la mano de Glass y ella le colocó el brazo suavemente en la cama. Revisó su pierna. El enrojecimiento se había extendido hacia abajo hasta la rodilla y hacia arriba hasta la cadera. Ella no sabía mucho sobre esas cosas, pero tenía el suficiente sentido común para saber que si no conseguía ayuda pronto, Luke moriría. Debían irse. *En ese momento.*

Glass se sentó frente a la mesa de madera de la cocina para intentar despejar su mente, intentar alejar el miedo que le había estado carcomiendo un agujero en el estómago durante días. El miedo no los iba a sacar de ese lugar. Tenía que *pensar*. Tenían que regresar al campamento. Esa era su única posibilidad de conseguirle a Luke la ayuda que necesitaba. Pero Glass tendría que pensar cómo transportarlo porque no podía caminar, ni siquiera

con su ayuda, y evadir a los Terrícolas al mismo tiempo. La caminata espacial de pronto le pareció algo sencillo comparado con eso. ¿Cómo lograrían avanzar lo suficientemente rápido para escapar si Luke estaba en esas condiciones?

Glass recorrió la cabaña diminuta con la mirada, en busca de inspiración. El miedo paralizante que la tenía entre sus garras lentamente empezó a soltarla y su mente entró en acción. Sí, si pudiera llevarlo hasta el río... eso funcionaría... pero, ¿cómo lo movería?

Sus ojos se posaron en un instrumento extraño que los había confundido cuando llegaron a la cabaña. Estaba recargado contra la pared en una esquina, detrás de una escoba y otros instrumentos de limpieza que se veían antiguos. Cruzó la habitación y lo sacó. Lo puso en el suelo. Era de su altura y estaba hecho de tablones largos de madera. Era una superficie rectangular pero en uno de los extremos los tablones se curvaban hacia arriba. Ahí tenía atada una cuerda.

Le recordaba una cosa sobre la cual había leído en un tutorial alguna vez. Un objeto que los niños solían montar en la Tierra cuando nevaba. Buscó la palabra en su cerebro. ¿*Tintero*? ¿*Tireno*? Glass se paró sobre los tablones para probar su resistencia. Esa cosa era vieja pero sólida. Si pudiera subir a Luke en él, podría jalarlo pero tendría que hacer algunos ajustes.

Se puso de pie, tomó unas cuantas cosas de la habitación y las colocó en el piso junto al... ¡*trineo*! Era un trineo. Estaba segura. Ahora sólo tenía que pensar cómo hacer que funcionara. Acomodó y reacomodó las cosas en distintas configuraciones, probándolas e intentando una y otra vez. Glass negó con la cabeza. Ya estaba desesperándose. Si alguien le hubiera dicho hacía seis meses, o siquiera seis semanas, que estaría arreglando un aparato hecho de basura que había encontrado en una cabaña abandonada en la Tierra para transportar a su novio herido a través del bosque, se habría reído en su cara y le hubiera preguntado si había tomado algo del aguardiente ilegal que vendían en Arcadia.

Dio un paso atrás para admirar su trabajo. Iba a funcionar. *Tenía* que funcionar. Glass usaría la cuerda para tirar del trineo con Luke. Para mantenerlo sobre el trineo, cortó una manta e hizo tiras largas que aseguraban la cintura, los brazos y la pierna sana de Luke a la parte superior del trineo.

Era algo bastante rudimentario pero, con suerte, los ayudaría a llegar al agua. Eso era lo único que necesitaba.

Glass avanzó hacia donde estaba Luke y lo despertó con suavidad.

—Luke —le murmuró al oído—. Voy a moverte, ¿está bien? Necesitamos regresar al campamento —él no respondió.

Glass le pasó las manos bajo los brazos, los cruzó sobre su pecho y, con un gruñido, lo bajó al piso. Él se encogió un poco al sentir el dolor de su pierna lastimada, pero no despertó. Glass lo puso sobre el trineo y lo ató con la sábana alrededor. Se agachó en cuclillas, tomó la cuerda y la enredó en sus manos. Luego se puso de pie. Dio unos pasos al frente y Luke se arrastró por el piso detrás de ella. Funcionaba.

Glass tomó la pistola de Luke, a pesar de que no estaba segura de tener el valor de usarla, y avanzó hacia la puerta. En el último segundo, se dio la vuelta y tomó un paquete de fósforos de la mesa en caso de que necesitara hacer una fogata durante su viaje. El peso que debía arrastrar la desequilibraba un poco, pero tendría que acostumbrarse. Sin mirar atrás, salió de la cabaña tirando del trineo hacia el claro que rodeaba la casa.

¡Zuum! Glass se dio la vuelta para ver de dónde provenía el sonido. *¡Zuum!* Se escuchó de nuevo. Miró hacia el bosque. En la penumbra, todas las sombras se veían como enemigos.

Volvió hacia la cabaña tirando de Luke. Alcanzó a ver movimiento por el rabillo del ojo y sintió que algo le pasaba volando junto a la oreja.

Glass se esforzó para mover el trineo y sintió que Luke se quejaba del dolor. Tiró de la puerta para abrirla y entró lo más rápido que pudo. Una flecha chocó con el marco de la puerta y se quedó vibrando en el sitio donde su cabeza había estado un segundo antes.

El trineo se deslizó tras ella y Glass dejó caer el arnés y cerró la puerta justo antes de que dos flechas más se clavaran contra ella. Se recargó contra la puerta cerrada y tomó la pistola en la mano que ya tenía fría y sudorosa. Miró alrededor de la cabaña. ¿Podía poner una barricada en la puerta? ¿Entrarían por una de las ventanas?

Atrancó la puerta y levantó cuidadosamente la pistola de Luke en preparación para lo que tuviera que hacer. Si uno de los Terrícolas entraba por la ventana, ¿podría pelear contra ellos? ¿Podría atreverse a dispararle a otra persona? Pero, aunque lo hiciera, claramente ellos eran más de uno. Una chica que nunca había disparado una pistola no podía competir con un grupo de Terrícolas asesinos.

Desde el trineo, Luke gimió.

—Todo estará bien. Pensaré en algo —dijo.

Se arrepintió un poco al decir la mentira. ¿Cómo podría escapar de esa

cabaña rodeada de Terrícolas enojados?

Se asomó por la esquina de una ventana. La luz grisácea la hacía ver cosas en las sombras pero también había movimiento en el exterior. Veía figuras que corrían entre los árboles sosteniendo arcos y hachas.

Glass se recargó contra la puerta y cerró los ojos. Había llegado el fin. Esta vez, terminarían con Luke y la matarían a ella también. Esperó a escuchar el sonido de pasos, el rompimiento de las ventanas, la puerta que se despedazaba detrás de ella.

No escuchó nada salvo el viento y la corriente del río. Estaban esperando a que saliera. ¿Habrían estado afuera todo el tiempo esperando a que saliera para poder dispararle? La tenían arrinconada. No había hacia dónde ir, nada qué hacer salvo esperar a que ellos se cansaran y tiraran la puerta o entraran por las ventanas. Empezó a pensar en todas las posibilidades, en una manera de salir.

Aunque pudiera distraerlos el tiempo suficiente para alejarse de la cabaña sin que la llenaran de flechas, ¿qué haría después? Frenética, miró a su alrededor en la habitación, desesperada por encontrar algo, lo que fuera, que pudiera usar como distracción para conseguir más tiempo. Nada. Estaba a punto de gritar de frustración cuando recordó que tenía algo en la mano. Lo tenía tan apretado que casi había olvidado que lo traía. Glass abrió el puño y ahí, aplastados entre sus dedos, estaban los fósforos que había tomado al salir por la puerta.

Su mente elaboró un plan desesperado y absurdo. Si no podía ganarles corriendo hasta el río, necesitaría encontrar otra manera de escapar que no requiriera correr. Antes de tener tiempo de pensarlo con más cuidado, se puso a trabajar.

Glass se arrastró por el piso y se sentó bajo la ventana junto a la puerta. Envolvió una tira de la sábana rota en un trozo de leña y encendió un cerillo. Después le prendió fuego a la sábana y unos segundos más tarde traía una antorcha encendida.

La flama empezó a crecer y Glass respiró profundamente y empezó una cuenta regresiva.

—Tres, dos, uno...

Saltó y se asomó rápidamente por la ventana abierta. Apuntó hacia la pila de leña seca que Luke había estado acomodando contra el muro de la cabaña antes de que lo hirieran.

Volvió a dejarse caer al piso y esperó. Hubo silencio y, por un instante

que se le hizo eterno, pensó que su plan había fallado. Luego lo escuchó: un crujido fuerte seguido por movimiento de aire cuando la pila de leña se encendió. La cabaña empezó a brillar cuando las llamas se extendieron a la maleza y hacia el bosque, como ella esperaba.

Glass volteó a ver a Luke. No se había movido. Su respiración era agitada y la frente le temblaba un poco. Estaba apenas consciente al lado de la chimenea. Si Luke moría, Glass moriría también. Sabía eso con la misma certidumbre que su propio nombre.

El sonido de las flamas aumentaba y, en cuestión de unos minutos, el aire en la cabaña empezó a cambiar. Glass maldijo cuando se percató de la tontería que había cometido: la casa tal vez fuera de piedra, pero eso no impediría que el humo los sofocara si el incendio rodeaba todo el lugar. Empezaba a colarse un poco de humo por la ventana abierta que se podía ver con la luz del incendio. Glass se acercó más a la puerta, lista para salir a toda velocidad. El humo empezó a llenar la habitación y ella le quitó la manta a Luke y la mojó con lo que les quedaba de agua. Afuera, podía escuchar las voces que gritaban de ambos lados del claro.

Se arrodilló junto a Luke y los cubrió a ambos con la manta mojada. El aire se sentía más caliente y podía ver llamas color naranja junto a la ventana desde el borde de la manta. Las voces de afuera reían y vitoreaban. Los dejaría pensar que habían ganado. Que pensarán que ya estaba muerta. Tal vez estarían demasiado sorprendidos para perseguirla cuando ella y Luke escaparan.

Luke se movió en el trineo y un gemido suave se escapó de sus labios.

—Lo lamento —dijo ella—. Debíamos haber ido a buscar ayuda antes. No debimos haber esperado tanto tiempo.

El aire hervía; estaba tan caliente que Glass casi podía sentir cómo se le derretía la piel y se le caía. El humo entraba en columnas gruesas por la ventana y les dificultaba ver, les dificultaba respirar. Se juntaron más bajo la manta mientras Glass intentaba adivinar cuánto tiempo podrían sobrevivir antes de que fuera demasiado tarde. Si esperaban mucho tiempo, las flamas rodearían la casa y no habría manera de escapar. Se sofocarían si se quedaban ahí en el humo. A Glass le ardían mucho los ojos pero se levantó del piso y corrió a la puerta. Era en ese momento o nunca.

Glass abrió la puerta de un tirón y se asomó al exterior. Ya era de noche fuera y las flamas proyectaban sombras extrañas por todas partes; centelleaban luces anaranjadas y negras que abarcaban todo el claro y se

extendían a los árboles.

Glass tomó la cuerda del trineo, escondida bajo la manta, y salió corriendo por la puerta. Dio una bocanada de aire al pasar del horno de la cabaña al aire más frío del exterior.

Luke gimió mientras ella iba tirando de él por el camino irregular, bajando hacia el río. Durante varios segundos, corrió y sólo escuchó el crujir del fuego detrás de ella.

Escuchó los primeros gritos cuando llegó al bote y lo empezó a empujar hacia el agua. La luz del incendio y el humo no habían bastado para disimular su escape.

—Luke —dijo mientras tiraba de él—. Tienes que ayudarme. Sólo un momento.

Él abrió los ojos y ella pudo sentir que sus músculos se tensaban intentando moverse. Se quedó parado en la pierna sana y ella se colocó debajo de su brazo. Juntos avanzaron con dificultad y ella intentó que cayera con suavidad dentro del bote. Echó el trineo tras él y empezó a empujar el bote por la pendiente hacia el agua.

Empezó a sentir que las flechas volaban a su alrededor y caían salpicando en el agua frente a ella. Podía escuchar el golpeteo de los pies que corrían colina abajo hacia ellos y usó toda su fuerza para empujar el pequeño barco y echarlo a la corriente.

En el último segundo, saltó y casi no alcanzó el barco que ya se iba con la corriente río abajo. Volteó y vio sombras contrastando con la cabaña en llamas que venían corriendo en su dirección. Glass se recostó junto a Luke y sintió cómo varias flechas rebotaban contra el casco metálico del barco.

Empezaron a avanzar más rápido y el río tomó el control de su movimiento. Glass se asomó y el fuego y la luna le permitieron alcanzar a ver las siluetas que corrían por la orilla. Apenas parecían humanas.

Mantuvo la cabeza baja mientras el río los arrastraba por una curva y las últimas flechas rebotaron contra el bote. Después de unos momentos tensos de contener el aliento, Glass se sentó y tomó el remo para meterlo al agua, intentando impulsar el bote más rápido que lo que lo llevaba la corriente. Cuando finalmente parecieron haber puesto suficiente distancia entre ellos y los Terrícolas, estiró la mano e intentó usar el remo para regresar a la orilla, pero no le alcanzaban las fuerzas. El corazón le latía desbocado mientras el bote seguía moviéndose rápidamente río abajo. No tenía idea de si estarían moviéndose en la dirección correcta. Necesitaba usar la brújula de Luke. Si él

tenía razón y habían avanzado al norte del campamento, debían ir al sur.

Le tomó casi otra media hora para que el río se hiciera lo suficientemente angosto y que la maleza les ayudara a frenar su paso. Eventualmente, Glass pudo bajarse al agua helada y tirar del bote hacia la orilla. Sacó la brújula de su mochila y la puso en el suelo, de la manera que Luke le había enseñado. Afortunadamente, se habían movido hacia el sur. Al menos, hacia el sureste. Esperaba que no fuera demasiado difícil orientarse. Y si realmente podía avanzar con Luke...

—Una vez más, Luke —dijo—. Sólo necesito que te pares y camines conmigo una vez más.

Él gimió pero cuando lo sacó del bote, cooperó y le permitió que lo ayudara a ponerse de pie. Caminó un par de metros por las aguas poco profundas y se dejó caer en la orilla.

El bote, ya sin el peso de ambos, subió un poco en el agua y la corriente lo arrastró hacia la noche. Con movimientos rápidos y silenciosos, Glass volvió a subir a Luke al trineo y tomó la cuerda en las manos.

Aguanta, Luke, pensó para sí y empezó a tirar del trineo con todas sus fuerzas hasta poder empezar a correr.

El sonido del río se disipó y ellos se internaron en el bosque, pero Glass tenía demasiado miedo para mirar atrás. Tenía que mantenerse en movimiento. Tenía que encontrar ayuda para Luke, aunque fuera lo último que hiciera.

CAPÍTULO 21

WELLS

Era completamente su culpa. Todo.

Wells golpeó con fuerza la pared de piedra con el puño. Los nudillos se le llenaron de sangre pero él no sintió ningún dolor físico. Lo único que sintió fue el peso de sus propios errores estúpidos y egoístas que se acumulaban cada vez más alto, amenazando con desplomarse y aplastarlo en cualquier momento.

Nunca pensó que fuera posible sentirse peor que cuando arrestaron a Clarke o cuando murió su madre. Pero Wells había llegado a su punto más bajo. Se dio la vuelta en la pequeña habitación en busca de otra cosa para patear o golpear. Sólo tenía su cama angosta. La cama en la que Sasha había dormido hacía unas horas. Y ahora estaba muerta.

Wells se dejó caer sobre el colchón y se recostó de espaldas. El dolor en su pecho era tan fuerte y sólido que sentía como si pudiera levantarlo y sostenerlo entre sus manos. Se cubrió el rostro con los brazos. Sólo quería bloquear la luz, apagar su cerebro y alejar a todos y a todo. Quería un vacío. Quería perderse en el silencio profundo e infinito del espacio. Si estuviera en la nave, no dudaría en abrir una esclusa para lanzarse al vacío.

Terminaría con todo si pudiera. Desaparecería si creyera que eso le podría servir a los demás. Pero le daría mucha vergüenza dejar todo atrás, no podía hacerlo ahora que había creado semejante desastre. Pero, ¿cómo podría arreglar algo? No había manera de componer la situación entre los Terrícolas y Rhodes. No había manera de traer a Sasha de vuelta. No había manera de sanar el corazón roto de Max.

Si tan sólo se hubiera detenido antes de echar a andar todo. Si tan sólo no hubiera empeorado la fuga de aire en la nave, entonces las cápsulas no habrían tenido que irse tan repentinamente. Entonces habrían tenido más

tiempo para preparar las naves y tal vez podrían haber enviado a más gente a la Tierra. Pero lo que sucedió fue que todos los que no pelearon para subirse a una cápsula estaban allá arriba muriendo por la falta de oxígeno.

Si tan sólo no hubiera hecho ese falso ataque para sacar a Bellamy de su encarcelamiento, tal vez Rhodes y los demás no habrían sentido tanto temor del grupo de Terrícolas agresivos. Tal vez no habrían recurrido tan pronto a la violencia que condujo a la muerte de Sasha. Y si él no se hubiera involucrado con Sasha para empezar, tal vez ella podría haber vivido una vida larga y tranquila sin él.

Wells pensó que se sofocaría bajo la presión de todas esas ideas. Su respiración se volvió superficial y agitada y sudó frío por el pánico. No tenía ningún lugar donde ir, no podía hacer nada, no tenía nada que valiera la pena decir. Estaba atrapado.

Justo cuando pensó que podría correr a la puerta para escapar de Mount Weather, escuchó una voz conocida que decía su nombre. Abrió los ojos y vio la silueta de Clarke en el marco de la puerta, iluminada por la luz del pasillo.

—¿Puedo entrar? —preguntó ella.

Wells se sentó de inmediato y luego retrocedió para recargarse contra la pared. Escondió la cabeza entre las manos. Clarke se sentó en la cama a su lado. Se quedaron en silencio unos minutos.

—Wells, me gustaría poder decir algo —dijo Clarke finalmente.

—No hay nada que decir —le respondió él con un tono inexpresivo.

Ella le puso la mano en el hombro. Wells se encogió un poco y por un instante pareció que Clarke iba a retirar su mano, pero en vez de eso aumentó la presión y le apretó el brazo.

—Lo sé. Yo perdí mucha gente también. Sé que las palabras no sirven de nada.

Wells no miró a Clarke a los ojos, pero le daba gusto saber que ella al menos no empezaría a decir estupideces como que Sasha estaba en un mejor lugar. Ya había recibido suficientes de esos comentarios cuando murió su madre. Pero al menos en ese momento una parte de él lo había alcanzado a creer. Se había imaginado a su madre en la Tierra, imaginaba su espíritu de regreso en el hogar *real* de la humanidad en vez de estar sentenciado a pasar la eternidad entre las estrellas frías e insensibles. Pero esto era diferente. Sasha ya estaba en el lugar al cual pertenecía. Ahora no estaba en ninguna parte, quedó exiliada demasiado pronto del mundo que amaba.

—Lo siento mucho, Wells —susurró Clarke—. Sasha era increíble. Era tan lista y fuerte... y noble. Igual que tú. Formaban un equipo inspirador.

—¿Noble? —la palabra le supo amarga a Wells—. Clarke, soy un asesino.

—¿Asesino? Wells, no. Lo que le sucedió a Sasha no fue tu culpa. Lo sabes, ¿verdad?

—Fue totalmente mi culpa. Cien por ciento.

Wells se levantó de la cama y empezó a caminar por la habitación como un prisionero confinado contando las horas antes de su ejecución.

—¿De qué estás hablando? —dijo Clarke con la mirada llena de confusión y preocupación.

—Yo soy el motivo por el cual está sucediendo todo esto. Yo soy el bastardo egoísta que deja una estela de destrucción detrás de sí donde quiera que va. Todos allá arriba —apuntó con un dedo hacia el cielo— seguirían vivos hoy si no fuera por mí.

Clarke se levantó de la cama y dio unos cuantos pasos titubeantes hacia él.

—Wells, estás exhausto. Creo que deberías recostarte unos minutos. Te sentirás mejor después de descansar un poco.

Tenía razón. Sí estaba exhausto pero no era solamente por la tensión de ver morir a la chica que amaba frente a él. Era el esfuerzo de contener ese secreto terrible que le había drenado hasta la última gota de fuerza. Se dejó caer en la cama. Clarke lo siguió y lo abrazó.

No tenía nada que perder. Ya se odiaba a sí mismo. ¿Qué importaba si todos los demás lo odiaban también?

—Hay algo que no te he dicho, Clarke.

El cuerpo de ella se tensó pero permaneció en silencio y esperó a que Wells continuara.

—Yo rompí la esclusa de aire en Fénix.

—¿Qué?

Él no la volteó a ver pero pudo escuchar la confusión y la incredulidad en su voz.

—Ya estaba rota, pero la empeoré. Para que el aire se saliera más rápidamente. Para que te enviaran a la Tierra antes de que cumplieras dieciocho años. Te iban a matar, Clarke. Y no podía permitir que eso sucediera. No después de lo que ya te había hecho. Yo fui el motivo por el cual te confinaron para empezar.

Clarke seguía sin decir nada, así que Wells continuó con una sensación extraña de aturdimiento que combinaba el alivio y el horror extendiéndose por sus extremidades mientras pronunciaba las palabras que temía decir en voz alta.

—Yo soy el motivo por el cual tuvieron que irse de la nave tan rápido, y el motivo por el cual tanta gente se quedó atrapada allá arriba, sofocándose. Yo les hice eso.

Clarke todavía no había hablado, así que finalmente Wells se obligó a verla y se preparó para la mirada de horror y odio. Pero en vez de eso ella sólo se veía triste y asustada. Sus ojos muy abiertos la hacían verse más joven, casi vulnerable.

—¿Hiciste eso... por *mí*?

Él asintió lentamente.

—Tenía que hacerlo. Escuché a mi padre y a Rhodes hablando, así que sabía del plan. Iban a matarte o a enviarte a la Tierra así que yo definitivamente no permitiría que fuera la opción A.

Para sorpresa de Wells, cuando Clarke habló, no tenía rencor en la voz. Sólo tristeza.

—Nunca habría querido que hicieras eso. Habría preferido morir que poner en peligro tantas vidas.

—Lo sé —dijo y escondió la cabeza entre las manos. Sus mejillas ardían de vergüenza—. Fue una locura y fue egoísta. Sabía que no podría vivir conmigo mismo si tú morías, pero de todas maneras no puedo vivir conmigo mismo —rio brevemente con amargura—. Por supuesto, ahora me doy cuenta de que lo correcto habría sido matarme. Si me hubiera lanzado por esa esclusa, le habría ahorrado a todos mucho dolor y sufrimiento.

—Wells, no digas eso —dijo Clarke que había vuelto a colocarse frente a él y lo miraba con consternación—. Sí, cometiste un error... uno grande. Pero eso no niega todas las cosas increíbles que has hecho. Piensa en toda la gente que salvaste. Si tú no hubieras hecho eso con la esclusa, cada uno de nosotros habría sido ejecutado en vez de enviado a la Tierra. No sólo yo. Molly, Octavia, Eric. Y además, tú eres el motivo por el cual sobrevivimos cuando llegamos aquí.

—Claro que no. Tú le salvaste la vida a todos. Yo sólo corté un poco de leña.

—Tú convertiste un planeta salvaje y peligroso en nuestro hogar. Nos hiciste ver nuestro potencial, lo que podíamos lograr si trabajábamos juntos.

Nos inspiraste, Wells. Tú sacas a relucir lo mejor de cada quien.

Eso era lo que amaba de Sasha, la manera en que lo hacía querer ser mejor persona, mejor líder. Le había fallado a ella —Clarke no podía decir nada para convencerlo de lo contrario— pero eso no significaba que debería dejar de intentar. Le debía eso a ella como mínimo.

—Yo... es que no sé qué hacer ahora —dijo en voz baja.

—Podrías empezar por perdonarte. Sólo un poco.

Wells no tenía idea de cómo lograr eso. Había pasado su vida entera en el lugar correcto a la hora correcta, haciendo lo que le decían y todo lo que se esperaba de él. Siempre había actuado con principios, había tomado la decisión correcta, independientemente de sus sentimientos. Pero en el momento más crucial de todos, titubeó y miles de personas habían sufrido las consecuencias. Era imperdonable.

Clarke lo conocía muy bien. Era como si ella pudiera escuchar sus pensamientos.

—Sé mejor que nadie que no te gusta mostrar tus emociones, Wells. Pero a veces tienes que hacerlo. Tienes que valerte de todos esos sentimientos y hacer uso de ellos. Sé *humano*. Te hará un mejor líder.

Wells tomó la mano de Clarke y la apretó con fuerza. Antes de que pudiera responderle, se escuchó un escándalo en el pasillo. Ambos se pusieron de pie de un salto y se apresuraron a salir. Siguieron el flujo de gente que avanzaba por el corredor.

Max estaba al frente en el espacio amplio y cavernoso que se había convertido en su centro de operaciones. Su rostro se veía devastado y tenía los hombros encorvados sobre su delgada figura. Sus ojos ya no vibraban con vida.

—Tenemos visitas —anunció e hizo un ademán a alguien para que saliera a la vista. Mientras hablaba, cientos de cabezas voltearon para ver quién había entrado al búnker—. No se preocupen. Ninguno viene armado. Verificamos.

Wells y Clarke suspiraron de alivio al reconocer a los aproximadamente doce miembros de los cien que entraban. Eric y Félix estaban al frente.

—¿Los envió Rhodes? —preguntó Max.

Toda la habitación contuvo el aliento mientras esperaban la respuesta.

—No —dijo Eric negando con la cabeza. Su voz se escuchaba tan tranquila y calmada como siempre—. Queremos unirnos a ustedes. Ya no queremos tener nada que ver con Rhodes ni con los demás colonos.

Max los miró con cautela. Sus años de experiencia claramente habían afilado su capacidad para evaluar el carácter de las personas.

—¿Y por qué decidieron eso?

Eric lo miró a los ojos sin titubear.

—Ya se han hecho cargo de todo completamente. Ya no es el hogar que construimos. No hay discusión, no hay cooperación. Rhodes le dice a todos qué hacer y los guardias se aseguran de que lo cumplan. Es lo mismo que cuando estábamos en la nave. El cobertizo que construyeron para apresar a Bellamy ya está lleno y los guardias golpearon a una mujer tanto que creo que no volverá a caminar —hizo una pausa y miró a los Terrícolas, que lo miraban incómodos, y luego buscó entre la gente hasta que encontró a Wells—. Todo estaba mejor cuando tú estabas al mando, Wells. Tú representabas algo, algo por lo cual valía la pena luchar.

El dolor que estaba afianzado al pecho de Wells aflojó sus garras un poco y un débil destello de esperanza se encendió en su interior. Max se aclaró la garganta y todos voltearon a verlo.

—Son bienvenidos a quedarse con nosotros, entonces. Los ayudaremos a establecerse pronto. Pero antes, ¿tienen alguna información sobre qué podría estar planeando Rhodes?

—Sí —respondió Félix y dio un paso al frente—. Por eso vinimos en este momento. Yo me ofrecí como voluntario para trabajar con los guardias, así que escuché sus discusiones. No creen que existan dos grupos separados de Terrícolas. Creen que ustedes son peligrosos y no logramos que creyeran lo contrario. Creen que todos están trabajando juntos.

—Están planeando un ataque —intervino Eric—. Uno grande. Y tienen más armas de las que pensamos en un principio. Descubrimos que han estado acumulando armas y municiones en un sitio secreto en el bosque.

La habitación se llenó de susurros y murmullos ansiosos, pero Max apenas se sobresaltó. Recuperó su viejo porte y le regresó un poco de luz a los ojos.

—¿Están dispuestos a pelear con nosotros? —leS preguntó a los recién llegados.

Eric, Félix y los demás asintieron vigorosamente. El pecho de Wells se hinchó de gratitud y orgullo.

—Muy bien, entonces. Creo que podremos tener probabilidades de éxito ahora que contamos con su apoyo —negó seriamente con la cabeza—. Tal vez empezamos esto por ayudar a sus amigos, pero va quedando claro que

este conflicto era algo inevitable. Era sólo cuestión de tiempo que Rhodes nos acorralara para buscar una confrontación. Será mejor que terminemos con esto rápidamente, antes —respiró profundamente—, antes de que más gente termine lastimada.

Bellamy corrió con Eric.

—¿Qué hay de Octavia? ¿Vino con ustedes? ¿Está bien?

—Está bien pero no vino con nosotros. Fue una decisión difícil pero sentía que debía quedarse con los niños, en especial ahora que las cosas se están poniendo más y más peligrosas.

El rostro de Eric se suavizó y le puso una mano en el hombro a Bellamy.

—No te preocupes —dijo Wells—. Cuando le demos una lección a Rhodes podremos traerlos a todos para acá. Octavia, los niños, todos los que quieran unirse.

Bellamy asintió y la melancolía de su mirada se convirtió en resolución. Wells podía notar que estaba preparándose para luchar. Todos lo estaban haciendo.

Max ya había iniciado una conversación intensa con sus hombres y quedaba claro que ya estaban discutiendo sobre planes de batalla. Miró a Wells, quien evadió su mirada, ya que aún no estaba dispuesto a ver a Max a los ojos. Ciertamente lo último que necesitaba Max era un recordatorio del chico que había hecho que mataran a su hija. Pero, para su sorpresa, Max lo llamó.

—Ven, Wells. Te necesitamos.

CAPÍTULO 22

CLARKE

Clarke había pasado todos sus minutos libres en la cabina de radio y ese día no fue la excepción. Después de su reunión estratégica con Max, cada quien se fue por su cuenta para prepararse para la batalla. Eric les dijo que Rhodes estaba preparando a sus guardias para atacar justo antes del amanecer a la mañana siguiente. Eso quedaba a ocho horas de distancia.

Todos estuvieron de acuerdo en que sería mejor esperar a que los colonos llegaran a Mount Weather, donde los Terrícolas tenían la ventaja. Tenían un búnker sólido, protegido por las formaciones rocosas que los rodeaban por todos lados. También conocían bien el terreno, y Rhodes y sus hombres no. Un grupo de Terrícolas ya había salido al bosque y estaban en lo alto de los árboles donde serían invisibles para cualquiera en el suelo. En cuanto los colonos pasaran por donde ellos estaban, los Terrícolas se dejarían caer al suelo desde las copas de los árboles. El vicescanciller y sus hombres quedarían atrapados entre los Terrícolas de afuera y los que estaban esperando para atacarlos dentro de Mount Weather.

A pesar de ser un plan endeble, era todo lo que tenían. Tendrían que valerse de la sorpresa, y mucha suerte. Mientras los demás caminaban nerviosos por los pasillos, esperando la señal para ir a sus posiciones, Clarke buscó la soledad de la cabina de radio. Casi podía sentir a sus padres ahí, y eso le brindaba consuelo... y esperanza.

El silencio también le daba la oportunidad de intentar procesar todo lo que Wells le había dicho. Nunca, ni en sus sueños más fantasiosos ni sus pesadillas más inquietantes, se habría imaginado que Wells fuera capaz de hacer algo así. Puso en peligro las vidas de todas las personas de la Colonia sólo para darle a ella una oportunidad de vivir para cumplir dieciocho años. Una oleada de náusea la invadió y casi hizo que Clarke cayera de rodillas.

Todas esas personas, prácticamente todas las que había conocido en la vida, estaban muertas por ella. Por lo que Wells había hecho para salvarla. Pero, Dios sabía que ella no estaba en ninguna posición para juzgar a Wells. Cuando Clarke descubrió que sus padres estaban haciendo pruebas con radiación en los niños que no tenían registro del centro de cuidados, no hizo nada para detenerlos. Más que nadie, Clarke sabía lo que significaba colocar a la gente que amaba por delante de todo lo demás. Pasó mucho tiempo de su vida viendo las cosas en blanco y negro, separando el bien del mal con la misma certeza que separaba células vegetales de las animales durante un examen de biología. Pero el año previo había sido un curso intensivo y brutal de relatividad moral.

Clarke movía los botones e interruptores mientras todos estos pensamientos le daban vueltas en la cabeza. Un zumbido fuerte y constante llenaba la habitación y rebotaba en los muros de piedra. Intentó una nueva combinación y el zumbido se hizo más grave. Luego se escuchó un chillido agudo. Se enderezó en la silla. No había escuchado ese sonido antes. Con mucho cuidado, Clarke movió el botón un pelo más. El chillido se silenció y, por un instante, sólo se escuchó estática. A Clarke se le fue el corazón a los pies.

Luego escuchó un sonido grave en el zumbido. Era tan tenue, apenas algo más que un susurro en el viento. No lo podía identificar pero le resultaba extrañamente conocido al mismo tiempo. El sonido se escuchó más fuerte, como si se estuviera moviendo hacia ella. Clarke ladeó la cabeza hacia la bocina, esforzándose por escuchar. No estaba segura de qué había escuchado. ¿Podría ser...? Negó con la cabeza. Probablemente estaba imaginando cosas. ¿Su desesperación la estaría volviendo loca?

Pero el sonido se hizo más fuerte y más nítido. Definitivamente era una voz. No estaba imaginándosela. Se le erizó la piel y el corazón empezó a latirle desbocado en el pecho. Clarke conocía esa voz.

Era su madre.

Las palabras alcanzaron el volumen máximo.

—Revisión de radio —dijo su madre en tono neutral, como si hubiera pronunciado esas palabras miles de veces antes—. Revisión de radio. Revisión de radio, alfa, equis.

Clarke cerró los ojos y permitió que la voz de su madre la envolviera, que la llenara con la mezcla más maravillosa de alivio y dicha, como el sonido del latido del corazón después de que un paciente entraba en paro cardiaco. Las

manos le temblaban cuando las extendió hacia el botón que transmitía su voz por las ondas.

—¿Mamá? —dijo Clarke con voz temblorosa—. ¿Eres tú?

Hubo una pausa larga y Clarke contuvo el aliento hasta que el pecho empezó a dolerle.

—¿Clarke? ¿Clarke?

No había duda: era su madre. Luego Clarke escuchó la voz de un hombre al fondo. *Su padre*. Era verdad. Estaban vivos.

—Clarke, ¿dónde estás? —preguntó su madre a través de las frecuencias con una mezcla de sorpresa e incredulidad—. ¿Estás en la *Tierra*?

—Sí... estoy aquí. Estoy... —un sollozo le brotó de la garganta y las lágrimas empezaron a correrle por el rostro.

—¿Clarke, que pasa? ¿Estás bien?

Intentó responderle a su madre que estaba bien pero no le salía ningún sonido salvo más sollozos. Clarke dejó salir todas las lágrimas que no había derramado porque había estado demasiado aturdida para llorar durante los largos meses que pasó en el confinamiento, cuando creía que verdaderamente estaba sola en el universo. Su corazón estaba tan lleno de dicha que su felicidad era casi un dolor, pero no podía dejar de llorar.

—Clarke, oh dios. ¿Qué pasa? ¿Dónde estás?

Ella se limpió la nariz con el dorso de la mano e intentó respirar.

—Estoy bien. Simplemente no puedo creer que esté hablando con ustedes. Me dijeron que los habían dejado flotando en el espacio. Pensé... pensé que habían muerto.

Pensó en todas las conversaciones que había imaginado tener con sus padres a lo largo del último año y medio, cómo se imaginaba que les contaría sobre su juicio, sobre Wells y, sobre todo, sobre las maravillas de la Tierra. Durante dieciocho meses, todo lo que pensó, todo lo que les había dicho, todas las oraciones y súplicas, sólo habían recibido como respuesta un silencio sofocante. Y el silencio ya se había levantado; la había liberado de un peso que no se había dado cuenta tenía encadenado al pecho.

—Está bien, Clarke. Estamos aquí. Estamos vivos. ¿Dónde estás?

La voz de su padre sonaba muy sólida, muy tranquilizadora.

—Estoy en Mount Weather —dijo ella sonriendo y se limpió la nariz en la manga—. ¿Dónde están ustedes?

—Oh, Cl... —empezó a responder su madre pero las palabras se cortaron bruscamente y el chillido agudo regresó.

—¡No! —gritó Clarke—. ¡No, no, no!

Movió los botones frenéticamente pero no pudo volver a encontrar la frecuencia correcta. Sus lágrimas de dicha se convirtieron en frustración y sentía que la ansiedad empezaba a acumularse en su pecho. Sentía como si los hubiera vuelto a perder.

—Maldición —lloró y golpeó la consola. Tenía que recuperar la señal

Antes de tener oportunidad de intentar alguna otra cosa, la puerta se abrió de golpe y entraron algunos de los hombres de Max.

—Clarke —dijo uno de ellos—. Ya llegaron. Vamos.

—Pero es muy temprano —dijo ella, sorprendida—. ¿Cómo llegaron tan rápido?

—No lo sabemos, pero necesitamos tomar nuestras posiciones.

La cabeza le daba vueltas intentando procesar lo que estaban diciendo. Rhodes y sus guardias se estaban preparando para atacar Mount Weather.

—Pero no estamos listos...

—Tenemos que estarlo —dijo el hombre—. Es hora de moverse.

Clarke saltó de su silla y se limpió las lágrimas de la cara, agradecida de que todos los demás estarían demasiado inmiscuidos en sus labores como para preguntarle por qué lloraba. Sin voltear a ver las luces encendidas y el chillido y crujido interminable del radio, corrió de la cabina y se preparó para armarse para la batalla.

CAPÍTULO 23

BELLAMY

A Bellamy ya no le dolía el hombro. La adrenalina que le corría por las venas era mucho mejor que cualquier analgésico. Saltaba de un pie al otro y sacudía las manos, que ansiaban sostener un arma. No se decidía qué sería más satisfactorio: lanzar una de sus flechas perfectamente apuntadas justo a la garganta de Rhodes o lanzarle una lanza al pecho.

Los Terrícolas estaban reuniéndose en el salón cavernoso que se había convertido en su centro de mando. Muchos de los adultos se estaban armando con cuchillos, lanzas y uno que otro arco, mientras que otros se preparaban para llevar a los niños y a los ancianos a una parte más profunda de la fortaleza. Bellamy buscó un arco y frunció el entrecejo. Se concentró en probar la tensión de la cuerda.

—¿Estás seguro de que esto es buena idea? —preguntó Clarke en voz baja—. Te dispararon, Bel. Todavía te falta mucho para recuperarte por completo.

—Ahórrate tus palabras, Griffin —dijo y empezó a buscar flechas a su alrededor—. Sabes bien que de ninguna manera permitiré que estas personas arriesguen su vida por mí mientras yo me quedo sentado sin hacer nada.

—Sólo ten cuidado —dijo ella.

Tenía el rostro pálido y los ojos enrojecidos. En los pocos minutos que pasaron juntos, preparándose para la batalla, le contó que había hablado con sus padres. Pero no era el momento para celebrar ese pequeño milagro. Ambos tenían que concentrarse en la tarea que tenían frente a ellos: hacer que el vicescanciller Rhodes se arrepintiera de haber puesto un pie en la Tierra.

—Me apodaban Precavido —dijo y colocó algunas flechas que pasaron su inspección a un costado.

Ella sonrió. —Pensaba que tus apodos eran Peligro y Victorioso.

—Así es. Soy Bellamy Precavido Peligro Victorioso Blake.

—Qué envidia. Yo ni siquiera tengo otro nombre.

—Ah, pero a mí se me ocurren varios que te quedarían bien —dijo Bellamy y la abrazó de la cintura—. A ver... ¿qué tal Clarke Sabelotodo... Mandona... —Clarke puso los ojos en blanco y le dio una palmada en el pecho. Él sonrió y la acercó a él. Luego se inclinó y le susurró al oído—: Brillante... Sexy Griffin.

—No estoy segura de que quepa todo ese nombre en la puerta de un consultorio, pero me gusta.

—¿Todos listos? —preguntó Wells mientras avanzaba resuelto hacia ellos.

Todo su porte había cambiado. Aunque traía puesta una camiseta vieja, manchada y rota y pantalones demasiado cortos, se movía como si estuviera usando su uniforme de oficial. Unas semanas antes, esa actitud de Wells habría irritado a Bellamy, pero en ese momento, se sintió agradecido de que su hermano fuera tan capaz.

—Estoy más que listo —dijo Bellamy intentando animar a todos.

Extendió la mano para chocar puños con Félix, que estaba pálido y se movía nervioso de un lado a otro—. Ya no aguanto las ganas de darle una paliza a los guardias de la Colonia —añadió Bellamy y le dedicó una sonrisa malvada a Wells.

—Me gustaría tener tu confianza —dijo Félix.

—No es confianza —le replicó Bellamy—. Es arrogancia. Hay una gran diferencia.

—Lo que sea, es bueno —dijo Wells para sorpresa de Bellamy—. La necesitaremos.

Cuando Max asintió, Wells avanzó al frente de la habitación que se quedó rápidamente en silencio. La tensión se podía sentir, el aire prácticamente estaba zumbando.

—Amigos —empezó a decir Max con voz grave—, nos llegó información de que hay veintitantos colonos aproximándose a Mount Weather. En un momento, iremos a nuestras posiciones asignadas y nos prepararemos para pelear. Llegaron mucho antes de lo que esperábamos, pero estén seguros de que los enfrentaremos con toda nuestra fuerza. Y recuerden: nuestra meta no es hacer daño sino evitar que ellos cometan actos de violencia sin sentido contra otros. Si debemos usar la fuerza para protegernos, que así sea. Pero ese no es nuestro objetivo.

Volteó a ver a Wells y asintió. Wells se aclaró la garganta en preparación antes de dirigirse a la multitud.

—Tal y como anticipábamos, traen armas de fuego... muchas, así que sean cuidadosos y no se arriesguen innecesariamente. Pero aunque ellos traen pistolas, no son infalibles.

Continuó explicando un poco sobre el entrenamiento de los guardias, las formaciones que usaban y las tácticas que probablemente usarían. Bellamy se dio cuenta de que era bueno que tuvieran esa información gracias a los días de Wells como oficial.

—Lo que deben recordar —dijo Max— es que no sólo estamos luchando por proteger a estos jóvenes que buscaron nuestra ayuda, estamos luchando para proteger nuestro estilo de vida. Intentamos razonar con nuestros nuevos vecinos pero cada vez nos queda más claro que la paz y la cooperación no son sus prioridades. Si no hacemos esto ahora, no podemos saber qué intentarán la próxima vez —hizo una pausa y recorrió con la mirada toda la habitación—. Ya perdí a mi hija... No podría soportar perder a cualquiera de ustedes —respiró y una nueva ferocidad se escuchó en su voz—. Nuestra gente ha luchado contra dificultades enormes, pero hemos perseverado. Otros optaron por dejar la Tierra a su suerte, pero nosotros nos quedamos y peleamos para que siguiera siendo nuestro hogar.

Unos cuantos gritos se escucharon entre la gente y Max sonrió.

—Esta es nuestra Tierra, nuestro *planeta*, y es hora de decidir cuánto estamos dispuestos a arriesgar para protegerlo.

Wells sonrió y se acercó para darle un apretón de manos a Max. El hombre mayor estrechó la mano del joven y luego acercó a Wells para darle unas palmadas en la espalda.

—¿Están todos listos? —preguntó Wells y miró a la multitud.

Un grito de batalla sacudió las paredes de roca del lugar y todos alzaron sus puños al aire y tomaron sus lanzas, flechas y cuchillos. Se dirigieron a las salidas. Cuando salieron se quedaron en silencio y tomaron sus posiciones en el bosque oscuro alrededor de Mount Weather.

Clarke se echó un bolso lleno de medicina e instrumental al hombro y buscó un cuchillo grande.

—¿Qué haces? —preguntó Bellamy y su emoción empezó a convertirse en temor.

Ella levantó la barbilla y lo miró con determinación.

—Va a haber heridos allá afuera. Me necesitan.

Bellamy abrió la boca para protestar pero la cerró cuando se percató de lo egoísta que sería eso. Clarke tenía razón. Como la persona con más experiencia médica, tenía sentido que ella estuviera en el campo de batalla.

—Sólo sé muy, muy cuidadosa, ¿de acuerdo? —le dijo. Ella asintió—. ¿Me lo prometes?

—Lo prometo —respondió Clarke.

Bellamy le levantó la barbilla con la mano y le inclinó la cabeza hacia arriba.

—Clarke, lo que sea que suceda quiero que sepas...

Ella negó con la cabeza y lo interrumpió con un beso.

—No —dijo—. Vamos a estar bien.

Él le sonrió.

—Ya estás aprendiendo esto de la arrogancia.

—Tengo al mejor maestro.

Él la volvió a besar y luego tomó su arco y empezó a dirigirse a las escaleras.

—Bellamy —gritó Wells y corrió hacia él—. Escucha, ya sé que no te va a gustar esto, pero creo que sería mejor para todos que permanecieras dentro.

—¿Qué? —preguntó Bellamy con los ojos entrecerrados—. No puedes decirlo en serio. De ninguna manera me voy a quedar aquí dentro. No me da miedo Rhodes ni ninguno de ellos. Quiero que intenten siquiera volverme a derribar.

—Es eso precisamente. Eres un blanco demasiado grande. Pondrás en peligro a todos a tu alrededor. Ya sé que eres un muy buen guerrero, uno de los mejores que tenemos, pero no vale la pena el riesgo.

Bellamy miró fijamente a Wells, intentando controlar la rabia y la indignación que le borboteaban en el estómago y le subían al pecho. ¿Quién demonios se creía Wells intentando mantenerlo fuera de la batalla? Como si haber salido con la hija muerta del jefe de los Terrícolas le hubiera dado el grado de segundo al mando. Pero los pensamientos infames que empezaban a formarse en su cerebro desaparecieron tan rápidamente como surgieron. Wells tenía razón. Este asunto era más importante que sólo Bellamy y su venganza. Necesitaba hacer lo mejor por el grupo y, en ese caso, era no llamar la atención.

Miró a Clarke con una sonrisa triste y colocó el arco en el piso. Luego volteó a ver a Wells y extendió la mano.

—Tengan cuidado allá afuera. Y haz sufrir a Rhodes de mi parte.

Wells sonrió, tomó la mano de Bellamy y lo acercó para abrazarlo.

—Nos vemos pronto —dijo Wells. Retrocedió un paso y miró a Clarke—. ¿Estás lista?

Ella asintió y luego volteó a ver a Bellamy. Él la abrazó de la cintura y ella descansó la mejilla contra su pecho por un momento mientras él le besaba la cabeza.

—Te amo —dijo cuando ella retrocedió.

—Yo también te amo.

—Cuídala, Wells —dijo Bellamy mientras los veía acercarse a las escaleras.

Wells volteó a verlo a los ojos y asintió.

—Y cuídalo, Clarke —dijo Bellamy con tono un poco más suave—. Cuídense entre ustedes.

Un momento después ya se habían ido.

Bellamy no estaba seguro de cuántos kilómetros habría recorrido caminando en el pasillo, pero no podía quedarse quieto. Tenía que permanecer en movimiento. El búnker estaba silencioso. Pasaron quince minutos, luego veinte. Bellamy no lo soportaba. Salió de la habitación, subió corriendo las escaleras de caracol y abrió la puerta de Mount Weather una rendija. Se quedó en las sombras del pasillo prestando atención por si escuchaba una señal de que la batalla estuviera a punto de iniciar.

Finalmente, se escuchó un silbido largo y grave por las colinas seguido de tres trinos cortos. Los hombres de Rhodes estaban cerca. Bellamy contuvo el aliento. Segundos después, se escuchó el primer tiro, luego el siguiente, luego demasiados para contarlos. El cielo nocturno se iluminó con los tiros de las armas de fuego y docenas de lanzas y flechas volaron de los árboles en una oleada borrosa. Se escucharon gritos de agonía como si brotaran de la Tierra misma. Luego, como si hubieran aparecido de la nada, hombres y mujeres heridos empezaron a salir del bosque y a entrar al claro fuera de Mount Weather. Algunos eran colonos y otros eran Terrícolas. Todos estaban cubiertos de sangre y se retorcían de dolor. Fue una carnicería instantánea, más grave que todo lo que había presenciado Bellamy cuando aterrizaron las cápsulas.

Sin pensarlo, Bellamy salió corriendo por la puerta. Tomó un mazo de las manos de un Terrícola caído y empezó a ondearlo en todas direcciones.

Estaba haciendo bastante daño hasta que tres Terrícolas se acercaron a él, lo tomaron de los brazos y prácticamente lo levantaron del suelo. Lo cargaron de regreso a la entrada de Mount Weather. Bellamy pateó e intentó zafarse.

—¡Suéltense! —gritó—. ¡Quiero pelear!

—Necesitas mantenerte escondido —le recriminó una de las mujeres y Bellamy inmediatamente sintió remordimiento: ¿cómo se había permitido dejarse llevar *otra vez*?

Dejó de resistirse y empezó a correr a la puerta. Los Terrícolas lo rodearon para protegerlo y corrieron a su lado. A unos pasos de la seguridad de Mount Weather, un hombre a la derecha de Bellamy gritó y cayó al suelo. Bellamy se quedó congelado y miró con horror. La sangre brotaba del pecho del hombre pero levantó el brazo e hizo una señal para que Bellamy siguiera corriendo. Bellamy hizo lo que le dijo y corrió a toda velocidad. Eran un par de metros. Sintió que los atacantes se acercaban desde atrás y que venían prácticamente respirándole en la nuca. Forzó sus músculos como nunca, sus piernas le quemaban y sus puños y codos subían y bajaban rápidamente mientras corría.

Sin embargo, antes de poder llegar a la seguridad del búnker, todo se quedó repentinamente en silencio.

—Alto, Blake, o les dispararé a todos —ladró un hombre detrás de él. Bellamy se detuvo. Jadeando, volteó para ver un grupo de colonos ensangrentados y golpeados que se aproximaban con las armas levantadas y apuntándole. Los dos Terrícolas que lo estaban protegiendo se colocaron frente a él y levantaron las lanzas. Bellamy abrió y cerró los puños. Su corazón latía con tal fuerza que le sacudía todo el cuerpo.

Un colono con uniforme de guardia dio un paso al frente del grupo. Era Burnett, el segundo al mando de Rhodes. Sus ojos se iluminaron cuando vio a Bellamy.

—Háganse a un lado —les ordenó Burnett a los dos Terrícolas que se interponían entre él y su presa.

—Eso no sucederá —le respondió uno de los hombres y se pasó el mazo de un hombro al otro.

—¿Qué significa este chico para ustedes? —gruñó Burnett—. ¿Por qué morirían por protegerlo?

—Para evitar que la Tierra sea arrasada por infelices como tú —dijo el Terrícola con tranquilidad—. ¡Vete de aquí! —le gritó a Bellamy por encima del hombro.

Bellamy retrocedió lentamente hacia la puerta. Se empezaron a reunir más colonos detrás de Burnett con las pistolas apuntando. Bellamy se dio la vuelta para correr. Escuchó dos tronidos y el sonido sordo de dos cuerpos que caían al suelo. Ahogó un grito pero siguió avanzando. Justo cuando estaba envolviendo la mano alrededor de la perilla de la puerta del búnker, una voz dijo a sus espaldas:

—Tenemos a tu hermana.

Bellamy se quedó petrificado. Sintió una constricción en el pecho, como si las palabras de Burnett hubieran formado una horca alrededor de su cuello.

—¿Qué le van a hacer? —preguntó con la voz entrecortada y se dio la vuelta lentamente.

—Para ser un chico tan empeñado en proteger a su hermana, no te fue tan difícil dejarla atrás, ¿verdad?

—Ella ya había hecho una vida allá —dijo Bellamy lentamente, aunque no estaba seguro si le estaba respondiendo a Burnett o a sí mismo—. Estaba empezando a saber lo que significa ser feliz.

Burnett sonrió con sorna.

—Y ahora sabe lo que significa estar arrestada.

Una rabia ardiente recorrió las venas de Bellamy.

—Ella no ha hecho nada malo.

—No te preocupes. No la hemos lastimado... todavía. Pero te sugiero que nos acompañes sin hacer escándalo. O no podré hacer nada para garantizar la seguridad de la señorita Blake.

Bellamy se encogió por la imagen que se formaba en su mente. Octavia con grilletas en el cobertizo, justo como había estado él. Su rostro manchado de lágrimas, delgado y pálido, mientras gritaba pidiendo ayuda, gritaba buscando al hermano que la había dejado sola con el enemigo aunque había jurado mantenerla a salvo.

—¿Cómo puedo saber que están diciendo la verdad? —preguntó Bellamy intentando ganar algo de tiempo mientras pensaba cuál sería su siguiente paso.

Burnett arqueó una ceja y luego se dio la vuelta para dar un silbido agudo. Momentos después, le respondió el sonido de botas y un grito ahogado. Detrás de los árboles aparecieron cuatro guardias que arrastraban a dos figuras entre ellos. Por un instante, Bellamy sintió alivio al ver que ninguna era Octavia.

Pero luego una nueva oleada de terror le recorrió la espalda.

Tenían a Clarke y Wells.

Cada uno estaba flanqueado por dos guardias. Tenían las manos atadas detrás de la espalda y alguien los había amordazado. Los ojos de Clarke se movían en todas direcciones, muy abiertos y encendidos por el miedo y la furia. Wells se azotaba de un lado a otro, desesperado por liberarse de su captor.

—Entonces, lo que necesito que hagas —dijo Burnett— es acompañarnos sin hacer escándalo. De otra manera, nos obligarás a hacer algo que no queremos hacer.

Como si no quisieras, sádico infeliz, pensó Bellamy.

Miró a Clarke a los ojos. Se sostuvieron la mirada un largo rato. Ella negó con la cabeza ligeramente y él entendió lo que ella le quería decir: *No lo hagas. No te entregues por nosotros.*

Pero era demasiado tarde. Rhodes y Burnett ya habían ganado. Bellamy simplemente no se permitiría que Clarke y Wells se pusieran en más peligro. Ya habían arriesgado demasiado por él.

—Déjenlos ir —dijo Bellamy y dejó caer su arco. Empezó a caminar con las manos en alto hacia Burnett—. Haré lo que me pidan.

Los hombres de Burnett se abalanzaron hacia él y tomaron a Bellamy de los codos para sujetarle las manos rápidamente.

—Creo que nos los llevaremos a todos —dijo Burnett.

Los guardias empujaron a Bellamy al lado de Clarke y Wells. Podía sentir el calor del cuerpo de Clarke a su lado y se movió para que sus brazos se tocaran. Burnett hizo una seña a sus hombres para que empezaran a regresar y empujaron a Bellamy, Clarke y Wells hacia el camino.

Avanzaron en fila. Bellamy iba detrás de Clarke y frente a Wells. A pesar de lo difícil de caminar con las manos atadas, Clarke llevaba la barbilla en alto y los hombros hacia atrás. *No conoce el miedo,* pensó Bellamy y sintió una oleada de admiración a pesar de las circunstancias. Lo raro era que Bellamy tampoco sentía temor. Había hecho lo correcto. Nadie más iba a morir por él y si eso significaba que se aproximaban sus últimas horas, que así fuera. Prefería enfrentar mil balas esa noche que pasar otro día preguntándose quién más terminaría sufriendo por su culpa.

Miró hacia arriba para ver las estrellas que brillaban entre las hojas de los árboles. Todos los años que pasó viviendo en el espacio le empezaban a parecer como un sueño. Este era su hogar ahora. Perteneecía a este sitio.

—Espero que estés disfrutando de la vista —dijo Burnett a sus espaldas

—. Tu ejecución está programada para el amanecer.
Aquí sería donde moriría.

CAPÍTULO 24

GLASS

Ya nada de la Tierra le parecía hermoso. Cada kilómetro de Tierra cubierta por árboles era simplemente otro kilómetro que tenía que cruzar para salvar a Luke que se debilitaba con cada momento que pasaba.

Tal vez deberíamos haber muerto allá, con el resto de la Colonia, pensó con tristeza. *Tal vez nunca debimos venir aquí.* Pero no, no permitiría que murieran así tampoco: solos y aterrados. Luke se movió entre sueños. Ella se puso de pie y sintió las piernas temblorosas. Glass le pasó la mano a Luke por la mejilla rasposa por la barba y le tocó los labios. Pensar que su cuerpo estaba apagándose hacía que se le contrajera el pecho de la tristeza. ¿Cómo podía seguir existiendo la Tierra sin Luke? ¿Cómo podía ella? No. No podía permitir que se desvaneciera así en el bosque. Le debía al menos eso.

Con cada metro que avanzaba, Glass ganaba agilidad para realizar esos movimientos, pero ya tenía adoloridos los músculos, la mente cansada y se preocupaba cada vez más de estar avanzando en la dirección equivocada. La brújula le decía que iba hacia el sur, pero no reconocía nada del paisaje. ¿Habían pasado por ahí en algún momento?

Para el mediodía, Glass estaba cubierta de sudor. Le dolía la espalda y le temblaban las extremidades por el agotamiento. No tenía idea de qué tanto faltaba para llegar al campamento. Tenía que descansar. Se detuvo, se sacó el arnés por la cabeza y empujó el trineo contra un árbol. Luke gruñó por el dolor y se movió un poco. Ella se arrodilló a su lado.

—Oye —le dijo en voz baja y le besó la frente.

Podía sentir con sus labios que seguía con la fiebre muy alta. Llevaba días con fiebre. Sintió que la invadía una ola de incertidumbre nuevamente. ¿Cómo podría lograrlo? ¿Cómo podía llevarlo de regreso sola? Apenas podía cargarlo y de ninguna manera lograría alejar a algún depredador peligroso si

se les acercaba. Si los atacaban de nuevo, sabía que sería la última vez.

Glass se incorporó con las manos en la cadera y miró el cielo. Exhaló lentamente e intentó tranquilizar su corazón desbocado. Podía lograrlo. *Tenía* que lograrlo. Mientras hacía acopio de su fuerza, miró el tronco del árbol detrás del trineo. A poca altura sobre su cabeza vio una muesca más pálida que la madera a su alrededor. Glass se paró de puntas y estiró el cuello para ver. Entrecerró los ojos y se estiró lo más que pudo. Cuando al fin entendió qué estaba viendo, ahogó un grito de sorpresa y luego rio en voz alta ahí en medio del bosque, sin nadie que la escuchara salvo Luke que estaba inconsciente. En medio de un paisaje tan salvaje y virgen que era como si ninguna persona jamás hubiera pisado la Tierra, había un mensaje tallado en la corteza del árbol. Lo habían hecho manos humanas. Podía distinguirlo:

R Y S

Era como si una voz del pasado la hubiera buscado para decirle que todo estaría bien. R y S se habían amado, justo debajo de ese árbol, donde ahora Glass luchaba para salvar al chico que amaba. Bajo otras circunstancias, ella y Luke habrían grabado sus iniciales igual que ellos. Pero, ¿quiénes eran R y S, y hacía cuánto tiempo habían estado ahí juntos? ¿Eran jóvenes o viejos? ¿Un primer amor o una vieja pareja de casados? Tal vez era una pareja de antes del Cataclismo, que quizá no sobrevivió. La gente probablemente no concebía la magnitud del horror que le aguardaba a la raza humana. Lo único que sabía esa pareja era que se amaba el uno a otro lo suficiente para dejar tras ellos un símbolo de su afecto para las generaciones venideras. Ver ese emblema olvidado hacía mucho tiempo le removió algo a Glass en el pecho. Esa pareja no podría haber adivinado que un día una chica del espacio se encontraría con sus iniciales grabadas. ¿Les habría importado? Probablemente no. Su amor era lo único que les importaba. Lo único que debía importarles.

Glass miró a Luke. Su pecho subía y bajaba a un ritmo constante. No importaba lo asustada que estuviera, no importaba si llegaban o no al campamento, tenían suerte de estar vivos en ese momento, en ese lugar. Ese momento era lo único que tenían. Si querían más, debería luchar para conseguirlo, luchar por ambos. Se agachó y volvió a pasarse la cuerda por encima de los hombros con una energía renovada recorriéndole el cuerpo.

Tenían que encontrar un sitio seguro. No se daría por vencida.

Glass siguió avanzando por una zona particularmente densa del bosque y luego vio algo que hizo que le diera un vuelco el estómago. Era un lago. Pero... ¿podría ser? Seguramente todos los lagos de la Tierra se veían similares. De pronto, a la distancia, los vio. Los restos quemados de las cápsulas.

Glass dejó escapar un grito y habría saltado varias veces de no ser porque estaba tan agotada. Ya casi llegaba. No podía estar a más de unos cuantos kilómetros del campamento. Pero cuando empezó a subir por la pendiente empinada al lado del lago, su corazón se le fue a los pies. Le tomaría horas arrastrar a Luke alrededor del lago y de regreso al campamento. ¿Aguantaría tanto tiempo? Si no, sólo podía albergar la esperanza de que su propio cuerpo sucumbiera rápidamente al dolor de la pérdida. Prefería quedarse con Luke, quieta y en paz en el bosque para siempre, que pasar el resto de su vida con una carga más pesada que el trineo: la carga de un corazón roto.

CAPÍTULO 25

WELLS

Wells avanzó a traspiés hacia el campamento detrás de Clarke y Bellamy. Tenía las manos adormecidas por las esposas que las sujetaban detrás de su espalda y la cara le ardía por las ramas y espinas que lo habían rasguñado en su trayecto por el bosque.

Se quedaron fuera del cobertizo que funcionaba como prisión. Uno de los guardias les quitó las mordazas de tela. Wells movió lentamente la mandíbula en un círculo y abrió y cerró la boca unas cuantas veces intentando recuperar la sensibilidad.

—Esperen aquí —ordenó el guardia.

Entró al cobertizo mientras otro hombre apostado junto a la puerta los vigilaba. Wells, Bellamy y Clarke aprovecharon para mirar a su alrededor. El campamento se extendía frente a ellos y Wells pudo distinguir a primera vista que no era el mismo sitio que habían dejado atrás apenas unos días antes. Los ojos muy abiertos de Bellamy y de Clarke le comunicaron que ellos también notaban la diferencia.

Aunque no podía ser mucho más tarde de las ocho o nueve de la noche, el campamento estaba ominosamente silencioso, a excepción de los sonidos de pasos en el suelo polvoso y los troncos que chocaban al caer en la pila. Dos chicos iban cargando leña hacia la fogata con expresiones tensas y acongojadas. Otro iba casi llorando mientras cargaba un balde con agua. Un grupo de adultos estaba sentado en silencio cerca de la fogata y miraba nerviosamente hacia los árboles. Nadie hablaba. Nadie reía ni estaba bromeando con otras personas. Nadie sonreía. Era como si toda la energía y camaradería, toda la *vida*, se hubieran vaporizado del lugar.

Una brisa sopló entre los árboles y un olor putrefacto le llegó a Wells. Tuvo que controlar una arcada y vio que Clarke y Bellamy tuvieron que hacer

lo mismo. Wells miró a su alrededor y dio unos cuantos pasos hacia la línea de árboles. Tal como había pensado, había una pila podrida de pieles, huesos y órganos de animales en el suelo, cubiertos de moscas y pudriéndose. Era repugnante y no era seguro. El olor atraería depredadores y las bacterias que proliferaban en esa pila eran más que suficientes para enfermar a todos en el campamento.

—Qué demonios... —dijo Bellamy con voz ronca.

Al principio, Wells asumió que se refería a los animales, pero cuando volteó se dio cuenta de que Bellamy estaba viendo otra cosa a la distancia. Un grupo de los cien originales estaban trabajando arduamente en la construcción de una nueva cabaña. Podía escuchar los gruñidos mientras luchaban por colocar un tronco enorme en la parte superior de la pared. Unos cuantos adultos estaban cerca con antorchas para iluminar el lugar, lo cual sugería que pensaban trabajar hasta bien entrada la noche.

Eso por sí mismo no era de llamar la atención. Con tanta gente amontonada en el campamento, tenía sentido levantar nuevas estructuras lo más rápido posible. Pero entonces la luna salió de detrás de una nube y Wells pudo ver finalmente qué era lo que le había llamado la atención a Bellamy.

Cuando la luz de la luna brilló sobre la cabaña a medio completar, se reflejó en las muñecas de sus amigos y algo metálico destelló.

—No —exhaló Wells. Parpadeó rápidamente para comprobar que no lo estuvieran engañando sus ojos.

Cada uno traía una banda gruesa de metal alrededor de la muñeca.

—Es una locura —dijo Clarke con una nota de confusión en la voz, como si su cerebro de científica no confiara en la imagen que le estaban transmitiendo sus ojos.

Cuando los sacaron de sus celdas en el centro de detención, cada uno de los cien traía puesto un aparato de localización. Se suponía que transmitirían signos vitales a la Colonia para que el consejo supiera si era posible sobrevivir en la Tierra o si sus conejillos de indias estaban muriendo lentamente por envenenamiento por radiación. Sin embargo, en sus primeros días en la Tierra, la mayoría de ellos pudieron quitarse los brazaletes o dañarlos por completo.

—¿Crees que Rhodes los haya traído a la Tierra en la cápsula? —preguntó Wells.

—Debe haberlo hecho —dijo Clarke—. Pero, ¿por qué? No tiene la tecnología para darles seguimiento.

Bellamy resopló.

—Yo no estaría tan seguro. ¿Quién sabe qué más trajo en la cápsula?

—Entonces... ¿son prisioneros nuevamente? —preguntó Clarke con incredulidad.

—De eso valieron nuestra “contribución” y nuestro “sacrificio” —dijo Bellamy con la voz destilando amargura.

Unos momentos después, se llevaron a rastras a Wells, Bellamy y Clarke para formar una fila, hombro con hombro, con un guardia detrás de cada uno. Wells apretó los dientes al ver que el vicescanciller Rhodes se acercaba con dos guardias armados a sus flancos.

—Bienvenidos de regreso. Espero que hayan disfrutado sus vacaciones.

—Veo que has estado haciendo nuevos amigos y jugando a los disfraces —dijo Bellamy con una sonrisa burlona—. Qué colección de brazaletes bajaste contigo.

Rhodes hizo un ademán exagerado al mirar hacia atrás. Los chicos que estaban construyendo la cabaña dejaron de trabajar y miraron a los prisioneros con los ojos muy abiertos y horrorizados. Molly bajó el martillo y dio unos cuantos pasos al frente sin apartar la vista de Wells. A pesar de la distancia, Wells alcanzó a distinguir que tuvo que valerse de todo su autocontrol para no salir corriendo en su dirección. Él negó ligeramente con la cabeza para advertirle que no lo hiciera.

—Ah, sí —dijo Rhodes—. Tengo algunas adicionales, pero creo que sería un desperdicio dárselas a personas que pronto no tendrán dónde usarlas.

—¿Es cierto? —preguntó Bellamy con una de sus típicas sonrisas—. Porque supe que mi juicio iba a ser el evento social de la temporada.

—¿Juicio? —repitió Rhodes—. Me temo que estás equivocado. No habrá juicio... para ninguno de ustedes. Ya los encontré culpables a los tres. Sus ejecuciones están programadas para el amanecer —vio deliberadamente al cielo—. Aunque es mucho tiempo de espera. Si tienen prisa, con gusto puedo acelerar el procedimiento.

Wells sintió que el corazón se le congelaba en el pecho, como un animal que acaba de ver el arco tenso del cazador. ¿De qué hablaba Rhodes? Lo único que Clarke y él habían hecho era escapar del campamento. No habían lastimado a nadie, mucho menos habían hecho algo que ameritara una ejecución.

Pero antes de poder decir algo, Bellamy emitió un sonido que era mitad grito, mitad gemido.

—¿De qué carajos estás hablando? Ellos no hicieron nada. Me querías a mí. A *mí* es a quien tienes que matar.

—Ayudaron y ocultaron a un fugitivo. El castigo por eso está perfectamente claro en la Doctrina Gaia.

—¡Al carajo con la Doctrina Gaia! —escupió Bellamy—. Estamos en la Tierra, en caso de que no te hayas dado cuenta.

—No veo ningún motivo para abandonar los lineamientos que le permitieron a la humanidad florecer por siglos sólo porque estamos en la Tierra.

Wells nunca había sentido tanto odio crudo y puro por nadie, ni por nada, en toda su vida. —Eso no es lo que diría mi padre y lo sabes.

Rhodes entrecerró los ojos.

—Tu padre no está aquí, Wells. Y en caso de que estuvieras demasiado ocupado seduciendo a otros criminales —volteó a ver a Clarke— y no prestaras atención durante tu tutorial de civismo, el *hijo* del canciller no está incluido en la cadena de mando. Yo estoy al mando y los sentencio a los tres a morir por fusilamiento al amanecer.

Wells escuchó que Clarke ahogaba un grito a su lado y todo su cuerpo perdió sensibilidad. Esperó que llegara otra oleada de miedo o rabia pero no sucedió. Tal vez había una parte de él que esperaba que esto sucediera. Tal vez una parte de él sabía que se lo merecía. Aunque Rhodes no tuviera idea de lo que Wells había hecho en la nave, Wells era el motivo por el cual sus amigos, sus vecinos, estaban muriendo lentamente por falta de oxígeno. Al menos de ese modo, nunca tendría que enfrentar lo que había hecho. No tendría que levantarse todas las noches intentando imaginar la nave que pronto estaría llena de cuerpos silenciosos e inmóviles.

—¡Oh, dios, *Bellamy*! —se escuchó la voz de Octavia y eso devolvió a Wells al presente.

Iba corriendo hacia ellos. Tenía la cara sucia de tierra y lágrimas. Dos guardias se pararon frente a ella para cerrarle el paso y sujetarla. Ella luchó contra ellos pero no logró pasar. Bellamy la llamó y se abalanzó hacia ella pero un guardia le enterró la pistola en las costillas y él se cayó de lado.

—Ya déjenlo —sollozó Octavia—. Déjenlo ir, por favor.

—Está bien, O —dijo Bellamy con voz ronca e intentando recuperar el aliento—. Estoy bien.

—No. No voy a permitir que te hagan esto.

Ya se empezaban a reunir otras personas a su alrededor. Lila se acercó a

Octavia y, por un momento, Wells pensó que se la iba a llevar, pero luego abrazó a la chica más joven y miró a los guardias de modo desafiante. Se le unieron Antonio, Dmitri y luego Tamsin y otros. Incluso Graham llegó a pararse con ellos. Pronto, había casi cincuenta personas en un gran semicírculo alrededor del cobertizo de prisión.

—Todos retrocedan —ordenó Rhodes. Como nadie obedeció, hizo una señal a los guardias que avanzaron amenazadoramente hacia la multitud—. Dije que se *muevan*.

Pero ninguno retrocedió. Ni siquiera cuando los guardias se pusieron los rifles al hombro y la mitad de ellos les apuntaron a los prisioneros y la otra mitad a la multitud. Algunos de los más jóvenes se veían nerviosos, pero la mayoría miraba a Wells, Bellamy y Clarke con una mezcla de rebeldía y algo adicional. Algo similar a la esperanza.

No importaba cómo terminara eso, ellos debían mostrar cómo aceptaba la derrota un verdadero líder. Wells se sentiría honrado de sacrificarse si eso significaba que ninguna otra persona saldría lastimada, y ciertamente no iba a enfrentar la muerte como un cobarde. Miró a Rhodes, alzó la barbilla y se le quedó viendo fijamente al hombre odioso.

Bellamy se acercó más a Wells y se paró a su lado, hombro con hombro. Wells podía distinguir, por la manera en que Bellamy apretaba la mandíbula, que estaba pensando lo mismo. Clarke se paró junto a Bellamy y los tres miraron juntos al vicescanciller. Wells apartó la imagen de los tres, ensangrentados y tirados en el suelo, compartiendo su último aliento. Bellamy y Clarke lo miraron. Los músculos de Bellamy estaban tensos y su cuerpo irradiaba energía. Era la personificación de una resolución y fortaleza que Wells nunca había visto antes. Los ojos de Clarke prácticamente brillaban de emoción. Estaban llenos de una ferocidad y determinación que lo sorprendieron.

—Muy bien, ya váyanse —dijo un guardia.

Alguien salió detrás de él y le puso una venda a los ojos. Los guardias tomaron a Wells por el brazo y empezaron a llevárselo.

—¿Dónde me llevan? —gruñó Wells y enterró los talones en el suelo.

Con la venda en los ojos, intentó concentrarse lo más posible en los sonidos, pero los gruñidos y movimientos no le daban ninguna información sobre lo que estaba sucediendo con Clarke o Bellamy.

Wells luchó contra sus captores pero no podía hacer nada. Apretó los dientes y luchó para controlar el pánico que le invadía el cuerpo. Al menos lo

último que había visto eran los rostros valientes de Clarke y Bellamy: eso sería suficiente para ayudarlo a pasar las siguientes horas. Wells sabía que había visto la Tierra por última vez.

Para cuando le quitaran la venda de los ojos, ya tendría una bala en el cerebro.

CAPÍTULO 26

BELLAMY

No había forma de saber si Rhodes había esperado hasta el amanecer para enviar por ellos. Con la venda en los ojos, Bellamy no podía distinguir si ya había salido el sol, aunque por el olor del rocío en el pasto, adivinaba que todavía estaba oscuro afuera. Aparentemente, Bellamy ya había visto su último amanecer. Para cuando el cielo se pusiera rosado, estaría muerto. Los tres estarían muertos.

Bellamy había pasado una noche infernal y agonizante. Se esforzaba por escuchar cualquier señal de Clarke, que estaba encerrada en alguna otra parte. No sabía qué era peor: escucharla gritar con dolor y desesperación o no escuchar nada salvo el silencio y preguntarse si ya la habría perdido.

El silencio resultó ser insoportable y el cerebro de Bellamy se llenó de sonidos horribles procedentes de su imaginación: el llanto de Clarke que sentía las últimas horas de su vida escapársele sabiendo que nunca volvería a ver a sus padres. El sonido de una pistola que desgarraba el silencio y destrozaba el corazón de Bellamy.

Bellamy salió con un guardia a cada lado hacia lo que supuso era el centro del claro y lo ataron con la espalda contra un árbol. Una parte diminuta y retorcida de él casi quería reírse. Después de todas las veces que casi lo atraparon en su vida, todas las reglas que había violado, así era como terminarían las cosas. Debería haber adivinado que sería algo dramático, como una ejecución pública en un planeta peligroso. Nada de cosas aburridas para él. Lo único que lamentaba era que Octavia tuviera que verlo. Ya era suficientemente difícil pensar que tendría que seguir adelante sin él, pero había demostrado tener fuerza en las últimas semanas. Él sabía en el fondo que ella sabía cuidarse sola. No, lo que más le dolía era que tuviera que ver. Bellamy podía escuchar a los guardias que se movían por el campamento,

arrastrando a todos, adultos y niños, de sus cabañas para ser testigos de lo que Rhodes probablemente consideraba como el mayor acontecimiento en la Tierra en trescientos años. El momento en que se restableció el orden en ese planeta salvaje e indómito.

Era monstruoso. Nadie tendría que ver eso, y mucho menos su hermana. Sólo mantenía la esperanza de que su cabeza erguida hiciera que su hermana se sintiera orgullosa de él. Quería mostrarle cómo vivir, incluso si no estaba.

Bellamy deseó poder tomar a Clarke de la mano. ¿Por qué no la habían traído todavía? ¿Había pasado algo? ¿O estaba atada a otro árbol con el corazón en la boca y luchando contra las ataduras? No podía creer que esa chica hermosa y brillante estaba a punto de ser ejecutada. Era inconcebible pensar que alguien tan lleno de vida, cuyos ojos verdes se encendían maravillados cada vez que encontraba una planta nueva, quien pasó días sin dormir para cuidar de sus pacientes, estaba a punto de ser apagada como una máquina.

—¡Clarke! —gritó incapaz de contenerse más tiempo—. ¿Dónde estás?

Lo único que pudo escuchar fue el murmullo ansioso de la multitud.

—¡Clarke! —repitió.

Su voz hacía eco por todo el claro pero no sería lo suficientemente fuerte como para alcanzarla si ya...

—Tranquílcese, señor Blake —dijo Rhodes como si Bellamy fuera un niño emocionado y no un prisionero a instantes de la muerte—. Decidí ser clemente con sus amigos. Ni el oficial Jaha ni la señorita Griffin morirán hoy.

Una brizna de esperanza perforó el pesar que había estado acumulándose en su pecho y le permitió respirar por primera vez desde que había salido del cobertizo.

—Demuéstramelo —dijo con voz ronca—. Déjame verlos.

Rhodes seguramente asintió porque un momento después alguien le estaba quitando la venda de los ojos.

Parpadeó cuando pudo volver a enfocar el mundo. Vio una hilera de guardias parados a unos diez metros de distancia frente a él. Todo el campamento estaba reunido detrás de ellos. Al frente estaban Wells, Octavia y Clarke. *Están vivos*. El alivio lo recorrió y se dejó caer contra las cuerdas sin hacer caso de cómo se le enterraban en la piel. Eso era lo único que importaba. No le importaba ya lo que le ocurriera a él siempre y cuando ellos estuvieran a salvo.

Wells y Clarke todavía tenían las manos atadas, pero Octavia luchaba

contra los guardias que la sostenían.

—¡Bellamy! —gritó.

Él la miró a los ojos y negó con la cabeza. *No*, le comunicó en silencio con una sonrisa triste. Ya no podía hacer nada. Ella se le quedó viendo, con los grandes ojos azules llenos de pánico y lágrimas.

Te quiero, le dijo moviendo los labios sin emitir sonido. *Todo estará bien*. A través de sus sollozos, Octavia logró obligarse a sonreír.

—Te quiero. Te quiero...

Pero entonces su rostro se contrajo y se volteó. Graham le dijo algo al guardia y él soltó a Octavia y permitió que Graham la sostuviera. Pero a pesar de la distancia quedaba claro que estaba siendo amable. Incluso la abrazó para protegerla del horror que estaba a punto de tener lugar frente a sus ojos.

—Guardias, ¡listos! —gritó Rhodes.

Bellamy miró a Clarke. A diferencia de su hermana, ella se negaba a apartar la vista y miraba a Bellamy con tal intensidad que, por un instante fugaz, él sintió como si el resto del mundo desapareciera. Sólo existían él y Clarke, como cuando se besaron por primera vez o aquella noche mágica en el bosque cuando Bellamy sintió que la Tierra estaba más cerca del cielo que la Colonia.

Sólo mírame, podía sentir que ella le decía. *Sólo mírame y todo estará bien*.

El sudor le corría por la cara pero no apartó la vista de ella. Ni siquiera cuando los guardias amartillaron los rifles y su corazón empezó a latir tan rápido que estuvo seguro de que le estallaría antes de recibir la primera bala.

Sólo mírame.

Él levantó la barbilla y apretó los puños, inhalando por la nariz. Sería en cualquier momento ya. Intentó que el tiempo pasara más lentamente por un momento. Respiró más profundamente e hizo que su corazón se calmara y latiera a un ritmo un poco más tranquilo. Inhaló los olores del campamento y de la Tierra: ceniza fría, tierra mojada, hojas quebradas y *aire*, el aroma fresco, limpio y delicioso del aire que estaban respirando en ese momento. Había tenido la oportunidad de estar en ese lugar y eso bastaba.

Sólo mírame.

Se escucharon varios tiros en el claro, repentinos y fuertes. Bellamy se dio cuenta de varias cosas al mismo tiempo: no sentía ningún dolor, no había sentido un golpe y el sonido provenía de detrás de él no de adelante. Los hombres de Rhodes no habían disparado. Alguien les había disparado a ellos.

Y entonces los vio, una banda de Terrícolas agresivos que se extendían por el campamento, blandiendo sus mazos y disparándole a los colonos. Todo el lugar estalló en un caos. Nadie lo estaba viendo ya. A excepción de las esposas de alta tecnología atadas a sus muñecas, podía salir corriendo. Bellamy miró frenéticamente a su alrededor con la esperanza de encontrar una manera de escapar. La encontró: el segundo de Rhodes, Burnett, estaba muerto cerca de ahí. Bellamy no desperdiciaría la oportunidad, además de que ya no podía hacer nada por ayudar al tipo. Cayó de rodillas y le dio la espalda al cuerpo para buscar a ciegas en los bolsillos de Burnett.

—¡Clarke, Wells... llaves! —gritó.

Ellos corrieron hacia él. Wells y Clarke se quedaron espalda con espalda y Bellamy abrió las esposas de ella. Después liberó también a Wells y se liberó él mismo. Corrieron a la cabaña de provisiones donde sabían que encontrarían armas.

Ya lo mejor armados que pudieron, Bellamy con un arco y flechas, Wells con un hacha y Clarke con una lanza, se metieron a la lucha, moviéndose en círculos dándose la espalda unos a otros. Era una batalla brutal y sucia. A su alrededor los cien y los colonos luchaban lado a lado. Casi sin detenerse a respirar, Bellamy apuntó y tiró, una y otra vez. Sentía una satisfacción sombría al ver que sus flechas encontraban sus blancos y algunos Terrícolas gritaban y se colapsaban al suelo en las orillas del claro. A Bellamy le empezaron a quemar los brazos por el agotamiento, pero lo impulsaba una energía desesperada y casi primigenia.

—¿Estás bien? —le gritó a Wells para que lo escuchara a pesar del escándalo.

—Bien —gruñó Wells y golpeó a un Terrícola en la cabeza con un crujido terrible—. ¿Tú?

Antes de que Bellamy pudiera responder, un Terrícola con mirada maniaca se abalanzó hacia él. El hombre aulló y blandió su hacha en el aire apuntando directamente a la cabeza de Bellamy. Bellamy lo esquivó justo cuando el hacha bajó. Sintió la brisa que le rozaba la mejilla. El Terrícola gruñó frustrado. Lleno de una energía renovada, Bellamy se agachó en una posición defensiva rebotando en las puntas de los pies, listo para el round número dos. Su oponente levantó el hacha de nuevo y dio dos pasos titubeantes al frente. Con las fosas nasales muy abiertas y lleno de adrenalina en todo el cuerpo, Bellamy se obligó a quedarse quieto y permitió que el hombre se aproximara. *Espera, se dijo. Sólo espera.* Cuando el Terrícola

estuvo lo suficientemente cerca para que Bellamy pudiera oler el sudor y cuando el hacha empezó a descender hacia la cabeza de Bellamy nuevamente, se tiró al piso y rodó para esquivarlo. El Terrícola gritó enfurecido.

Bellamy volvió a esperar y permitió que su enemigo se cansara. Cuando se acercó, Bellamy se agachó y acercó una rodilla al pecho y luego, con todas sus fuerzas, pateó al Terrícola directamente en el lado de la rodilla. Al hombre se le dobló la pierna y cayó al suelo como si le hubieran disparado.

De pronto, Bellamy sintió como si quinientos kilos le hubieran caído en los hombros y casi lo tiró al piso. Se tambaleó y se enderezó al sentir unas manos fuertes que se le cerraban alrededor del cuello. Frenético, intentó respirar pero no pudo. Bellamy intentó quitarse al nuevo atacante de encima. Logró cogerlo del cabello y tiró con todas sus fuerzas arrancándole algunos cabellos de raíz. El hombre lo soltó apenas lo suficiente. El corazón le latía con fuerza y le dolía el pecho por la falta de oxígeno pero Bellamy aprovechó su oportunidad. Se inclinó al frente, se dobló en la cintura, pasó al Terrícola volando por encima de su cabeza y lo tiró al piso. El hombre chocó contra la Tierra con un golpe seco. Bellamy dio un paso atrás, buscó su arco, y le puso una flecha, todo en un sólo movimiento fluido. Justo cuando el hombre se puso de pie con un brillo temible en la mirada, Bellamy soltó la flecha que se le clavó en el pecho.

Bellamy no se quedó para ver qué sucedía con él. Se dio la vuelta para ver si Clarke y Wells estaban bien. En el calor del momento, se habían separado. Cuando volteó, alguien chocó contra su hombro y se fue de lado. Mientras recuperaba el equilibrio, Bellamy dio unos pasos hacia atrás y su pie aterrizó en algo sólido pero suave. Era una persona. Se dio la vuelta y apuntó su flecha al piso.

Era el vicescanciller Rhodes.

Rhodes estaba vivo y consciente pero malherido; le salía sangre de alguna parte de la cabeza y tenía el rostro y la camisa bañados de rojo. Estaba doblado del dolor, dando arcadas y tosiendo. No podía hablar, pero levantó la vista y se le quedó viendo a Bellamy a los ojos. Tenía una mirada patética de súplica. El hombre dirigía como un cobarde y perdía también como un cobarde.

Bellamy se relajó por completo. Con la punta de la bota empujó el hombro del vicescanciller para que quedara completamente recostado sobre el suelo. Luego le puso el pie firmemente en el centro del pecho para mantenerlo quieto. Se sentía bien tenerlo atrapado como el roedor que era.

Bellamy debía tomar una decisión: podía terminarlo con una flecha rápida al corazón o podía permitir que el infeliz se pudriera en el campo de batalla. Sus heridas parecían lo suficientemente graves para matarlo. Nadie discutiría que Rhodes merecía un mejor fin. Sintió una sensación poderosa de satisfacción recorrer su cuerpo pero al mismo tiempo algo más despertó en Bellamy. No era una emoción que estuviera acostumbrado a sentir pero la reconoció de inmediato: era compasión. Bellamy estudió el rostro sucio y ensangrentado de Rhodes. Tenía las manos juntas, rogando. Una serie de emociones contradictorias invadieron a Bellamy: su deseo de venganza y la conciencia que tenía de que no quería volver a ver a nadie morir. Tenía el cerebro ya lleno de recuerdos que nunca podría olvidar. Rhodes no se merecía estar entre ellos.

Bellamy suspiró y dejó caer los brazos a sus costados. Dejó que la flecha se separara del arco. No podría hacerlo. No podría dispararle y no podría darle la espalda a este hombre roto, dejarlo ahí a morir. Sin duda esperaba no arrepentirse de eso después. Bellamy se agachó y extendió la mano. Rhodes se le quedó viendo un momento porque no estaba seguro si era en serio.

—Vamos, antes de que cambie de parecer —gruñó Bellamy.

Rhodes extendió una mano temblorosa y Bellamy lo ayudó a ponerse de pie y lo llevó casi cargado de regreso al campamento.

CAPÍTULO 27

WELLS

Wells perdió a Bellamy en el caos. Había perdido ya la cuenta de con cuántos Terrícolas había peleado y derrotado. Tenía ampollas y la piel en carne viva en las manos por estar sosteniendo y blandiendo su hacha y los músculos le dolían de cansancio. Wells de pronto se encontró solo sin que nadie lo estuviera atacando o cogiendo, un respiro en el mar de la batalla. A su alrededor, la gente luchaba por sus vidas mientras otros se quedaban tirados en el suelo, heridos o muertos. Wells no podía distinguir quién llevaba la ventaja, los Terrícolas o sus camaradas, pero temía que fuera el enemigo. Los colonos y los cien se veían como si estuvieran recibiendo una buena paliza. Necesitaba ir a otra parte para poder observar mejor.

Nadie pareció darse cuenta cuando se alejó de la pelea. Iba saltando entre cuerpos y escombros para dirigirse al borde del claro. Se internó unos cuantos metros en el bosque y luego le dio la vuelta al campamento donde sabía estaría menos visible y podría ver mejor desde un sitio más alto. Todavía alcanzaba a escuchar los gritos y gemidos de los heridos mientras corría por el follaje denso.

Wells salió del bosque del lado del cobertizo que usaban de prisión. Rápidamente se trepó por un costado y se acomodó sobre el techo para estudiar el campo de batalla. Le sorprendió lo que vio. Cuando estaba en medio de la pelea, todo parecía un caos total, pero los Terrícolas claramente tenían una estrategia de ataque. Habían destruido casi todos los elementos vitales del campamento: varios de sus almacenes de comida, todas las municiones adicionales. Sin embargo, los dormitorios, el comedor y la prisión estaban intactos. No había forma de que ellos hubieran adivinado qué edificios eran vitales para los colonos. Tenían que haber conocido el propósito de cada uno.

Wells intentó descifrar cómo lo sabían. Espiando, tal vez, pero los colonos hacían recorridos de rutina en el bosque alrededor del campamento y no habían visto a nadie. Justo en ese momento, un grupo pequeño de Terrícolas pasó por el centro del campamento con las armas robadas sostenidas en alto. Wells ahogó un grito de sorpresa y horror cuando vio quién iba liderándolos: *Kendall*.

Ya no estaba usando ropa de colono y, en un instante terrible, Wells confirmó sus peores sospechas. Los Terrícolas no se habían llevado a Kendall. La chica *era* una Terrícola.

Todo empezó a tener sentido. Su acento forzado de Fénix, la manera en que sus historias nunca tenían mucho sentido, su insistencia en seguir a Wells a todas partes. Los había estado espiando desde el principio.

Wells se podría haber pateado a sí mismo por no haber actuado cuando sospechó por primera vez. Había tenido el presentimiento de que algo no estaba bien pero no hizo nada al respecto. Dejó de insistir cuando Rhodes le dijo que lo hiciera. Y ella contaba con eso. Kendall sabía que la llegada de más cápsulas, más gente —adultos— debilitaría la comunidad de colonos, no lo contrario. Se había aprovechado de ello.

Él sí que era un líder completamente inútil. ¿En qué estaba pensando, fingiendo que tenía lo necesario para inspirar, para mantener seguros a los demás? No importaba qué hiciera o dónde fuera, la gente sufría.

Wells escuchó el sonido de algo que se movía en el cobertizo debajo de él. *Los Terrícolas habían invadido la prisión y él era el único colono de ese lado del campamento.* Levantó el hacha sobre el hombro y se preparó para enfrentarlos. Tal vez no fuera el líder que la gente merecía, pero podía matar a algunos Terrícolas por ellos.

Esperaría a que salieran y luego los atacaría desde arriba. Se agachó e intentó no moverse por temor a hacer cualquier ruido.

Dos figuras pequeñas salieron a escondidas de la cabaña y se escondieron entre las sombras: un niño y una niña. Wells reconoció al niño, era Leo, uno de los niños que cuidaba Octavia. ¿Qué estaba haciendo solo? ¿Por qué Rhodes no había designado a nadie para que cuidara de los niños sin padres después de llevarse a Octavia para que viera la ejecución de su hermano?

Los dos niños temblaban y las lágrimas les corrían por las mejillas.

—Oigan —dijo Wells en un susurro apenas al volumen suficiente para que lo alcanzaran a oír. Levantaron la vista de golpe y el niño gritó asustado—. Está bien. Soy yo. Esperen, voy a bajar.

Wells saltó al suelo al lado de los niños.

—¿Están aquí solos? —preguntó Wells. La niña negó con la cabeza. Wells volteó y vio otros seis niños más grandes que salían del cobertizo, incluyendo a Molly y algunos más de los cien más jóvenes. Tenían los rostros sucios y ensangrentados, los hombros encorvados por el miedo y el agotamiento. Se quedaron inmóviles y callados, en espera, observándolo. Otros cuantos empezaron a salir en silencio de detrás de los árboles en la parte trasera del cobertizo, donde se habían escondido. Luego salieron otros más hasta que casi todos los miembros de los cien originales estaban con él.

Wells miró sus rostros, estos adolescentes que, hasta hacía unas cuantas semanas, eran jóvenes normales encerrados por cometer alguna infracción sin importancia.

Los habían separado de sus familias, los habían echado a una celda y, desde su punto de vista, los habían olvidado. Ahora se encontraban en un planeta, alejados de todos los que alguna vez conocieron y amaron, que ya estaban todos muertos. Lo único que tenían era el uno al otro.

Rhodes no entendía lo que significaba pertenecer a una comunidad. Nunca podría apreciar lo que los cien habían creado durante su corta estancia en la Tierra, los cimientos que habían colocado para construir un futuro mejor. No eran perfectos, eso Wells lo sabía mejor que nadie, pero tenían lo que hacía falta para convertir el planeta en un hogar real. Tal vez había llegado el momento de dejar de intentar. Tal vez había llegado el momento de aceptar los errores que había cometido y continuar avanzando, aprender de ellos. Nunca podría compensar a nadie por lo que había hecho en la Colonia ni por el dolor que le provocó a Max y a Sasha, pero eso no significaba que no debiera intentar.

Lentamente, empezó a formarse un plan en la mente de Wells. Todo el tiempo que pasaron hablando sobre tácticas con Max en Mount Weather había hecho que recordara sus clases de estrategia. Su plan en Mount Weather había sido bueno: sorprender al enemigo por la retaguardia y aprovechar la ventaja de la posición ofensiva. Pero las circunstancias no les ayudaron: Rhodes tenía la ventaja porque tenía rehenes en el campamento. Bien, pues esta vez no era así. Wells sabía qué debían hacer. Sólo que no podía hacerlo solo.

Un nuevo fuego empezó a circular por las venas de Wells. Después de todo lo que habían enfrentado los cien, después de todo para lo que habían trabajado, no permitiría que Kendall y sus feroces cómplices los derrotaran.

De ninguna manera.

—¡Escuchen! —gritó. Docenas de ojos lo miraron fijamente, llenos de una necesidad desesperada de encontrar una dirección—. Sé que están cansados y sé que tienen miedo —empezó a decir—. Sé que ellos son más que nosotros. Tienen más armas. Pero nosotros nos tenemos a nosotros mismos y no les vamos a permitir ganar.

Bellamy apareció en la parte de atrás del grupo. Se veía agotado pero a Wells le dio gusto ver que estaba bien. Se asintieron mutuamente y Wells continuó.

—Nos están atacando desde el norte y nos están empujando hacia los árboles de ese lado —dijo Wells señalando con su hacha—. Están demasiado ocupados con la gente de Rhodes por el momento. Tú —señaló a uno de los niños mayores— quédate para cuidar a los más pequeños. Los demás nos repartiremos por el bosque e iremos hacia el norte. Los podemos atacar por la retaguardia. ¿Quién está conmigo?

Por un segundo, todos se le quedaron viendo. Wells pensó que tal vez no había interpretado bien lo que estaban dispuestos a hacer. Luego, una mano se levantó en el aire, seguida de otra, y luego una docena más. Enderezaron los hombros, levantaron la barbilla y se plantaron con firmeza en el suelo. Bellamy estaba al fondo, sonriendo con tristeza.

—¡Hagámoslo! —gritó alguien del grupo. Se escuchó un grito de la multitud y Wells, por primera vez desde la muerte de Sasha, no sintió pánico al enfrentar la responsabilidad. Sintió emoción.

—Muy bien. Cuando cuente: tres... dos... ¡uno!

Al principio el plan pareció funcionar: Los cien sorprendieron a los Terrícolas con el ataque por la espalda y los empujaron hacia los hombres de Rhodes que continuaron defendiéndose en el flanco opuesto. Pero Wells pronto perdió el control de lo que sucedía a su alrededor porque estaba luchando por su vida. Se acercaron dos Terrícolas a Wells al mismo tiempo, cada uno con una lanza. Wells fintó con el hacha en la mano y fingió que atacaría a la derecha. Cuando ambos reaccionaron en esa dirección, él giró y atacó por la izquierda y rompió una de las lanzas de los Terrícolas a la mitad. El otro dio un paso adelante y Wells enterró el hacha en su lanza. Se rompió y se hizo astillas en el suelo y los dos Terrícolas desarmados salieron huyendo.

Wells se permitió sentir un momento de satisfacción. Durante su entrenamiento como oficial, trabajó mucho en sus clases de

acondicionamiento para el combate terrestre y estaba viendo los resultados. Pero cuando una sonrisa de satisfacción empezó a dibujarse en la cara, sintió que alguien le envolvía el brazo alrededor del cuello.

Wells intentó dar un codazo fuerte a su oponente pero no lograba encontrar un punto de apoyo. El brazo del hombre lo apretó más y no dejaba que Wells respirara. No podía siquiera dar una bocanada de aire, no había manera de que el aire entrara o saliera. Los pulmones empezaron a quemarle y se mareó.

No, pensó Wells. Quería gritar pero no podía hacer ningún sonido. Se suponía que esto no debía pasar. Así no debía terminar todo. El brazo del Terrícola lo apretó aún más. Wells vio destellos de luz frente a él y luego manchas negras y todo empezó a verse borroso.

De pronto, la presión cedió y Wells cayó al piso con un resoplido. Por un rato lo único que pudo hacer fue jadear mientras sus pulmones se reacostumbraban al aire y lo succionaban con glotonería. Se puso de rodillas y miró a su lado. Había un Terrícola enorme de lado con la mano sosteniendo el asta de una flecha que se le había enterrado en el brazo.

Wells se dio la vuelta en dirección al origen de la flecha. Bellamy estaba a unos metros de distancia y sus ojos brillaban. Le asintió a Wells y él le respondió con una sonrisa.

—¡Gracias! —gritó Wells.

—No hay problema —gritó Bellamy de regreso.

Wells volteó en dirección al campamento. Por un momento, todo su cuerpo se contrajo por el pánico: desde donde estaba en el bosque no podía ver ni un solo miembro de los cien que siguiera peleando cerca de él. Maldijo entre dientes e hizo acopio de toda su energía restante antes de salir corriendo hacia el claro con Bellamy detrás de él.

Lo que vio lo hizo pararse en seco. Los cien y los colonos que todavía podían mantenerse en pie estaban reunidos en un grupo con el pecho agitado mientras recuperaban el aliento. Los pocos guardias que quedaban parecían haber capturado a alguien importante: un Terrícola de talla grande con la pierna herida que tenían amagado con una pistola. Varios de los colonos hablaban animados con un grupo pequeño de Terrícolas y parecían estar negociando términos mientras los demás Terrícolas de pronto entregaron sus armas y retrocedieron lentamente.

Wells no podía creerlo. ¡Había funcionado! ¡Estaban negociando su rendición! Con energía renovada, él y Bellamy corrieron al sitio donde

quedaban de pie los cien restantes. Sí, estaban exhaustos y heridos, pero habían ganado. Juntos, gritaron tan fuerte que se les sacudieron los tímpanos y sus voces hicieron eco contra el cielo y de regreso.

—¡Buen trabajo! —gritó Bellamy sobre el escándalo celebratorio.

—Tú no lo hiciste mal... para ser un waldenita —dijo Wells con una gran sonrisa.

El grupo empezó a bailar por todo el claro, abrazándose y gritando, hasta que se escuchó un grito que los hizo silenciarse a todos.

—¡Ya regresaron! —gritó alguien.

Wells y Bellamy giraron y vieron un grupo de desconocidos que salían del bosque y entraban al campamento. Levantaron sus armas y se quedaron en su sitio. Pero estos recién llegados tenían algo diferente. Wells rápidamente estudió su ropa, su porte, sus expresiones de confusión. No eran Terrícolas. Eran más... ¿colonos?

El grupo se detuvo a la orilla del claro. Una mujer dio un paso al frente.

—Los encontramos —dijo ella jadeando y con la voz débil.

A Wells le parecía ligeramente familiar. Se esforzó por recordar quién era y luego lo supo: había trabajado en la administración de su padre, en una oficina del otro lado del pasillo. Seguramente habían llegado en otra cápsula, una de las pocas que, según él, se desviaron y cayeron en otra parte.

—Por favor, ¿tienen algo que comer? —preguntó la mujer. Wells no se había fijado en lo delgada que ella y los demás se veían.

—No se preocupen —le dijo Wells al grupo—. Son de la Colonia. Alguien, por favor, tráigales un poco de comida y agua.

Un par de chicos salieron corriendo.

Wells dio un paso al frente. Sintió cientos de ojos en su espalda.

—¿De dónde vienen? —preguntó.

—Nuestra cápsula aterrizó a kilómetros de aquí, más allá del lado más lejano del lago. Nos tomó un tiempo orientarnos y recuperarnos de nuestras lesiones. Luego nos tomó varios días llegar. Seguimos el humo de sus fogatas.

—¿Cuántos son?

—Perdimos unos cuantos. Pero cuando empezamos éramos ciento quince.

Wells miró el gran grupo reunido detrás de la mujer. Más y más gente salía del bosque.

—¿Fueron la última cápsula en salir de la Colonia?

La mujer asintió.

Wells sintió una pregunta que se formaba en sus labios, pero no estaba seguro de tener el valor de formularla. Ni siquiera estaba seguro de querer conocer la respuesta.

—Mi padre... —empezó a decir.

La expresión de la mujer se suavizó. Ella sabía quién era él y por quién estaba preguntando.

—Lo siento mucho —dijo y sus palabras suaves fueron como un puñetazo al estómago de Wells. Ella titubeó, como si dudara qué tanto debía compartir—. Estaba todavía en coma cuando salimos. Ya no había más cápsulas. El oxígeno ya casi se terminaba y la nave... bueno, la nave estaba ya desarmándose. Les quedaban cinco o seis horas, cuando mucho.

Un grito silencioso de dolor y culpa se formó dentro de Wells pero lo contuvo. Si se permitía sentir todo el peso de su pérdida de pronto seguramente se rompería en pedazos. Le empezó a temblar todo el cuerpo. La imagen de su padre sofocándose lentamente hizo que Wells diera un grito ahogado, como si las manos del Terrícola todavía estuvieran envueltas alrededor de su cuello.

Wells se tambaleó y casi perdió el equilibrio. Luego sintió que alguien llegaba a su lado y le ayudaba a mantenerse estable. Era Bellamy.

—Wells —dijo Bellamy—. Lo siento mucho, hombre.

Su rostro estaba lleno de compasión y algo más... ¿dolor?

Wells asintió. En su propio dolor, había olvidado que Bellamy también había perdido a su padre... lo había perdido antes de siquiera conocerlo. De hecho, todos los colonos del planeta habían perdido a alguien, a muchos. Toda la familia, amigos y vecinos que dejaron atrás ya habían muerto y estaban destinados a dormir para siempre en una nave gigante y silenciosa en órbita alrededor de la Tierra. La Colonia se había convertido en una tumba.

—Lamento mucho que nunca lo conocieras —dijo Wells y luchó por mantener su voz tranquila. Aunque había intentado prepararse para lo peor, nunca pudo aceptar del todo el hecho de que nunca vería de nuevo a su padre salir de una cápsula, con una expresión de sorpresa y deleite al ver las maravillas de la Tierra y todo lo que su hijo había logrado. Nunca acompañaría a Wells junto a la fogata, escuchando la plática feliz, ni le diría a Wells que estaba orgulloso de él.

—Yo también lo lamento —dijo Bellamy. Luego su rostro adoptó una expresión curiosa y sonrió—. ¿Sabes qué? Creo que sí lo conocí de cierta manera.

—¿De qué hablas? —preguntó Wells y buscó en su cerebro algún recuerdo de que su padre hubiera tenido alguna oportunidad de pasar tiempo con Bellamy.

—Por lo que escuché, era muy inteligente, trabajador y muy comprometido a ayudar a los demás... similar a alguien que conozco.

Wells lo miró un momento y luego suspiró:

—Si estás hablando sobre mí, tienes la idea equivocada. No me parezco nada a mi padre.

—Eso no es lo que Clarke dice. Dice que tienes todas las cualidades de tu padre, su fortaleza, su honor, pero que también tienes la amabilidad y el sentido del humor de tu madre —Bellamy hizo una pausa y lució pensativo—. Nunca te he escuchado decir algo gracioso, por supuesto, pero le creeré a Clarke en eso.

Para su sorpresa, Wells rio un poco antes de que el rostro de Bellamy se volviera a poner serio.

—Escucha, sé que has sufrido de maneras que yo no puedo comprender. Nadie tendría que pasar por algo así. Pero no estás solo, ¿está bien? No sólo cuentas con cientos de personas que piensan que eres un héroe, tal vez más que eso, pero como sea, contaremos después. Lo que quiero decir es que no sólo tienes amigos, tienes una familia. Estoy orgulloso de tenerte como hermano.

Bellamy tenía razón. El dolor de perder a Sasha y a su padre y a incontables amigos en el campo de batalla ese día nunca desaparecería, pero la Tierra seguía siendo su hogar, el sitio al que pertenecía. El dolor en su corazón pareció disminuir un poco cuando él y Bellamy se abrazaron y se dieron palmadas en la espalda.

La Tierra era el sitio donde vivía su familia.

CAPÍTULO 28

BELLAMY

Bellamy se detuvo frente a la puerta de la cabaña-hospital. Por lo visto, el vicescanciller quería hablar con él pero Bellamy no estaba precisamente de humor de conversar. Estaba agotado por la batalla del día anterior y sus consecuencias terribles. Él y Wells ya habían enterrado a varios Terrícolas y luego empezaron a recolectar las armas llenas de sangre que habían quedado atrás. El campamento realizaría una ceremonia para enterrar a los colonos y los chicos que murieron durante los ataques más tarde. Gracias a dios, Octavia estaba bien, pero no todos los miembros de los cien corrieron con la misma suerte.

Sin embargo, a pesar del terrible ataque y las pérdidas devastadoras de varios de sus miembros, el ambiente en el campamento era más ligero que dos noches antes, cuando Bellamy, Clarke y Wells entraron al campamento. La gente estaba riendo nuevamente y los nuevos colonos estaban haciendo preguntas a los cien pidiéndoles ayuda y consejo, sin miedo de molestar o hacer enojar a Rhodes.

Una parte de Bellamy quería ir en busca de Octavia, quien había organizado un juego de escondidas para los niños más pequeños. Era difícil dejarla alejarse después de todo lo que les había sucedido. Pero, tras un momento, su curiosidad le ganó y entró.

La cabaña estaba llena de colonos heridos y de jóvenes, pero la eficiencia habitual de Clarke y la relación que tenía con sus pacientes evitaba que el ánimo fuera demasiado sombrío. Afortunadamente, parecía ser que la mayoría de sus pacientes se recuperarían en poco tiempo.

Bellamy caminó hacia el fondo, donde habían clavado una sábana blanca y larga del techo hasta el piso como cortina para darle algo de privacidad al vicescanciller. En su mente, repasó todas las cosas posibles que Rhodes le

podría decir y planeó sus respuestas. Si el hombre se atrevía siquiera a amenazarlos a él o a Octavia, sería capaz de cualquier cosa. No le importaría que estuviera herido e indefenso en una cama de hospital.

Bellamy le asintió al guardia que estaba apostado frente a la sábana divisora y luego le dio la vuelta y se quedó viendo al hombre recostado en la cama detrás de ella. Rhodes se veía disminuido. No sólo era su cuerpo exhausto, ni los vendajes que le envolvían la mayor parte de los brazos y el torso. Era algo de su rostro. Además de los golpes, se veía destrozado.

Rhodes se recargó en un codo con cierto esfuerzo. Bellamy por un instante consideró extender la mano para ayudarlo pero luego se arrepintió. Ya había hecho suficiente por ese infeliz.

—Hola, Bellamy.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Bellamy, más por hábito que por preocupación real. Eso era lo que se decía por lo general al ver a un tipo cubierto de vendajes.

—Clarke y el doctor Lahiri dicen que me voy a recuperar por completo.

—Muy bien —dijo Bellamy y pasó su peso de un pie al otro. Esto era ridículo. ¿Qué demonios estaba haciendo ahí?

—Te pedí que vinieras porque quería agradecerte.

—Olvídalo —dijo Bellamy encogiéndose de hombros. Había salvado la vida de Rhodes por motivos personales, no porque pensara que este loco hambriento de poder mereciera vivir en particular. En realidad no tenía ganas de tener una conversación íntima con el hombre.

Rhodes hizo una pausa y miró el espacio vacío sobre el hombro de Bellamy por un rato.

—Estaba renuente a aceptar la idea de que los cien originales, incluido tú, supieran más sobre la Tierra que yo. Después de todo, yo llevaba toda la vida planeando este viaje y ustedes —Rhodes se quedó mirando a Bellamy con dureza— no eran más que un grupo de delincuentes juveniles. Fueron lo suficientemente estúpidos para meterse en problemas en la Colonia así que, ¿por qué habría de asumir que eran lo bastante inteligentes para sobrevivir aquí abajo?

Bellamy se encogió un poco y cerró los puños pero mantuvo una expresión neutral. Escuchó las voces de Clarke y Wells en su mente, rogándole que permaneciera tranquilo, sin importar lo que le dijera Rhodes.

—Pero sí lo fueron —continuó Rhodes—. No sólo sobrevivieron en la Tierra sino que prosperaron. Y me he dado cuenta que sobrevivir en la Tierra

ya es bastante complicado —miró sus diversas heridas—. Pero realmente *vivir*, bueno, eso requiere algo más que inteligencia, requiere voluntad.

Bellamy se quedó mirando al vicescanciller, preguntándose si lo habría escuchado bien. ¿Rhodes acababa de alabarlo a él y a todos los cien? Tal vez sus lesiones craneales eran peores de lo que pensaba Clarke.

Se dio cuenta de que Rhodes estaba esperando que él dijera algo.

—Me da gusto que lo veas así —dijo Bellamy lentamente, rezando para que Clarke regresara a revisar a su paciente. O cualquiera, en realidad. No quería estar a solas con el vicescanciller ni un segundo más.

—Por lo tanto, te perdono por el delito de secuestrar y asesinar involuntariamente al canciller Jaha.

Bellamy intentó no expresar su desprecio y asintió.

—Gracias —dijo.

Había asumido que ese era el caso dado que había salvado la vida de Rhodes. Como si pudiera leerle el pensamiento, Rhodes continuó:

—Eso no es todo. A partir de este momento, instauraré un nuevo Consejo Consultivo. Wells tenía razón. La Doctrina Gaia no tiene sentido en la Tierra. Necesitamos un sistema nuevo, uno mejor. Voy a sugerir que nominemos a varios esta noche. Tal vez... —hizo una mueca al sentir una nueva oleada de dolor—. Tal vez podrías considerar formar parte de él.

Bellamy parpadeó un par de veces, intentando procesar lo que acababa de escuchar. Si no estaba equivocado, y no había ingerido accidentalmente una baya alucinógena en el bosque, entonces el vicescanciller Rhodes, el líder más corrupto que la Colonia había conocido jamás, lo acababa de perdonar y además le había sugerido que entrara en la política.

Bellamy no pudo evitarlo: rio en voz alta.

—¿En serio?

—En serio.

Bellamy no podía esperar a contarle a Octavia para que pudieran reírse juntos. A menos que ella no lo considerara gracioso. Tal vez. O realmente iba a querer que él estuviera en el Consejo. Carajo, habían sucedido cosas más extrañas en las últimas semanas. ¿Por qué no podía Bellamy intentar hacerse cargo de las cosas por un tiempo? Sólo quería confirmar antes con una persona.

Con una sonrisa y un movimiento de cabeza, se dio la media vuelta y salió a buscar a Clarke.

CAPÍTULO 29

GLASS

Todos los músculos del cuerpo de Glass se sentían como si estuvieran ardiendo. Tenía los hombros en carne viva por la fricción de la cuerda. Las pantorrillas y los muslos le temblaban por el agotamiento y amenazaban con fallarle en cualquier momento.

Cuando vio por el rabillo del ojo la esquina de un edificio de madera que se asomaba entre los árboles, soltó un sollozo de alivio. Habían logrado llegar al campamento. Luke se había movido una o dos veces durante su recorrido desde la cabaña abandonada. Se detuvo unas cuantas veces para darle agua y asegurarse de que seguía vivo, conteniendo el aliento nerviosamente cada vez.

Glass se tambaleó entre los árboles y entró al claro. Era como se lo temía, los sonidos de balazos y el humo que habían manchado el cielo esa mañana provenían del campamento. Todo parecía una zona de guerra. Había lanzas rotas, casquillos de balas, ropa rasgada y charcos de sangre en el suelo. Algunas de las cabañas estaban completamente destrozadas. En otras daba la impresión de que alguien había intentado prenderles fuego. Algunos colonos caminaban con cara de sorpresa por todas partes pero no reconoció a nadie. Parecía como si hubiera regresado a un sitio completamente distinto y sintió una punzada fría de temor. ¿Qué le había sucedido a sus amigos? ¿Dónde estaba Wells?

Entonces escuchó una voz familiar que la hizo sentir una oleada de dicha. —¿Glass? —preguntó Clarke desde la puerta del hospital—. ¿Eres tú? Oh, no... ¿es Luke?

Clarke corrió hacia ellos. Wells asomó la cabeza por la puerta y salió corriendo detrás de ella.

Glass soltó el trineo. Clarke cayó de rodillas y empezó a examinar a

Luke.

—¡Glass! —gritó Wells y corrió a su lado para abrazarla—. Gracias a dios que regresaron. ¿Estás bien?

Glass asintió pero luego todo el terror y la soledad y el agotamiento se le vinieron encima de golpe. Ahora que estaban seguros, finalmente se permitió sentir todo lo que había estado controlando durante días. Los ojos se le llenaron de lágrimas y corrieron por sus mejillas. Wells la abrazó y la sostuvo mientras ella lloraba.

—¿Qué le pasó? —le preguntó Wells después de un momento.

Glass sorbió la nariz y se limpió la cara con las manos.

—Estábamos en una cabaña abandonada en el bosque. Parecía un sitio seguro. Pero entonces ellos —se le llenaron los ojos de lágrimas de nuevo al recordar— nos atacaron. Los Terrícolas. No la gente de Sasha, los otros.

Una mirada de dolor profundo pasó por el rostro de Wells pero Glass sabía que no era el momento de preguntar qué había sucedido.

—Luke salió a ahuyentarlos pero lo hirieron con una lanza. Hice lo mejor que pude pero no tenía manera de coser la herida y cuando intenté traerlo nos volvieron a atacar.

Wells maldijo en voz baja.

—Glass, lamento mucho que hayas tenido que enfrentar todo eso sola.

—Está bien. Regresamos vivos, ¿no? —sonrió Glass entre sus lágrimas.

—Llevemos a Luke adentro —dijo Clarke con firmeza.

Clarke y Wells levantaron a Luke rápida pero suavemente, con todo y trineo, y corrieron al interior. Glass los siguió de cerca. Entraron a la habitación llena de gente. Glass no podía creer cuántos heridos había.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó sorprendida.

—Lo mismo que te pasó a ti —dijo Wells con voz sombría—, sólo que con más personas.

Glass arqueó las cejas. Tenía un millón de preguntas en los labios. Wells casi podía leerle la mente.

—Pero no te preocupes. Las cosas están cambiando para bien aquí. Rhodes está soltando el control, por fin. Votaremos para elegir un nuevo Consejo Consultivo esta noche.

Un hombre alto y de cabello cano que Glass había visto en Fénix cojeó hacia ellos. Asintió en su dirección y luego habló en voz baja con Clarke. Hablaron con tonos serios y examinaron la pierna de Luke con cuidado. Escucharon su pulso, su ritmo cardiaco y su respiración. Clarke llenó una

jeringa de un pequeño frasco de vidrio y le inyectó algo en el hombro. Luego empezó a limpiarle la herida y a suturarlo. Él se encogió un poco entre sueños pero no despertó.

Glass estaba parada al lado sin poder hacer nada. Había estado tan concentrada en llevar a Luke al campamento que no se había permitido pensar sobre lo que podrían decirle cuando llegara. Clarke y el hombre mayor se acercaron a ella. Intentó leer sus expresiones para averiguar alguna pista, pero ambos tenían rostros totalmente impasibles.

—Glass, él es el doctor Lahiri —empezó a decir Clarke—. Yo estudié con él en la Colonia. Es un médico excelente.

—Gusto en conocerte, Glass —dijo el doctor Lahiri y extendió una mano que Glass apretó distraída.

No podía decidir si quería saber cuál era la condición de Luke o si prefería conservar su deseo desesperado por no escuchar ninguna mala noticia. Tragó saliva y se obligó a conservar la calma sin importar lo que le dijeran.

—Tienen mucha suerte —dijo el doctor Lahiri con una sonrisa. Glass soltó un suspiro largo de alivio—. Va a estar bien. Pero si no lo hubieras traído cuando lo hiciste, habría perdido la pierna. O peor —le colocó la mano a Glass en el hombro—. Lo salvaste, Glass. Debes estar muy orgullosa de lo que hiciste por él.

—Va a estar bien —dijo Clarke y la abrazó—. Ya le dimos una dosis alta de antibióticos y lo vamos a monitorear con cuidado. Es un joven fuerte. Y tiene suerte de tenerte.

—Creo que es al revés —dijo Glass entre lágrimas.

—¿Quieres ir con él? —preguntó Clarke—. Puedo pedir que alguien te traiga comida.

Glass asintió y se dejó caer en la cama junto a Luke. Se acurrucó a su lado con la mano en su pecho y sintió el corazón que latía bajo la palma de su mano. Escuchó la respiración suave y más tranquila.

Esos pocos días en la cabaña llegó a pensar que lo único que necesitaba en el mundo era a Luke. Amaba su casita, su vida secreta, donde nadie los molestaba y podían estar solos todo el día. Pero ahora, después de estar tan próxima a perderlo y después de ponerse a prueba de modos que nunca supo eran posibles, se sentía distinta. Rodeada de estas personas que trabajaban tanto y se preocupaban, Glass supo que ella y Luke iban a necesitar más que uno del otro. Necesitaban una comunidad. Estaban en casa.

CAPÍTULO 30

CLARKE

Caminaron en silencio. El único sonido era el crujir de las hojas bajo sus botas y el soplar del viento en los árboles. Las hojas habían adquirido tonos amarillos vibrantes, naranjas aterciopelados y rojos profundos. Si no hubiera necesitado mantener los ojos en el piso frente a ella, Clarke se habría dedicado a mirar hacia arriba todo el día. Entraban rayos de luz de sol entre los árboles y bañaban a Clarke, a Bellamy y a Wells con un brillo dorado. El aire se sentía mucho más frío que unos días antes y olía especiado y fuerte.

Clarke tiritó y deseó tener otra chamarra. Estaban acumulando las pieles de todos los animales que Bellamy y los demás cazadores traían, pero su colección seguía siendo pequeña. Pasaría un buen rato antes de que tuvieran suficientes pieles para todos.

Sin decir palabra, Bellamy la abrazó y la sostuvo cerca mientras caminaban por el bosque. Max les había avisado que el funeral de Sasha se celebraría al día siguiente e iban en camino a Mount Weather.

Wells iba delante pero Clarke sabía que era mejor no llamarlo. Con todo el caos y emoción de los últimos días, Wells apenas había tenido oportunidad de procesar sus pérdidas y claramente agradecía la oportunidad de estar a solas con sus pensamientos. Sin embargo, eso no impedía que le doliera el corazón a ella al verlo inclinar la cabeza y mirar los árboles, como si esperara que Sasha saliera de uno en cualquier momento. O tal vez estaba admirando el paisaje y los colores brillantes de las hojas, intentando aceptar el hecho de que nunca comentaría sobre su belleza con Sasha, nunca las vería flotar y aterrizar en su cabello oscuro. Esa era la peor parte de perder a alguien, encontrar un sitio donde almacenar todos los pensamientos y sentimientos que de otro modo hubieras compartido con esa persona. Cuando Clarke pensaba que sus padres habían muerto, hubo veces en que estuvo segura de

que su corazón estallaría intentando contener todo.

Sin embargo, cuando se acercaron a Mount Weather, Clarke se adelantó para alcanzar a Wells. Lo tomó de la mano. Clarke no podía ofrecerle palabras a Wells que sirvieran para reducir su dolor. Sólo quería recordarle que no tenía que pasar por ese proceso a solas. Estaban en eso juntos.

Llegaron al poblado de los Terrícolas justo antes de que cayera la noche. Max abrió la puerta de inmediato, como si supiera que eran ellos. Su cabaña estaba dolorosamente limpia. Todas las partes de máquinas e instrumentos a medio terminar que tenía sobre la mesa ya no estaban y ahora tenía muchos platos de comida.

—Por favor, coman algo —dijo Max e hizo un ademán hacia la mesa. Ninguno de ellos tenía muchas ganas de comer, pero se sentaron con Max y le dijeron lo que había sucedido desde que salieron de Mount Weather. Él se había enterado del ataque pero no sabía que el vicescanciller había convocado a elecciones para instaurar un nuevo Consejo.

—¿Entonces *tú* estás en el Consejo? —le preguntó a Bellamy y sonrió por primera vez esa tarde.

Bellamy asintió y se ruborizó un poco avergonzado y orgulloso.

—Sí, créeme que yo me sentí tan sorprendido como tú cuando votaron por mí pero, bueno, a la gente lo que pida, ¿no?

—Wells también fue electo —dijo Clarke—. De hecho fue el primero en ser elegido, mucho antes que Bellamy.

Clarke sonrió a uno y después al otro. Bellamy le devolvió la sonrisa. Wells no.

—Me da mucho gusto saber eso —dijo Max y le puso la mano a Wells en el hombro—. Tu gente tiene suerte de contar con un joven líder tan bueno. Sé que tu padre estaría orgulloso, Wells. Todos estamos orgullosos de ti.

—Gracias —dijo Wells y miró a Max a los ojos por primera vez.

Le ayudaron a Max a lavar los pocos platos que habían usado y les dijo cuál era el plan para el día siguiente.

—Nuestra tradición es enterrar a los muertos al amanecer —dijo—. Para mi gente, el amanecer es el tiempo de renovar. Los finales y los principios son inseparables, como el instante antes del amanecer y el instante que le sigue.

—Es una idea hermosa —dijo Clarke con suavidad.

—Después del Cataclismo —dijo Max—, nuestros ancestros se vieron forzados a enfrentar la noción de que la oscuridad no siempre viene seguida

de luz. Que era posible que un día el sol no volviera a salir. De ahí nació la tradición. En realidad, es gratitud de que el sol salga un día más.

—Creo que a Sasha le gustaba esa idea —dijo Wells con una sonrisa que no le llegaba del todo a los ojos.

Clarke pensó que algo había cambiado en su cara cuando lo estudió a la luz de las velas. Tenía algo más duro pero también más sabio.

—Max, ¿te importaría que pasara la noche en la casa del árbol? —preguntó Wells.

—Para nada. Aunque hará bastante frío allá afuera.

—Estaré bien. Nos vemos en la mañana

—Te acompaño —dijo Clarke y se puso de pie—. Quiero regresar a la cabina de radio otra vez, si no hay inconveniente.

Max asintió.

—Por supuesto.

Bellamy se quedó a hacerle compañía a Max mientras Clarke y Wells salieron hacia la oscuridad.

—¿Vas a estar bien si te quedas solo toda la noche? —preguntó Clarke cuando se acercaron a la casa del árbol.

Wells la miró de una manera que ella no logró descifrar, una mezcla de tristeza y diversión.

—No estaré solo —dijo en voz baja—. En realidad no.

Clarke no tuvo que preguntarle a qué se refería. Le apretó el brazo y luego lo besó rápidamente en la mejilla y lo dejó con sus recuerdos.

Ella caminó de prisa hacia la entrada de Mount Weather y desapareció en el búnker. Se sentó en la silla que ya se había vuelto tan conocida para ella. Movié los controles del radio. Sus dedos trabajaban con la pura memoria muscular. Pasó por todas las combinaciones estándar que le gustaba probar, empezando por la que había funcionado esa vez cuando escuchó la voz de su madre. Su deseo de volver a oírla era físico, era una necesidad.

Pasó una hora sin ningún resultado. Clarke ya ni siquiera estaba segura si el zumbido y los crujidos del radio estaban en su imaginación o si provenían de la bocina. Le dolía la espalda de estar recargada en la consola y le empezó a doler la cabeza. Bellamy probablemente iría por ella en cualquier momento.

Se puso de pie y estiró los brazos sobre su cabeza. Luego se inclinó a ambos lados y sacudió las muñecas. Sabía que ya debía apagar el aparato, pero no estaba lista todavía. *Una vez más* se dijo. *Sólo una*. Clarke se volvió a sentar y empezó a mover los botones.

Estaba tan concentrada escuchando los cambios de tono en la estática que casi no se percató de los pasos en el corredor justo fuera de la puerta. Eran rápidos y pesados. Debía ser más tarde de lo que pensaba.

Clarke se dio la vuelta en la silla y miró hacia la puerta.

—¿Bellamy? —dijo—. ¿Eres tú? ¿Max?

En el pasillo se hizo el silencio y quien fuera que estuviera afuera hizo una pausa. Clarke se levantó de la silla con el cabello de la nuca erizado. Seguramente Bellamy no le haría una broma en un momento así, después de todo lo que les había pasado. ¿Habrían regresado los Terrícolas violentos?

Dos figuras entraron a la habitación, una detrás de la otra. Antes de darse cuenta de lo que estaba sucediendo, Clarke ya estaba envuelta en dos pares de brazos y estaba derramando lágrimas de dicha.

No era Bellamy.

Eran sus padres.

A la mañana siguiente, Clarke, Wells y Bellamy estaban lado a lado en un risco con vista al río, temblando de frío en la oscuridad. Había hilera tras hilera de rocas que salían del suelo con los nombres grabados ilegibles a esa hora de la madrugada. Max estaba a la cabeza de una tumba vacía mirando en silencio hacia ella. El cuerpo de Sasha descansaba cerca, muy bien envuelto en una mortaja del color de la tierra que pronto la envolvería.

Clarke pasó toda la noche hablando con sus padres, si es que se le podía llamar hablar al torrente de palabras, sollozos y risas que brotó de ellos durante horas después de su reunión. Sus padres estaban mucho más delgados que la última vez que los había visto, y su padre tenía muchas canas en su nueva barba, pero aparte de eso, se veían exactamente igual.

Cuando al fin logró dejar de llorar, la mamá de Clarke soltó una serie de preguntas. Quería saber sobre todo lo que había sucedido en el juicio de Clarke, cómo estuvo cuando estuvo presa y luego el viaje a la Tierra. Pero su padre apenas podía decir una palabra. Sólo sonreía y miraba a Clarke. La tenía de la mano como si temiera que fuera a desvanecerse en el aire en cualquier momento.

Ella les contó cómo la habían sacado a rastras de su celda, del choque violento, de Thalia y de Wells y de Bellamy y de Sasha. Mientras Clarke hablaba, sentía cómo iba liberándose de un peso. Era como si hubiera llevado la carga de dos conjuntos de recuerdos consigo durante más de un año: el recuerdo de lo que realmente había sucedido y cómo se había imaginado que

reaccionarían sus padres. Y entonces, cada vez que su padre sonreía o su madre ahogaba un grito, se liberaba de más peso. Clarke estaba desesperada por averiguar sobre el tiempo que sus padres habían pasado en la Tierra, pero para cuando su madre terminó de hacerle preguntas ya casi era el amanecer.

Decidieron que sería mejor que sus padres se quedaran en Mount Weather en vez de aparecer en el funeral de Sasha. Aunque se llevaban bien con los Terrícolas, el recuerdo de la traición de los primeros colonos seguía muy fresco.

Entre Bellamy y Wells, Clarke sentía una mezcla de alegría y dolor. Así parecía ser que funcionaban las cosas en la Tierra. Pasaban demasiadas cosas, demasiado qué procesar para sentir una sola emoción a la vez.

Se volteó para mirar a Wells y se preguntó si él se sentiría igual, o si su pesar lo estaría consumiendo del todo.

El sol apareció por el horizonte y se adelantaron unos rayos anaranjados y rosados al cielo mientras Max enterraba a su única hija. Con una voz ronca que hacía que a Clarke le doliera el pecho, compartió algunos de sus recuerdos favoritos de Sasha. Algunos hicieron que los Terrícolas ahí reunidos rieran un poco y otros dejaron cientos de ojos brillando con lágrimas.

Max se limpió una lágrima del ojo, hizo un gesto hacia Wells y le preguntó si quería decir algunas palabras. Él asintió, soltó la mano de Clarke y avanzó para hablar.

—La conexión que sentimos con otras personas no está limitada por la geografía o por el espacio —empezó a decir Wells. Aunque Clarke podía ver que temblaba, su voz se escuchaba fuerte y clara—. Sasha y yo crecimos en mundos distintos, ambos nos preguntábamos y soñábamos qué habría allá afuera. Yo veía desde arriba sin tener la certeza de que los humanos hubieran sobrevivido en la Tierra. No sabía si algún día volveríamos a pisar el planeta o si viviría para verlo. Y ella miraba hacia arriba —señaló las estrellas que empezaban a desaparecer pero que seguían ligeramente visibles en el cielo azul oscuro— y se preguntaba si había alguien arriba. ¿Alguien habría sobrevivido el viaje al espacio? ¿La gente había logrado mantenerse con vida durante cientos de años? Para ambos, obtener las respuestas a nuestras preguntas parecía muy improbable. Pero un millón de fuerzas diminutas nos acercaron mutuamente y obtuvimos nuestras respuestas. Nos encontramos, aunque fuera sólo por un momento —Wells llenó sus pulmones y exhaló con lentitud—. Sasha fue mi respuesta.

Clarke tembló aunque en esa ocasión no fue de frío. Wells lo había dicho perfectamente. Todo sobre el tiempo que pasaron en la Tierra había sido tan improbable, tan asombroso. Y, sin embargo, esos meses eran más reales para ella que todos los años que había pasado en la Colonia. Clarke apenas podía recordar cómo eran las mañanas sin aire fresco, pasto húmedo y el canto de las aves. Ya no podía imaginarse trabajar largas horas bajo las lámparas fluorescentes del centro médico en vez de ayudar a los pacientes a sanar en la luz del sol, como estaban diseñados sus cuerpos para hacer.

Intentó imaginarse cómo hubiera sido su futuro si no hubiera sucedido nada de eso, si no le hubiera dicho a Wells sobre los experimentos de sus padres, si él no los hubiera denunciado con su padre, si no la hubieran confinado, si Wells no hubiera aflojado la esclusa de aire, si los cien nunca hubieran llegado a la Tierra, pero la escena se disolvió en la oscuridad. Ya no había nada ahí salvo el pasado. Esta era su vida ahora.

Clarke vio cómo unos de los amigos de Sasha levantaron el cuerpo y la colocaron en la tierra. Le susurró un adiós silencioso a la chica que le ayudó a convertir a la Tierra en su hogar, la que había logrado devolver la vida a Wells cuando estaba en un sitio muy oscuro del cual no podía salir. Él estaría bien, se dijo Clarke, y lo vio unirse al grupo de Terrícolas que echaban puñados de tierra en la tumba. Si algo había aprendido en la Tierra, era que Wells era mucho más fuerte de lo que se daba cuenta. Todos lo eran.

Bellamy tomó la mano de Clarke y luego se acercó a susurrarle:

—¿Quieres que vayamos a ver cómo están tus padres?

Ella volteó a verlo y ladeó la cabeza.

—¿No crees que es muy pronto para conocer a mis padres? —bromeó—. Después de todo, llevamos menos de un mes saliendo.

—Un mes en tiempo terrestre es como diez años de tiempo espacial, ¿no crees?

Clarke asintió.

—Tienes razón. Y supongo que eso significa que no puedo molestarme si decides terminar conmigo después de unos meses porque en realidad serán varias décadas.

Bellamy la abrazó de la cintura y la acercó.

—Quiero pasar eones contigo, Clarke Griffin.

Ella se puso de puntas y le besó la mejilla.

—Me alegra porque ya no puedes retractarte. Estamos aquí definitivamente.

Después de decir esas palabras, una sensación extraña de paz la envolvió y suavizó momentáneamente el dolor del día. Era verdad. Después de pasar tres siglos desesperadamente intentando regresar a la Tierra, lo habían logrado. Al fin habían llegado a casa.

AGRADECIMIENTOS

Estoy eternamente agradecida con el equipo increíblemente talentoso de Alloy. Josh, tus instintos creativos son más acertados que tu *swing* de golf y es un placer ver tu cerebro en acción. Sara, tu inteligencia y amabilidad generan un entorno en el cual pueden florecer las historias y me haces sentir completamente en casa. Les agradezco por creer en este proyecto y por usar su estilo particular de magia para ayudarlo a despegar.

Un enorme abrazo espacial a Heather David, cuya creatividad y tenacidad resultaron en uno de los mejores días de mi vida. Y gracias a Romy Golan y Liz Dresner por convertir mis palabras revueltas en un libro hermoso.

Admiro mucho a Joelle Hobeika, quien me deslumbra con su talento, su capacidad de relatar historias y su habilidad para hacer todo más divertido. Lo mismo para Annie Stone, la editora más inteligente e inspiradora de confianza que una escritora pudiera pedir.

Un millón de gracias al equipo increíble de Little Brown por todo su trabajo, creatividad y experiencia de edición. Y un agradecimiento especial a mi querida editora, Pam Gruber, cuya acertada visión para la serie nos mantuvo en curso y a mi fabulosa publicista, Hallie Patterson.

También creo que tengo mucha suerte de trabajar con Hodder & Stoughton, quienes me sorprendieron con su dedicación y entusiasmo por *Los 100*. En particular, gracias a Kate Howard, Emily Kitchin y Becca Mundy por crear un hogar para mí (y cien delincuentes espaciales adolescentes) del otro lado del mar.

Como siempre, muchas gracias a mis amigos maravillosos, graciosos y solidarios. Le debo a cada uno de ustedes un trago en Puck Fair / el Red Bar / Jack the Horse / Henry Public / Café Luxxe / Father's Office / Freud y todos los demás lugares donde me presenté medio dormida durante varias fases de bloqueo de escritora. Una medalla especial al mérito para Gavin Brown quien hizo más de lo que debía para mantener esta historia a flote.

También estoy muy agradecida con Jennifer Shotz, cuyo talento e imaginación dieron forma a esta historia de incontables maneras.

Gracias a mi familia, en especial a mis increíbles, inspiradores y solidarios padres, Sam y Marcia, quienes me convirtieron en escritora. Los perdono.

Y para terminar, un agradecimiento muy especial a mis lectores cuyo entusiasmo me hace sentir como la chica más afortunada de la Tierra. #Bellarke por siempre.



Tras semanas de haber aterrizado en el planeta que siglos atrás fuera hogar de la humanidad, los cien se las han arreglado para crear un sentido de orden en medio de un entorno salvaje y caótico. Pero su delicado equilibrio se desploma con la llegada de nuevos transbordadores espaciales.

En la colonia del espacio exterior, el oxígeno escasea al límite, sólo los afortunados han logrado llegar a salvo a la Tierra. Y con estos nuevos arribos, la suerte de **Glass** al parecer está a punto de agotarse también. **Clarke** encabeza una brigada de rescate al sitio donde se han estrellado las naves, lista para atender a los heridos, pero no puede dejar de pensar en sus padres, que probablemente sigan con vida. Mientras tanto, **Wells** lucha por mantener su autoridad a pesar de la presencia del vicescanciller y su guardia armada, y **Bellamy**, por su parte, debe tomar la decisión de hacer frente o huir de los crímenes que creía haber dejado atrás.

**ES MOMENTO DE QUE LOS CIEN SE UNAN PARA PELEAR POR
LA LIBERTAD QUE HAN HALLADO EN LA TIERRA, O
CORRERÁN EL RIESGO DE PERDERLO TODO Y A TODOS
AQUELLOS QUE AMAN.**

Vuelta a la Tierra

Título original: *Homecoming*

Primera edición digital: octubre, 2017

D. R. © 2017, Alloy Entertainment

D. R. © 2017, Kass Morgan, por el texto

Producido por Alloy Entertainment

D. R. © 2017, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.

Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso, colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520, Ciudad de México

www.megustaleer.com.mx

D. R. © 2017, Carolina Alvarado Graef, por la traducción

D. R. © Liz Dresner, por adaptación del diseño original de portada

D. R. © 2015 Warner Bros. Entertainment Inc., por imagen de portada

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.com.mx>)

ISBN: 978-607-315-817-6

Penguin
Random House
Grupo Editorial

 /megustaleermexico

 @megustaleermex

Conversión eBook: *eGIANTS, Pre-Impresión y Edición Digital*

ÍNDICE

VUELTA A LA TIERRA

- CAPÍTULO 1 GLASS
- CAPÍTULO 2 WELLS
- CAPÍTULO 3 CLARKE
- CAPÍTULO 4 WELLS
- CAPÍTULO 5 GLASS
- CAPÍTULO 6 BELLAMY
- CAPÍTULO 7 WELLS
- CAPÍTULO 8 CLARKE
- CAPÍTULO 9 GLASS
- CAPÍTULO 10 CLARKE
- CAPÍTULO 11 WELLS
- CAPÍTULO 12 CLARKE
- CAPÍTULO 13 BELLAMY
- CAPÍTULO 14 WELLS
- CAPÍTULO 15 GLASS
- CAPÍTULO 16 BELLAMY
- CAPÍTULO 17 GLASS
- CAPÍTULO 18 CLARKE
- CAPÍTULO 19 WELLS
- CAPÍTULO 20 GLASS
- CAPÍTULO 21 WELLS
- CAPÍTULO 22 CLARKE
- CAPÍTULO 23 BELLAMY
- CAPÍTULO 24 GLASS
- CAPÍTULO 25 WELLS
- CAPÍTULO 26 BELLAMY

CAPÍTULO 27 WELLS
CAPÍTULO 28 BELLAMY
CAPÍTULO 29 GLASS
CAPÍTULO 30 CLARKE
AGRADECIMIENTOS

SOBRE ESTE LIBRO
CRÉDITOS